
LADRONA
DE CORAZONES
CONCEPCIÓN MARÍN
ALBESA

# LADRONA DE CORAZONES

CONCEPCIÓN MARÍN ALBESA

2021

# 1

La fiesta de anoche fue fabulosa. La mejor que recordaba. Pero las consecuencias estaban siendo terribles. La cabeza le estallaba y los golpes insistentes en la puerta no ayudaban a mitigar el dolor.

Gruñendo abrió.

—Patrick, cómo no esté acabándose el mundo, te juro que te cortaré la cabeza.

El mayordomo levantó el cuello con aire digno.

—Conozco mis limitaciones, mi lord. Le he dicho al señor Lane que no podía recibirle y lo he invitado a marcharse. Pero ha insistido en verle. Me ha asegurado que es un asunto de vital importancia; por lo que no me ha quedado más remedio que importunarlo.

Su señor suspiró.

—Para Adam todo es importante.

—En esta ocasión ha dicho que trae información sobre su futuro. Y si me permite dar mí opinión, diré que parecía estar muy inquieto. Mucho más de lo habitual. Considero que debería recibirlo, mi lord. ¿Qué traje le preparo?

—Si es tan urgente el batín bastará.

Patrick lo censuró con la mirada mientras su señor bajaba a la planta baja, pero se mantuvo callado. El comportamiento de un buen mayordomo era ver, oír y callar. Nunca entrometerse en los asuntos del que pagaba su salario. Lealtad absoluta hacia lord Nathaniel Laymore.

—¿Por qué demonios me sacas de la cama tan temprano? –preguntó él, al entrar en la biblioteca.

Su abogado resopló.

—¡Por Dios, Nathaniel! Son casi las doce.

Él delineó una sonrisa evocadora.

—La fiesta fue brutal y terminó al amanecer. Es una lástima que no vinieses. Acudieron las mujeres más salvajes de la ciudad y también el príncipe Eduardo. Tomamos el champaña más exclusivo y disfrutamos de un espectáculo escandaloso. Y después… Ya puedes suponer lo que pasó. Diversión extrema.

—Por si se te ha olvidado, estoy comprometido. Esos excesos terminaron para mí. Y en cuanto al heredero, deberías dejar de incitarlo. Si llega a oídos del rey puedes tener serios problemas.

Nathaniel silbó.

—Recuerdo tú compromiso, lo recuerdo. Y con franqueza, no entiendo qué te ha pasado. Hasta hace unos meses eras el mayor juerguista de Londres; a parte de mí, por supuesto. ¿Qué maldito hechizo te ha lanzado esa muchacha aburrida y, perdona si soy sincero, nada atractiva?

—El más poderoso: El del amor –dijo Adam.

—¿Poderoso? ¡Gilipolleces! Estoy convencido que dentro de nada estarás liberado y volverás a ser el Adam libertino. ¿Qué te apuestas? ¿Cien libras?

Éste inspiró hondo.

—Nath, nunca cambiarás. Dentro de cuatro meses me caso.

—¡¿Qué?! –exclamó su amigo sin poder dar crédito.

El mayordomo entró y les sirvió té.

—Gracias, Patrick –dijo Nathaniel despidiéndole con un gesto de la mano. Miró ceñudo a Adam y tras dar un sorbo a la taza, dijo: ¿Matrimonio? ¡Estás loco! Vas a destrozarte la vida. ¿Pero acaso no sabes cómo terminan estas cosas? La gloria al principio y el infierno a los pocos meses. La guerra en los tribunales para conseguir el divorcio o aparentar el resto de tus días que todo va bien, teniendo que ser prudente para evitar las murmuraciones y los enfados de una esposa decepcionada. Vas a lanzarte al abismo, amigo mío.

—No todos terminan del mismo modo.

—Veo que no te convenceré. Es una lástima. Pero después no me vengas con lloros. Y bien. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esta urgencia?

Adam lo miró con aire circunspecto.

—No debería decirte esto. A pesar de ello, eres mí mejor amigo y tras pensarlo mucho, he llegado a la conclusión de que no puedo callar. Pero antes tienes que prometerme que no saldrá de tu boca esta información o me jugaré la licencia.

Nath sacudió la cabeza y se arrepintió al instante. Aún le palpitaba.

—Puede que sea un golfo. Pero tengo una virtud y es la lealtad. Ya lo sabes.

—No lo dudo, Nath. Sin embargo, si uno se pasa con las copas pierde el control.

Él soltó una risa profunda.

—Ni estando borracho, ni la mujer más despampanante, han conseguido arrancarme mis más profundos secretos. Desembucha de una maldita vez. Me duele la cabeza y quiero darme un baño.

Adam apuró el té.

—Bien. Se trata del testamento de tu hermano.

Nath parpadeó confuso.

—¿Por qué rayos ha hecho mi hermano testamento? ¡Acaba de cumplir los treinta!

—Lo hizo hace años. Su posición así lo requiere. Aunque, imagino que la muerte inesperada de tu cuñada ha influido para revisarlo.

—Sí. Ha sido un duro golpe –musitó Nath.

—Uno se da cuenta que la vida puede trucarse en cualquier momento. Fue una suerte que James y tú no presenciaseis la imagen de su cuerpo atrapado en el carruaje.

Nath no pudo evitar estremecerse.

—Por esa causa es mejor no pensar en ello y disfrutar. Pero mi hermano es sensato y responsable.

—Cierto. No os parecéis en nada –dijo Adam.

—Lo cuál me lleva a pensar que he quedado fuera de sus últimas voluntades. Es de cajón. Tiene un hijo que será el futuro vizconde –dijo Nath con tono de chanza.

—No lo he visto. Como sabes, debido a nuestra amistad, es mí padre el que lleva sus asuntos. Pero escuché todos los detalles cuando fue a modificarlo.

Nath sonrió.

—¿No me digas que el abogado más ético de la ciudad ahora espía tras las puertas?

Su amigo gruñó.

—No digas sandeces. Fue pura casualidad. Y al escuchar tú nombre, no pude evitar interesarme.

—¿Y qué decían?

—Debo decir que, a pesar de tu suposición, sí ha pensado en ti.

Nath sonrió con indolencia.

—¿Cuántas migajas me cede?

—Podríamos decir que puedes disfrutar de una rebanada. Cien mil libras, Nath.

Éste silbó.

—En efecto, es una cantidad muy generosa.

—Una suma con la que podrías comprar varias casas y con los alquileres salir adelante en caso de pasar problemas económicos.

—¿De qué demonios hablas? Poseo mucho dinero. Mis padres se ocuparon de que no todo fuese a manos de James.

—Por supuesto –musitó Adam.

—¿A qué viene esa suspicacia? –se quejó su amigo.

—Nath. Sé la vida que llevas y conozco el estado de tus finanzas. Son buenas, pero al ritmo que vas, puedes quedarte en la

ruina muy pronto. A no ser que hagas caso de una vez a mis consejos financieros.

Él chasqueó la lengua.

—Aún soy joven para enfrascarme en negocios. Y por favor, deja de ser tan agüero. Sé como administrarme.

—Tú veras –suspiró Adam.

Nath se levantó.

—Si eso es todo, iré al baño. Necesito adecentarme. Nos vemos esta noche en el club.

—Aún no te lo he contado todo. Siéntate, por favor.

El semblante circunspecto de Adam lo alertó.

—El problema está en las condiciones para que puedas heredar. Exige que… que… Ni me atrevo a decirlo por temor a cómo reaccionarás.

—Te juro que no me alteraré. Espero cualquier locura de mi sensato hermano. ¿No es paradójico? –bromeó Nath.

—No es momento para chanzas, amigo –lo reprendió Adam.

—Adelante –dijo Nath. Inclinó el torso y lo instó a continuar.

Su amigo aseveró.

—James ha dictaminado que recibirás esa suma si te haces cargo de tú sobrino.

Nath le lanzó una mirada de reproche.

—¿Acaso has pensado que lo mandaría a un orfanato? Ni yo podría ser tan cruel. No después de… Ya sabes. ¡Por Dios, Adam! Me duele que me creáis tan insensible.

—Ni por un segundo se me ha pasado por la cabeza. Sé lo qué opinas sobre ello.

—¿Entonces?

—Te cederá su tutela con la condición de que estés… Estés casado. Soltero no verás ni un penique y la custodia irá a parar a manos de vuestra abuela.

—¿Cómo has dicho? ¿Es qué se ha trastornado? —siseó Nath. James no podía estar cuerdo si pensaba dejar al pequeño James con esa vieja sin corazón.

—Lo cierto es que, esa condición ya la puso al hacer testamento la primera vez y no ha querido cambiarla. Puedo entender tu enojo –dijo Adam.

—No tan solo estoy enfadado; también atónito. Mi hermano es el hombre más cuerdo que conozco. Y ahora va y me impone una condición absurda.

—James ha estipulado esta norma que descubrirás en cuanto muera, no antes. Recuérdalo, por favor. No metas la pata o estaré perdido.

Nath se recuperó en unos segundos.

—Esta situación es ilógica. No sé porqué has sentido el impulso irrefrenable de venir a contarme esto. No hay ningún problema. En el momento que mi hermano desaparezca de este mundo, James ya será mayor de edad y con toda seguridad tenga descendencia; y yo, por supuesto, seguiré viviendo como me plazca.

Adam se levantó y se sirvió una copa de brandy. Nath hizo lo mismo. Su amigo, ni en los años más locos, bebió alcohol hasta después del almuerzo.

—Temo que aún hay más. ¿Cierto?

Adam aseveró y apuró el brandy de un solo golpe.

—James… James está enfermo. Muy enfermo –le comunicó.

Nath se dejó caer en el sillón.

—¿Es lo qué imagino?

Adam confirmó sus sospechas con un leve movimiento de cabeza.

—¿Cuánto tiempo?

—El médico no le da más de un año.

Nath ocultó el rostro entre las manos. ¿James iba a morir? No. No podía ser. Él era su soporte. El hermano mayor que siempre estaba allí para acudir en su ayuda. El único vínculo que lo unía a un núcleo familiar.

—Consultaremos a otros médicos —masculló.

—Ya se ha hecho. Es inútil, Nath. Está sentenciado.

—¡No! –aulló él.

Adam apoyó la mano en su hombro intentando que se calmara.

—Nath, por favor. Ahora tienes que ser maduro y aceptarlo. ¿De acuerdo? Y por favor, ni una palabra de esto a nadie. Y mucho menos a tú hermano. Ya lo conoces. Es orgulloso. No quiere que nadie le tenga compasión. ¡Ah! Y compórtate cómo hasta ahora. No levantes sospechas. Aguarda a que James quiera informarte.

—Está bien. Pero no se si podré disimular –susurró Nath.

—Supongo que esta noche no irás al club.

—No.

—Lo siento, amigo. Lo siento mucho. De verdad.

Nath carraspeó e intentó serenarse.

—No comprendo nada. James ha puesto una condición que es imposible. ¿Cómo ha podido pensar que alguien como yo puede casarse en menos de un año y con una mujer que considerará adecuada? Pero lo peor es lo de la abuela. Es… ¡Es cruel!

—Supongo que ha querido evitar que os enfrentéis en los tribunales. Tal vez piense que es mucho mejor una educación estricta y dura que dejar a su hijo con el mayor sinvergüenza de Londres. Es pura lógica, amigo.

Nath asintió con tristeza.

—Reconozco que no sería el mejor hogar para un niño. Adoro al pequeño James. Aún así, no podría educarlo. Pero dejarlo con esa bruja… No puedo creer que en verdad desee que crezca con esa mujer. No puedo consentirlo. No.

—Intenta recomponerte, amigo. Ahora debo irme. Te llamo más tarde –se despidió Adam.

Nath se sirvió otra copa y murmuró:

—Tendré que pensar en algo. Y rápido.

## 2

Daphne, con dedos trémulos, abrió el sobre. Sacó la carta. Antes de leerla cerró los ojos y tomó aire.

—Vamos. Me muero de curiosidad –la apremió Chuck.

Ella clavó sus ojos verdes en la palabra mágica: Aprobada.

—¡Me la han concedido! ¡La tengo! –gritó exultante de felicidad.

—¡Hip, hip, hurra! ¡Daphne será una doctora especializada en el corazón! –exclamó Chuck.

—Eso parece.

—¿Cómo qué parece? Te han admitido. ¿Y cuánta pasta te dan?

—La suficiente para no pasar penalidades. Han sido más que generosos –respondió ella terminando de leer.

La euforia inicial se bajó como un suflé.

—¡Mierda, Chuk! ¡Serán desgraciados! ¿A quién se le ocurre entregar el dinero de la beca en el momento que uno llega a la universidad? ¿Acaso no se dan cuenta que cuando uno pide una subvención es qué carece de dinero? ¡Inútiles! –exclamó. Y lanzó la carta sobre la mesa.

—¿Qué problema hay? La cantidad será suficiente para todo lo que necesitas –opinó Chuk.

Ella miró incrédula a su mejor amigo y soltó una risotada.

—¿Qué que problema hay? ¡Pues todos! Y el primero es que no puedo ir a la universidad porque no puedo comprar el billete de avión. ¡Esta maldita beca no me sirve de nada! ¡De nada!

—¿A qué viene querer ir volando como si fueses millonaria? Baja de las nubes, Daphne. Puede que en el futuro seas una doctora de prestigio, pero ahora no eres más que una muchacha del Whitechapel. Vives entre ladrones, pedigüeños y prostitutas. Tú única opción es ir en barco.

—Esa opción no es viable. La carta ha llegado demasiado tarde. Y si no llego al inicio del curso, pierdo la beca. Y el barco me dejaría en Nueva York cinco días después.

—Puedes pedir prestado a Logan.

—¿Y qué le doy cómo garantía, eh? ¿Ese puto jarrón?

Chuck sacudió la cabeza.

—Una futura doctora no debe hablar como una verdulera.

—La futura doctora ya no existe. Y cómo has dicho, no soy más que una chica barriobajera.

Él chistó varias veces en señal de protesta.

—En ningún momento he dicho nada parecido. Sólo he especificado el lugar dónde vives, no que tú seas como todos nosotros.

Daphne posó la mano sobre la de su amigo y le sonrió.

—Tú también eres especial.

—No tanto como tú. Saber pintar no es importante. En cambio, tú tienes una mente privilegiada. Con diecisiete años ya estás a punto de realizar el último curso para licenciarte.

—Y juro que si consigo llegar a la meta te ayudaré para que también salgas de este agujero. Pero con franqueza, ahora las

posibilidades se esfuman. ¡Dios! ¿Por qué tengo tan mala suerte?

—La verdad, ha sido una putada que tú padre muriese en este momento. De lo contrario, este problema no hubiese existido. Se esforzó mucho en conseguir que lograses tú sueño.

—Sí. Y creo que trabajar tan duro para ello es lo que lo ha matado.

—¡No vuelvas a decir algo tan espantoso! Tú no eres culpable de nada. ¿Entendido? –se enojó Chuck.

—Prepararé té –decidió Daphne. Abrió el cajón y apretó los dientes para contener la ira al comprobar que no quedaba.— ¡Mierda! Ni tan siquiera puedo tomar una maldita taza de té.

—Estamos en las últimas –suspiró él.

Daphne cogió la raída chaqueta.

—Y más lo estaremos si llego tarde al trabajo. Me marcho. Nos vemos esta noche.

Cruzó los callejones húmedos a toda prisa. La vieja Rose poseía un carácter agrio e irascible. No dudaría ni un instante en echarla sin contemplaciones.

Jadeando se detuvo ante la puerta. Rose aún no había abierto. Miró el reloj. Ya eran las nueve.

—Ha cerrado.

Daphne miró a la chiquilla de rostro cubierto de lamparones.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, que sa marchao de la ciudá. Sa ido con su hijo que vive en Irlanda.

Daphne permaneció petrificada durante varios minutos. No podía ir a Nueva York, no tenía trabajo y lo peor de todo, era que la bruja de su jefa se había fugado debiéndole el salario de la semana. Aquello no podía estar pasando.

—¿Te encuentras bien? –le preguntó una mujer.

Ella intentó no echarse a llorar y aseveró.

—Sí, sí.

Dio media vuelta y como una autómata regresó a casa.

Una vez dentro dejó escapar el inmenso dolor que le oprimía el pecho y estalló en un llanto desgarrador.

Los golpes en la puerta la hicieron reaccionar. Sería Chuck. Abrió y el corazón casi se le paraliza al ver al hombre.

—Hola, Daphne. ¿Puedo pasar?

Sin esperar permiso el hombre apartó la puerta con brusquedad y entró. Ella retrocedió unos pasos.

—¿Cómo estás, preciosa? ¡Uy! ¿Has llorado? Cuéntame tus penurias.

Ella se sorbió la nariz y lo miró desafiante.

—Cody, lárgate de mí casa.

Él sonrió con perversidad.

—¿Tú casa? ¿Ya has pagado el alquiler de este mes? No. Claro que no. Ni tampoco la deuda que contrajo tú padre conmigo. Y te comunico que el plazo acordado ya ha llegado a su fin y no estoy dispuesto a perder mí dinero.

Daphne tragó saliva.

—No… No tengo ni un penique.

—Vaya, vaya. Un gran contratiempo. Deudas, imposibilidad de pagar la casa... Temo que a final de semana dormirás en la calle. ¿Así que, dime, preciosa? ¿Qué podemos hacer?

—No se…

Cody se acercó más a ella y levantó la mano para acariciarle la mejilla. Daphne se apartó.

—Conoces mis gustos. No me interesas en ese aspecto. Aunque, puede que a otros sí. Me falta una chica de tus características en el club. Piel de seda, modales educados. Una dama en el cuerpo de una puta. El ideal de un caballero. Sería un buen modo de saldar lo que nos debéis.

Ella lo miró horrorizada.

—¡Jamás!

El prestamista se carcajeó.

—No, claro que no. Tú eres una futura doctora.

El rostro de Daphne mostró asombro.

—Muñeca. Estoy al tanto de todo lo que sucede en el barrio. Es mí territorio. Por otro lado, tú padre hizo una exposición muy efusiva sobre los motivos por los que necesitaba dinero. ¿Y sabes una cosa? Por primera vez se lo dejé sin que empeñase nada. ¿Y sabes la razón?

—No –susurró ella.

—Tú causa me llegó al corazón. No siempre tiene uno la oportunidad de ser un buen samaritano con un vecino que puede aportarnos tantos beneficios. Así que, le dije a tú padre que le daba el dinero con la condición de jurarme que su doctora nos ayudaría siempre que nos hiciese falta. Ya me comprendes. Uno no puede ir al hospital depende en que circunstancias. Pero tú querido papá dilapidó mí dinero apostando a las carreras y ahora no puedes ir a la universidad –dijo Cody.

—No… No. Él lo gastó en el alquiler y cosas básicas.

Él volvió a reír.

—Eres más inocente de lo que pensaba, muñeca. Peter nunca pudo abandonar su mayor vicio. Me pidió más pasta y ahora tú pagas las consecuencias. Quiero mí dinero.

Daphne, alterada, se frotó las manos.

—Te repito que no lo tengo.

Cody chasqueó la lengua.

—En ese caso, deberás compensarme de otro modo, encanto.

Ella cogió la carta y se la mostró.

—Me han… concedido una beca. Mira. Me dan mucho dinero. Pero no lo cobraré hasta llegar a América. Si… Si me prestas para el pasaje en avión, juro que te mandaré el importe de lo que debemos y cuando regrese convertida en médico atenderé todos los casos que me pidas. ¡Lo juro!

—¿Piensas que soy imbécil? Te largarás y nunca más sabré de ti.

—Te doy mi palabra.

Cody alzó las cejas.

—Si confiase en las promesas de la gente, ahora estaría viviendo bajo un puente. Querida, te aseguro que de un modo u otro me cobraré. Te daré dos opciones. La primera trabajar en el club.

—¡Jamás! Antes prefiero morir –se negó Daphne.

Él estalló en carcajadas.

—He escuchado eso infinidad de veces y llegada la hora todos suplican clemencia. Cielo, nadie quiere irse al otro barrio por voluntad propia a no ser que esté loco. Tú no serás distinta. Así que te queda la segunda opción para seguir gozando de este maravilloso mundo.

—¿Y si no acepto? –inquirió ella mostrando por primera vez un poco de valentía.

Él sacó una navaja.

—Te infringiré algo peor que la muerte. Dejarás de ser una muchacha bonita y encima, no terminarás los estudios. Te convertirás en una paria, porque ni de puta te querrán. Serás una pedigüeña que pide caridad en la escalinata de la catedral. ¿Te parece un buen futuro, preciosa?

Daphne tragó saliva. Ese hombre era peor que una bestia. No podía esperar clemencia. Tragó saliva y sin apenas voz, susurro:

—¿Qué debería hacer?

—Veo que comprendes. Bien. Ya que hemos llegado a un acuerdo, te contaré lo que vamos a hacer.

## 3

Nath se bebió el tercer vaso de whisky sin poder dejar de

pensar en su hermano. Habían pasado dos meses desde que se enteró de su estado de salud y James aún no le confesó que se estaba muriendo. No comprendía a qué estaba esperando. No es que fuesen los hermanos más unidos del mundo. Sin embargo, en estas circunstancias no podían permanecer alejados. Debían aprovechar cada minuto. Y no podía hacerlo sin traicionar a Adam.

Pero esa no era su única preocupación. Su cabeza loca y las terribles expectativas de futuro sin su hermano, lo hicieron actuar con más desenfreno e insensatez. Gastó grandes sumas en fiestas, mujeres, apuestas e inversiones fallidas. Y ahora, sus finanzas estaban en la cuerda floja. Apenas le quedaba capital para mantenerse durante un año. Si no encontraba pronto un medio de incrementarlo tendría serías dificultades para mantener el mismo ritmo de vida. Una vida a la que no estaba dispuesto a renunciar. Había crecido bajo la tutela de unos padres desapegados que suplieron la falta de amor con caprichos y otorgándoles una libertad nada acorde para unos niños. A su muerte, la abuela… No quiso recordar esa etapa oscura. Una época que lo llevó a convertirse en lo que era, en un hombre que no poseía la voluntad y el carácter juicioso de su hermano. Cada persona era distinta y él se lanzó hacia una existencia que le hiciera olvidar el pasado y a sus veinticinco años ya era tarde para cambiar.

—¿Necesita algo más, señor?

—No, Patrick. Puedes retirarte.

—Le recuerdo que hoy parto hacia Escocia. Mañana vendrá mi sustituto.

—Cierto. Lo olvidé. Espero que tú hermana mejore. Buen viaje.

—Gracias, señor. Si tiene algún problema con él no dude en llamarme.

—Lo haré. Buenas noches.

Nath se sirvió otra copa. La paladeó con lentitud e intentó pensar en una solución para resolver los problemas. Pero éstos eran insalvables. James estaba condenado y él debía arriesgarse en invertir el poco dinero que le quedaba en algo que le proporcionase un beneficio rápido; con el peligro de perderlo todo. La salida más segura era la herencia. E incluso ésta, no estaba a su alcance. Aunque encontrase a una mujer dispuesta a convertirse en su esposa, James jamás creería que fuese un matrimonio por amor. Creería que era otra más de sus locuras pasajeras y podía cambiar las condiciones del testamento y lo dejaría sin nada. Claro que, aún le quedaba una opción. Podía aceptar las invitaciones que siempre rechazó a los bailes de las debutantes. Al fin y al cabo, a pesar de su mala fama, también la tenía cómo uno de los solteros más cotizados del país. Cualquier madre ansiosa por casar a su niña mataría por convertirse en su suegra. Pero existía un escollo y era el tiempo. El cortejo podía durar

un año y no podía aguardar tanto. Estaba acabado. Dentro de unos meses viviría en la miseria.

Terminó la bebida y decidió ir a acostarse. No estaba de humor para salir. Al parecer, tampoco para dormir. Se levantó y encendió un cigarrillo. Aspiró el humo y lo dejó escapar efectuando círculos.

—¡Maldita sea! Estoy acabado –masculló.

Irritado decidió bajar para tomar una copa más. Abrió la puerta del salón y encendió la luz. Parpadeó atónito al ver a la mujer revolviendo los cajones.

—¿Qué demonios haces? –siseó.

Ella, aterrorizada, soltó la bolsa. El estrépito del contenido retumbó.

Nath comprendió. Era una ladrona. Y todo por su mala cabeza. Olvidó cerrar la puerta del jardín. Enfurecido, caminó hacia ella y la aferró del brazo.

—Por favor, no me haga… daño –sollozó ella ante el furor que el rostro de ese hombre mostraba.

Él, por unos segundos, quedó apresado por su rostro de una belleza apabullante y por esas dos esmeraldas que lo miraban aterrorizados.

—Jamás alzaría la mano contra una mujer; aunque ésta sea ladrona.

—No… lo soy.

Él miró la bolsa.

—¿En serio?

—Puedo explicarlo.

—Las explicaciones se las darás a la policía.

Ella jadeó en un intento de que el aire le llegase a los pulmones, pero apenas podía respirar. Notó como estaba a punto de desmayarse y se aferró al otro brazo de Nath.

Él, al ver su palidez, la sentó en el sofá.

—¿Si te suelto vas a escapar? No me gustaría ser brusco contigo. Porque te aseguro que no te librarás de esta. ¿Te queda claro?

Daphne asintió.

Nath llenó un vaso de agua, se lo ofreció y ella bebió con ansia.

—¿Mejor?

—Sí. Por favor, no me denuncie. Deje que me explique. Por favor. No soy una ladrona, de verdad. Es la… primera vez que… hago algo parecido. Yo… me he visto obligada. Él me ha obligado –le suplicó Daphne.

Nath nunca fue confiado. Sin embargo, algo en esa muchacha le decía que no mentía. Se sentó frente a ella y dijo:

—Habla.

Daphne se aclaró la garganta y frotándose las manos se dispuso

a contarle todo.

—Yo… Verá. Soy estudiante de medicina. Mi padre pidió un préstamo a Cody. Cody es… un prestamista de Whitechapel. Cómo decía, pidió dinero para poder pagar el resto de mí carrera. Pero… Las cosas no fueron bien y nos quedamos arruinados. Hace dos meses recibí la notificación de que me concedieron una beca para terminar el último año de carrera en Nueva York. El problema es que… No me entregaban el dinero hasta que llegara a la universidad. A eso debo añadir que ese mismo día perdí el trabajo y… el salario de la semana. Por esa causa no pude comprar el billete de avión y…

—¿Me tomas el pelo? –la interrumpió Nath, volviendo a enojarse.

Ella se revolvió inquieta. Siempre imaginó al diablo como un hombre oscuro. Pero al tener frente a ella a ese hombre con cabello y barba de fuego, cambió de opinión. Daba miedo.

—No. Claro que no. Puede que le resulte… confuso. Pero todo es cierto, señor. Lo juro.

Él no la creía en absoluto. Aquella historia era un cuento sin sentido. Aún así, le pidió que continuase. La situación, a lo que uno podía suponer, le estaba resultando muy divertida. Además, quería descubrir hasta dónde llegaba su mentira.

Daphne percibió su media sonrisa socarrona. Tenía que conseguir que su voz fuese firme. Debía convencerlo de la verdad. Se pasó la lengua por los labios resecos debido al pavor y dijo:

—Cómo decía, perdí la posibilidad de terminar mis estudios. Pero mis males no habían terminado. Cody, el usurero, se presentó en casa y me exigió que le abonase la deuda. Al no poder, me insinuó trabajar en su club.

—¿Qué club? –se interesó Nath.

—El Gato callejero. Un lugar nada recomendable. Bueno… Lo sé porque… Lo cierto es que nunca he estado. Es lo que he oído. Créame.

Nath lo conocía muy bien. Era cliente asiduo; en especial de las mesas de juego y de sus prostitutas; las mejores de la ciudad. Exuberantes y perversas. Por ello era incapaz de ubicar a esa ladrona de ojos verdes, cabellos dorados y silueta más bien delgada en un sitio como aquél. Claro que, debieron pensar que sería productivo tener a una chica distinta para el gusto de nuevos clientes.

—¿Aceptaste trabajar?

Daphne tensó la espalda.

—¡Claro que no! A cambio de negarme me dijo que debía ejercer de ladrona. No me quedó otra que aceptar o me hubiese obligado a prostituirme. ¿Comprende? Estos dos meses me ha estado instruyendo en el arte del robo. Hoy era mi primer golpe. Quise

pedirle más tiempo alegando que no estaba preparada. Pero me amenazó con rajarme la cara. ¿Qué hubiese hecho usted? No conoce como es esa gente. No tienen piedad y en ningún momento dudé de sus amenazas. Así que, me he visto obligada a convertirme en una criminal para saldar la deuda y conseguir el dinero para el avión.

Nath permaneció en silencio unos minutos. Aquella historia era tan rocambolesca que no dudó ni un momento en qué era cierta; cómo tampoco que el pavor en el rostro de ella era real. Aquella chica experimentaba terror.

—Imaginemos que te creo, dime: ¿Qué debería hacer?

—No denunciarme y dejarme marchar –dijo Daphne reflejando en sus ojos como prados una súplica.

—¿Así de fácil? ¿Y qué hay de esas antigüedades que has destrozado al soltar la bolsa? Ahora eres a mí a quién debes dinero. ¿Cómo vas a pagármelo?

Ella se echó a llorar con desgarro. Su vida no podía ir peor. Nada le salía bien. Quería morirse y así descansar de esa pesadilla.

Nath, sin poder evitar el impulso, la estrechó contra su pecho. Percibió su cuerpo menudo, el balanceo de su pecho debido a la tensión, el olor a limón de su cabello. Aspiró hondo. Se sentía reconfortado teniéndola entre los brazos.

—No, por favor. No soporto ver a una mujer llorar. Cálmate –susurró pasando la mano sobre su espalda.

—¿Cómo voy a calmarme? Mis… deudas han aumentado y no puedo… pagarlas… ¡No puedo! Si pudiese, juro que lo haría. Pero… no sé cómo.

—Ahora no debes preocuparte por ello. Uno es incapaz de pensar al estar alterado.

Ella se apartó y lo miró ceñuda.

—Para usted es muy fácil tomarse las cosas con tranquilidad. Pero yo no puedo. Y menos en este momento. Cody me matará al saber que me ha descubierto y que vuelvo con las manos vacías. Y no sólo eso, pensará que lo he delatado… ¡Y en verdad lo he hecho! Si… ¡Me cortará el cuello! ¡Ay, Dios! No puedo volver a casa. ¿Y dónde iré? Esto es una pesadilla. Una maldita pesadilla.

Nath, cuando ella comenzó a jadear, le llenó de nuevo el vaso de agua, buscó un sedante y se lo ofreció. No le extrañaba que estuviese a punto del colapso. Eso, si su historia que rallaba lo esperpéntico, era real.

Ella miró la píldora.

—La melatonina dormiría a un caballo y más esta marca en especial. ¿Quiere dejarme noqueada?

Nath levantó una ceja. Era imposible que hubiese visto el frasco.

—¿Qué marca es?

—Calpidem –respondió Daphne. Y al ver su asombro, añadió: Ya le he dicho que me queda un año para licenciarme. Estudio medicina.

Él la observó con más atención. Era imposible. No debía tener más de veinte años.

—¿No eres muy joven?

—Sí. Nadie está tan avanzado a los diecisiete. Pero mi mente es privilegiada. Por eso me han concedido la beca. Ahora todo se ha truncado. No seré médico y Cody me matará. Mejor me muero ahora mismo.

—No hay que desesperar. Siempre hay soluciones –dijo Nath.

—¿En serio lo cree? –inquirió ella con tono apagado.

No. En absoluto. Él mismo era una víctima de problemas infranqueables. Prácticamente en la ruina, a punto de perder al ser más importante de su vida y con la imposibilidad de acceder a la herencia. Ninguna de su círculo social era apta para adherirse a un matrimonio ficticio. Todas deseaban atraparlo en una jaula y tirar la llave. Nunca consentirían un divorcio. Por otro lado, contratar a una de sus amiguitas quedaba descartado. James jamás creería que tras su acérrima defensa de la soltería se hubiese enamorado en apenas dos meses de una mujer vulgar e ignorante. Tal vez de una muchacha con cara de ángel, delicada, inteligente, bastante educada y hermosa… Porque era bella. Muy bella. No le sería difícil convivir con ella. En realidad, estaría encantado de poder ser el primero que le mostrara los caminos del placer. Siempre y cuando no hubiese mentido en ese apartado. Sí. Daphne tenía qué convertirse en su esposa. Y lograría convencerla.

—Sí que lo creo. Y es más. He dado con la solución.

Ella lo miró desconfiada.

—No. No pongas esa cara. Te aseguro que no es nada degradante.

Daphne le dedicó una media sonrisa.

—Me pregunto si usted sabrá discernir entre lo degradante o no.

—Ahora mismo te mostraré que sé de lo que hablo –dijo él, dibujando una enorme sonrisa.

# 4

Nath se sirvió una copa de oporto y le ofreció otra a Daphne. Ella la rechazó.

—No bebo alcohol.

—Hoy es una ocasión extraordinaria. Bebe. Te dará ánimo.

—¿Para enfrentarme a la policía?

Nath le brindó una suave sonrisa.

—Puede que no sea necesario si eres pragmática y aceptas mí propuesta.

Ella tensó el cuello.

—Ni lo sueñe. No me liberaré de ningún aprieto con mi cuerpo. Antes prefiero pudrirme en una celda. Ya puede delatarme, porque usted no me pondrá un dedo encima.

Él elevó la comisura de la boca en un gesto de incredulidad.

—¿Me vas a hacer creer que una chica de Whitechapel prefiere no librarse de la cárcel por no aceptar una proposición de sexo?

Daphne arrugó la frente y lo miró iracunda.

—De qué me extraño. Usted no es más que un burgués que se cree por encima de los demás. Los hombres como usted piensan que los pobres no tenemos principios. ¡Pues los tenemos, entérese! Soy una chica decente. ¡Nunca me he acostado con nadie por amor y mucho

menos lo haré por su sucio chantaje! Así que, ya puede llamar a la pasma.

Nath no dejó de observarla. Si antes le pareció preciosa, ahora, enfurecida, estaba hermosísima. En realidad, era la muchacha más bella con la que se había topado. Y era extraño que le agradase pues no poseía ninguno de los atributos que lo enloquecían. No emanaba sexualidad; si no delicadeza, tanta que, incluso iracunda, sus modales eran refinados. Sin duda, teniendo en cuenta su procedencia, poseía elegancia innata. Unas cuantas lecciones de etiqueta y comportamiento bastarían para hacerla pasar por una gran dama aristocrática. Encajaría en su círculo social. Tal como pensó, una esposa que su hermano aprobaría sin dudar.

—Por favor, no te alteres. Si me aseguras que eres virgen, te creo.

Daphne se carcajeó.

—¿Así qué si soy pura me respetará? ¡No me tome por idiota! Usted no me inspira la menor confianza. Ha intentado sedarme, a saber con qué perversas intenciones.

—Me acusas de prejuzgarte y haces lo mismo conmigo –le reprochó Nath.

—¿Ahora se muestra indignado por la parte perjudicada? Conozco a los de su clase. Cuando se empeñan en conseguir algo no dudan en tomarlo, cueste lo que cueste. Mintiendo, seduciendo, amenazando; sin importarles las consecuencias. Pero a veces se topan con alguien que tiene integridad. Y yo la tengo. Le repito que su oferta es inaceptable. No me acostaré con usted. Usted no va a ser el primer hombre que meta en mí cama. Quíteselo de la cabeza.

Nath alzó los hombros con desidia.

—En realidad, me da lo mismo; puesto que esto no era lo que pensaba proponerte. Te he dicho antes que no era nada vejatorio. Lo juro.

En los ojos de Daphne se reflejó el desconcierto.

—¡Vaya! He conseguido dejarte sin palabras. ¿No me vas a preguntar qué tenía pensado?

—Miedo me da saberlo.

Dio un sorbo a la copa y con la mano le indicó que hablase.

—Verás. No eres tú la única que tiene problemas. Yo también. Puede que no tan dramáticos como los tuyos, pero dificultades, al fin y al cabo. Y creo que si nos unimos podemos zanjarlos. Y antes de que vuelvas a oponerte, te diré que no se trata de nada inmoral. Más bien muy decente. Te ofrezco una boda.

—¿Cómo ha dicho? –inquirió ella creyendo que escuchó mal.

—Quiero que te cases conmigo.

Daphne alzó las cejas.

—Cómo ves, mis intenciones son del todo honorables –aseguró Nath.

—¿Cómo puede bromear en una circunstancia como esta?

—Hablo muy en serio. Necesito que seas mi esposa.

—¡Usted está loco! –exclamó Daphne.

—No, querida. Más bien desesperado; al igual que tú. Mi situación es delicada. Necesito dinero y la única manera de conseguirlo es si estoy casado.

Daphne terminó el oporto de un trago y rompió a toser.

—No es prudente beber sin contención si uno no está acostumbrado –le aconsejó Nath.

Ella dejó con brusquedad la copa sobre la mesa.

—¡No me venga con ironías! Es lógico que me encuentre confusa. En realidad, debería estar ya loca con lo complicada que se ha vuelto mi existencia. Lo mejor que podría hacer es largarme bien lejos. Pero no puedo porque si no acepto su excéntrica oferta me entregará a la policía. ¿Verdad?

—Así es. Mira, preciosa. Cuando se está a punto de caer al abismo no queda más remedio que coger la mano que se nos ofrece. Boda o cárcel. Elige.

—¿No debería darme antes una explicación de los motivos por los que desea que sea su mujer?

—Ya te he dicho que es una cuestión monetaria.

Daphne lo fulminó con la mirada.

—Y para ello me necesita. Pues, perdone, pero no lo entiendo. Vive en el mejor barrio de Londres en una casa impresionante y perdone que le diga, pero me parece usted un ególatra. ¿Cómo tiene el descaro de decir que necesita dinero viendo esto?

—Tú, más que nadie, eres el vivo retrato de que las apariencias engañan. Estoy en la ruina. Y mi hermano ha especificado en su testamento que si no estoy casado con la mujer adecuada no veré ni una libra. ¿Comprendes ahora? –le aclaró Nath.

—Usted no está bien de la cabeza, señor. Pertenecemos a mundos distintos. Nunca podríamos compenetrarnos. Además, su familia nunca me aceptará. Por otro lado, estas prisas son ilógicas. ¡Su hermano puede palmarla dentro de cincuenta años! —refutó Daphne.

—Veo que es lioso para ti. Verás. Mi hermano está muy enfermo. Apenas le quedan unos meses de vida —le aclaró Nath.

—Lo siento –dijo ella.

—Yo también. Cómo decía, en su testamento ha especificado que me dejará la tutela de mí sobrino y una cantidad de dinero considerable, pero con la condición de que esté casado; por supuesto, con una chica que no pertenezca a mí círculo de amistades. Digamos que no son adecuadas al tipo de vida decente que se espera de una

esposa. No son lo que se dice muy honorables.

—¿Y por qué no se ha casado con alguna mujer de su mismo nivel social? Sería lo más lógico, ¿no le parece? Por otro lado, nosotros somos incompatibles. No nos llevaríamos bien.

—Mira, preciosa. Nuestra unión no necesitará que nos compenetremos. Será un matrimonio de conveniencia.

Daphne lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que alguna de las mujeres de mi nivel social aceptaría una unión ficticia? Lo que en realidad desean es cazarme, conseguir un título, darme un vástago y negarme el divorcio. Digamos que no son muy desinteresadas.

—¿Y yo sí soy altruista? ¿Acaso ha olvidado que soy una chica barriobajera y qué he entrado a robar en su casa? –inquirió Daphne, suspicaz.

—Lo de robar, tal cómo has dicho, es una circunstancia ajena a tú naturaleza. Y hablando de naturaleza, tú eres todo menos vulgar. Por esa causa eres la chica ideal para mis planes. Universitaria, con modales educados, inteligente y con un aspecto físico delicado, acorde con los gustos de nuestro círculo social, y en especial con los de mi hermano. En realidad, mirándote bien, eres muy atractiva. Mucho. No se si replantearme la condición de no ponerte la mano encima.

—Me ha dibujado un matrimonio ficticio. Lo que significa que no tendremos relaciones íntimas. Esa es la única condición que aceptaré. Eso, si lo hago.

En ningún momento se le pasó por la cabeza esa condición. ¿Estar casado con esa belleza y no poder gozar de ella? ¡Ni loco!

—A ficticio me refería a los sentimientos. No existe amor, ni lo habrá. No creo en esas estupideces. Y en cuanto fallezca mi hermano y herede, en unos meses nos divorciaremos. Lo cuál, no interfiere en el hecho de que desee consumar y disfrutar de nuestra relación. Pues comprenderás que un hombre joven cómo yo no puede permanecer célibe mucho tiempo.

—¡Ni hablar! No entregaré mí… Quiero decir qué, no acepto estas condiciones. Me casaré con usted, sí. Pero sin intimidad –insistió Daphne.

Nath, pensativo, se mordió el labio. Por mucho que reclamase, ella jamás cedería. No tenía más remedio que consentir. Desencantado, suspiró.

—Una lástima. Y bien. ¿Tenemos un trato?

Ella dudó.

—No se… No creo que salga bien. Además, yo no quiero ser la esposa de nadie. Yo quiero ser doctora. Lo que de verdad quiero es ir a la universidad de Nueva York.

—Lo que tienes es unas horas para decidir si quieres ser libre o

ir a prisión –le recordó Nath.

Daphne se frotó la frente.

—Esto es una locura.

—Sí. Lo admito. Sin embargo, no puedo hacer otra cosa. Ni tú tampoco.

—Por supuesto. Pero usted es el único que sale beneficiado.

—No es verdad. Tú te librarás de ser condenada. Y no sólo eso. No perderás la oportunidad de licenciarte. Te daré bastante dinero para que puedas reanudar tus estudios y puedas vivir con comodidad en América.

—Quería licenciarme este año –musitó Daphne con tristeza.

—Incluso aguardando un curso, serás la doctora más joven de la historia. Vamos, mujer. No es tan terrible. Te casarías con uno de los solteros más codiciados del país y más atractivos.

—Existe una gran diferencia de edad entre nosotros. Dirán que soy una caza fortunas y no me aceptarán. E imagino que eso no será beneficioso para sus intereses. No obtendrá lo que busca.

Nath elevó una ceja.

—¿Diferencia? No soy tan viejo, querida. Por otro lado, en mí mundo esas menudencias no se tienen en cuenta. Deberías ver a carcamales con esposas que podrían ser sus nietas. Yo soy una ganga, cielo. Muchas te envidiarán –opinó Nath.

Ella lo miró con más atención. Cierto. A pesar de su aspecto diabólico, no estaba nada mal. Era muy interesante. Poseía belleza masculina, pero no agresiva. En realidad era armonioso. Ojos azules, su cabello ensortijado de color caoba y una boca sensual que invitaba a perderse en ella. Y todo ello enmarcado en un cuerpo perfecto. Pero existía algo que rompía esa belleza y era que estaba loco. Sin embargo, ese botarate le estaba ofreciendo una solución para libarla del presidio y de poder continuar los estudios. Sería una inconsciente si rechazara su propuesta.

—Sería peor tener que enfrentarme a Cody –musitó.

—¿Cómo dices?

—¡Ay! Que nos hemos olvidado del prestamista. No perdonará que le deje en la estacada. Nos perseguirá hasta que no le demos su dinero. Y me ha dicho que usted no tiene. ¡Madre mía! —jadeó ella.

Él tomó sus manos entre las suyas e intentó calmarla.

—Bueno, decir que no tengo libras es exagerado. Aún poseo un buen capital. Para ti sería una fortuna. Aún así, no pienso darle ni un penique a ese criminal.

—¡Nos matará! Usted no lo conoce –exclamó Daphne aterrorizada.

—Ni él a mí tampoco. Ten por seguro que no osará meterse conmigo. Pertenezco a una de las familias más poderosas e influyentes

del país. Junto a mí estás a salvo. Siempre y cuando te conviertas en mí esposa.

—¿Y puedo saber quién es esa familia tan importante? –quiso saber ella, al pensar que ese tipo era un fanfarrón.

—¿No te informó ese Cody a quién debías robar?

—No quise saberlo. Lo único que me importaba era cumplir con la deuda y que el problema terminase cuanto antes.

Nath sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Eres más inocente de lo qué suponía. Ese tipo jamás te habría dejado libre. Habría recabado pruebas contra ti y te chantajearía para el resto de la vida. Por suerte, has topado conmigo.

—Sí. Menuda suerte –cuchicheó Daphne.

—Pues la tienes, mi bella ladrona. Me presento. Soy Lord Nathaniel Laymore, segundo hijo del Vizconde Laymore. Pero, como ya nos tenemos confianza, puedes llamarme Nath.

Ella lo miró pasmada. Él le cerró la boca.

—¿Y tú quién eres?

—Yo… Daphne Cox, hija de un deshollinador. Ya ve. Una chica de lo más vulgar. ¿Y si sabe esto aún está dispuesto a qué nos casemos? Puede que su hermano, al enterarse de mi pedigrí, lo desherede.

Nath sonrió.

—Conozco a mí hermano y le encantarás.

—Si usted lo dice. Pero. Antes de sellar este disparate, quiero que proteja a Chuck o no acepto.

—¿Quién es Chuck? ¿Tú amante? Por supuesto que no. Si no has mentido, has dicho que eres virgen. ¿Es el hombre que amas? ¿Tú novio? ¿Puede darnos problemas? –quiso saber él sintiéndose, sin encontrar un razonamiento lógico, enojado.

—Nunca nos perjudicaría. Es mí mejor amigo. Somos como hermanos. Y no pienso dejarlo a manos de ese prestamista. Pagaría las consecuencias de mis actos. No lo permitiré.

—¿Así qué en el paquete tengo que incluir a ese Chuck? ¿Y qué se supone que debo hacer con él?

—No lo se. Pero vendrá conmigo.

—No. Nadie debe saber que nos hemos casado por la herencia –refutó Nath.

—Vendrá o los dos perderemos la mayor oportunidad de nuestras vidas. Es mí única condición.

—La segunda –le recordó Nath.

—Usted propuso la primera –rectificó Daphne.

—¿Y no hay posibilidad de modificar el trato? –sugirió él dedicándole una sonrisa seductora.

—¿Cree de verdad que lo haría tras ver lo que he aceptado para

no prostituirme? Rotundamente, no.

—Una lástima. El matrimonio sería mucho más divertido.

—Esta situación es todo menos divertida, señor. Puede que para usted sí. Yo estoy aterrada. Nunca busqué esto.

—La vida nos pone pruebas y debemos superarlas. ¿Lo harás tú?

—Lo haré con mis condiciones.

Él elevó la comisura del labio en un gesto de prepotencia.

—¿De veras piensas que eres tú quién puede exigir? ¡Por favor! No seas ilusa. Si te niegas irás a prisión.

—Y usted no conseguirá su dinero. Mire. Los dos nos necesitamos. ¿Cierto? Pues entra él en el paquete o no hay trato. Chuck puede pasar por mi hermano o puede contratarlo como sirviente. Le aseguro que no nos dará problemas. Nunca me provocaría aprietos.

Nath tomó aire por la nariz. No quería introducir un extraño en ese acuerdo tan delicado. Un tropiezo y no habría servido de nada ese matrimonio. Pero sabía que Daphne, a pesar de ser una completa desconocida, era de ese tipo de personas que no dejaban en la estacada a sus amigos.

—Está bien. Pero tendrá que ser con la condición de criado. Dudo que él tenga los mismos modales que tú. Pero si descubre nuestro plan…

—Nunca quebrantará la lealtad que siente hacia mí. Y aunque pertenezca a la escala más miserable de la sociedad, es un chico decente. No todos los pobres somos rateros ni traidores.

—Tú no eres un buen ejemplo, preciosa. Tu belleza me ha robado el corazón.

Daphne la lanzó una mirada incendiaria.

—Está bien. No volveré a bromear. Ahora, centrémonos en los detalles. Son importantes si queremos que nadie sospeche de nuestro plan. Escucha…

5

Chuck bajó del coche de caballos y miró el edificio. Era imponente. Sin duda pertenecía a un hombre adinerado.

—¿Podrías explicarme de una vez por qué Daphne está aquí? –dijo con tono preocupado. Por mucho que se devanó los sesos le fue imposible imaginar una razón convincente. Porque la única qué se le ocurría no quería ni pensarla.

El criado no respondió. Le indicó que lo siguiera y tras abrir la verja, entraron en el jardín.

—Te exijo que...—Calló al ver a su amiga aguardándole en la puerta. Caminó hacia ella y dijo: ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Ahora te explico. Pasa.

Si la mansión le impactó, el interior lo dejó pasmado. Nunca pensó que existiera en el mundo tantas maravillas. Lámparas de cristal reluciente, jarrones impresionantes, pero lo que más le emocionó fueron las pinturas.

—¿Eso es un William Holman?

—Me parece que no será tan desagradable tenerte en casa.

Chuck se dio la vuelta y miró al propietario de la voz. Se trataba de un tipo altísimo, de porte elegante, pero de aspecto demoníaco. No por su rostro de facciones perfectas; si no por su mirada fría.

—¿Quién es usted? –le preguntó sin ocultar el tono brusco.

—Lord Nathaniel Laymore. Patrick. Puedes llevar el té al salón de invierno. Daphne. Estaré en la biblioteca –dijo.

En cuanto se alejó, Chuck se encaró con Daphne.

—¿Qué pasa aquí? Dame una explicación razonable, porque si es lo que supongo... –dijo mirándola con aire recriminatorio.

—No es lo que imaginas. Pero ven. Hablaremos aquí –dijo ella abriendo la puerta.

Entraron en un saloncito acogedor. La decoración era discreta. Unas cuantas pinturas, que Chuck catalogó cómo lo que eran, obras de

arte de pintores afamados y por supuesto, una pequeña librería para armonizar el conjunto artístico; de los cuáles uno podía disfrutar en una de las dos butacas o del diván colocados ante la chimenea. Optó por acomodarse en una de las butacas. Daphne ocupó la otra.

Patrick entró en ese momento. Dejó la bandeja sobre la mesita.

—¿Cómo lo prefiere la señora? ¿Con leche o sólo?

—¿Te ha llamado señora? –se burló Chuck.

Ella le lanzó una mirada de hielo.

—Con un toque de leche, Patrick y un terrón de azúcar. Él lo tomará solo. Gracias.

Tras servir, el mayordomo los dejó a solas. Daphne dio un sorbo a la taza y reclinó la espalda en la butaca.

—¿Qué demonios haces? Yo preocupadísimo y tú tomando té con una tranquilidad pasmosa. Esto es muy raro. Pero mucho. ¿Podrías decirme de una maldita vez qué hace una chica cómo tú en un lugar cómo este? ¿De qué conoces a este tipo?

—Cálmate. No hay nada raro. Bueno… Puede que sí. O no… No se…

—¡Mierda! O hablas claro o aún me mosqueas más. ¡Daphne, maldita sea! Suéltalo ya –se exaspero el muchacho.

Ella inspiró hondo y comenzó a relatarle lo acontecido desde la visita del usurero.

Cuando Daphne terminó de hablar, Chuck la miró ceñudo.

—¿Me has dicho la verdad?

—A ti jamás te mentiría. Lo sabes –aseguró ella.

Él movió la cabeza de un lado a otro aún incrédulo.

—¡Joder! Es tan rocambolesco que cuesta asimilarlo. ¿Y qué harás?

—No me queda más remedio que aceptar su proposición. Por esto estás aquí. No podía arriesgarme a que Cody viniese esta noche a casa y pagases por mi error. Pero no tienes obligación de seguirme. Pero piénsalo bien. Aquí estarás protegido. Si vuelves al barrio…

—Corro peligro. ¡Dios! ¿Por qué siempre nos tienen que pasar estas cosas? ¡Mierda!

—Siento haberte metido en esta situación. Lo siento de veras –se disculpó ella con ojos húmedos.

Chuck se levantó, se arrodilló ante ella, apoyó las manos en su regazo y la miró con dulzura.

—Tú no has hecho nada malo. Ni yo tampoco. Han sido los demás. Ha sido la Vida la que no nos ha dado buen juego. Pero ahora, esto ha cambiado. Ahora todo nos irá muy bien.

—¿Lo dices de veras? –musitó ella sorbiéndose la nariz.

Él alzó la mano y le mostró lo que había a su alrededor.

—Por supuesto. Cody, sin proponérselo, te ha dado el futuro

que deseabas.

—No se… Aún me siento confusa.

—Lógico. Lo que ha pasado es espeluznante. Pero a la vez milagroso. Si esta noche no llegas a topar con un tipo que está tan desesperado cómo tú, ahora estarías entre rejas. ¿Y qué ha pasado? Que ahora te encuentras en posición de poder continuar con tu carrera. Y por supuesto, yo acompañarte a Nueva York para perfeccionar mi arte.

—Visto así, parece hasta que he tenido suerte.

—¡No lo dudes, preciosa! Por fin las cosas comienzas a irnos bien.

—¿Quiere decir eso que aceptas unirte a mí? Deberás trabajar como criado.

—¿Acaso me crees capaz de dejarte en la estacada? Daphne. Hemos crecido juntos. Juntos hemos soportado penalidades y alegrías. Si por ayudarte debo servir a ese demonio, lo haré. Pero no seré sumiso si veo que el tipo rompe su promesa e intenta sobrepasarse. Soy capaz de matarlo. ¿De acuerdo?

Ella, ya más aliviada, sonrió. Se levantó, hizo sonar una campanilla y dijo:

—Gracias, amigo mío. Ahora, comuniquemos a nuestro salvador la decisión.

Apenas un minuto después la puerta se abrió dando paso a lord Laymore.

—¿Y bien?

—Chuck está conforme.

—Lo estoy porque no nos ha dejado otra opción. Aunque, eso no significa que pueda avasallarnos. Al igual que usted, poseemos dignidad. Seré su criado. Sí. Pero recibiré el mismo sueldo que sus otros sirvientes. ¡Ah! Y otra cosa. Daphne me ha detallado el acuerdo. Ella es la persona que más quiero en este mundo. Si alguien la lastima se las verá conmigo. Por ello, le advierto que si incumple y le roza un solo cabello, lo lamentará.

—A pesar de estar sometido cómo vosotros a estas circunstancias tan adversas para nuestros intereses, sigo siendo un caballero. Mi palabra es sagrada. Que no os quepa la menor duda. ¿Entendido?

—Si usted lo dice…

Nath se acercó al mueble bar. Se sirvió una copa de oporto, preparó otra para el muchacho y se la ofreció.

—No bebo. Gracias.

Nath levantó una ceja.

—No bebes, conoces a los pintores y tú lenguaje es correcto… Eres desconcertante.

—¿Por qué soy un pobre muchacho de Whitechapel? Ya ha comprobado con ella que los estereotipos son ilógicos.

—Dos flores en la estepa helada no la convierte en un prado.

—Porque la cruda realidad es que donde hay miseria no existe la voluntad de cultivarse. Los esfuerzos se encaminan hacia la supervivencia. ¿No es así?

—Así es, muchacho. Vosotros sois la excepción. Pero dejémonos de teologías y vayamos a lo esencial. Todos tenemos mucho en juego. No nos podemos permitir fallar o el futuro no será nada halagüeño. Por lo que, a partir de ahora, seguiréis todas mis instrucciones sin una protesta. Si alguno de vosotros no está dispuesto a trabajar duro, que salga por la puerta ahora mismo.

Daphne y Chuck permanecieron sentados.

—Bien. Apenas tenemos tiempo para prepararnos. A pesar de ello, sé que por lo que he comprobado de vosotros, lo lograremos. ¿Listos?

## 6

Se casaron dos semanas después de conocerse.

Daphne nunca imaginó una boda así. Su sueño fue el más común entre las niñas. Un vestido de princesa, la iglesia llena de flores e invitados, y lo más importante, un futuro marido profundamente enamorado. En cambio, la ceremonia transcurrió en un juzgado donde los únicos asistentes fueron los testigos. No hubo adornos, ni vestido de novia, ni prometido que la mirase con ojos llenos de amor. Pero no le importó. Aquello no era real. En unos meses esa etapa espantosa de su vida quedaría atrás y por fin podría emprender el camino hacia un futuro mucho mejor.

—Me he quedado sorprendida.

—¿De mí seriedad durante la ceremonia?

—De su edad. ¿Veinticinco? Pensé que era mayor.

—Hay gente que en la juventud aparenta más edad que cuando va envejeciendo. En mí familia es una característica. Lo comprobarás

en el instante que conozcas a James.

Ella se estremeció al pensar en el momento.

—No te preocupes. Todo irá bien. ¡En fin! Continuemos con la comedia. He reservado mesa en el mejor restaurante de Londres –dijo Nath.

—No era necesario; pues no tenemos nada que celebrar –dijo Daphne.

—Discrepo. Hemos resuelto nuestros problemas. Por otro lado, tenemos que exhibirnos para que esto parezca de lo más auténtico. A mí hermano no le tardará en llegarle el rumor de qué su díscolo hermano se ha casado y nos requerirá de inmediato.

—¿Resuelto? Esto no puede salir bien. Se dará cuenta de que somos unos farsantes. Si investiga…

—Comprobará que mi esposa vivía en la peor parte de Londres. Sí. ¿Y qué?

—Se enfurecerá de qué el hermano de un vizconde se haya casado con una miserable. Le eliminará del testamento. Seguro.

—James está habituado a mis locuras y aunque te parezca mentira, siempre acaba perdonándome. Así que, ahora no será distinto. Además, en cuanto te conozca, se alegrará. Seguro que cuando le digan que al vicioso de su hermano lo han cazado imaginará a una mujer muy distinta a ti.

—Nunca me ha dicho sus gustos en ese asunto.

Su ya marido acercó la boca a su oreja y susurró:

—Ya las verás con tus propios ojos.

Daphne lo miró extrañada.

—Me has negado el sexo. Y no soy hombre que pueda reprimir sus apetencias. ¿De verdad eres tan ingenua que has creído que me mantendré casto?

—Lo que he pensado es que no sería tan estúpido de poner en peligro su herencia dejándose ver por los burdeles.

—No lo soy, querida. Tengo mis planes. Pero dejemos eso ahora. Acabamos de casarnos y no es un tema apropiado para una esposa hablar de las amantes de su marido. ¿No te parece?

Ella dejó escapar una media risa.

—Nunca he conocido a nadie tan superficial.

—Uno no puede ser perfecto. Pero volvamos al tema principal. Te aseguro que James se sentirá aliviado de que seas mí mujer, Lady Laymore. Deja de preocuparte.

Ella dejó de andar.

—¿Qué ocurre?

—No se si… me acostumbraré a que me llamen así; ni tampoco sabré cómo desenvolverme entre los de su clase. Nadie me verá como a una dama.

El semblante de Nath se ensombreció.
—No te preocupes. Será por poco tiempo. Además, estas dos semanas te he aleccionado y has aprendido lo suficiente. Por otro lado, no suelo asistir a sus reuniones. No soy lo que se dice un miembro bien recibido. Todo lo contrario. Vamos.
Su entrada en el restaurante causó un gran impacto. No era para menos. El mayor crápula de la ciudad llegaba colgado del brazo de una joven hermosa y delicada, que sostenía entre las manos un ramo de novia. Y no sólo eso, pudieron apreciar unos aros de oro relucientes en sus dedos anulares.
—¿Lo ves? Ya están murmurando. Me apuesto la cabeza a qué esta noche James nos cita. Ahora, relájate y haz lo que hemos acordado. ¿De acuerdo?
Ocuparon la mesa menos discreta. Era necesario que todos pudiesen observarlos. E iniciaron la pantomima. Los recién casados se tomaron de las manos y se miraron con embeleso, y no dejaron de hacerlo durante toda la comida. Como tampoco los demás clientes de mirarlos de soslayo.
—Se acerca un hombre –musitó Daphne.
Nath alzó la mirada. Era Julios, unos de sus compañeros de juerga.
—Nath. Hace mucho que no nos veíamos. Y ahora comprendo la razón. ¿Me presentas? –dijo clavando la mirada en Daphne.
Nath vio en los ojos negros de su amigo a la fiera depredadora y le molestó. En realidad, muchísimo. Carraspeó y con voz acerada, dijo:
—Será un placer, Julius. Te presento a mí esposa. A Lady Laymore.
Su amigo soltó una enorme carcajada.
—Siempre tan bromista.
Nath tomó la mano de Daphne y le mostró los anillos.
—Acabamos de casarnos. Para ser exacto, hace hora y media en el juzgado.
Julius los miró boquiabierto.
—¿Qué te extraña? Todo hombre, al final, encuentra al amor de su vida y mi Daphne es ese amor. Por ella he cambiado y ya no deseo nada de este mundo que no sea mí esposa –dijo Nath. Tomó la mano de ella y besó el anillo.
Julius se aclaró la garganta.
—Ya veo. Pues… Felicidades, amigo. Bien. Os dejo que disfrutéis de la celebración. Mi lady –se despidió, con ese aspecto de alguien que parecía haber visto un fantasma.
—Hoy toda la buena sociedad hablará de nosotros –sonrió Nath.

—Si le digo la verdad, da miedo saber que su vida está tan expuesta –susurró Daphne.

—Es uno de los precios que tenemos que pagar los de mí clase. Aunque, a mí me importa un pimiento lo que se diga. Vivo mí vida. ¿Ya has terminado? En ese caso, hagamos una salida digna del espectáculo que les hemos dado.

Salieron del local con las manos entrelazadas, siendo el centro de atención.

—Primera fase completada. Vamos a por la segunda.

Llegaron a casa. El servicio y Chuck los recibieron reunidos en el hall. El mayordomo les ofreció dos copas de champaña.

—Felicidades. Mi lord, mi lady.

—Gracias, Patrick. Si no te importa, llévalas a la habitación.

Los criados evitaron sonreír.

—Como ordene el señor.

Subieron tras él y los recién casados entraron en el cuarto. Sobre la cama había pétalos de rosas y decenas de velas prendidas daban al ambiente un aire muy romántico.

—¿A qué viene esto? Tenemos un acuerdo y esto no entra en él –susurró Daphne mostrándole la cama.

—No tengo la menor intención de abalanzarme sobre ti, te lo aseguro –dijo Nath. Aunque no fuese cierto. Le encantaría hacerlo. La verdad era que Daphne era una belleza y él jamás renunciaba a disfrutar de ella. Sin embargo, poseía una sola virtud inquebrantable y era que nunca rompía la palabra dada.

—¿Entonces?

—Nadie del servicio debe sospechar de qué esto es una farsa. Sólo mi fiel mayordomo está al corriente. Somos unos recién casados y es lógico que deseemos estar a solas cuanto antes para consumar nuestro amor, en un ambiente romántico. Por lo demás, hice una promesa. Y quiero que te quede claro que, a pesar de mi pésimo historial, nunca la rompería. ¿Te quedas más tranquila, cielo?

Ella asintió.

—Si no necesitan nada más, me retiro –dijo el mayordomo.

—No. Gracias, Patrick.

# 7

Al cerrarse la puerta, Daphne ya no estaba tan segura de que su marido respetase el acuerdo.

Nath se acercó a la bandeja le ofreció la copa.

—Brindemos por nuestro éxito.

—Muy seguro le veo.

—Lo estoy. Y gracias a ti.

Ella alzó las cejas.

—Confía demasiado. La farsa termina en el instante que cae el telón y será pronto. Lo presiento. Un momento u otro meteré la pata.

Él la tomó del mentón.

—Siempre apuesto al caballo ganador. Y no me equivoco nunca. ¿Sabes la razón? Porque reconozco su valía. Tú eres una chica con un cerebro privilegiado. Sabrás hacerlo. Deja de preocuparte, por favor.

Daphne se apartó.

—Quedamos que nada de intimidades.

—Simplemente ha sido un roce, querida esposa.

—Nunca vuelva a tocarme un cabello. ¿Entendido? –seseó ella.

Él levantó las manos y le mostró las palmas.

—Lo prometo.

—Eso espero. ¿Tendremos que dormir aquí?

—Así es. Pero no temas. Cómo acabo de jurar, tú virtud está a salvo. Usaré el sofá.

—No es necesario. Yo estoy acostumbrada a hacerlo en sitios peores –se ofreció ella.

—Un caballero jamás lo permitiría. ¿Más champaña?

—No. He sobrepasado mí límite.

—Mejor qué no sepas el mío –dijo Nath guiñando un ojo.

—¿Por qué es así?

—¿A qué te refieres?

—Lo tiene todo, cierto. Sin embargo, eso no es motivo para que desperdicie la vida.

Nath le dedicó una sonrisa ladina.

—Yo no considero una perdida de tiempo la diversión. Lo que me parece horrible es buscarte responsabilidades si no es necesario. Si uno es rico, ¿para qué trabajar pudiendo disfrutar a todas horas? Pero no pienses que todo en mí es banal. Para tú información estuve en la universidad.

—¿Y se licenció? –inquirió Daphne con tono mordaz.

—Por supuesto, desconfiada. En arquitectura. Y juro que con honores.

Daphne arrugó la nariz y lo miró con desprecio.

—Ya veo. Prefiere ser un parásito a ejercer su profesión. ¡Es patético!

Él, en lugar de enojarse, se llenó de nuevo la copa.

—Lo que soy es auténtico. No me avergüenzo de mis actos. Soy transparente como el agua.

—¿Ni lo que está haciendo con su hermano?

Por primera vez él bajó el rostro.

—No me queda otra.

—Ya. Se está arruinando y todo vale para no perder su estilo fastuoso de vida.

Nath hizo rodar la copa entre las manos.

—Esa es una de las razones. La otra y puede que la más importante y es evitar que mí abuela se haga cargo de mi sobrino.

—¿Por qué?

Él apretó los dientes con gesto rabioso.

—Es una cuestión familiar que no te concierne; al menos por ahora. Si quieres cambiarte, en el armario encontrarás todo lo necesario. Si ves que te falta algo lo dices y saldremos de compras.

Daphne comprendió que esa parte de su vida era terreno prohibido. Fue hacia el ropero y lo abrió. Sus ojos se abrieron como platos al ver la cantidad de ropa, zapatos, bolsos y accesorios que Nath compró para ella. Todo era maravilloso y carísimo.

—Esto es un despilfarro –susurró, sin poder reprimir la tentación de acariciar las telas.

—Aparca tus ideas de proletaria. Debes acostumbrarte a tu nueva vida. La esposa de un lord debe ir vestida adecuada con su estatus. La tacañería no puede estar presente en esta casa. Siempre hay que mostrar lo mejor.

Daphne escogió el camisón de seda y la bata.

—Me cambiaré en el baño.

—Por supuesto.

Él abrió el cajón de la cómoda y extrajo una caja de terciopelo. En el interior había un collar de brillantes y esmeraldas. Costaron una buena suma, al igual que todo lo concerniente a Daphne, pero la inversión fue necesaria si quería lograr el objetivo.

Daphne regresó. Nath no puedo evitar que sus ojos brillasen ante la belleza de su esposa. De una esposa que no podía tocar. Había sido un idiota la aceptar las condiciones de ella.

—Acerté en la talla. Ven –dijo mostrándole el collar.

—No es… necesario –rechazó ella.

—Lo es –dijo Nath, colocándoselo.

Daphne, a pesar de sus principios, no pudo evitar acariciar las piedras.

—Reconoces que es una gargantilla exquisita. Una obra de arte que aún hace resaltar más tus hermosos ojos. ¿Verdad? Y en tú cuello, aún resulta más extraordinaria. Acerté de pleno.

—Lo que pienso es que con lo que ha costado podrían comer varias familias de mi barrio durante un año –refunfuñó enojada consigo misma.

Él cogió el pijama y camino al baño dijo:

—La vida es así de injusta, querida.

Ella lo miró con desprecio.

—Nunca conocí a nadie tan egoísta.

—Pero gracias a este frívolo podrás conseguir todos tus anhelos. Dinero, un título académico, una nueva vida, este ropero… Aunque, olvídate de las joyas. Son tan sólo una inversión.

Daphne alzó el mentón.

—No tema. Le dije que no soy una ladrona. En cuanto termine nuestro acuerdo, no quiero nada de usted que no pactáramos.

—Buena chica. ¡Ah! Y a partir de ahora, que no se te escapen los formalismos. El usted se ha terminado. Para ti soy Nath, cariño o amorcito –dijo él abriendo la puerta.

Ella se detuvo y lo miró con un brillo burlón.

—¿Amorcito? ¿Es así cómo te diriges a tus amiguitas? Suena muy ridículo, la verdad. Y hablando de mujeres. ¿Cómo piensas saciar tus ansias sin ser descubierto? Siento verdadera curiosidad, querido.

Nath endureció el semblante.

—Sobre ese asunto no interferirás en mí vida privada. A no ser que decidas convertir este matrimonio en algo real. ¿Te queda claro?

Ella levantó las cejas y sonrió.

—¿En serio se te ha pasado por la cabeza tal posibilidad? ¡Por Dios Santo! ¡Qué ridiculez!

Nath entró en el baño y cerró dando un sonoro portazo.

Se cambió sintiéndose malhumorado. Era la primera vez que una mujer no caía rendida a sus encantos. Aunque, pensándolo bien se dijo, era lo mejor. Podría complicarse la situación y no le apetecía tener que consolar a otra conquista decepcionada; además con la complicación de ser su esposa. Un divorcio dónde una parte muere de amor sería complicado y muy difícil de obtener. Mejor mantener las distancias.

Regresó a la habitación. Daphne estaba sentada ante el tocador y no pudo evitar quedar seducido por la imagen reflejada en el espejo.

Los golpes en la puerta le hicieron volver a la realidad.

—Mi lord. Siento molestarles. Pero su hermano desea verlo. Le he informado de las circunstancias y aún así, insiste. Parece ser un

asunto urgente.

—Bien. Dame unos minutos.

Daphne, nerviosa, se frotó las manos.

—Esto no estaba previsto. Dijiste que iríamos a su casa.

—La noticia lo habrá conmocionado más de lo previsto. Debe imaginar que me he casado con una… Con una mujer nada apropiada para tan rancia familia. Debe estar ansioso por reprenderme y deshacerse de ti. Pero se llevará una agradable sorpresa.

—Por el contrario, confirmará que has hecho una locura. Temo que la farsa está a punto de finalizar.

—No debes tener tan poca confianza en ti, querida. Cierto que no eres la cuñada deseada, pero en cuanto te vea, sé que le encantarás. Deja de temblar, por favor. Tú limítate a hacer lo que acordamos y todo irá de maravilla. ¿De acuerdo?

—Sí… Ya… ¿Qué hacemos ahora?

Nath se acercó a ella y en silencio, una a una, le quitó las horquillas dejando que el cabello dorado cayese sobre su espalda. Después hundió las manos en él y lo revolvió.

—¿Qué haces? –musitó azorada.

Él sonrió al ver su rubor. Al principio tuvo dudas de su inocencia, pero a medida que los días pasaron, por sus reacciones, supo que no mintió. Y ahora se arrepentía de no poder convertirla en su esposa de verdad. Sería excitante poder llevarla por los caminos del placer que nunca recorrió. Mostrarle cómo era sentir en su cuerpo el peso de un hombre y cómo gozar al ser poseía con ardor. Daphne, a pesar de su aspecto delicado, no podía engañarlo. Contenía pasión. Una fogosidad que algún día entregaría a otro y ese pensamiento lo perturbó más de lo esperado. Se aclaró la garganta y dijo:

—Perfecto. James no debe dudar de lo que ha ocurrido en esta habitación. Ponte un poco de color en las mejillas. Darás la imagen de una recién casada virginal que ha sido pillada haciendo travesuras con su maridito.

Ella, nerviosa, se frotó las manos.

—Pero… ¿Tengo que verlo ahora? No puedo. No estoy preparada. Dile que duermo.

—¿En nuestra noche de bodas? Nadie creería una excusa como esa. Primero bajaré yo. En diez minutos Patrick te avisará.

—No…

—Tú haz lo que hemos preparado y todo irá bien. Confío en ti. ¿Vale? ¡Ah! Y no te cambies. Ponte la bata.

—Pero… ¿Qué dirá tú hermano? No es decente recibir visitas en ropa de cama.

—James sospecharía si en una noche como esta bajases vestida. Tranquila. Eres una chica lista. Lo harás de maravilla.

# 8

Nath entró en la biblioteca. James se encontraba de pie con los brazos cruzados tras la espalda observando el cuadro de sus padres. Su postura indicaba que estaba muy, muy enfadado.

—James.

Su hermano se dio la vuelta. Alguien ajeno a la familia no podría apreciar la furia que dominaba.

—Siempre esperé lo peor de ti. Borracheras, despilfarro, irresponsabilidad, mujeres de dudosa reputación…—Calló. Tomó aire y siseo: Pero esto… Esto… Es… ¡Ni se ni cómo calificarlo!

—Es bien fácil: Matrimonio.

—¿Es qué has enloquecido? No. Seguro que estabas borracho. ¡Por Satanás! ¿Y por qué rayos Adam no me ha contado nada? ¿Por qué demonios he tenido que enterarme por el director del Times? Juro que si estaba al tanto, nuestra amistad y relación comercial terminará en el acto. No podré confiar nunca más en él. ¿Y tú? ¿Por qué lo has escondido?

—No le he dicho nada a nadie. Y eso incluye a mí mejor amigo y a mi hermano.

—No me extraña. Te lo hubiese impedido. Esta vez has superado tú estupidez.

—Me he enamorado, James. Y no quería que nadie me separase de la mujer que amo.

James soltó una carcajada profunda.

—¿En serio? ¿Y cuánto va a durar ese amor? ¿Una semana, un mes o a lo máximo medio año? Has avergonzado a la familia en muchas ocasiones, pero esto traspasa el límite, hermano. ¡Y todo por un capricho!

—No es lo que piensas. La quiero de verdad.

El rostro de James se contrajo debido a la furia.

—¡Por el amor de Dios, Nathaniel! Esa mujerzuela ha conseguido cazarte y antes de lo que esperas te pedirá el divorcio y te desplumará. ¡Eres más idiota de lo qué creía! ¡Un majadero!

—Te equivocas. Cuando la conozcas…

James alzó la mano para efectuar un gesto de desprecio.

—No pienso conocerla, hermano. Ni pienso consentir que esta

locura siga. Hablaré con nuestros abogados y anularán el matrimonio. En apenas unas horas estarás libre de esa mujerzuela.

Nath le lanzó una mirada iracunda.

—No te entrometerás, James. Es mí vida y es lo qué he elegido.

—Como tú hermano mayor tengo la obligación de protegerte y de mirar por el prestigio de la familia. No consentiré que siglos de nobleza se vayan a la mierda por un antojo de un crío. No se hable más. Anularás este absurdo matrimonio de inmediato. ¿Entendido?

—Te aseguro que no será necesario. Daphne es una chica estupenda.

—No insistas. No quiero…

El mayordomo entró con la bandeja del té.

—Gracias, Patrick. Ya lo sirvo yo. Puedes volver a la cama –dijo Nath guiñándole un ojo.

—No me apetece –dijo su hermano.

Nath llenó las tazas y le ofreció una.

—No me la rechaces, por favor. Ni tampoco te niegues a escucharme. No es tu estilo dictaminar sin escuchar las razones.

James cogió la taza.

—Todo lo que digas no hará que cambie de opinión. Conozco tus gustos en cuanto a mujeres y son del todo inadecuados para la familia. Me juego el pellejo que la has conocido en uno de esos antros de la parte baja de la ciudad. Será ordinaria, voluptuosa y sin la menor educación. Claro que, imagino cuál será la virtud que ha conseguido cegarte. Ella debe ser experta en sexo. Cualquiera puede imaginar cómo ha logrado su gran habilidad. ¡Dios Santo, Nath! Nos has deshonrado con una prostituta.

—Te equivocas. Ella es…

Dejó de hablar al abrirse la puerta y ver a Daphne.

—Nath. Estaba preocupada. ¿Qué ocurre? ¿Va todo bien? Recibir visitas a estas horas sin previo aviso no es lo acostumbrado –dijo ella con voz suave.

Nath le dedicó una sonrisa bobalicona.

—Así es. Pero no te preocupes. Todo va bien. Es James, cielo. Pasa, por favor.

Ella se acercó y tendió la mano a su cuñado. Él, sorprendido, se la estrechó. Aquella muchacha era todo lo contrario a lo que supuso. Belleza delicada, al igual que su voz y gestos.

—Disculpe que esté en bata, pero pensé que ocurría algo malo –musitó Daphne ajustándose el cinturón.

—Es comprensible. No se inquiete –dijo James sin poder dejar de mirarla. Era preciosa y sus movimientos suaves, y su sonrisa tímida y extrema juventud, la hacían parecer una muñeca de porcelana. Pero la vida le enseñó que las apariencias eran engañosas. El perfume

oculta el mal olor tan sólo por unas horas. No podía confiarse. Y menos de una elección de su díscolo hermano.

—Es usted muy benévolo. Mi marido me ha hablado mucho de usted. Es una placer conocerlo, vizconde; aunque sea en una situación tan poco formal.

—Yo…Lo mismo digo, señora.

—¿Señora? ¡Por Dios, hermano! Si acaso, lo más normal sería llamarla cuñada. Pero Daphne será lo mejor. Y tú, cariño, olvida los protocolos también. James bastará. Ahora ya eres de la familia –rió Nath.

Ella sonrió con dulzura.

—Siento mucho que no estuviera al corriente de nuestra boda, vizconde. Nath dijo que no la aprobaría y deseábamos casarnos para formalizar nuestro amor. Ruego que comprenda y nos perdone.

James se ajustó el chaleco.

—Si nos permite, deseo hablar con mí hermano.

—Por supuesto. Iré a acostarme. Ha sido un día agotador. Aunque, espero que mañana podamos conocernos como es debido, mi lord.

James rompió a toser.

—¿Estás bien? –le preguntó Nath.

—Sí… Sí. Es un resfriado… Nada serio.

—Tienes ojeras y observo que has perdido bastante peso, hermano. No te veo nada bien. Estás enfermo. ¿Ya has visitado al médico?

—No es nada. De verdad.

Nath apretó los dientes. ¿Por qué seguía ocultándole la gravedad de su mal? ¿A qué esperaba? ¿A morirse sin sincerarse?

Daphne observó la dificultad que tenía para respirar y se acercó a él.

—¿Puedo examinarle?

James la miró con incomprensión.

—A sus diecisiete años ha terminado el penúltimo curso de medicina. El año que viene se licenciará y creo que es el estudiante más joven en lograr esa proeza. Me he casado un la mujer más inteligente que existe. ¿Verdad, amor? –dijo Nath mirando a su esposa con ojos de cordero degollado.

—Exagerado como siempre. ¿Me permite, mi lord?

—No es necesario…

—James, por favor. Déjala. Te aseguro que es toda una profesional –le rogó Nath.

Su hermano asintió. Daphne le tomó el pulso y consultó su reloj de pulsera.

—Un poco acelerado, pero es lo normal tras un ataque de tos.

¿Suele ocurrirle muy a menudo?

—No –mintió James.

—¿Puedo auscultarlo?

Él dejó que lo hiciese. Ella apoyó la oreja en su pecho y cerró los ojos. Tras un minuto se separó. Tomó su muñeca y comparó los latidos con el reloj de pulsera.

—Silbidos. Puede ser bronquitis o un resfriado muy fuerte. Pero la pérdida de peso indicada por su hermano no me gusta. ¿Qué le ha dicho su médico?

Él intentó delinear una sonrisa tranquilizadora.

—Nada importante. Un simple resfriado.

Daphne lo miró con fijeza. James, en sus ojos, pudo ver que no lo creía en absoluto. Seguro que le comentaría a Nath su impresión. Hablaría con él en unos días. Era inútil seguir ocultando la verdad.

—Supongo que le han recetado algún jarabe. De todos modos, a pesar de estudiar medicina, también soy partidaria de las recetas tradicionales. Le aconsejo que tome infusiones con jengibre, tomillo y mucho limón. ¡Ah! Y apártese de las corrientes. Debe cuidarse o puede degenerar en una neumonía.

—Lo haré. Gracias.

—Bien. En ese caso, no hay porqué preocuparse. Ahora, si me disculpan, me retiro.

—Claro, cariño. Yo tampoco tardaré en acompañarte –dijo Nath guiñándole un ojo.

—Buenas noches –se despidió ella.

—¿Y bien? ¿Vas a soltar ahora esas barbaridades que pensabas de mí esposa sin conocerla? Venga. Estoy aguardando los insultos –dijo Nath, un tanto irritado.

Su hermano lo miró con semblante circunspecto.

—No es momento para cinismos, Nath. Te hablaré con franqueza. La verdad es que no logro comprender que ha pasado. Daphne es… Es muy distinta a las mujeres que siempre te han gustado. Me ha sorprendido. Ella es… Nath. Lo cierto es que desconfío de igual modo. Sabes que… No se… Estoy confuso.

—James. No es lo que piensas. Ella es bonita, elegante, educada y muy inteligente. No es ninguna meretriz. Te lo juro –lo interrumpió Nath.

Su hermano aseveró. Nunca esperó que Nath escogiera como esposa a una muchacha muy aceptable. Fina y con cerebro. En apenas unos minutos averiguó que su salud era muy delicada. Y esa situación tan solo la conocía su abogado y dudaba que se hubiese ido de la lengua. Era un profesional honorable y respetuoso con los secretos que debía guardar de sus clientes. ¿Sería verdad que el tarambana de su hermano se había enamorado de una mujer decente y cultivada?

—He confesar que me has dejado sin palabras. ¿De dónde las has sacado? No pertenece a nuestro círculo social o la conocería. ¿Quién es su familia?

Nath soltó un chasquido.

—Lamento defraudarte en ese apartado. Su familia no tiene pedigrí. El señor Cox era un simple obrero. Para ser más exactos, deshollinador.

James respingó.

—¿Cómo?

—¿A qué viene este aspaviento? Es un oficio tan digno como otro cualquiera. Sin ellos tus chimeneas serían inútiles porque arderían como una tea. Aunque, no deberás preocuparte por ello. Ya murió. Daphne ya no tiene familiares. Y dudo mucho que nuestras amistades se molesten en indagar sobre el pasado de mí esposa. Por otro lado, estoy convencido que, a pesar de sus orígenes, será aceptada sin dudar.

—No se…

—En dos años será doctora. Y estoy seguro que te sentirás tan orgulloso de tú cuñada que organizarás la fiesta más fabulosa por su graduación. Hermano, Daphne es genial y te aseguro que estoy muy enamorado. Es la mujer de mí vida y lo será hasta el día de mí muerte. Y tú serás testigo de ello. ¿Por qué pones esa cara?

—Comprenderás que, con tu trayectoria, tenga dudas. De todos modos, he de confesar que tú esposa me ha resultado agradable.

—Mi esposa. Aún no puedo creerlo –musitó Nath.

—Todavía no me has dicho dónde os conocisteis.

—En el hospital.

Su hermano entrecerró la frente.

—No te preocupes. Una caída desafortunada. Ella estaba de prácticas y como la herida era leve en lugar del doctor que estaba muy ocupado me atendió Daphne.

—Y la dejaste encandilada con tu labia y atractivo.

—¡Qué va! Fui yo el hechizado. Ella rechazaba cada intento que hacía por acercarme.

James sonrió.

—Y al ser la primera mujer que no podías conseguir, te obsesionaste.

—Así es. Le mandé flores, dulces e incluso alguna joya. Y ella me devolvió todo. No puedes ni imaginar como me sentía. Notaba una opresión asfixiante en el pecho y el insomnio se apoderó de mis noches. Hasta dejé de salir. ¿Puedes creerlo, hermano?

—Con franqueza, me cuesta. Sí. Aunque, lo cierto es que en el último mes no he escuchado ninguna de tus infames correrías ni has salido en los artículos de cotilleo. Pensé que estabas enfermo. Ahora

veo la verdadera razón.

—La vida disipada ya no me atrae. Solamente mi dulce mujercita –dijo Nath. Y dejó escapar un hondo suspiro.

James sacudió la cabeza aún incrédulo.

—Y dime. ¿Cuándo comenzó ella a interesarse por ti?

—El día que acudí a la recaudación benéfica del hospital. Fui generoso. En realidad, muy generoso. La impresioné y aceptó tomar un té conmigo.

James lo miró ceñudo.

—Descubrió que eras rico y noble. ¿No pensaste que decidió que la cortejases por eso? Al fin y al cabo, no era más que una chica de un barrio humilde. ¿Seguro qué te quiere?

—No aceptó casarse conmigo la primera vez que se lo pedí.

—Pura estrategia –comentó James.

Nath le posó la mano sobre el hombro.

—Hermano. No está interesada en el dinero ni en los títulos. El único al que aspira es al de doctora. Y no ha consentido que le compre un buen joyero. Sólo aceptó esa gargantilla que has visto. Y me llevé un buen rapapolvo cuando vio el vestuario. Y no sólo eso. La única condición que me puso para casarse fue que le permitiría ejercer su carrera. Así que, no tengo la menor duda de que Daphne me adora. Deja de preocuparte. He hecho la mejor elección de mí vida.

James se levantó.

—Ya lo veremos. Casarse con una mujer a los dos meses de conocerla me parece muy precipitado.

Nath suspiró hondo.

—Cupido nos hirió hondo. No tuvimos más remedio que consumar nuestro amor ante el altar para que la herida vaya cicatrizando hasta el fin de nuestros días. Y por supuesto, porque mi estimada mujer es decente y nunca me permitió sobrepasarme. Y antes de que seas mal pensado, te prometo que esta noche he podido comprobar que en verdad era pura inocencia. Ya me comprendes.

Su hermano carraspeó incómodo.

—Comprendo. Sí.

—James. Vamos. No te preocupes. No empañaré la reputación de la familia con un divorcio escandaloso. Hemos firmado un acuerdo. Si me deja, se llevará apenas unas migajas.

—No se...

—¿Por qué dudas, hermano? Ya te he dicho que adoro a mí esposa. Nunca la abandonaré. Nunca. Y ella también me ama. Nuestro amor no terminará jamás. Somos almas gemelas. Nacimos para estar juntos.

Su hermano puso los ojos en blanco.

—Lo que hay que oír. Bien. Mañana os espero a comer.

Nath sonrió. Aquello significaba que James, por el momento, no rechazaba a Daphne. La segunda parte del plan estaba en marcha.

—Allí estaremos. De paso, veré al pequeño. Hace mucho que no lo veo.

Su hermano lo miró circunspecto.

—A partir de ahora, me gustaría que lo visitases con más frecuencia. Eres casi un desconocido para él. Eres su tío. Su única familia.

—Lo haré. Junto a mi esposa, por supuesto. Ahora ella es su tía. Buenas noches, James.

## 9

James no pudo evitar sorprenderse al ver a Daphne. Era la elegancia personificada. Vestido sobrio, pero al mismo tiempo muy femenino. Cabello recogido en un tocado tras la nuca, pendientes a juego con el sencillo colgante, fina cadena de oro rematada por una perla. Esas, a excepción del anillo de casada, eran las únicas joyas.

Daphne se percató de su examen.

—Ya sé que desentona con el conjunto, pero no puedo desprenderme del reloj, por deformación profesional. Bueno, mejor dicho, por el continuo uso de los estudios. Ya sabes…

Su cuñado asintió.

—Sí. Es útil. ¿Pasamos al comedor?

—¿A quién debemos enfrentarnos? –le preguntó Nath.

Daphne tragó saliva.

—¿Hay más invitados?

—Amigos. No debes preocuparte.

Nath le lanzó una mirada irritada.

—¿En serio, hermano?

—La comida va a enfriarse. Vamos.

Nath apoyó la mano en el brazo de su mujer infundiéndole ánimos y entraron en el comedor. La irritación inicial pasó a la furia al ver a los convidados. Pero se contuvo. Aquella reunión era vital para

su futuro. Así que, adoptó su pose más cínica y sonriendo, dijo:

—Vaya, vaya. Veo que mi hermano ha convocado a los jueces más duros. Cariño. Pórtate bien o serás condenada por los Russell. Ellos son duques y tan influyentes que con una sola palabra suya en contra te expulsarán de nuestra sociedad.

El semblante de Daphne se tornó lívido.

La mujer de cabellos rojos como el fuego le sonrió con dulzura, pero sus ojos inquisitivos la escrutaron sin compasión.

—Querida, no le hagas caso. A Nath, como siempre, le gusta exagerar las cosas. Soy Rachel.

—Y el que va vestido como un pincel es Richard, su marido. De nuevo te has superado. Tendrás que darme la dirección de tú sastre –dijo Nath, apartando la silla para que Daphne se acomodase.

—Es dónde siempre. Pero el viejo Jerry ha fallecido y ahora lleva las riendas su hijo. Sin duda, hemos ganado con el cambio. Admite más los modernismos.

Nath levantó una ceja.

—Siempre tan pragmático. Su actitud sería perfecta para ejercer tú profesión. ¿No te parece, cariño?

—Tengo entendido que aún no has obtenido el título –comentó Rachel.

—Veo que mí hermano os ha puesto al día. ¡Cómo no! –dijo Nath entre dientes.

—Lo conseguiré el próximo año, duquesa –contestó Daphne en apenas un susurro.

—Muy segura te veo –dijo Richard.

Nath se sentó frente a su mujer.

—Mí esposa posee un cerebro privilegiado. Aunque, supongo que James también os lo habrá comentado. Más que nada para que podáis decidir si tras el examen es aceptada en vuestro círculo selecto.

—Nath, por favor.

Él suspiró.

—¿No es la verdad, hermano? Has convocado a los más duros para escudriñar cada gesto, cada palabra, cada actitud de mí esposa. Claro que, no sé porqué me asombro. Nunca has confiado en mí.

—Convendrás que tú actitud ante la vida no es la más idónea para alguien de tú clase. Se puede esperar cualquier locura por tú parte, menos responsabilidad. Nunca has comprendido que debes hacer honor a la familia que perteneces –opinó Richard.

Nath apartó la silla con brusquedad y se levantó.

—Cómo la de casarme con una mujer del todo inadecuada. Pues, no os daremos la oportunidad de averiguarlo. Vamos, Daphne. Nos marchamos.

Ella permaneció sentada.

—¿Daphne?

—Nath. Por favor, cálmate. Nadie me ha ofendido. Es lógico que sientan curiosidad.

—Aún no lo han hecho. Pero espera –dijo él mirándolos ceñudo.

—No conozco a los amigos de James. Pero no tengo la menor duda de que son gente educada y que no tienen la menor intención de avergonzarme. ¿No es así? –dijo ella sonriéndoles con dulzura. Después miró a su marido.— Pero tú sí lo estás haciendo. Así que, siéntate y comamos como gente civilizada. Nath, cariño. Por favor.

Él, gruñendo, obedeció.

—¡Asombroso! El mayor crápula de Londres obedeciendo como un corderito –se burló Richard.

—Puede que esta joven sí lo haya cambiado –opinó su mujer.

—En principio, su gusto por el físico de las mujeres, si lo ha hecho.

—¿A qué se refiere, duque? —preguntó Daphne con fingida candidez.

—Richard habla de las compañías que siempre he tenido. Querido, Daphne está enterada de todas mis correrías y de mis preferencias en cuanto al aspecto que buscaba en mis amantes. Siento que no te haya salido bien la jugada. No guardo secretos con mí amada esposa –dijo Nath.

—No entiendo –dijo ella.

—Rachel ha utilizado una de sus tácticas más famosas. Provocar para así ver la reacción de la víctima. Cariño. Los de nuestra clase, a pesar de las apariencias, somos hienas. Nos alimentamos de la carroña ajena o languidecemos de aburrimiento. Ya te acostumbrarás.

—Los burgueses no son tan distintos a nosotros. ¿No es así, Daphne? –opinó Rachel.

—Veo que estás muy interesada en averiguar el origen de mí esposa. Lógico. Es vital el pedigrí para ser aceptada. ¿Qué opinas, mi amor? ¿Debemos decir la verdad o les relatamos un cuento? Estoy seguro que mi querido hermano no les ha contado la realidad.

Ella miró a su marido. El momento más crucial llegaba.

—¿Por qué mentir? No me siento en absoluto avergonzada de mis orígenes. ¿Por qué razón debería? ¿Es que los habitantes de Whitechapel no somos seres humanos como el resto?

—¿Whitechapel? –susurró James.

—Sí, hermano. ¿Algo que objetar? –replicó Nath con tono agrio.

—Bueno. Imaginé que no pertenecía a la alta sociedad, pero nunca supuse que su escala social fuese tan ínfima. Convendrás que…

Nath lo fulminó con la mirada.

—¿El qué? ¿Qué por su origen humilde no tiene derecho a entrar en nuestro selecto club? Pues, ya es tarde. Os guste o no, ahora, esta preciosidad de mente privilegiada y de procedencia de Whitechapel es lady Laymore.

Daphne posó la mano sobre el brazo de su marido.

—No te alteres, querido. Es normal que estén impactados al ver que la hija de un deshollinador se ha introducido en la alta sociedad.

Los Russell la miraron petrificados.

—¡Ah! ¿Es qué no os lo había dicho mí hermano? Pues sí. Lady Laymore es hija de un hombre cubierto por el hollín y habitante de uno de los barrios más míseros de la ciudad. Un trabajo bien digno y necesario, o nuestras casas arderían. Gracias a esos hombres estamos seguros –apuntilló Nath.

Rachel salió del asombro y carraspeó.

—Siento curiosidad por saber cómo la hija de un obrero de la más ínfima categoría ha podido cursar estudios en la universidad.

—¿Es necesaria la humillación, Rachel? –la amonestó Nath.

—¿Qué ofensa, querido? He constatado un hecho –se defendió ella.

Daphne miró a su esposo con dulzura.

—Amor. No la regañes. No ha dicho otra cosa que no sea la verdad. Y no me importa aclararle la duda. Pues verá, señora. He podido estudiar durante toda mí vida gracias a las ayudas de mis profesores, al trabajo duro de mí padre y a las becas que me han concedido por los buenos resultados que he obtenido.

—Ahora ya no necesitarás recurrir a ellas; porque tú marido es lo suficiente rico para costearte los estudios, ¿verdad? –comentó Richard.

—Daphne no quiere mí dinero. Confiará en su inteligencia como ha hecho siempre. El año que viene terminará el último curso en Estados Unidos con la beca que obtuvo y podréis tenerla cómo médico de cabecera –dijo Nath.

—Querido. Recuerda que me especializaré en el corazón junto al doctor William Johnson. Puede que me ofrezca una plaza en su hospital.

—¿El qué ejerce en el Bellevue de Nueva York? –preguntó James. Ella asintió y él alzó las cejas en señal de admiración. En esta ocasión su hermano no se comportó como un irresponsable. Había elegido a una esposa, no acorde con su escala social, pero al menos educada e inteligente. Si no estropeaba la relación, que sería lo más probable, podrían conseguir que Daphne se adaptase a la perfección a sus costumbres.

—Es una pena que hayas perdido este curso –comentó Richard.

Nath tomó la mano de su mujer y sonrió con aire bobalicón.

—Ha preferido disfrutar de su marido sin que nada interfiera. El próximo año nos trasladaremos a América y se concentrará en obtener el título. En cuanto la gradúen regresaremos para celébralo.

James ensombreció el rostro. No estaría presente.

—Hermano. No tengas dudas. Mi preciosa e inteligente esposa conseguirá ser una gran doctora y la veremos ejercer en el mejor hospital de Londres o en una consulta propia –dijo Nath.

—Eso sí. Porque sus otras aspiraciones… —musitó Rachel al oído de su esposo.

—Nunca aceptarán a la hija de un miserable, por muy doctora que sea –opinó él.

Nath los miró iracundo.

—Y si caes en desgracia, procurarán hundirte. Hablarán con la prensa y buscarán cualquier debilidad o error que hayas tenido en el pasado. De este modo te verás obligada a desaparecer de nuestras vidas.

—Eso nunca ocurrirá. Pues será un honor tener en la familia a toda una especialista del corazón; y por supuesto, en nuestro círculo social. Haremos todo lo posible para que así sea. ¿No es así, amigos? –dijo James.

Ellos lo miraron dudosos.

—¿No es así? –insistió, en esta ocasión con tono acerado.

—Claro. Claro. Todo aquel que está bajo la protección del Vizconde de Laymor nunca será despreciado –dijo su amigo.

—Ahora nuestra joven promesa es una de nosotros –ratificó Rachel.

James aseveró mostrando satisfacción.

—¡Ah! Y hermano. Espero que sepas cuidar a tú esposa cómo se merece y no la obligues a abandonarte por tus locuras. Sé sensato, por favor.

—El viejo Nath ha muerto. Soy un hombre nuevo. Mi dulce esposa me ha robado el corazón y jamás dejaré que me lo devuelva –dijo Nath mirándola con ojos brillantes.

# 10

Daphne, con gesto de repugnancia, miró a la mujer cruzar la puerta. Era tan vulgar que hasta a ella acostumbrada a ver lo peor del ser humano, le asqueó. Era incapaz de entender porque a su marido le agradaban ese tipo de mujeres. Aunque, en realidad, sí podía.

—Querida, su presencia es a causa de nuestro acuerdo. Como futura doctora debes saber que los hombres tenemos ciertas necesidades que debemos saciar. Y si su esposa no se las da, pues eso… –mascó entre dientes su marido. Nadie podía imaginar lo arrepentido que se sentía de haber hecho ese arreglo tan absurdo. Vivía junto a una mujer que cada vez le atraía más y no podía tocar. Era un suplicio insoportable. Ese deseo intentaba aplacarlo con esas mujeres y no lo lograba. Y nunca lo haría hasta que Daphne pudiese ser suya. Una meta prohibida por su culpa.

Ella cruzó los brazos bajo el pecho y lo miró indignada. Nath mostraba en el rostro los excesos nocturnos. Y no quiso ni imaginar cuáles fueron. Porque a pesar de ser neófita en esos asuntos, visualmente y físicamente, no lo era en cuanto a conocimiento, por sus estudios de medicina. Y las prostitutas, sin duda alguna, aceptaban cualquier apetencia de su cliente. Y esa lo había hecho. Porque, a pesar de sus principios, no pudo resistir la tentación de espiar tras la puerta. Lo que escuchó le hizo hervir la sangre.

—¿Y tienes que hacerlo dos o tres veces a la semana? ¡Señor!

Nath levantó una ceja.

—Querida, ese número se queda corto con el apetito sexual que tengo. Debes saber que soy insaciable. Pero tengo la decencia de mostrarte respeto.

—¿Respeto? ¡No me hagas reír! El respeto sería que tus vergüenzas las hicieras fuera de nuestra casa –le censuró ella, muy enfadada. Y no comprendía el motivo. Le debería ser indiferente lo

que hiciese. Nath le desagradaba y mucho. Era un ser despreciable, egoísta y sin corazón. Y aún así, cada vez que se encerraba en una habitación para desfogarse, la crispaba.

—¿Nuestra casa? ¿Has olvidado lo que has firmado, amor?

—En absoluto. Sé lo que me llevaré tras esta farsa tan deshonesta que me propusiste.

—¿Tú hablas de honestidad? ¡Por favor! ¿Aceptaste, no? Así que no me vengas con falsos remordimientos.

—Lo hice porque me vi obligada. En cambio tú vives una mentira por egoísmo. Te ciega tanto el dinero que no ves qué estás poniendo en riesgo tú herencia al actuar con tanta imprudencia. Si tu hermano se entera, lo que hemos hecho no servirá de nada. Bueno, más bien a ti no. Yo he cumplido y me darás lo que acordamos. En eso sí que no seré intransigente. No me iré sin nada. Me lo estoy ganando a pulso.

—¿Y piensas qué dejaría de acostarme con mis amigas si te opusieses? Esta es mí casa y en ella hago lo que me sale de las narices. Claro que, si en verdad quieres regenerarme, ya sabes el modo de hacerlo, preciosa. Dame lo que más me gusta y me tendrás comiendo de tu mano –dijo Nath relamiéndose el labio.

Daphne lo miró con aversión.

—Debería volverme loca. Y ten por seguro que jamás enloqueceré por ti.

Él alzó los hombros con aire indiferente.

—¿Acaso crees que me quita el sueño no poder tenerte entre mis piernas?

—Por supuesto que no. A ti lo único que te inquieta es la posibilidad de verte en la ruina.

—Por eso he tomado las medidas necesarias. Así que, deja de preocuparte por mí.

Ella soltó una carcajada profunda.

—¿En serio me ves alarmada por tú futuro? ¡Por favor! Lo estoy por el mío. No permitiré que lo eches a perder por tus locuras.

—Bonita. Nadie me descubrirá. Traigo a mis amantes bajo el disfraz de criadas; así ningún reportero puede sospechar. Ya sabes… Bueno, no sabes de estas cosas. Nos persiguen para sacar noticias en la columna de sociedad y cuánto más escandalosa, mejor. ¡En fin! Como decía, para nosotros es muy difícil encontrar buen servicio. Nadie se extrañará de qué esas mujeres no duren ni un día.

—Patrick y el resto de criados pueden irse de la lengua –dijo Daphne.

—Es un sirviente fiel. Y los demás callarán ante la amenaza de verse en la calle con malas referencias. Procura tú que no sea Chuck quién meta la pata.

—A diferencia de tu criado, él es más que amigo un hermano.

—Ya aclarada la fidelidad de nuestros leales colaboradores, te ruego que dejes de inquietarte por mis asuntos privados y concéntrate en los tuyos, querida. Sé lo que hago. Lee esos libros tan aburridos o vete al hospital para continuar con las prácticas. Sigue con tu vida de monja y no me sermonees, mujer. ¿De acuerdo?

—Eres peor de lo que creía. No tienes corazón –siseó ella.

Nath entró en el comedor. Se acercó al bufete, se sirvió unos huevos con beicon y dijo:

—Esa es una de mis lacras. Aunque, temo que aún puedo sorprendente más, mi dulce esposa.

Ella soltó un largo bufido.

—¡Te desprecio!

—Me da igual, cielito. ¿Te apetecen unos tomates fritos o jamón?

—Deja de adjudicarme apodos cariñosos cuando estemos a solas. Son absurdos e innecesarios. Y en cuanto al desayuno, elegiré por mi misma, gracias.

Su marido se sentó.

—Pronto terminará esta farsa y podrás ser libre. Mejor dicho, lo seremos los dos.

Daphne soltó aire y en sus ojos creció un halo de desaprobación.

—Eres un miserable.

Nath miró el vaso de naranjada con tristeza y lo hizo rodar entre los dedos.

—Realista, Daphne. Juro que si pudiese…

La puerta se abrió y dio paso a Adam.

—Buenos días –lo saludó Daphne.

—Bienvenido, amigo –dijo Nath.

—Me alegro de verte, Adam. Apenas nos visitas. Y recuerda que tenemos una cena pendiente con Lizzie. Hay que hablar de la boda. Somos los testigos y aún no nos habéis puesto al tanto de como será la ceremonia y esas cosas; y ya nos queda poco tiempo –dijo Daphne.

—Hablaré con ella.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? ¿Algún problema? –quiso saber Nath.

—No. Pero debemos hablar sobre negocios. En especial sobre inversiones.

—Un tema demasiado aburrido a estas horas. No me apetece.

—A mí marido los asuntos serios le dan escalofríos. Y yo cómo no entiendo de finanzas y tampoco me interesan demasiado, os dejo. ¡Ah! Y dile a tú prometida que debemos reunirnos ya –decidió Daphne. Cogió el plato y abandonó el comedor.

Adam sonrió a su amigo.

—¿A qué viene esa sonrisita? –inquirió Nath, invitándolo con un gesto de la mano a que se sentara junto a él.

—Con franqueza, al decir que te habías casado, lo primero que pensé era que lo hiciste por lo que ya sabes, y con una mujer nada apropiada. Una de esas mujerzuelas que solías frecuentar. Juro que se me erizaron los pelos. No obstante, veo que me equivoqué.

—Del todo. Me casé con ella porque la quiero –mintió Nath.

—Ha sido una grata sorpresa. Daphne es una mujer estupenda. Hermosa, educada e inteligente. La esposa ideal. Te ruego no lo estropees.

—Lo es. Sí. Una verdadera joya. La más valiosa. ¿Te apetece algo?

—Ya he desayunado. Gracias. Y ahora quiero que me saques de la duda que más me quita el sueño. No llego a entender que llevó a una chica como ella a enamorarse de un tipo como tú. ¿Qué hiciste?

Nath elevó las cejas y sonrió.

—Amigo. Nada. Soy guapo, rico, hijo de un vizconde y fascinante. No le quedó más remedio que caer rendida a mis encantos. Por supuesto, yo también quedé embrujado por esa muchacha tan maravillosa; tanto que quise casarme cuanto antes. Por suerte, ella aceptó.

—Lo que dejó a la totalidad de jovencitas de la alta sociedad sin opciones a cazar al soltero más cotizado.

—Así de cruel es la vida –bromeó Nath.

—La verdad es que creo, con sinceridad, que a pesar de no pertenecer a nuestra elite has elegido a la mujer perfecta para ti. Te veo más calmado y sensato. Espero que no la fastidies. Nunca encontrarás a una muchacha tan bonita e inteligente que sepa llevarte por el buen camino. Cuídala.

—No debe hacerlo, amigo. Daphne me ha robado el corazón. Su amor es el motor que me empuja a rodar.

—Hacéis buena pareja. Los dos sois muy guapos. Tendréis unos retoños divinos.

—Bueno… No por ahora. Mi mujercita debe primero terminar la carrera y ejercer una buena temporada. Además, no hay prisa. Somos muy jóvenes. Antes queremos disfrutar de nuestro matrimonio.

—Pues, yo no pienso esperar. Estoy loco por tener hijos. Y mis padres por tener nietos.

—Te aconsejo que primero te diviertas con tú esposa. Una responsabilidad tan grande podría enturbiar la relación.

Adam lo miró pasmado.

—¡Vaya! El mayor crápula dando consejos muy sensatos. ¿Qué te ha pasado?

—El amor, amigo mío. Aunque, qué voy a contarte a ti. Te enamoraste antes que yo. Por cierto. ¿Has visto a James?

—Sí. Ayer no estaba muy bien. Temo que el final llegará antes de lo previsto.

—Y sigue sin contarme lo que le ocurre. ¡No lo entiendo!

—Esperará el momento oportuno.

Nath golpeó la mesa con el puño.

—No podré soportar su ausencia.

—Lo sé. Pero te quedará el consuelo de que lo has hecho feliz en sus últimos días. Se siente aliviado con vuestro matrimonio. Sabe que su pequeño estará bien cuidado.

Nath permaneció callado. ¿Qué podía decir? ¿Más mentiras?

## 11

La boda de Lizzie fue la soñada por una novia. Vestido blanco, iglesia adornada con flores, música, cientos de invitados, un gran banquete y baile; y lo más importante, un marido enamorado.

—¿Aún no termina esto? –gruñó Nath.

Daphne le lanzó una mirada de desprecio.

—Es el día más feliz de tú mejor amigo y ni te molestas en compartirlo con él. Eres patético.

Nath apuró el champaña.

—¿En serio piensas que es su mejor día? ¡Ilusa! Lo conozco. Le gusta disfrutar de la vida tanto cómo a mí. Dentro de poco se dará cuenta que está cometiendo un error y lo recordará como una pesadilla. No les doy, siendo generoso, ni un año. La ilusión del amor terminará y llegará el divorcio. No quedará ni una leve amistad entre ellos.

—Qué tú no creas en los sentimientos, no significa que otros los tengan y deseen vivirlos en la felicidad; en una dicha que no tiene porqué terminar.

—La felicidad es un espejismo. Lo alcanzas y se desvanece. Nada es eterno. Esa es la realidad. Estamos de celebración cuando deberíamos darle las condolencias.

—¿Sabes lo qué pienso tras estas semanas junto a ti?

—No, Daphne. Siento curiosidad. Dime.

Ella lo miró con fijeza.

—Que eres un hombre frágil.

Nath alzó las cejas y elevó la comisura de los labios en un gesto de burla.

—¿Frágil? Puede que en el futuro seas una doctora brillante, pero como observadora eres un desastre. ¡Mírame, mujer!

—No me refiero a lo físico. Hablo de tus sentimientos. Eres incapaz de sentir empatía. Únicamente atiendes a tus necesidades. El bienestar de los demás no te importa. Eres puro egoísmo.

—Lo más primordial es sentirse bien con uno mismo. De lo contrario, todo lo demás será un desastre.

—¿Y crees que lo estás? No, Nath. No es así. Lo que veo es a un hombre dolido; tanto que se refugia bajo una capa de cinismo e insensibilidad. No se que te ocurrió en el pasado. Pero estoy segura de qué fue algo que te desgarró el corazón. Porque, a pesar de tú cinismo, sé que aún está vivo.

Él se carcajeó.

—¿Pues sabes lo qué pienso de ti? Que eres una mujer con mucha imaginación.

—¿En serio, Nath? Te he observado en ocasiones y he visto a un hombre atormentado. ¿Qué pasó? –dijo ella, clavando sus ojos como prados en los suyos.

Él permaneció unos segundos sumido en la seriedad. Pero la borró de un plumazo y con una sonrisa se levantó.

—Cómo he dicho, eres propensa a elucubrar historias absurdas. Amor. Ya hemos hecho acto de presencia durante horas. Nos vamos a casa.

—No sería correcto irnos los primeros. Provocaríamos habladurías. Eres el padrino y mejor amigo del novio –opinó ella.

—¡Vaya por Dios! Ahora la chica de los barrios bajos me da consejos sobre etiqueta social. Aprendes rápido, querida –se burló su marido.

—¿De qué te extrañas? Presumes todo el tiempo de lo inteligente que es tú esposa. Además, hice un pacto y debo cumplirlo. En cambio tú…

—En cambio yo lo pongo en riesgo. ¿No es así? Tranquila, cielo. Voy a portarme bien. Al menos esta noche. Bailemos.

—No me apetece –rechazó Daphne.

—Pues bailarás. Cómo bien has dicho, no hay que darle alas a las lenguas viperinas. Comportémonos como una pareja ejemplar –insistió Nath. Y posó la mano en la cintura de ella. Daphne respingó. Desde el día que se conocieron nunca más volvió a rozarle un cabello.
—Tranquila, querida. Cómo acordamos, eres intocable para mí. Vamos.

Se unieron a los otros danzarines. Nath la asió, la pegó a su cuerpo y juntó la mejilla con la de ella.

—¿Qué haces? –se inquietó Daphne.

—Demostrar que somos una pareja recién casada y que estamos

muy enamorados. Ese fue el trato. No se te olvide, amor –le dijo Nath al oído.

—Esto es… exagerado. Incluso escandaloso –musitó ella, estremecida. Nunca había estado así con un hombre y se sentía vulnerable. Por eso le era imposible dejar de temblar.

Él sonrió y la aprisionó con más fuerza.

—¿Escandaloso? Estamos casados, querida. Cara a los demás compartimos cama y actos mucho más íntimos. Por otro lado, conociéndome, no esperarían una conducta convencional. Hago lo que se espera de mí: dar un espectáculo digno de un crápula como yo. Pero en esta ocasión completamente legal con mí adorada esposa.

—Cómo no –dijo ella en apenas un susurró.

—¿Por qué tiemblas? Juro que, a pesar de que tú perfume me está embrujando, no me excederé más. Hasta yo conozco los límites.

—Conociéndote, no confío.

Nath paseó la palma de la mano por la espalda de Daphne. Ella ahogó un gemido al sentir la descarga que la caricia provocó. Él bajó el rostro y sus labios buscaron la curva de su cuello.

—¿Qué… haces? —jadeó Daphne, intentando separarse.

Nath se lo impidió oprimiéndola más y olvidándose de dónde estaban, besó su hombro. La piel ardía. Dejó escapar un gemido de complacencia. Su inocente mujercita no era inmune a sus ataques sensuales.

—Por Dios, Nath. Para —le pidió ella asustada al sentir su boca caliente; al no percibir la repugnancia esperada. ¿Qué estaba ocurriendo? Nada especial, dedujo. Se sintió sorprendida por su acción. Sólo eso.

Él alzó la cabeza. Sus ojos la miraron con un brillo extraño.

—¿A qué tienes miedo, amor? ¿A admitir que no puedes resistirte a mis encantos?

—¡Qué tontería! Lo que siento es vergüenza. Todos nos miran. ¡Para ya! —exclamó Daphne sin mucha convicción, con las mejillas arreboladas.

—Ya sabes como soy. Tengo experiencia suficiente para saber lo que siente una mujer. Y tú, mi querida esposa, has reaccionado a mis caricias. Te has estremecido y tú corazón ha latido con más fuerza. Si hubiésemos estado solos no te habrías negado a permitirme ser mucho más desvergonzado. Habrías probado el sabor de mis besos en tú boca, en tu cuello, en tus pechos…

—Calla –jadeó Daphne.

—¿No quieres escuchar la verdad? Cobarde –musitó Nath.

El fuego de su aliento la abrasó hasta las entrañas. Tragó saliva. Tenía razón. Sus caricias le provocaron algo perturbador. Un ansia desconocida que podía resquebrajar su entereza. Pero él no lo sabría

jamás. Y lo negó.

—Mi reacción ha sido producto del desconcierto. Es la primera vez que estoy tan cerca de un hombre. No busques nada más, porque no lo hay.

—Lo que tú digas, preciosa.

La música cesó y Daphne se apartó. Regresó a la mesa y bebió agua con ansia. Tenía la boca seca y aún sentía esa inquietud extraña que le provocó la cercanía de su esposo.

Él, acompañado de su hermano, acudió junto a ella.

—Me marcho –dijo James.

—Nosotros también nos vamos. ¿Estás bien? Te ves cansado. Hermano. Hace tiempo que te encuentro desmejorado. ¿Sigues resfriado?

—Esas celebraciones agotan a cualquiera. Anda. Larguémonos.

—Cierto. Daphne vamos a despedirnos de Adam –dijo Nath.

Tras felicitar de nuevo a los recién casados se marcharon. James decidió ir a casa de su hermano para tomar la última copa y también para hablar con él sobre el futuro que le aguardaba.

Los hermanos, tras dar las buenas noches a Daphne, se acomodaron en la biblioteca.

—¿Y bien? Me huelo que vas a leerme la cartilla. Y no veo la razón. Hace tiempo que me comporto como un santo, hermano. Juro por Dios que no he hecho ninguna travesura. Si te han hablado mal de mi, mienten. Seguro que han sido mujeres llenas de envidia –dijo Nath con un deje de burla, al ver la sombra en el rostro de James. El momento temido había llegado e ignoraba cómo iba a reaccionar y que decir. ¿Qué podía expresar uno con una confesión semejante? No existía consuelo posible.

—Nath. No voy a hablar de tú vida privada. Es algo mucho más grave.

—En ese caso, tomaremos una copa de brandy.

—Sí.

Nath preparó los vasos, le ofreció uno y se sentó frente a James.

—¿Y bien?

Su hermano dio un largo sorbo.

—Estoy enfermo.

—Por tu aspecto, se adivina. Trabajas demasiado. Deberías tomarte unos días de descanso.

—No es sólo agotamiento, Nath. Es algo más grave.

Él paladeó el alcohol, bajó la cabeza e intentó controlar la angustia.

—No te preocupes. Seguro que el doctor Spencer te pondrá bien.

—Ningún médico podrá curarme. Me muero, hermano.

Nath tragó saliva. Apretó los dientes para morder las ganas de llorar sin consuelo. James no debía ver su dolor. No quería que sus últimos días estuviesen envueltos por la tristeza.

—Exageras, como siempre –logró decir.

Su hermano suspiró.

—Sabes que nunca lo hago. Estoy sentenciado. En unos meses moriré. Pero, por favor, no te entristezcas. ¿De acuerdo?

A Nath le fue imposible detener el llanto.

—¿Qué dices? Eso no es posible. ¡Es una noticia terrible y dolorosa!

—Por favor, hermano. Deja de llorar. Compórtate. Ya no eres un niño.

—¿Cómo no hacerlo? Voy a perder a la persona que más quiero. ¿Qué voy a hacer sin ti? Me dejarás solo. Estaré perdido.

—No es cierto. Ahora tienes una mujer maravillosa y a mi hijo, que es lo que más amo de este mundo, estará contigo. Una parte de mí estará siempre a tu lado.

—¿Vas a permitir que un crápula como yo cuide a tu pequeño?

—Con franqueza, te diré que si no estuviese Daphne no confiaría en ti. Pero ella te ha transformado y sé que mi pequeño estará en buenas manos. Así que, me iré tranquilo de este mundo.

—James… Por favor… No digas eso —sollozó Nath con más desconsuelo, atormentado por la tristeza y sobre todo por la culpa. Había desperdiciado infinidad de oportunidades de compartir tiempo con él. Ahora ya era demasiado tarde. Nunca se lo perdonaría.

Su hermano se levantó y le posó la mano en el hombro.

—No quiero verte así.

—¿Cómo quieres que esté? Has dicho que te mueres. ¡Joder! Eres muy joven. ¡Es una crueldad inaceptable!

—Todos caminamos por el mismo sendero. Unos llegan antes que otros a la meta, pero todos terminan llegando. Es ley de vida. Vamos. Deja de llorar. No estoy acostumbrado a verte así y me preocupas.

—¿El hombre que va a morir se preocupa por mi? James, hermano…

—Sí. Soy el hermano mayor y por eso debo protegerte. A partir de ahora no quiero tristezas. Quiero llevarme de este mundo la mayor felicidad. Y tú eres experto en diversiones. A partir de ahora, quiero que hagas de mi existencia una fiesta continúa. ¿De acuerdo?

—En absoluto. Ahora sólo podré sentir tristeza. No tendré ánimo para jolgorios. ¡Te mueres! ¡Mierda!

James lo apuntó con el dedo.

—Aún así, no toleraré malas palabras. Provenimos de una noble y distinguida estirpe. Los malos modales no son admisibles. Mételo en

la cabeza. Además, a partir de ahora, serás la cabeza visible del vizcondado. Tienes que comportarte. Y sé que lo harás. Y no porque confíe. Pero sí tengo puestas mis esperanzas en Daphne. Sé que sabrá manejarte. Si te pasas, te pondrá el freno. Domará a este caballo salvaje.

Nath bajó la cabeza.

—No entiendo cómo aún te quedan ganas de bromear.

—Porque aún sigo vivo. Y quiero que me mantengas vivo hasta el fin de mis días. ¿De acuerdo?

Nath aseveró sin convicción.

## 12

Daphne se levantó de la mesa.

—¿Adónde vas?

—Hoy debo llevar al pequeño James al pediatra. Deberías acompañarme. Cuando tú hermano ni yo estemos tendrás que encargarte. Al fin y al cabo, a parte de ser su tío serás cómo su padre.

Nath arrugó la frente.

—Deja de darme consejos. No los necesito.

—¿En serio? Mira. Hace unos días qué te has dejado vencer por la apatía y tienes que ser fuerte por James.

Nath golpeó la mesa con el puño.

—Ya no puedo más. Ya no puedo fingir que no sufro, que no me siento perdido. James siempre ha sido mi héroe, el ser que más me ha querido, mí faro en mis peores tormentas. Si desparece, entonces, me sentiré huérfano de verdad. Ya no quedará nadie en este mundo que me tenga afecto.

—Por supuesto que tendrás a alguien que te ame. Tendrás a tú sobrino.

Nath dejó escapar una carcajada ronca.

—James deja en mis manos a su bien más precioso. ¡Por Dios! No sabré como educar a ese niño. Le destrozaré la vida. Esto no está bien. No lo está. Tengo que contarle la verdad a mi hermano. No me importa si no obtengo el dinero.

Daphne le posó la mano en el hombro.

—Estás nervioso y no sabes lo que dices.

—Sé muy bien lo digo. Aunque te cueste creer, aún me queda una pizca de honradez.

—Pero no de sentido común. Si le dices lo que acordamos lo destrozarás. Y se muere. No puedes permitir que se lleve cómo último sentimiento el dolor de esta mentira. Debemos conseguir que el último aliento esté lleno de amor. ¿Comprendes? Has de guardar silencio. No es momento para remordimientos. Tiene que morir en paz, sabiendo que su hijo no será abandonado.

Nath asintió.

—Ahora me marcho. Volveré en un par de horas.

Nath subió al cuarto. Daphne estaba en lo cierto. Él no era hombre que se dejase vencer. Él era ese tipo sin corazón, despreocupado y egoísta. Cogió el teléfono e hizo la llamada que lo demostraría una vez más.

Daphne, tres horas después, regresó.

—¿Por qué has tardado tanto? Comenzaba a preocuparme –dijo Chuck.

—¡Por Dios! Creí que no llegaba. Me he topado con un grupo de sufragistas que han cortado la calle. Llevaban colgado un cartel en el cuello que decía que el estado era un asesino de mujeres. Ha llegado la policía y se ha organizado una batalla campal. Han herido a varias mujeres y detenido a otras.

—¿Y qué esperaban esas alborotadoras? El gobierno está dispuesto a acabar con ellas. Y no utilizando la legalidad. Hay rumores de que son torturadas en la prisión. Temo que pronto se rendirán.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No lo harán. Están determinadas a conseguir lo que es justo. Son seres humanos que exigen sus derechos. Libertad para dirigir su propia vida y a votar a sus mandatarios. Fíjate en mí. Seré doctora, pero no puedo elegir a mí presidente. Y si estuviese casada disponer de mi dinero o de mis decisiones.

—Pues ya estás casada, querida. Y con ese –dijo Chuck alzando la mirada hacia arriba.

Los sonidos procedentes de la habitación le hicieron comprender qué estaba pasando. Y una vez más, no pudo evitar que la mortificación se aposentase en su estómago.

—Con franqueza, nunca confié que nuestro lord se regenerase –comentó Chuck.

—Sí. Ya ha vuelto a las andadas –musitó Daphne. Su buen comportamiento de las últimas tres semanas no fue más que un espejismo. En cuanto la salud de James empeoró obligándolo a permanecer en cama, el desánimo se apoderó de Nath y volvió a buscar consuelo en sus excesos.

—No entiendo que aguantes lo que te hace. Si fuese yo, te aseguro que otro gallo cantaría –le dijo Chuck.

—Te recuerdo que ese hombre no es en realidad mí marido y que es el dueño de esta casa, y de su vida. Puede hacer lo que le salga de las narices –aclaró ella con los dientes apretados.

El muchacho suspiró.

—Así es. No obstante, por mucho que quieras parecer indiferente, sé que te perturba. Y mucho.

—No estoy en absoluto alterada. Lo que estoy es escandalizada –negó Daphne.

—¡Por favor! No me vengas con esas. Hemos visto de todo en nuestra calle. ¿Puedes decirme en realidad la razón de que estés tan irritada? –insistió el chico.

Ella evitó responder ante la presencia del mayordomo.

—¿Si, Patrick?

Él volvió a aclararse la garganta con gesto nervioso.

—Mi lady. Ha venido Rose, una doncella que sirve en casa de su cuñado. Dice que deben acudir de inmediato junto al vizconde.

Ella miró la puerta.

—Está bien. Ya aviso al señor. Vaya a atender a Rose. Chuck, por favor. Baja a la cocina y evita que el servicio suba. No quiero que después chismorreen con los criados de las otras casas.

—Por supuesto. No se enterarán de nada incorrecto.

Daphne se acercó a la habitación de Nath y trémula, golpeó la puerta con el nudillo. Lo hizo repetidas veces sin obtener respuesta. De repente, Nath abrió. Su aspecto era lamentable. Despeinado, sudoroso y cubierta su desnudez por una diminuta toalla que sostenía

con la mano.

—¡¿Qué quieres?! —bramó.

El pavor inicial que Nath le provocaba en esas situaciones ya no existía. Ya no sentía que el diablo gritaba frente a ella. Se había acostumbrado. Ya no podía ejercer ninguna influencia.

—Han mandado aviso de qué debemos ir cuanto antes a casa de James. Prepárate –dijo con tono autoritario.

—¿No ves que me estoy divirtiendo? –contestó él, con claros síntomas de estar borracho.

—Pues se acabó la fiesta. Date una ducha. Tú hermano no debe verte así.

La furia inicial de Nath cambió a la desolación.

—¿Ha empeorado? –jadeó.

—No han dicho nada más.

Nath, respirando con dificultad, entró de nuevo en el cuarto.

—Vístete. ¡Deprisa! ¡Y lárgate de inmediato por la puerta de servicio! –le gritó a la mujer.

Ella, sorprendida por su cambio de humor, se cubrió como pudo y obedeció, y salió a toda prisa; echándole una mirada incendiaria a Daphne.

Nath fue al baño. Tras una ducha rápida y una taza de café, regresó junto a su esposa.

—Vamos.

Bajaron al hall. Adam acababa de llegar.

—¿Qué pasa?

—Le ha llegado aviso de qué debe ir a casa de su hermano –le informó Chuck.

—Se está muriendo… Se está muriendo. Pero no. No puede… morir. No. El médico dijo que viviría un año y solo han pasado cinco meses –gimió Nath.

Daphne se acercó a él y posó la mejilla en la suya.

—Cálmate, Nath. Puede tratarse de otra cosa.

Él sollozó con desgarro.

—No. Se… muere y no podré… soportarlo. No podré.

Adam suspiró hondo y miró a Daphne con tristeza.

—Nosotros estaremos a tú lado, querido. No te dejaremos solo. Ahora serénate. James no debe verte así. ¿De acuerdo? –le pidió ella, descubriendo que el corazón de ese libertino aún no estaba petrificado del todo.

# 13

Y el dolor fue tanto que, días después del sepelio, Nath continuaba encerrado en la habitación. Se negaba a ver a nadie, no comía y bebía sin el menor control.

—Estoy muy preocupado, Daphne. Nunca pensé que Nath reaccionara así –dijo Adam.

—Yo tampoco. Tal como es… ¿Y qué hacemos? He intentado convencerlo de mil maneras y nada.

—Pues hay que lograr que salga. El pequeño James no puede seguir en manos del servicio sin ser supervisados. Así que, lo he traído.

—¡¿Qué?! No puedes. Aún no se ha leído el testamento. Digo yo que no será legal. No quiero problemas, Adam –se alarmó Daphne.

—Cómo su abogado conozco el contenido. Y dadas las circunstancias, nadie amonestará mi decisión. Él es su tío. Su única familia.

—Está su abuela. Y no hallo la razón por la qué no ha acudido al funeral.

Adam ensombreció el rostro.

—Ignora la muerte de su nieto. Y por el momento, no hay que informarla.

—Pero…

—Es lo mejor, Daphne. Créeme.

—No se que pasa con esa mujer. Pero supongo que sabes lo que haces. Aunque, me gustaría descubrir que pasó para que la familia

llegase a apartarla.

—No soy yo quién debe darte explicaciones. Lo hará Nath en el momento que lo crea oportuno.

—Claro. Pero lo del pequeño… Sigo opinando que no es prudente, tal cómo está Nath, traerlo a esta casa. Aún no.

—Puede que la presencia de vuestro sobrino lo haga reaccionar.

—No se…

—Hay que probarlo. Ven.

Adam la llevó hasta la niñera. El pequeño James dormitaba en el cochecito. Era un niño precioso. Igual que su difunta madre. De su padre únicamente sacó sus ojos azules; lo cuál favorecía a su belleza al contrastar con el cabello azabache.

—Ya ha tomado la papilla, mi lady. En cuanto despierte le da la merienda. Le he traído unos tarros. Después deberá bañarlo. Le relaja y lo ayuda a dormir.

Daphne suspiró hondo. Por sus estudios sabía cómo cuidar a un bebé. A pesar de ello, no tenía ni idea de cómo tratarlo con afecto.

—Gracias.

—Si necesita algo, no dude en llamarme. Buenos días, mi lady.

—La acompaño a la mansión, señora Potts. Buenas noches, Daphne. Ya me llamarás –se despidió Adam.

—Sí –musitó ella. Y miró al pequeño con preocupación. Siempre supo que aquella situación no sería fácil. Pero ahora, viendo a Nath, estaba convencida que no podrían superarla si no se sobreponía.

—Mi lady. ¿Le sirvo la comida?

—No, Patrick. No tengo apetito. Por favor. Dígale a Chuck que venga. Puede retirarse.

Él inclinó la cabeza.

James comenzó a llorar y Daphne lo cogió en brazos.

—¡Uy! Pesas mucho ya.

—Está a punto de cumplir los diez meses –especificó Patrick.

—Cielo. No llores. Cálmate.

Pero el niño no dejó de hacerlo.

—Por favor, James. Por favor.

—Puede que tenga hambre –opinó el mayordomo.

Decidió seguir el consejo y le dio la papilla. El pequeño devoró cada cucharada con ansiedad.

—La criatura parece ser de buen comer. En eso se asemeja a su tío, porque el difunto mi lord, que en gloria esté, comía como un pajarito, al igual que su esposa –comentó el mayordomo.

—Sí. En esta cuestión no nos dará problemas. Mire. No ha dejado ni una cucharada. Patrick. Si es tan amable, que busquen un barreño y calienten agua. Que sea templada y súbalo a mí cuatro. Gracias.

—Como ordene, mi lady.

Chuck llegó ajustándose los pantalones.

—¿Qué pasa? ¿Y ese bebé?

—Es el sobrino de Nath. Necesito que salgas de compras. Ve a los almacenes y trae una cuna, un biberón y muchos pañales. Bueno. Pregunta lo que necesita un bebé de diez meses.

—Enseguida.

—Y no tardes. Que te conozco.

—¿Y qué culpa tengo yo de que las dependientas me retengan? –se excusó el chico.

Daphne no pudo evitar una sonrisa. Chuck causaba sensación entre las mujeres. Y no era para menos. Podría decirse que era un joven muy apuesto y con su labia, el seductor perfecto.

—Pues hoy no les des palique. ¿De acuerdo?

—Sí, jefa.

Daphne fue a la habitación, dejó al pequeño sobre la cama y lo desnudó.

—Ahora te darás un baño, serás un niño bueno y no berrearás. ¿Verdad?

El mayordomo entró y dejó la cubeta sobre la mesita. Daphne comprobó la temperatura del agua y aseveró.

—Perfecta. Ahora sí puede regresar a sus tareas. Gracias, Patrick… ¡Oh, no! ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué vuelves a llorar?

Daphne cogió a James y lo introdujo en el agua. Se calmó de inmediato y pataleó gozoso.

—A los niños suele gustarle el agua –opinó el mayordomo.

—Eso parece. Mire. Sonríe –dijo Daphne.

—Es una lástima. Tan pequeño y huérfano. Perdió a su madre cuando tan sólo contaba un mes. El pobre vizconde quedó desolado. Suerte que siempre gozó de una voluntad inquebrantable y luchó por su hijo. Aún así, su corazón se rompió. Soy de la opinión que lo que deseaba era morir para reunirse con su esposa.

—Murió debido a una enfermedad incurable –refutó Daphne.

—Cuando el alma enferma, el cuerpo se resiente. ¡En fin! Ahora debemos centrarnos en el joven lord. Pues no se qué será de él a partir de ahora. ¡Pobre! –suspiró Patrick.

Daphne lo miró con censura.

—¿Acaso insinúa que su tío no será capaz de cuidar de él?

—No. Por supuesto que no, mi lady. Pero si me permite ser sincero, diré que la trayectoria de mí señor no es lo que dice loable. Y un niño tan pequeño en su vida…

—Ahora ésta ha cambiado y me tiene a mí. Su estado actual es momentáneo. En cuanto comprenda que James ya no está, se repondrá de inmediato –puntualizó ella, con tono agrio.

—Perdone el haberla molestado, mi lady.

Ella suspiró.

—No hay nada que perdonar por ser sincero. Puede retirarse.

El pequeño James volvió a llorar.

—No, por favor. Calla. James. No pasa nada. No llores.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué es este escándalo?!

Daphne ladeó el rostro. Nath, apoyado en el quicio de la puerta los miraba iracundo. Su aspecto era lamentable. Ojeroso, con barba descuidada y más delgado. Pero al menos salio de su encierro.

—Ya ha llegado tú sobrino. Ven. Mira que precioso está. Parece un ángel.

—¿Un ángel? Es el mismísimo demonio. ¡Me está volviendo loco! Dile que calle. ¡Me retumba la cabeza! –gruñó Nath.

—Apenas tiene un año, querido. Es imposible que comprenda.

—Pues no quiero bajo mi techo a un crío insoportable. Ya sabes que no me gustan los niños. ¿Por qué rayos lo has traído? Llévalo con mí hermano. Él es su padre. Debe cuidarlo. Es su obligación. Llama a Patrick y que lo lleve a su casa. ¡Ahora mismo!

En los ojos de Daphne se reflejó una inmensa tristeza. Nath estaba sumido en la negación más cruda. No había aceptado la muerte de James.

—No podemos, Nath –dijo ella acariciando el pecho del niño. Al instante dejó de llorar.

—¿Por qué no? ¿Acaso… mi hermano… ha prescindido del servicio? ¡Ah! Ahora… recuerdo. Se ha ido de viaje –farfulló él, debido a la borrachera.

Daphne sacó al niño de la bañera, lo envolvió en la toalla y lo acostó en la cama. Se acercó a su marido y posó la mano en su brazo.

—Nath. Tú hermano murió. ¿Lo entiendes?

Él le apartó la mano con brusquedad.

—¡Mentira!

—Nath. Sabes que es cierto, pero te niegas a asimilarlo. Es hora de que dejes de atormentarte y vuelvas a la realidad. En dos días es la lectura del testamento y los abogados no pueden verte sí. Querido. Eres un hombre fuerte y siempre superas las adversidades. Ahora es momento de demostrarlo.

Él apretó los dientes y los puños.

—¿Esto es para ti una adversidad? ¡Hablamos de la muerte de mí hermano! ¡Maldita sea! Él ya no está. Me he quedado sólo. Mí fotografía familiar ha sido recortada. A mi lado queda el vacío.

Había llegado a la verdad. Ahora solo faltaba que la aceptase.

—Así es. James no volverá y es un error que ahogues tu pena en la bebida. Así no solucionarás nada. Lo que debes hacer es ocuparte de los deseos que él te pidió que cumplieses. Por una vez, acepta la

responsabilidad.

Nath se frotó la frente con gesto nervioso.

—¿Y qué hay que solucionar, di? ¡La muerte es irreparable! Pero el dolor sí. Y si quiero ahogarlo en la bebida y en el sexo, lo haré. ¿Te ha quedado claro? ¡Haré lo que se me antoje!

—La sal no cura las heridas. Las vuelve más punzantes.

—¡No me vengas con filosofía barata, joder! –explotó Nath.

El niño rompió a llorar de nuevo.

—Ya ves lo que has conseguido asustándolo con tus berridos. Deberías ser más considerado.

—¡Pues haz que se calle, por el amor de Dios! O mejor. ¡Lévatelo lejos de mí!

—Deja de decir que te has quedado sin nadie. Él es tú sobrino. Tú familia. Nath…

—Ya me has escuchado. Apártalo de mí.

Se dio la vuelta, regresó a la habitación y cerró dando un portazo.

Daphne acudió junto al pequeño. Lo cogió en brazos y lo besó en la frente.

—¡Ay, mí niño! Me gustaría ayudarte. Pero no puedo. No puedo renunciar a mí futuro por una falsa familia. No puedo. ¿Lo comprendes, verdad?

14

Faltaban unas horas para la lectura del testamento y Nath seguía sumido en el desconsuelo. No atendía a razones. Bebía sin moderación y no ingería alimento alguno. El enfado inicial de Daphne dio paso a la preocupación. Si Nath seguía así acabaría enfermo.

—Esto tiene que terminar.

—¿Y qué puedes hacer? El tipo no tiene la menor intención de salir de ese cuarto. Si quiere morirse, que lo haga –refunfuñó Chuck.

—¿Por qué hablas de él con tanto desprecio? Y no quiero que vuelvas a nombrar a la muerte en esta casa –se enojó Daphne.

—No lo haré. Pero es el trato que merece tu maridito. No es más que un egoísta sin sentimientos. No le importa nadie. Yo, yo y sólo yo.

Daphne acarició su brazo y sonrió.

—No todo es cómo parece, cariño. Nath se encuentra así por el dolor que siente. Quería mucho a su hermano y se ve  perdido sin él. Tiene la sensación de que ha sido abandonado; que ya nadie lo ama.

—Un hombre, por muy dolido que estuviese, tomaría las riendas de su vida. Su comportamiento es de un niño malcriado. Claro que, es lo que ha sido toda la vida. Por eso no sabe resolver los problemas ni enfrentarse a ellos. Se lo han dado todo en bandeja.

—Hemos de ser pacientes. Necesita tiempo. Tiene que pasar el duelo.

—Pues que lo haga como todo bicho viviente. Guardando la pena en el corazón, pero sin olvidar sus obligaciones. Claro que, cómo buen aristócrata no he visto que tenga ninguna. Su existencia se limita a ir al club, a las casas de juegos y traer a esta casa prostitutas. No tiene moral ni sentido de responsabilidad. Es puro egoísmo.

—No debes ser sectario. James era vizconde y trabajó duro. ¿Crees que muchas de las fortunas de los nobles duran toda la vida?

—Pues la de estos, temo que tu esposo la fundirá muy pronto. Juergas, juego y mujeres. No le veo cómo un cabeza de familia responsable.

—Será el tutor del pequeño. En esos casos, parece que no tendrá opción a la totalidad del dinero. Además, creo que deberá administrarlo junto a varios abogados. Será difícil que lo arruine.

—Por una vez, estoy de acuerdo con esa ley. Pero no sé si terminará siendo el heredero. Porque si no se presenta a la lectura o lo hace en este estado, sus abogados, por mucha amistad que tengan, no dudarán en impugnarla. Y tú, después de soportar a ese tipo y sus excesos te quedarás sin nada. ¿Y qué será de tú carrera? ¿Di? No puedes renunciar a ser doctora. Eso jamás. ¿Entendido?

—He hecho mí parte. Y aunque no lo creas, Nath es un hombre de palabra. Cumplirá. No temas. En unos meses partiremos hacia Nueva York –aseguró Daphne.

—Yo tengo serias dudas. Tal cómo lo veo… No se. Puede reaccionar desfavorablemente si no obtiene lo que desea. Demuestra que es débil y que carece de voluntad; que lo domina el egoísmo. Deberías hacer algo.

—¿Y qué más puedo hacer? Ya has visto que lo he intentado todo.

—Eres una chica que ha sobrevivido a muchas desgracias. Ahora no me digas que te rindes. Sé que puedes lograr lo que te propongas. Siempre y cuando ignores lo que sientes.

—¿Qué quiere decir eso?

—Sabes a qué me refiero. Ese hombre ha conseguido penetrar en tú corazón y si no te sacas ese puñal lo perderás todo. ¿Y para qué? ¿Para estar junto a un tipo que jamás te amará? Tienes que ser inteligente, amiga mía.

Ella sacudió la cabeza mirándolo con incredulidad.

—No estoy enamorada de Nath. Ninguna mujer con dos dedos de frente lo estaría.

—El amor no entiende de razones.

—¡Te digo que no amo a ese hombre! –insistió ella.

—Está bien. Te creo. No te enojes. Yo debo ir al mercado. Angie se encuentra indispuesta. Le haré el trabajo. ¿Compro algo en especial para ti?

Daphne dejó la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Manzanas dulces, leche y plátanos para el pequeño James. Y para mí unas cerezas.

—¡A la orden, mi lady!

Ella sonrió con tristeza. Aquella farsa pronto terminaría y marcharía hacia una nueva existencia, hacia el futuro tan deseado. Pero Chuck estaba en lo cierto. Debía sacar a Nath de su encierro y también de su corazón. Porque a pesar de sus negativas, tenía que aceptar que no le era indiferente. Pero no era amor, ni pena. Era un sentimiento difícil de precisar.

—Vamos, Daphne. Vamos. Tienes que sacarlo de ahí –susurró.

Subió con el corazón latiéndole acelerado y se plantó ante la habitación de Nath.

—Abre –dijo con tono autoritario.

Silencio como respuesta. Insistió. Él continuó ignorándola. Daphne no se dio por vencida y aporreó la puerta.

—¡Largo, maldita bruja! ¡Déjame en paz! ¡Vete! –bramó Nath.

Estuvo tentada de hacerlo. Sin embargo, Chuck estaba en lo cierto. Podían perder la herencia. Y aunque ella conseguiría lo pactado a toda costa, no quería que su relación con Nath acabase de mala manera. Al fin y al cabo, aunque las circunstancias de su unión fueron anormales, propició que en lugar de ir a la cárcel pudiese ir a la universidad en el futuro. Así que, se esforzó en pensar cómo tentarlo a salir. Y llegó a la conclusión, a pesar de sentir repugnancia, que su vicio sería la solución. Puppy era la prostituta que en más ocasiones acudió a complacerlo, su mayor debilidad. Con sólo mencionarla lograría que abriese la puerta.

—Ha venido una amiga a verte. En realidad, tú amiga más especial. Es Puppy.

—¡No quiero ver a nadie! ¡Te lo he dicho un millón de veces! ¡Dile a esa zorra que se largue!

Daphne respiró hondo. Aquel idiota estaba dispuesto a quedarse sin nada.

—Está bien. Ya iré yo a la lectura del testamento y tú, mientras tanto, púdrete escondido del mundo mientras pierdes todo lo que ambicionas. ¡Eres un maldito cobarde!

Nath lanzó algo contra la puerta y gritó:

—¡Me da igual lo que pienses de mí! ¡Y me importa una mierda si no obtengo ese dinero!

—¿Tampoco lo qué le ocurra a tú sobrino? Claro que no. Cómo el mezquino que eres, ni tan siquiera te has molestado en darle una caricia para consolarlo de su orfandad. Aunque me alegro de ver tú cara más sórdida. Ten por seguro que no haré nada para defenderte ante los abogados. Si deciden considerar que tú abuela es mejor para el bienestar de James, que así sea; ya que también lo creo. Sí. Será lo mejor para el niño. Se educará en la decencia y la disciplina bajo los cuidados de una mujer, que a pesar de tú opinión, seguro que lo querrá más que tú. Diré a los abogados que se pongan en contacto con ella —dijo. Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia su habitación. Al escuchar como se abría la puerta, se detuvo.

—¡Eso jamás! ¡No lo dejaré con esa arpía! ¡Nunca! –aulló Nath.

Daphne lo miró. Su rostro reflejaba cólera. Y se preguntó que conflicto tenían los Laymore con su abuela. Porque ni el sensato James ni Adam quisieron hablar del asunto cuando se interesó.

—Pues, considero que ella sería mucho más adecuada para educar a su bisnieto que un tarambana como tú. ¿Qué podrías enseñarle? ¿Di? ¿Cómo pasar por la vida cómo un parásito cuya única

meta es la diversión? ¿Llevarlo a un prostíbulo en el momento que lo considerases preparado para ello? ¿Darle la primera copa de alcohol? O lo peor. Dejarlo en manos de institutrices que jamás sentirían el menor amor por él. ¿Quieres eso?

Nath la apuntó con el dedo.

—No tienes la menor idea de cómo es esa mujer. Ni idea. Es el ser humano más horrible que existe. Así que, abstente de opinar. James no vivirá con ella. Antes deberán pasar sobre mí cadáver. ¿Te queda claro?

—¿Ahora te preocupa el futuro de tu sobrino? Un poco tarde, ¿no te parece? Llevas días ignorándolo. Por lo demás, tú aspecto es repulsivo; tanto que nadie en su sano juicio te consideraría apto para ser un buen tutor. Es mejor que no te presentes en el bufete. Diremos que estás enfermo y que lo aplacen. En unos días estarás recuperado y podremos zanjar este asunto.

Nath le lanzó una mirada cargada de ira.

—No me menosprecies, preciosa. Iré a esa reunión y estaré impecable.

—¿En serio? ¡Por Dios! Das pena y hueles peor que un pordiosero. Solo tienes dos horas para recomponerte. ¡Es imposible!

Él le dedicó una sonrisa cargada de cinismo.

—No me conoces, cielo. Ve a arreglarte. Nos veremos en el vestíbulo.

Media hora antes de la convocatoria, Nath apareció ante su esposa con un aspecto muy distinto. A excepción de unas leves ojeras y unos quilos de menos, lucía tan atractivo como siempre. Nadie podría decir que ese hombre estuvo encerrado durante días hundido en el infierno.

—Pensé que ya no podrías asombrarme más y lo has conseguido –dijo Daphne.

Él elevó la comisura del labio con gesto sugerente.

—Querida, te aseguro que guardo más sorpresas. Poseo unas aptitudes muy sugestivas. Y espero que algún día te animes a descubrirlas.

Ella también sonrió, pero con un toque de desdén.

—Querido, deja de soñar. Eso no ocurrirá jamás.

—Nadie puede predecir el futuro. Aunque, de vez en cuando tengo visiones.

—¿En serio? –inquirió Daphne con retintín.

—Sí. Y veo… No. Mejor dicho. Sé que no sientes indiferencia por mí.

—Como siempre, entendiendo las cosas fuera de contexto. Cierto es que no me eres indiferente. Pero no por el motivo que piensas. Me inspiras sentimientos de rechazo.

—Exacto. Porque me temes. Temes admitir que ese rechazo es consecuencia de sentir atracción por tú marido –aseguró Nath con arrogancia.

Daphne resopló impaciente.

—Deja de decir sandeces. Tienes asuntos más importantes. Vamos. No quiero ser impuntual.

Él dejó escapar una suave carcajada.

—La perfecta lady. Correcta, discreta, encantadora, responsable. Has aprendido muy rápido, preciosa.

— ¿Por qué eres tan cínico?

Nath se apuntó con el dedo en el pecho.

—¿Quién, yo?

—¡Uf! Dejémoslo, por favor. No podemos perder el tiempo.

—Claro. Claro. Terminemos con esto cuanto antes –dijo Nath.

La lectura del testamento fue muy concisa. James tuvo la generosidad de ceder a sus empleados una suma considerable de su inmensa fortuna, a Nath la cantidad que ya sabía y la responsabilidad de ejercer como tutor de su único heredero.

—Eso es todo –dijo el padre de Adam, tras haber firmado Nath los documentos.

Él, apartando la silla con brusquedad, se levantó.

—Pues aquí ya no tenemos nada que hacer. Nos vemos, señor Dunne.

Daphne también se levantó y tendió la mano al abogado.

—Gracias por todo.

—Ha sido un placer, mi lady.

—¿No vamos? Tengo otras obligaciones, querida –masculló Nath.

El trayecto hasta casa lo hicieron callados, pero una vez se acomodaron en el salón, Daphne rompió el silencio.

—Comprendo que estés apenado. Pero ello no es excusa para haber tratado con tanta mala educación al señor Dunne. Sois amigos desde hace muchos años.

—Ahora la barriobajera me da consejos de etiqueta –se burló Nath, sirviéndose de nuevo otro brandy.

—Si pretendes que me ofenda, no lo conseguirás. Me has habituado a tus burlas.

—Cómo tampoco cambiarme. Soy como soy y no hay más que hablar. No te esfuerces, preciosa. Es inútil. En unos meses te largarás y desaparecerás de mí vida. Nunca más volveremos a vernos. Así que, déjame en paz. ¿De acuerdo?

—Pues deberás hacerlo por tú sobrino. No puede tener un padre que lo único que hace en la vida es beber y follar –replicó Daphne muy irritada.

Él levantó una ceja y le dedicó media sonrisa.

—Me encanta que toda una dama de la alta sociedad sea soez. Eso lo hace muy excitante.

—Cómo bien has dicho, pronto dejaré de pertenecer a tu selecto club. Y será un alivio. No presenciaré cómo destruyes a ese pequeño.

—¿Cómo puedes pensar que tengo intención de dañar a mí sobrino? ¡No soy un monstruo, mujer! –explotó Nath.

—No hablo del físico. Me refiero a su salud mental. Ese niño debe sentir que tiene a alguien que lo protege y lo ama. Y sé que lo dejarás en manos del servicio. Crecerá con la sensación que carece de familia.

—La mayoría de los nobles se han desarrollado bajo la supervisión de sus institutrices.

—Supongo que tú también. Ahora entiendo la frialdad y poca empatía que os caracteriza.

—No digas estupideces. Conozco muy bien a los de tu ralea. Hijos abandonados en la calle por sus padres, mujeres que buscan en la basura o vendiendo su cuerpo. La gran mayoría de esos padres a los que tanto defiendes son incapaces de sustentar a sus hijos.

Ella, echando chispas por los ojos, lo apunto con el dedo.

—¿Y sabes el motivo? ¡Porque vosotros los explotáis con sueldos míseros!

Nath apuró la copa, la dejó sobre la mesa y alzó las manos en señal de considerarse inocente.

—A mí no me metas. No tengo negocios con los que explotar a los trabajadores. Y cómo ya comienzo a conocerte, diré que James tampoco lo hizo. Las ganancias provienen del campo y nuestros arrendatarios están tratados con la máxima dignidad; del mismo modo, ocurre con las fábricas. Nunca hemos consentido que nuestros trabajadores pasen penurias. Reciben un sueldo superior a la media. A pesar de lo que pienses, somos una familia considerada con los demás.

—¿Tú abuela también?

Nath gruñó.

—Te repito una vez más que esa cuestión está vetada. Déjalo.

—Entiendo que estéis enfadados. Pero no deja de ser vuestra abuela y aunque no lo creas, debe quereros. Por eso me extraña que no haya aparecido en el funeral. Nadie la habrá notificado el fallecimiento –comentó Daphne.

—Y espero que así siga. No quiero que esa bruja entre de nuevo en mí vida.

—¿Qué hizo para que la odies tanto?

—Representas el papel de mí esposa, pero no lo eres. Los asuntos de la familia no te incumben.

—Hasta que me vaya he de cumplir con el trato que acordamos. Y en ese compromiso hay una cláusula muy importante y es fingir que somos una pareja feliz, y encantada con hacerse cargo de su adorado sobrino. Por lo que, a partir de ahora, dejarás a tus prostitutas, las borracheras y los salones de juego. ¿Entendido, mi lord?

Él se carcajeó.

—Sin duda, has enloquecido. ¿En serio crees que puedes darme órdenes? Soy tú marido; a pesar de no haber consumado. Pero lo soy legalmente y debes ser tú quien obedezca. Sin mi consentimiento no puedes hacer casi nada.

Daphne resopló.

—Me he casado con un hombre tan idiota que ni siquiera es capaz de pensar. ¡Por el amor de Dios, Nath! ¿Acaso se te ha olvidado que si el señor Dunne se entera de que sigues con tú existencia disipada decidirá que el niño no puede estar a tú cargo? ¿Y qué hará? ¿No lo sabes, verdad? Pues localizar a tu odiada abuela y entregárselo. ¿De verdad es lo qué quieres?

—No –respondió él.

—Pues, no tendrás otra que seguir mis consejos. ¿No te parece?

Nath, a regañadientes, aseveró.

—Estoy dispuesto a sacrificarme por el bien de James.

—Y cuando me vaya, lo pondrás bajo el cuidado de una niñera.

—¿Por qué insistes en considerarlo un error? Yo tendré que atender mis asuntos durante el día. No voy a llevarlo a todas partes. ¿No te parece?

—Asuntos dice –musitó Daphne.

—Pues sí, incrédula. No soy tan irresponsable como imaginas. No pienso dejar sin nada a mi sobrino. Trataré con Adam los asuntos financieros y el administrador de nuestras tierras y fábricas continuará haciéndose cargo. Nada cambiará. Bueno, sí. Mis correrías por un tiempo. Pero no puedo asegurártelo. Sabes mi naturaleza y es posible que no pueda soportar tanta abstinencia. Si tú…

Ella alzó la mano y él se calló.

—Si esta persistencia la aplicaras a otros aspectos menos banales tú vida sería mucho más provechosa.

—La percepción de las cosas es distinta en cada persona.

—Hay opiniones que son universales.

—Una de ellas es respetar la vida. Sin embargo, hay seres humanos que no dudan en clavar el cuchillo en el corazón de su semejante. No todas las mentes ni conciencias piensan igual –refutó él.

Ella no pudo rebatirlo en esta ocasión. Aún así, dijo:

—Las decentes, sí.

—Yo soy un inmoral –dijo Nath sirviéndose otra copa.

—Y un cabeza dura. Hemos acordado que no más borracheras y desde que hemos llegado no has dejado de beber. Y a saber cuantas copas más te has tomado durante la mañana. Déjalo ya –le reprochó Daphne.

Nath no le hizo caso y siguió llenando la copa.

—Querida, esta noche será como mi despedida de soltero. Prometo que en cuanto me levante para comer seré un nuevo hombre. Al menos, por unos meses.

—Ya.

—Sé que con lo referente a mí persona eres incrédula. No obstante, te aseguro que si hago una promesa la cumplo. A no ser que esté muerto.

Ella se estremeció.

—No me agrada que se bromee con la muerte.

Él ensombreció el rostro.

—Deberías saber que tras lo de James no deseo hacer ninguna chanza sobre ello –dijo con rotundidad.

—Perdona. No quise ofenderte.

—No hay nada que perdonar. No niego que sea un golfo. Ahora, si me disculpas, me dispongo a disfrutar de mí última noche de desenfreno.

## 16

Nath cumplió la promesa. A partir de esa noche su comportamiento fue del todo correcto; incluso agradable. Daphne descubrió a un hombre muy diferente. Pero irreal. Su marido nunca sería un hombre sensato y responsable. Aunque cada primavera el árbol cambie sus hojas, las raíces siguen siendo las mismas.

—Hoy hace un día espléndido. La mitad de nuestros vecinos saldrán a dar un paseo por Saint James. Tenemos que exhibirnos –dijo Nath.

—Por supuesto. Que vean a la familia feliz.

—¿A qué viene esta ironía? ¿No es nuestro propósito?

—El deseo es la mano que intenta alcanzar un objetivo. Solo eso. La mayoría de las veces no se llega ni a rozarlo –opinó Daphne.

—Te veo muy pesimista.

—Más bien considero que podemos fracasar.

Él chasqueó la lengua.

—Imposible. Somos dos grandes actores. Y una vez lanzado el dardo ya nadie puede pararlo.

—La diana.

—¡Uf! Tanta teología de buena mañana me abruma. ¿Has terminado de desayunar? En ese caso, vamos a darles una buena

función.

—¿Te importa ir sólo? No me encuentro muy bien –le sugirió Daphne.

Nath borró la expresión burlona para mostrarse preocupado.

—¿Llamo al doctor? Sí. No tienes buen semblante.

Ella le sonrió con dulzura.

—¿En verdad crees que es necesario?

—¡Soy tonto! Supongo que ya tenemos a la doctora en casa. ¿Verdad?

—Futura doctora. Eso si no lo estropeas.

—Muchas gracias por tú confianza.

—Dos semanas comportándote como es debido no significa que sigas haciéndolo.

—Dime que tengo que hacer para que creas en mi promesa.

Daphne se frotó la frente.

—Nada.

—Si te duele la cabeza un café bien cargado te irá bien. Mientras lo preparo arréglate y arregla a James. Después daremos ese paseo. El aire fresco te hará bien. Verás cómo mejoras. ¿De acuerdo?

Unos minutos después caminaban por el parque saludando a sus conocidos, con ese aire de las parejas felizmente casadas.

—¿Se te ha pasado el dolor? –se interesó Nath.

—Un poco.

—Descansemos –le sugirió invitándola a sentarse en el banco. Cogió a James y lo sentó en el regazo. Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Odiaba esa farsa. Nunca le gustó mentir. Pero se disculpaba con la excusa de que tras los errores de su padre era el precio que debía pagar por conseguir su meta. Al fin y al cabo, se decía, no era por ambición. Su afán era muy decente. Ser médico y poder curar a las personas.

—¿En qué piensas? –se interesó Nath al verla tan taciturna.

Ella se reincorporó y dibujó una media sonrisa.

—A veces me atacan los remordimientos.

—No hacemos nada malo. Cuidamos de mí sobrino. Y el crío parece feliz.

—Sí. Nos ha tomado mucho cariño.

—Más a ti –puntualizó Nath.

—Y me preocupa.

—¿Por qué? Sería peor que le cayeses mal.

—Hubiese sido lo mejor. Cuando me vaya sufrirá. Y eso me mortifica.

—Es un bebé. Pronto se olvidará de que un día ejerciste de tía. Mis padres murieron al contar yo seis años y apenas los recuerdo.

—¿Un accidente?

—De avioneta. Volaban sobre una reserva africana. Se pasaban media vida yendo de un lugar a otro. Apenas paraban en casa. Adoraban conocer otros países.

Daphne suspiró.

—A mí me encantaría poder ver culturas diferentes. Y cuánto más alejadas de la nuestra, mejor. ¿Tú has viajado mucho?

—Sí.

—Yo algún día lo haré. Y el primer país que visitaré será Perú. Sueño con ello desde niña. ¿Has estado?

—No. ¿Y cuál es la razón de ese destino?

—Me atrae la cultura Maya. Quiero pasear por Machu Pichu. Desde niña me ha fascinado esa ciudad. Aún no me explico como pudieron construirla.

—Sin duda no fue fácil. Incluso en nuestros días no lo sería. La técnica de engarzar los bloques sin amalgama es excepcional, un hito milagroso para ese siglo. El puente Q'eswachaka tiene una longitud de treinta metros y está hecho de soga. Se ha mantenido en pie durante seiscientos años. Ni con nuestros avances lograríamos tamaña proeza. No. No podríamos.

—Me sorprende tus conocimientos.

—¿Has olvidado qué soy arquitecto? Todo lo relacionado con ello me interesa. Por supuesto, no es lo único. Tengo otras inquietudes.

Ella subió la comisura del labio.

—Las conozco.

—¡Eso ha sido un golpe bajo! –exclamó él ofendido.

—No grites, por favor. James se ha dormido y ya sabes que le cuesta conciliar el sueño.

—Es que me molesta que siempre tengas tan mala opinión de mí –se quejó Nath.

—No veo la razón de tu asombro. Reconoce que te has ganado la mala reputación a pulso.

—No sé que consideran mala reputación. No he robado, no he matado, en el juego nunca hago trampas y a pesar de lo qué piensas, jamás me he acostado con una mujer casada. Así que, si disfrutar de la vida y decir de vez en cuando una mentira nada comprometedora se considera mala reputación; pues sí, la tengo.

—En mi barrio se te consideraría un hombre decente. Pero en tú círculo son pecados casi imperdonables. Un noble debe respetar su título. Existen reglas que no deben quebrantarse.

—¿Sabes? Tú sí que me asombras. Aprendes rápido. Eres muy lista, mi lady. Pero en esto te equivocas. No todo es cómo parece. Los de nuestra ralea ocultamos nuestros pecados. Si no se ve, no existe.

Daphne cogió al pequeño y lo puso en el cochecito.

—Tú también has olvidado que gracias a mi privilegiado cerebro en menos de dos años seré la doctora más joven.

—Pues por si aún no lo sabes, te informo que yo también fui el licenciado más joven de todos los tiempos. Y con calificaciones excepcionales.

—Para lo que ha servido tanto talento…

—La casa en la que vivimos me la regaló James al terminar la carrera. Por dentro estaba hecha pedazos. Lo hizo para que aplicara mis conocimientos y la rediseñé. ¿Acaso no dijiste que era precosa?

—Una semilla no produce un campo de trigo. ¿Nos vamos? Es casi la hora de comer y dentro de unos minutos el pequeño lord nos comunicará con su llanto que está hambriento.

Nath se levantó.

—Otra cosa de ti que me pasma es tú apetito. Eres la primera mujer que veo devorar un plato con tanto placer y no engorde ni un gramo.

—Puede que nunca trataras con mujeres que pasaron hambre la mayor parte de sus días.

Él la miró perplejo.

—¿Tan mal estabais?

—Al igual que tú, prefiero dejar estos asuntos en mí intimidad.

—Sí, por supuesto. Ahora… —Calló al ver que se acercaba la Condesa de Westcott. Bajó el rostro y posó la boca en la curva del cuello de su esposa y susurró: No te alteres. No me estoy aprovechando. Por favor, disimula. Se acerca la mayor cotilla de la ciudad y debe expandir la noticia de no podemos reprimir nuestro amor ni en público.

Daphne aguantó la respiración. El aliento y los labios de Nath le quemaron la piel, y su corazón se desbocó.

—Querido Nath.

Él simuló sorpresa, se apartó de su esposa y saludó a la mujer.

—Condesa. Me alegro que esté de vuelta. La hemos echado mucho de menos.

—No todos son de la misma opinión.

Nath sonrió. Era cierto. Esa mujer era temible. Todos procuraban no irritarla o su incontenible franqueza sacaba a la luz defectos o vergüenzas que se querían ocultar.

—Muchacho. Quiero darte el pésame por la pérdida de James. ¡Era tan joven! Imagino que debes estar devastado.

El semblante de Nath se ensombreció.

—Así es.

—Por suerte, ahora tienes a alguien que te ayudará a superar tan recientes pérdidas. Pero si he de ser sincera, no pude creer la noticia de que el mayor libertino de la ciudad sentó la cabeza. Pero

viendo a tú mujer no me extraña. Es una muchacha muy hermosa y parece muy dulce –dijo la anciana estudiando con descaro a Daphne.

—Gracias, mi lady. Es usted muy amable –dijo ella.

—Quién me conoce nunca me adjudica esa virtud. Por el contrario. Suelo ser brusca y franca. No me gustan las medias tintas. Voy directa al grano. Considero que el tiempo es demasiado precioso para perderlo en formalidades que no llevan a nada. Si algo no me gusta, no me molesto en disimular. ¡Qué le vamos a hacer! Poseo una naturaleza salvaje y nada acorde con la gente que me rodeo. Imagino que a ti debe ocurrirte lo mismo. Aunque, a tu joven esposa le será más complicado integrarse. Desconoce las reglas que, siendo sincera, admito que son absurdas en nuestros días. Todo el mundo ha avanzado y nosotros nos hemos quedado anclados en el siglo diecinueve.

—Daphne se está adaptando a gran velocidad; puesto que es una mujer muy inteligente. ¿Ya le han dicho que el año que viene será toda una especialista en las enfermedades del corazón? –intervino Nath.

La condesa sonrió con aire pícaro al ver la ardiente defensa del joven.

—Eso he oído. Lo que sí está claro es que el tuyo te lo ha robado.

Daphne contuvo las ganas de echarse a reír. Por suerte el pequeño James rompió a llorar.

—Lamento interrumpir esta agradable conversación, condesa. Pero mí sobrino reclama que nos centremos en él. Es su hora de comer –dijo Nath.

Ella se inclinó sobre el cochecito.

—Está precioso. Pensé que tú hermano se equivocaba al darte tan dura responsabilidad. Pero ahora veo que hizo lo mejor para el pequeño. Y todo gracias a tú esposa. Trátala bien o te las verás conmigo, muchacho. ¿De acuerdo?

—Ya he hecho enojar mucho a la condesa más temible de la ciudad. A partir de ahora no le daré la oportunidad de ponerme como un trapo –dijo él, con chanza.

—Tomo nota. Ha sido un placer conocerla, Daphne. Espero que nos honre con su presencia en la subasta que organizamos para la campaña de otoño. Me pondré en contacto con usted para tomar un té y ponerla al tanto de las actividades en las que participamos.

—Estaré encantada –aceptó Daphne, sin poder evitar que el corazón le saltase.

La mujer se alejó.

—¿Lo ves? No es tan complicado unirse a las grandes damas de la nobleza cómo pensabas –dijo Nath.

—No estés tan seguro. El perejil a grandes cantidades se convierte en veneno. Esa mujer me lanzará a los lobos y dudo que venga un cazador a rescatarme.

Él le estampó un sonoro beso en la mejilla.

—Te creo capaz de devorarlas a todas, querida.

## 17

Daphne se frotó los ojos con gesto cansado. Llevaba toda la tarde metida entre libros. No quería olvidar nada de lo aprendido. Ni tampoco tener que repetir curso. Quería ser el médico graduado con menor edad. No por vanidad. Lo anhelaba porque sería una mujer.

—¿Qué estudias hoy? Por tú cara sofocada deduzco que no es lo que se dice fácil –le preguntó Nath, al entrar en la salita.

Ella, sobresaltada, cerró el libro y lo dejó con la portada boca abajo sobre la falda. Moriría de vergüenza si viese que estaba leyendo algo que nada tenía que ver con la medicina. Era un manual hindú sobre la sexualidad humana que encontró en la biblioteca de la casa. Nunca llegó a imaginar cómo un hombre y una mujer podían ejecutar el acto sexual de tan diversas formas y eso que aún no llevaba ni medio libro leído.

—Es algo muy aburrido y complicado. Insuficiencia de la válvula mitral y su causa, que no es otra cosa que un soplo holosistólico o sistólico —mintió.

—No parece fácil, no. Querida. Deberías tomártelo con más calma. Aún quedan semanas para que vayas a la universidad. Y por propia experiencia, enfrascarse entre libros tantas horas embota el cerebro. Hay que hacer pausas y relajarse –le aconsejó Nath, dejándole una taza de té sobre la mesa.

—Olvidé que fuiste universitario y que eres arquitecto.

—No veo la razón de tú ironía –le recriminó él.

—Tienes razón. Perdona. ¿No has ejercido nunca?

—No.

—¿Por qué?

Nath le señaló la taza.

—Se te enfriará.

Ella tomó un sorbo y sonrió.

—Delicioso. Gracias. Eres un encanto.

Nath levantó una ceja.

—¿Desde cuándo he pasado de demonio a ángel, querida esposa?

—No he dicho tal cosa. Ignoro cómo volverás a ser en el momento que me vaya.

Él se acomodó ante ella y la miró con gesto compungido. La idea de verla partir cada vez lo agobiaba más. Se había acostumbrado a su compañía, a su serena belleza y también a sus quejas. Pero lo que más temía era que sin ella no podría seguir adelante. Sería incapaz de afrontar las responsabilidades. Daphne era ahora su guía.

—Después de mis esfuerzos sigues sin confiar. Me entristeces.

—Por mucho que esperes en el puerto al barco hundido, éste nunca llegará.

—¿En serio piensas que no puedo cambiar?

Daphne apretó los labios y alzó los hombros.

—Estas últimas semanas me he comportado como se esperaba. No bebo, no voy a las casas de juego y tampoco disfruto del sexo; lo cuál me causa… No. Creo que ese tema no es de tú interés.

—En efecto. Tú vida íntima no me incumbe –dijo ella sin poder evitar que las imágenes de Nath con esas mujeres efectuando esas posturas tan escandalosas.

—Tengo entendido que hace unas semanas, sí.

Daphne, con las mejillas arreboladas por los pensamientos tan depravados, dijo:

—Pues te informaron mal. Era mera preocupación por si descubrían lo que en realidad pasa en esta casa.

—¡En fin! Volvamos a la conversación inicial. Decía que estoy siendo un buen chico. Me he reunido con los administradores y he seguido sus consejo para que la fortuna de mí sobrino no mengue; por el contrario, que crezca. ¿Qué más queréis de mí?

—Que no vuelvas a convertirte en el mayor libertino de la ciudad.

—La diversión puede compaginarse con la responsabilidad. Pero claro, alguien cómo tú no puede comprenderlo.

Daphne se tensó.

—¿A qué te refieres a alguien cómo yo?

—No hago alusión a tu estatus social, cielo. Hablo de la poca visión que tienes de la vida.

—¿Qué yo tengo poca visión? ¡Esa si qué es buena! He vivido y visto cosas que ni tan siquiera puedes imaginar. Tengo experiencia.

—Y algunas de las que he experimentado yo, tú tampoco.

—No estoy para bromas, Nath. Mí familia para conseguir un mendrugo de pan ha tenido que luchar con fiereza. He dormido en la calle por no poder pagar el alquiler. ¿Lo has hecho tú? Tal vez debido a una borrachera. No por obligación. Por eso sé que las cosas deben tomarse con sensatez y luchar para sobrevivir. He llegado hasta aquí no por tener facilidad con los estudios; ha sido por estudiar hasta dejarme las pestañas. Renuncié a la diversión. Sin ese esfuerzo no estaría en esta posición.

—Un alegato muy interesante. Pero olvidas el detalle de qué sin mí dinero tú sueño jamás podría cumplirse –replicó Nath.

—Y eso te hace sentir satisfecho, ¿verdad? ¡Eres despreciable!

—Lo único que he hecho es constatar una realidad. ¿No es así?

Daphne, airada, se levantó.

—Así es. Llegué a pensar que estabas cambiando. ¡Qué ilusa! Me equivoqué. Sigues siendo despreciable. Ha sido una suerte que me acepten de nuevo en la universidad.

—Suerte no. Te lo mereces por tú inteligencia –replicó él.

Ella le dedicó una sonrisa ladina.

—No te canses. Tus argucias no sirven conmigo.

—¿Qué argucias? Te estoy dando mi sincera opinión.

—Por supuesto; ya que eres el hombre más sincero de la tierra –ironizó Daphne.

Nath la apuntó con el dedo.

—Puedes llamarme de todo, pero no consentiré que me llames mentiroso. Pude darte otros motivos más decentes. ¡Pero desde el principio puse las cartas sobre la mesa! No te oculté la razón de nuestro acuerdo. ¿No es así? Pues no me vengas con reproches. No tienes ningún derecho. Tú tampoco puedes sentirte inmune. Aceptaste engañar a todos para conseguir tus ambiciones.

—¿Olvidas que fui obligada?

—¿Olvidas tú que te salvé de ir a la cárcel?

—Te recuerdo que lo hiciste para chantajearme.

—Y yo te recuerdo que, a pesar de ello, fui generoso al no obligarte a compartir mí cama.

—Tú lo has dicho: Obligarme. Porque por propia voluntad ni perdiendo la razón. Eres el último hombre al que podría desear. No posees ninguna virtud que me atraiga.

Nath soltó una carcajada profunda.

—Eso no se lo cree nadie.

—La belleza no es importante para mí. Lo único que es esencial es el contenido del embase.

—¿Así que me consideras bello? ¡Vaya con la modosita señora Laymore!

Ella levantó un hombro.

—No tengo que avergonzarme por reconocerlo. Si lo negase sería necia.

—Tú también eres hermosa.

—Te repito que tus artimañas no me causarán efecto alguno. Continúo opinando que eres indigno.

—¿De mí linaje?

—De ser un privilegiado. ¿Sabes? La mayoría de habitantes de este país apenas les llega el dinero al final de la semana y eso que se desloman en trabajos infames que acaban con su salud. Sus hijos deben abandonar la escuela a temprana edad. Y en sus casas deben soportar las goteras y el frío que se cuela por las innumerables grietas.

—Ya me he leído los Miserables, querida –se burló Nath.

Daphne soltó un bufido.

—No sé para qué me molesto en mantener una conversación seria contigo.

—Ya me conoces. No soporto ponerme sensiblero.

—Ese adjetivo jamás te lo aplicaría. Dudo que sepas ponerte en la piel de otro. Tienes lo que la mayoría de mortales desean. Dinero, una casa confortable, comida en abundancia y eres incapaz de ser agradecido.

El rostro de Nath adquirió un rictus de tristeza.

—Hay joyeros preciosos y cuando los abres, están vacíos. Las apariencias engañan, mi lady.

—¿A qué te refieres?

El llanto de James evitó que contestase.

—Hora de la papilla. Ve. Ya sabes que si no se la das tú apenas come. En cuanto termines, cenamos. Estoy hambriento.

Daphne, por unos instantes, llegó a pensar que ese crápula tenía corazón. Pero no era así. Entró en la habitación de James, lo sacó de la cuna y le acarició la mejilla.

—¿Sabes? No me hago ilusiones sobre tú tío. Ese hombre nunca hará nada bueno. Por suerte, un océano me separará de él en muy poco tiempo y estos días tensos y desagradables quedarán atrás. Lo único que me entristecerá será separarme de ti. Pero no puedo llevarte conmigo. Tú perteneces a otro mundo y yo debo buscar el mío.

# 18

Apenas una semana después de esa discusión, Daphne no podía dar crédito a la transformación de Nath. El desvergonzado e irreflexivo aristócrata había dado paso a un joven muy distinto. Se comportaba con educación, responsabilidad y el carácter irascible se tornó balsámico. Ahora era divertido, atento y cariñoso con su sobrino.

—¿Ha pasado algo malo? –le preguntó Daphne al ver su rostro sombrío.

—Nada importante. Bueno, sí. He verificado que no tengo la menor idea para las inversiones. Si hubiese sido por mí, ahora una suma importante estaría perdida. Por suerte tengo a Adam.

—Sí. Es un buen amigo.

Nath cerró el periódico y la sonrisa volvió a su rostro.

—Dejemos los negocios y aprovechemos este maravilloso día. ¿Lista para ir a la playa?

Chuck entró en el salón.

—Todo listo, mi lord. Hasta he llenado una cesta para que no tengan que molestarse en buscar un restaurante. Hay fiambres, queso, emparedados, fruta, zumo y una botella de vino; y por supuesto, comida para el pequeño lord. Así podrán disfrutar más del mar.

—Gracias.

—Daphne. Ya me contarás como es el inmenso océano. No quiero que omitas ni un detalle. ¡Ni uno o tendrás serias consecuencias!

—¿Nunca has visto el mar? –se extrañó Nath.

—Y ella tampoco.

—Chuck, por favor –le reprendió Daphne.

Nath la miró perplejo.

—¿En serio?

—¿A qué viene ese asombro? No todos nos podemos permitir tomar un tren para ir a la costa. Lo que cuesta un billete es la comida de una jornada.

—No te enojes, querida. No era una recriminación ni una burla. Simplemente me ha sorprendido.

Nath cogió la cuna portátil y comenzó a caminar. De pronto se detuvo y se giró.

—Chuck. Vienes con nosotros.

El muchacho abrió la boca mirándolo con ojos brillantes.

—¿En serio? ¡Guau! ¡Claro que voy! Gracias, mi lord. Pero… No tengo bañador.

—Da igual. En la costa hay tiendas. Compraremos uno. Anda. Ve a cambiarte y a por una toalla.

Chuck echó a correr y su señor sonrió.

—Te agradezco el detalle –dijo Daphne.

—No hay nada que agradecer. Sería un miserable pudiéndole proporcionar esa ilusión negársela. Además, es casi un miembro de la familia. Es tu mejor amigo. El hermano que nunca tuviste. Te ha cuidado y defendido siempre. En pocas palabras, es mí cuñado.

Ella le acarició el brazo y sonrió con dulzura.

—Ese nuevo Nath me gusta. Te pido que no cambies. Por favor, que no vuelva el golfo sin corazón que disfruta discutiendo conmigo.

El le guiñó el ojo.

—¿Así qué te gusto? ¡Vaya, vaya!

—No tergiverses lo que digo, ¿vale?

—¡Listo! –gritó Chuck.

—Pues, en marcha.

El viaje en coche hacia la costa fue muy divertido. No dejaron de cantar los éxitos de la temporada; incluso el pequeño James se unió al trío balbuceando con alegría.

El coche se detuvo ante la tienda del pequeño pueblo, Chuck y Nath compraron el bañador, y tras coger la cesta y las bolsas, caminaron hasta alcanzar la playa.

—¡Joder! ¡Es más grande de lo que imaginaba! ¡Esto es increíble! –gritó el muchacho.

—Chuck, no digas soeces –le reprendió Daphne, en apenas un

murmullo, pues le era imposible apartar los ojos del mar.

—Es natural que se emocione. Por otro lado, ya conoces mí trayectoria. No me asusto con facilidad y menos por una palabra malsonante. Y tú, ¿qué sientes? ¿Te gusta?

Daphne cerró los ojos y respiró por la nariz.

—Huele a sal.

Nath la observó fascinado. Cada día que pasaba le parecía más bella. Y no eso en exclusiva. También descubrió que sus caracteres no eran tan distintos y las continuas disputas apenas ya no se producían.

—¿Y bien? ¿Nos instalamos? –sugirió preparando la sombrilla.

Daphne extendió las toallas y dejó el capazo del pequeño James debajo.

—Se ha dormido.

—Mejor. Nos dará unos minutos de descanso. Está intentando comenzar a caminar y es agotador retenerlo –suspiró Nath, quitándose la camiseta.

Daphne no pudo evitar que la mirada se encaminara una y otra vez hacia el cuerpo bien formado de su marido. Ni un gramo de grasa. La perfección hecha carne. Algo sorprendente teniendo en cuenta que no practicaba ningún ejercicio físico.

—Sí –susurró.

—¡Vamos! Quítate el vestido y vayamos al agua –dijo Chuck.

—Sabes que no sé nadar. Además, estamos a mitad de mayo. El agua estará congelada.

—Pues pones los pies. No puedes irte sin sentir las olas. ¿No te parece?

—Y hoy, contrariamente a lo habitual, hace mucho calor para estar vestida. ¡Por Dios, Daphne! Nunca imaginé que fueses tan tímida. ¿Es qué ocultas algún defecto? Sí. Claro que sí. Comprendo. No todos pueden ser tan perfectos como yo —se burló Nath.

Ella apretó los dientes. Agarró el borde del vestido, se lo sacó por la cabeza y lo miró desafiante.

—Cómo ves, no oculto nada extraño. Venga, Chuck –dijo tomándole la mano.

Nath la siguió con la mirada y tragó saliva. Tenía una esposa preciosa a la que no podía tocar. Y nadie podía imaginar lo que le costaba reprimir el deseo de besar esos labios tan seductores, ni de cuán arrepentido estaba de ese pacto absurdo de respetarla.

—¡Maldita sea! Qué idiota has sido, chaval —masculló.

Daphne llegó a la orilla y dejó que las olas le golpearan los pies. Chuck la salpicó. Ella le devolvió el golpe y se enzarzaron en una batalla disfrutando como si fuesen niños.

El semblante de Nath se ensombreció. Habían pasado muchos años desde que su hermano y él se sintieron tan felices como Daphne y Chuck se sentían en el mar. Apenas tenía cuatro años, pero lo recordaba con nitidez; tal vez porque no volvieron a gozar de esa dicha nunca más. Aquellos que debieron proporcionarles todo lo que unos niños necesitaban nunca se lo dieron.

Dejó de pensar en ello cuando Daphne acudió junto a él.

—Ya vigilo a James. Ve a darte un baño.

Nath golpeó la toalla indicándole que se sentara.

—Después. Dime. ¿Te ha gustado el mar?

Ella sonrió feliz.

—¡Mucho! Su aroma, su sonido, el balanceo de las olas sobre mi piel. ¡Es tan grandioso! No me cansaría nunca de mirarlo.

—¿Te gustaría pasar el verano frente a él? Si quieres nos trasladamos a Cornualles. Nuestro sobrino posee una casa en la playa. Es bastante espaciosa y se encuentra justo ante una cala de aguas cristalinas. Seríamos los únicos que disfrutaríamos del mar. De este modo, podría enseñarte a nadar sin fisgones a nuestro alrededor. Y cómo intuyo que nunca has navegado, te llevaré en el yate de la familia. Lo pasarás muy bien. Ya lo verás.

—¿De veras harías eso por mí? –se emocionó ella.

—Por supuesto. Además, irá bien para nuestros planes. La alta sociedad se traslada allí. Adam y su familia también. Debemos exhibirnos. Que vean que nuestra unión es estable y sobre todo, que está llena de amor. En ningún momento deben suponer que tú partida es para siempre. Tienen que creer que nos reuniremos en cuanto estés instalada en la universidad –dijo él.

—Por supuesto. No podemos bajar la guardia y que sospechen. Nath. Estás sudado. Ya vigilo a James. Ve a darte un baño –dijo ella con tono gélido.

La expresión de Daphne, en cuanto él se alejó, se tornó sombría. ¿Cómo pudo imaginar que un hombre como él sería tan generoso? "Su querido esposo" no era más que un egoísta. Pero un egoísta que quitaba el aliento. Era perfecto. Como si hubiese sido moldeado para el Olimpo. Llevaba estampado en el color de su cabello y barba el fuego de la pasión. No le extrañaba que las prostitutas acudieran a su llamada de inmediato. No tendrían muchos clientes cómo él, tan jóvenes y bellos; y supuso que tampoco tan buen amante que las hicieran gozar de verdad. Porque pudo escuchar sus gemidos y en absoluto simulados.

—¿Y por qué haces conjeturas sobre eso, tonta? Puede que no tenga la menor idea de complacer a una mujer. Ya se sabe que las busconas fingen placer para dejar al cliente satisfecho. Pero. ¿Qué estupidez es esa? Claro que debe ser un amante excelente –murmuró

enojada. Sacudió la cabeza y miró a los dos jóvenes nadar. Por unos instantes deseó que aquella imagen de bienestar que reflejaba Nath permaneciese para siempre. Pero era un deseo absurdo. Nunca conseguirían, ni tan siquiera, cimentar una verdadera amistad.

El pequeño James se despertó y comenzó a sollozar. Abrió la cesta y sacó el pote de la papilla.

—Vale. Ya voy. Cálmate. Un poco de paciencia. ¡Uf! Tú tío es igual a ti. Impaciente y gruñón.

—Esos dos defectos nunca me los comentaste –dijo Nath, cogiendo la toalla para secarse.

Daphne puso al pequeño en el regazo y le dio la primera cucharada. James la aceptó complacido.

—No hemos permanecido juntos tanto tiempo para conocernos por completo –objetó Nath.

—Una vida no basta para conocer a alguien.

—No estoy de acuerdo. Chuck y yo, con tan solo una mirada, sabemos si estamos preocupados o alegres. Nos conocemos a fondo. Formamos un buen equipo.

Nath miró de reojo al muchacho. Nunca se molestó en observarlo con atención. Reconoció que era atractivo. Ojos grandes y de color negro como el azabache, al igual que el cabello. Facciones bien delineadas. No exageradamente alto ni tampoco atlético. Pero su cuerpo poseía el porte necesario para ser elegante. El tipo de belleza que agradaba a la mayoría de mujeres. No era cultivado. A pesar de ello, poseía la suficiente labia para encandilar a su presa. Y si se añadía que el chico dibujaba de maravilla, el paquete estaba completo. Un seductor nato.

—¿En serio? Pues en cuánto nos divorciemos, os podéis casar. Formaréis un matrimonio perfecto. Sinceridad, fidelidad y amistad. Nunca os lastimareis. Si no hay una desgracia, envejeceréis juntos. ¿Será la celebración de las bodas de oro o de diamante? Con franqueza, lo ignoro, puesto que no he conocido a ningún matrimonio que llegase feliz después de tanto tiempo –dijo sin poder evitar irritación.

Ella lo miró ceñuda.

—¿Qué te ha ocurrido para qué te sientas tan resentido? ¿Di?

—Mi sobrino exige más papilla. Y ahí viene Chuck. Estará hambriento. Voy a preparar el picnic –dijo él, esquivando la respuesta.

Daphne lo observó pensativa. Ahora estaba convencida de que Nath no era ese hombre duro e insensible que todos creían. El verdadero Nath se ocultaba bajo una capa protectora y estaba dispuesta a descubrir la causa por la que su corazón acabaría convirtiéndose, poco a poco, en piedra.

19

Daphne estaba preciosa. Tan bonita que era el centro de atención de la velada.

—Te felicito, muchacho. Tú esposa es encantadora. Es perfecta.

—Gracias, Baronesa –musitó Nath, sin apartar los ojos de Daphne.

—A parte de muy hermosa, querido. Si te digo la verdad, no confiamos nunca en tú criterio. Pero he de confesar que estábamos equivocados. Has elegido con cabeza. Daphne nos cae bien. Se ha adaptado con rapidez a nuestro mundo. Incluso podría pasar por una pura sangre. Nadie adivinaría su origen.

—Mi esposa es muy inteligente –dijo él con orgullo.

—Y en especial buena oradora. Tiene encandilados a los caballeros –apuntilló la mujer.

Nath, inquieto, abrió las aletas de la nariz. No le gustaba nada la actitud del conde Frymant hacia su esposa. Podía oler desde lejos al lobo que iba tras su presa. Y Daphne era tan ingenua que podía caer en sus fauces.

—Si me disculpa, mi lady –dijo dejando la copa sobre la mesa. Ceñudo caminó hasta la pareja que reían divertidos.

Daphne ladeó la cabeza.

—Nath. Lord Frymant me relataba sucesos muy divertidos de las cacerías que ha organizado.

—Por supuesto, están invitados a la próxima que organizaré a final de mes –dijo él.

—¡Oh! Me encantaría. Pero lamentablemente, no se montar a caballo ni disparar –se lamentó Daphne.

Frymant le acarició el brazo.

—No tiene porque unirse a los cazadores. Su presencia será

suficiente para alegrarnos el fin de semana, mi lord.

Nath apretó los puños en un intentó de reprimir las ganas de darle un puñetazo.

Ella lo miró con ojos brillantes.

—Iremos, ¿verdad?

Nath agarró el brazo de Daphne y dijo:

—Nunca he sido amante de las armas, mi lord. Y mucho menos de disparar a un animal acorralado por una jauría de perros. Y mi esposa es de la misma opinión. ¿Verdad, cariño?

—Aún así, espero que acepten mí invitación.

—Lo haremos encantados si nos es posible. Ahora, si nos disculpa conde, tengo que hablar de un asunto importante con mí mujer.

Ella, desconcertada, se dejó llevar hasta el exterior. Caminaron por uno de los senderos del jardín y se detuvieron en uno de los rincones más discretos.

—¿Qué pasa? –quiso saber Daphne.

Nath se plantó ante ella alzando la barbilla con aire enojado.

—Eso deberías decírmelo tú, ¿no te parece?

—¿El qué?

—Sabes a qué me refiero –mascó él entre dientes.

—Lamento defraudarte, pero no tengo ni idea de qué me estás pidiendo.

Nath dejó escapar una risita profunda.

—Y ahora se hace la tonta.

Ella aspiró con fuerza por la nariz.

—Si fueses más claro, tal vez podría comprender que quieres.

—Hablo de Frymant.

—¿Qué ocurre con él?

—Más bien diría qué ocurre contigo.

Daphne resopló.

—Creo que... No. Estoy segura de que me he comportado con total educación y acorde con lo que la etiqueta manda. No tienes derecho a reprocharme un error.

—¿Y quién está hablando de la maldita etiqueta? Eres mí esposa, Daphne. Mí esposa ante todos y no debes avergonzarme –se alteró Nath.

Ella se frotó la frente.

—No he quebrantado las normas y me echas en cara no sé qué. De verdad que no entiendo nada.

—¡Hablo de tú comportamiento descarado! Has coqueteado con Frymant.

—Eso es una enorme tontería.

Él la apuntó con el dedo.

—No te atrevas a negarlo. ¡Lo ha visto todo el mundo, por el amor de Dios!

—¡Tú estás loco o borracho!

El posó las manos sobre las caderas y paseó de un lado a otro.

—Llevamos días y más días yendo de una fiesta a otra y nunca te he visto tan interesada en la conversación de los otros. Y esta noche el conde te ha encandilado. Reías cada una de sus gracias. Y lo conozco, cielo. Lo conozco muy bien y es todo menos simpático.

—Por supuesto que los es. Lord Frymant es un hombre que sabe contar anécdotas con mucha gracia. Además, es educado y encantador.

Nath dejó de andar y se plantó ante ella.

—Eso te ha hecho creer. Pero tú no sabes cómo es. Si supieras… Mejor que nunca lo averigües.

Daphne cruzó los brazos bajo el pecho.

—¿Has olvidado de dónde provengo? ¡Está claro que no lo se! Pero tú me iluminarás. Venga. Hazme un retrato detallado. Aunque, si le echo imaginación puedo compararlo contigo. ¿Es igual de sinvergüenza? ¿Es eso? Pues no se a qué viene esta preocupación. Has comprobado, tras estos meses, que se manejar a un depravado.

—No deberías bromear. Una mujer casada nunca, ¿me oyes bien?, nunca coquetea con otro hombre ante los demás. Has permitido que se te insinúe acariciándote el brazo y lo has recompensado con una sonrisa. El honor de tú esposo se ha puesto en entredicho.

—¿Ahora te preocupa tú honorabilidad? ¡Madre mía! Estamos en el siglo veinte. Sé un poco más moderno y de mente abierta. ¡Por Dios!

—No hay nadie más liberal que yo. Pero la infidelidad siempre es humillante.

Daphne se echó a reír.

—Lógico que no me creas. Aún así, te recuerdo nuestro pacto. Somos un matrimonio feliz y enamorado. No vamos flirteando por ahí con otros. Por lo que, no vuelvas a comportarte como hoy. No estoy dispuesto, tras mí sacrificio, perder la custodia de James. ¿Entendido?

—Prometo que nunca más lo haré ante los ojos de los demás.

Él juntó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues, eso. Que si quiero algo de un hombre lo haré a escondidas. Al igual que lo haces tú.

Él parpadeó confuso.

—¿No te referirás a…?

Ella le ofreció una sonrisa amable.

—A eso mismo.

La respiración de Nath se aceleró.

—Ni lo sueñes.

—Tú eres el menos indicado para decirme que puedo o no puedo hacer en la intimidad. ¿No te parece? –replicó Daphne, con tono acerado.

—No es lo mismo –opinó él.

Ella lo miró desafiante.

—¿Por qué soy mujer? Querido, alguien con tú experiencia debería saber que no somos tan diferentes a vosotros. También nos sentimos atraídas en apenas unos segundos. Y la época victoriana ya pasó. En menos de medio año estaremos en mil novecientos quince. Las mujeres, a pesar de que continuáis sometiéndonos, ya no ejercéis el mismo poder. Pronto nos liberaremos de las cadenas. Seremos independientes y dirigiremos nuestras vidas.

—Lo que tú digas. Aún así, no me pareces la chica que de repente desee perder su virginidad con un tipo que acaba de conocer… ¿O es qué acaso mentiste? ¿Ya habíais estado juntos antes? ¿Es eso? ¿Di? ¿Me has mentido? –silbó él casi fuera de si.

—Esta discusión es absurda. Se ha terminado –decidió Daphne. Dio media vuelta, pero Nath la detuvo y la volteó.

—Ni mucho menos. Antes me responderás.

—No estoy obligada a ello.

—Soy tú esposo.

—Eso lo dice un papel. No es real.

—¿Y cuál es la razón? Tú. Me pediste respeto y acepté. Y ahora descubro que estás dispuesta a…—Calló al sentir que el estómago se le encogía. Sólo imaginarlo le hacía hervir la sangre.

—¿A qué?

Nath se removió inquieto.

—¿Me tomas por idiota? Sabes lo que quiero decir. Pero no lo permitiré. ¿Me oyes?

—¿Vas a encerrarme bajo llave?

—Eres mí mujer. Si es necesario, lo haré.

—¿Estás celoso? –se burló ella.

Él apretó los dientes.

—¡No digas sandeces! Lo que estoy es furioso. Si me has mentido…

—Lamentablemente, nunca lo descubrirás. Ahora, si no te importa, regresemos. No vayamos a dar que hablar, mi lord. He dicho que me sueltes.

Él la dejó libre. Daphne le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la mansión; mientras su marido se juraba que ningún otro obtendría lo que a él le negó.

# 20

La casa era un caos. Bolsas, baúles y paquetes llenaban el hall.

—¿En serio necesitamos todo esto? Da la sensación que nos estamos mudando y sólo nos vamos de vacaciones por dos meses –se lamentó Daphne.

—No nos llevamos nada que sea imprescindible –aseguró Nath.

—¿Cómo esta butaca?

—No puedo leer en otro lugar.

—¿Lees? ¡Vaya! Menudo descubrimiento.

Nath la miró ofendido.

—¿Por qué te extrañas?

Daphne alzó el hombro.

—Convendrás conmigo que no tienes la imagen ni la reputación de alguien intelectual. Y tampoco te he visto inmerso en la labor.

—Hasta en el abismo más profundo existe vida.

—¿Qué significa eso?

—Nada. ¿Está todo? –dijo él cerrando una maleta.

—Por mi parte, sí.

—Por la mía también.

Ella le dedicó una sonrisa.

—¿Seguro? Mira bien. No sea que en cuanto lleguemos te des cuenta que no puedes dormir por haber olvidado el colchón.

Él arrugó la nariz, al mismo tiempo que sonreía.

—Tienes mucho sentido del humor, cielo.

—No sabes cuánto. ¿Nos vamos?

—Veo que tienes ansia por llegar a Port Isaac.

—Es que temo qué, si nos retrasamos unos minutos más cuanto terminemos de instalar todo esto ya habrá acabado el verano.

Nath suspiró.

—Eso es todo. Y tú no tendrás que hacer nada. El servicio irá hoy. Nosotros mañana. Mientras cargan el camión ve a por mí sobrino. Ahora nos vamos de compras a por lo que nos falta.

—¿Bromeas? –se escandalizó Daphne, indicándole las maletas y paquetes.

—Apenas tienes vestuario veraniego. La esposa de un noble debe ir adecuada a su rango. Y cómo no hay tiempo de que una costurera te confeccione los vestidos, acudiremos a esos grandes almacenes que han inaugurado. Me han dicho que hay de todo. Será divertido. Ya lo verás.

—¡Uf! ¿Tú crees?

—Nada de protestas. Las cosas son así y nos comportaremos como se espera de nosotros.

Las diligencias los mantuvieron ocupados todo el día.

—A pesar del tiempo que llevo con vosotros soy incapaz de comprender vuestros excesos; cuando las calles están llenas de gente sin casa o muriéndose de hambre –le recriminó Daphne.

Nath dejó los paquetes sobre el diván y se sirvió una copa de oporto.

—Las diferencias sociales no dependen de nosotros, querida. Es el gobierno quien debería procurar por sus ciudadanos. ¿No te parece?

—Excusas y más excusas. Voy a dar de comer a James y me acostaré.

—¿No cenarás?

—No. Estoy agotada.

—Está bien. Mañana nos iremos a las siete. Descansa. Buenas noches.

Al día siguiente, a la hora acordada, partieron hacia la casa de verano.

La distancia hasta la población era de casi cuatrocientos kilómetros. Pero llegaron antes del anochecer porque visitaron varias localidades y disfrutaron de una comida en el mejor restaurante de la

zona; lo que le permitió ver Port Isaac en el momento que el sol comenzaba a descender.

—Es impresionante –musitó emocionada. Era un lugar bellísimo. El pueblo se encontraba protegido por colinas color esmeralda, a sus pies una cala de arena dorada y el mar tan azul como los ojos del pequeño James.

—Nuestra casa es esa –le indicó Nath.

Daphne parpadeó incrédula al ver el enorme edificio de piedra gris y ventanas blancas como la nieve al pie del acantilado.

—¿Esa? ¡Por Dios! Dijiste que era una casa de playa.

—Está frente al mar, ¿no?

—Pensé que era una casita. No una mansión enorme. ¿Cuántas habitaciones tiene?

—No recuerdo bien. Creo que unas veinte, sin contar con las de servicio, varios baños, dos comedores y cuatro salones.

—¿Vamos a pasar el verano seis personas en una mansión tan enorme? ¡Es una locura!

—Es evidente  que no la utilizaremos por completo. Incluso los empleados dormirán en nuestra misma planta; al igual que señores.

Ella ladeó la cabeza y le lanzó una mirada de censura.

—¿Y qué son? ¿Di? ¿Esclavos? ¿Siervos sin ningún derecho a poseer tú misma dignidad? ¡Por la Virgen Santa, Nath! Son personas. ¡Personas como tú y yo! Pero no sé de qué me extraño. Convivo con el ser más egoísta e insensible que existe. Lo único que te importa es tu bienestar y no perder los privilegios a los que estás acostumbrado. Estoy segura de que si James no fuese un heredero tan afortunado no te hubieses molestado en acogerlo; porque estoy convencida, que el conflicto con tú abuela no es más que una excusa.

Él apretó los dientes con fuerza y aumentó la velocidad.

—¡Te has vuelto loco! –gritó ella.

Nath, sin pronunciar palabra, continuó conduciendo con celeridad hasta llegar a la mansión. Frenó, salió del auto y caminó hacia la puerta.

—Todo un caballero –remugó Daphne.

Él introdujo la llave en la cerradura y sin mirarla, dijo:

—Soy un indeseable, según tú, querida.

Ella cogió en brazos al pequeño y abrió como pudo. Puso el pie en el suelo y se tambaleó. Nath, a la carrera, acudió evitando que cayese junto al pequeño.

—Cuidado.

—¿Cuidado? ¡Maldito idiota! Si llego a caer habría sido por tú culpa.

—Lo siento. Pero es qué me he sentido muy herido.

—¿Por qué he dicho verdades?

—Porque siempre me calificas sin tener la menor idea de como soy en realidad, ni de cómo ha sido mi pasado.

—Pues muéstrame al verdadero Nath.

Él esbozó una sonrisa cargada de tristeza.

—¿Para qué? Cuando termine el verano te irás y no volveremos a vernos.

—Pero…

Nath encendió la luz.

—Está refrescando. Pasad. Traeré las cosas.

El hall dejó sin habla a Daphne. Era inmenso. Y aún se veía más enorme por la escasez de decoración. Pero lo más impresionante era la escalinata. Comenzaba estrecha y terminaba mucho más amplia al llegar a la planta superior, donde se bifurcaban dos corredores.

—Se ve muy desvencijado.

—No me digas –dijo ella con tono sarcástico.

—No voy a iniciar una nueva discusión, preciosa. Estoy cansado a causa de conducir durante horas.

Daphne borró la sonrisa.

—Lo siento. Es qué me ha pasmado que viendo esto digas que está casi vacío.

—Puedes escandalizarte. Pero para nosotros es así. En todo su esplendor en las paredes colgarían pinturas muy valiosas y las lámparas de cristal veneciano serían inmensas. Pero hace años que dejamos lo imprescindible. Los muebles y objetos de arte más valiosos sirvieron para decorar una de las casas de Londres.

—Pero… ¿Cuántas casas tenéis?

Él entrecerró los ojos.

—Tres en Londres. Una en el campo, a las afueras de Bedford, otra en Bath y un castillo en Cardiff.

Daphne soltó una risita.

—¿Un castillo? ¡Dios Santo! Pero… ¿Cuán ricos sois?

—James júnior es el rico, querida –respondió Nath señalando al pequeño. Y añadió: Yo he dilapidado mí fortuna. Por eso estoy metido en esta situación tan molesta.

—¿Molesta? Más bien di insoportable. Por fortuna, pronto nos veremos libres –puntualizó ella.

—Exacto. Así que, sugiero que este tiempo procuremos comportarnos con educación y actitud cordial; y sobre todo, evitar preguntas personales. ¿Te parece?

—No podría estar más de acuerdo. Coge al niño. Necesito ir al baño. ¿Me indicas?

—El corredor de la izquierda. La segunda puerta.

Nath la miró alejarse. James comenzó a revolverse.

—Ya sé que no te gusto. Pero tendrás que acostumbrarte a mí.

Ella se irá y nos quedaremos solos. ¿Entiendes?

El niño se echó a llorar como si hubiese entendido.

A Nath también se le encogió el corazón. A pesar de sus diferencias y discusiones se había acostumbrado a la presencia de Daphne. Le gustaba verla refunfuñar, irritarse con sus impertinencias e incluso que lo reprendiese con ardor. Pero también observar sus andares cadenciosos, sus ojos como esmeraldas y sus labios carnosos que invitaban a devorarlos.

—¡Maldita sea! Ella no puede apoderarse de mis instintos. Ella no —masculló.

Chuck se acercó a él.

—Buenas noches, mi lord. Lo siento. No he oído el timbre. Le diré a Patrick que entre el equipaje. Las habitaciones ya están listas, al igual que la cena. ¿Quieren pasar ya al comedor?

—Sí. Gracias.

—En ese caso, ordenaré que sirvan.

Nath miró al muchacho y sonrió.

—¿Qué te parece tan divertido? –le preguntó Daphne mientras se acercaba a él.

—Chuck es muy listo. En tan poco tiempo ya se comporta igual que mí mayordomo. Si sigue así podrá encontrar un buen empleo.

—No será criado. Chuck es un gran pintor. En Estados Unidos lo inscribiré en una escuela de arte. Será famoso.

—Claro. Tú serás una gran doctora y el un pintor aclamado –dijo Nath con tono acerado.

—Tú escepticismo es ofensivo –dijo Daphne dando media vuelta.

—Daphne, mujer. Me has malinterpretado. Bromeaba.

—Lo que digas. Mira. No tengo ganas de discutir. Me muero de hambre y estoy muy cansada.

—Yo también –musitó Nath, pensando que la idea de que ella se fuese, a cada minuto que pasaba, le parecía más irritante.

## 21

Daphne miró embelesada el paisaje. Nunca vio nada más hermoso, a pesar de la lluvia. Bueno, en realidad era la primera vez, pues nunca se alejó tanto de Londres.

Con un suspiro se apartó de la ventana y bajó al comedor.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Te he echado en falta. Me gusta verte dormir y desperezarte al despertar. Es una visión que me reconforta. ¿Por qué? Ni idea. Pero así es –respondió Nath mirándola con intensidad.

Daphne carraspeó inquieta. Últimamente no le gustaba su modo mirarla. Le dio su palabra de no intentar seducirla, pero no era tan inocente y comprendía que a él le costaba cada día más contenerse.

—Pues, a partir de ahora, cuando regresemos a Londres seguiremos durmiendo en cuatros separados.

—Eso no es posible. No. Además, el servicio…

—El servicio entenderá que James requiere más atención y que tú debes descansar. Haré preparar las habitaciones que son contiguas.

—Esa solución no es factible. Nadie se tragará que lady Laymore desea cuidar ella misma a su sobrino. Debe dormir con la nodriza.

—Olvidas que no pertenezco a la nobleza.

—Yo sí.

Ella le dedicó una sonrisa al tiempo que elevaba las cejas.

—Pero todos saben que me adoras y qué me concederás cualquier capricho. Dormiremos en cuartos separados. No se hable más.

Nath, a pesar del malestar que le produjo su decisión, reconoció que era lo mejor; porque no estaba seguro de poder cumplir su palabra. Daphne se había convertido en una obsesión. No existía noche que no penetrara en sus sueños, teniéndola entre sus brazos, poseyéndola con fiereza y siendo correspondido con el mismo ardor. Sólo recordarlo le hacía subir la temperatura.

—Bien –dijo removiéndose incómodo.

Daphne se acercó a la ventana.

—¡Vaya! Comienza a llover.

—Es una pena que el clima no nos acompañe en nuestro primer día de vacaciones. ¿Verdad? Había planeado una mañana de playa y después de comer un paseo por el pueblo. Hay tiendas muy curiosas. Ahora deberemos quedarnos en casa –dijo Nath al entrar en el comedor.

—Aprovecharé para estudiar –dijo ella acercándose a la mesa.

—Hemos venido a disfrutar –se quejó Nath.

—Tú puede. Yo debo prepararme. Esa universidad es de las más exigentes y por mi juventud sé que intentarán sabotearme. Ya lo he experimentado antes. Pero soy fuerte –dijo Daphne. Levantó la tapa de la bandeja y se sirvió un poco de huevos revueltos, bacón, tomate frito, salchichas y riñones.

—¿Se puede saber dónde metes todo esto? ¡Por Dios! –se asombró él.

—A diferencia de ti siempre he tenido mucho apetito por la mañana. Claro que tú inapetencia es lógica tras los excesos de la noche.

Nath se sirvió un té y se sentó junto a ella.

—¿Qué excesos? Hace días que me comporto como un angelito y mí estómago no admite comida recién levantado. Le ocurre a mucha gente, preciosa.

—Nunca he conocido a nadie que desprecie desayunar. Tal vez porque más tarde lo más posible que no tuviesen nada que llevarse a la boca.

—¿Siempre me echarás en cara lo afortunado que he sido? –se quejó Nath.

—Hasta que dejes de lamentarte y aceptes que así es.

—Nunca te he dicho que me sienta desgraciado. ¿Y sabes la razón? Porque, a pesar del concepto que tienes de mí soy consciente de qué no puedo quejarme. Aunque, eso no significa que se te garantice la felicidad –dijo él, jugando con la miga de pan.

Daphne lo miró sorprendida. Nath se aclaró la garganta y levantándose, dijo:

—¿En serio vas a estudiar? Pensé que podríamos aprovechar para practicar algunos bailes.

—¿De dónde sacas la idea de qué no se bailar? Lo hemos hecho en muchas ocasiones.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con aire de autosuficiencia.

—No dudo que sepas mucho sobre bazos, huesos y virus. Pero de tango nada. ¿Me equivoco?

Daphne negó con la cabeza.

—Mira. Nuestros vecinos organizarán fiestas. Y en esas fiestas sonará el baile de moda.

—No es necesario perder el tiempo. Me marcharé pronto. Pondremos alguna excusa.

Nath apretó el puño. Cada vez que ella le recordaba que pronto desaparecería de su vida, la desazón le socavaba el estómago.

—¿Has olvidado que firmaste un contrato? Debes cumplir y comportarte como la esposa de un lord –mascó entre dientes.

—Y por supuesto, las esposas de tan nobles caballeros deben dominar esas modalidades tan absurdas para divertir a sus maridos.

Nath le ofreció la mano. Ella, a regañadientes, la aceptó y se encaminaron al salón. Nath buscó un disco y lo puso en la gramola.

—Comenzaremos con el Foxtrot.

Nath ciñó el brazo alrededor de la espalda de Daphne y tomó su mano entre la suya.

—¿Lista? –dijo él clavando los ojos en los de su esposa.

—No… mucho –farfulló ella con el corazón acelerado. Era la segunda vez que estaba tan cerca de él y esa cercanía la perturbaba aún más que la primera. Y si por si eso no fuera ya preocupante, desde que cayó en sus manos ese libro hindú le era imposible evitar que su imaginación la llevase a ser los protagonistas de esas imágenes.

—No te preocupes. Solo has de seguirme. ¿De acuerdo?

La música alegre comenzó a sonar.

—Debemos deslizarnos por la pista así –dijo Nath dando dos pasos hacia adelante. Ella caminó hacia atrás. Nath dio media vuelta y caminó dos pasos hacia un lado. Se volteó de nuevo y repitió hacia el otro costado.

—¡Uy! Lo siento. Este baile es muy difícil. Uno debe moverse con rapidez y no perder el compás. ¿Por qué demonios inventaron algo tan raro? No entiendo que uno deba brincar como una ardilla para divertirse. ¿De verdad esa gente tan estirada bailará algo semejante? Me huelo que me estás tomando el pelo –exclamó ella al pisarlo.

Él rió divertido.

—Deja de quejarte y sigamos. Y no me convencerás de que lo dejemos. No me importa si me tienen que amputar un pie por tus pisotones. Estoy empeñado en qué aprendas. Venga. Sigamos.

Media hora después, Daphne ya dominaba los pasos.

—No es tan difícil –rió sonrojada por el esfuerzo.

—No dirás lo mismo del tango –aseguró Nath poniendo el disco, evitando seguir mirándola; pues Daphne estaba muy sugestiva. Y no quería incumplir, por mucho que deseara ahora lo pactado. Nadie podía imaginar el esfuerzo que debía hacer para no abalanzarse sobre su boca y devorarla sin piedad.

—Ya has visto que soy hábil. Aprenderé enseguida.

—Lo dudo.

—¿Qué nos apostamos? –lo retó Daphne.

Nath entornó los ojos y se mordió el labio inferior.

—¡Um! Déjame pensar… A ver…

—Retiro la apuesta –dijo ella al comprender que había cometido una estupidez.

—Demasiado tarde. Pero no te preocupes. No pediré nada inmoral ni difícil de cumplir. Lo único que quiero es que por un día dejemos de pelear. Que nos comportemos como dos viejos amigos que se reencuentran y charlan sobre sus cosas. Sin reproches ni suspicacias.

—Nosotros no podemos hacer nada semejante.

—¿Por qué no?

—Por la sencilla razón que estamos unidos por nuestros problemas. No por voluntad propia.

—Razón de más para que intentemos suavizar nuestra relación. Daphne. ¿Podríamos dejar de una vez por todas las rencillas durante el tiempo que nos queda? Por favor.

—Tras el tango, ya veremos.

Él sonrió con aire satisfecho.

—La última copa. Carlos Gardel –dijo él. Puso el disco y la aferró con fuerza pegándola a su pecho.

—¿Qué haces? Mantén la distancia —protestó ella.

—Imposible. Este baile es así. El más escandaloso que existe.

—¿Y pretendes hacerme creer que los nobles exhiben esto en sus salones? –inquirió Daphne, con sorna.

—Llevas poco con nosotros. Aún no sabes lo excéntricos que somos. Nos encantan los escándalos. Por supuesto, no ser los protagonistas de ellos. Y este baile es casi obsceno. Nació en los barrios más miserables de Buenos Aires. La iglesia y la buena sociedad lo repudiaron, por lo que se bailaba en los prostíbulos o tabernas. Pero ahora se han olvidado las moralinas y se ha puesto de moda. Y tras la

clase teórica, comencemos. Pie derecho hacia atrás… Muy bien. Ahora inclina la espalda.

Daphne contuvo el aliento cuando la boca de él se acercó a la suya. Iba a besarla. El primer reflejo fue apartarse, pero Nath no la besó, aunque se moría por saborear su boca. Sonrió y la atrajo de nuevo hacia su pecho. Le mostró nuevos pasos y que ese baile era muy, muy peligroso. La cercanía de Nath le provocaba sentimientos contradictorios. Por una parte deseaba seguir arropada por esos brazos y ese cuerpo que la llevaban a unas sensaciones desconocidas; y por otro lado marchar muy lejos para no sentirlas.

Por el contrario, Nath no quería que el tango terminase nunca. Daphne la provocaba conmociones nunca antes experimentadas. No era simple deseo. Le urgía algo más. ¿El qué? No lo sabía. Pero de lo qué sí estaba seguro era de que necesitaba obtenerlo.

—Esto es… muy complicado –dijo ella, sin apenas voz.

—Toma nota de que a veces tengo razón. ¡Ag! Mi pie.

—Perdón. ¿Podemos dejarlo?

—¿Te rindes? ¿En serio?

—Estoy cansada. Por favor.

Nath ladeó la cabeza y le dedicó una enorme sonrisa.

—Has perdido la apuesta. ¿Vas a cumplir el pago, verdad?

—Nunca evado mis obligaciones.

—¿Mantener una conversación amistosa conmigo lo consideras una obligación?

—No me sentiré, lo que se dice cómoda.

Él inclinó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Tantos secretos tienes?

—A diferencia de ti, mi vida es transparente. Soy lo que ves. Pero. ¿Y tú?  ¿Quién eres en realidad?

Nath, en lugar de responder, pulsó el timbre del servicio. A los pocos segundos entró Patrick.

—Aquí tiene los aperitivos, mi lord.

—Gracias, Patrick.

Nath le ofreció una limonada a Daphne.

—¿Preparada para saldar la deuda?

No lo estaba. A pesar de ello, tenía que cumplir lo acordado y aseveró.

Nath dio un sorbo a la copa y la dejó sobre la mesa.

—Háblame de ti.

—¿Qué quieres que te cuente? Ya sabes todo.

Él hizo oscilar  la cabeza de un lado a otro.

—Conozco tus circunstancias, no tus sentimientos o cómo ha sido tú vida hasta el momento que nos conocimos. Tú familia, amigos. Ya sabes.

Ella inspiró hondo.

—No hay mucho que contar. A los pocos meses de nacer mamá murió. Así que, puede decirse que nunca la conocí. Mi padre al quedar sin esposa, contrariamente a lo que suele pasar, no me abandonó en un orfanato. Cuido de mí. Trabajó sin descanso para alimentarme y darme educación.

—Como deshollinador. Un trabajo muy duro –dijo Nath.

—Más de lo que imaginas. Y muy mal renumerado. Apenas nos llegaba para comida. Su salud se resintió. El hollín ennegreció sus pulmones. Esa fue la causa de su muerte. El resto ya lo sabes.

—¿Y qué hay de Chuck? –quiso saber Nath.

—Éramos vecinos. Su madre cuidaba de los dos; hasta que también falleció por tuberculosis. Mi padre lo acogió en casa. Hemos crecido como hermanos. Por eso es tan importante para mí.

—Una vida dura. Lamento que no fueses feliz.

—¿Por qué dices eso? Lo he sido en muchas ocasiones, a pesar de las circunstancias. Me he sentido muy querida y arropada por papá, y por mis amigos —aseguró Daphne.

—¿Y por algún amor?

—Nunca tuve tiempo para amoríos. Mi vida estaba y está encaminada hacia un solo objetivo.

—Ser doctora –puntualizó Nath.

—Así es. Y nada me impedirá conseguirlo. ¿Y qué hay de ti?

Nath dio otro sorbo a la copa. Paladeó el alcohol unos segundos y señalándose a si mismo, dijo:

—Soy lo que ves. No hay misterio alguno.

El semblante de Daphne se tornó severo.

—¿Ese es tu enfoque de una conversación entre amigos? No estás cumpliendo las reglas.

—Por supuesto que sí. Durante este tiempo has visto mi parte más rastrera. Así que, no intentes buscar nada más. No encontrarás un Nath diferente.

—No es verdad. Con la muerte de James aprecié que te quedan sentimientos y que puedes sufrir.

—Aunque te asombre, aún tengo la capacidad de sentir dolor por alguien a quién amo. Pero los demás me son indiferentes.

Daphne le sonrió con ternura.

—Estoy segura de que no eres tan infame como quieres aparentar. Te escondes bajo un muro que defiendes con uñas y dientes. ¿De qué tienes miedo? ¿Tal vez a que vean que no eres el demonio que nos haces creer? ¿Qué en el fondo existe un hombre sensible y que no quiere ser lastimado?

Nath apuró la copa. La dejó con brusquedad sobre la mesa y se levantó.

—Es hora de comer.

## 22

Los siguientes días transcurrieron plácidos. Por las mañanas iban a la playa, por las tardes recorrían el condado o permanecían en casa disfrutando de la lectura o viendo una película en el cine del pueblo. La inquina dio paso a una incipiente amistad. Hablaban sobre muchos temas, se pedían consejo e incluso se desahogaban cuando alguna pena o problema los preocupaba. Daphne descubrió a un hombre divertido, atento, inteligente y que su indiferencia era pura fachada.

—Me parece que ya has estudiado suficiente. Te he traído limonada fresquita –dijo Nath quitándole el libro.

—Nunca es demasiado. Hay temáticas que son muy difíciles. Dudo que llegue a aprenderlas –suspiró Daphne.

Nath le dedicó una enorme sonrisa y ella fue incapaz de apartar la mirada de su rostro alejado de la tensión. Así aún era más atractivo.

—¿Qué? –inquirió él.

Daphne sacudió la cabeza para salir del hechizo.

—Nada… Es que estoy inquieta. Temo que no estaré a la altura de lo que se me exigirá.

Nath dejó la bandeja sobre la mesa, se colocó tras ella y le posó las manos sobre los hombros. Ella respingó.

—Te noto tensa. Tranquila, cielo. No tengo malas intenciones –la calmó iniciando el masaje.

Ella cerró los ojos y suspiró. Sus manos eran expertas. Le provocaban bienestar. Pero poco a poco, esa sensación la llevó una vez más a imaginarlas sobre su cuerpo materializando las ilustraciones de ese libro. Sintiendo cómo un relámpago le traspasaba las entrañas, se apartó.

—Ya está. Gracias.

—¿Seguro? Aún te noto tensa. Debes dejar de preocuparte por los estudios.

—Estoy bien –dijo en apenas un susurro. Si él llegara a descubrir la razón de su inquietud...

—Daphne. Sabes de sobra que sacarás matrícula de honor.

—Confías demasiado.

Él se sentó frente a ella y le ofreció la limonada.

—Estos meses he ido conociéndote. Sé lo pertinaz que eres y que te sobra inteligencia para lograr el doctorado. Convertirte en toda una dama no te ha sido dificultoso. Eres una de las favoritas de Lady Perbenton. Y eso querida, lo han conseguido unas pocas.

—Es que es una mujer encantadora.

Él levantó una ceja.

—¿Encantadora, dices? ¡Por Dios! ¡Si su lengua es viperina! No deja títere con cabeza. Además de rezumar antipatía por cada poro de su piel.

—Porque no sabéis manejarla.

—Y tú, por supuesto, sabes.

Daphne le dedicó una mueca pícara.

—Cómo bien has dicho, gozo de una gran inteligencia. Aunque, también de astucia. Sin ella, el intelecto a veces, resulta inútil.

—Y no olvides la persuasión. Has conseguido que el mayor crápula de Londres se haya convertido en un corderito sin recibir nada a cambio –apuntilló Nath.

Ella chistó para negar esa afirmación.

—Confirmo que bajo esa piel blanca sigue ocultándose un lobo.

Él la miró efectuando un mohín de tristeza.

—Así es. Una fiera que está amarrando los instintos y que sufre por no poder soltarlos. ¿No te doy pena? ¿De verdad qué no?

Daphne también lo imitó, para seguidamente sonreír.

—Para nada, querido esposo. Se que los saciarás en cuanto me marche. Ya queda poco para que recuperes la libertad.

El buen humor de Nath se disipó. Crispado, soltó aire por la

nariz. Pero al instante volvió a mostrar frialdad.

—Será maravilloso.

Daphne también aparcó la placidez.

—Sí. Lo será para los dos –dijo con tono seco.

—Bien. Será mejor que descanses. Dentro de tres horas salimos –dijo Nath.

—¿Es necesario ir a ese baile?

—Sabes que sí.

—¿Por qué este interés? Eres un hombre que nunca le han importado las opiniones ajenas.

—Es por James. Ya sabes. No puedo correr riesgos. Tengo que demostrar que está bien atendido y seguro junto a mí.

—¿A qué riesgo te refieres?

Nath dio un sorbo a la taza e inspiró.

—A la abuela.

—¿Tan terrible sería que consiguiera su tutela?

—Mucho.

—¿No quieres contármelo? –le pidió Daphne.

Él negó con la cabeza. Ella dejó la taza sobre la mesa y se levantó.

—Compruebo que tú deseo de qué nuestra relación fuese más amigable era una de tus banalidades. Nunca has tenido esa intención. He sido una idiota por dejarme engañar. Si me disculpas, tengo que prepararme para la fiesta.

Nath, abatido, la miró alejarse. No quería intimar con ella, pues Daphne ya no era esa muchacha extraña y fastidiosa. Ahora formaba parte de su vida; tanto que, le sería doloroso verla partir para siempre. Era mejor mantener las distancias y no provocar que lograse traspasar la barrera con la que protegía su corazón. Nunca más permitiría que lo lacerasen. Nunca.

Pero cuando Daphne bajó al vestíbulo, las intenciones se tornaron de mantequilla. Nunca había estado más bonita. El vestido de seda verde esmeralda con bordados dorados resaltaba su piel nívea y sus enormes ojos, y el cabello recogido en un moño bajo sus facciones perfectas. Sin duda, sería la mujer más hermosa de la reunión.

—¿He acertado con la elección? No me gustaría que mi falta de gusto te hiciera quedar mal ante tus amigos. Y cómo ves, me he puesto la gargantilla de esmeraldas que tanto prestigio da a la mujer de todo un lord –dijo ella con retintín.

Nath, sin poder apartar los ojos de ella, carraspeó.

—¿Es necesario ese tono?

—No esperes que esté animada. Al fin y al cabo, voy obligada a este sarao.

—¿Piensas que sólo tú? Te aseguro que daría lo que fuera por volver a mí antigua existencia. Pero mí hermano se ocupó de fastidiarme. Y ahora me veo obligado a aparentar lo que no soy.

Daphne, escéptica, levantó las cejas.

—Permíteme que lo dude.

—¿Qué demonios tienes que dudar? Este tipo de ahora es una farsa. ¡Lo que todos veis es un espejismo! Y no veo la hora de terminar con esto –exclamó él al borde de perder los estribos.

—Al menos, dentro muy poco te librarás de una parte de este contratiempo. Bueno. Los dos nos sentiremos aliviados.

Nath la miró colérico.

—Dices bien. De una parte. Aún así, sentiré que me quito de encima la peor de las pesadillas. Estoy harto de aguantar tus quejas, tus cinismos y tú hipocresía. ¡Eres una entrometida!

—¿El hombre más falso que conozco me recrimina mí hipocresía? ¡Esa si que es buena! A diferencia de ti, mis circunstancias me obligaron a humillarme. Pero tú… ¡Tú lo hiciste por ambición y por ser cobarde!

—¿Cobarde, dices? ¿Y qué hay de ti? ¿Eh? –jadeó él.

—Yo tenía la amenaza de la cárcel. Tú en cambio, la de la pobreza –le echó ella en cara.

—Puede que para ti fuese una nimiedad, pero la indigencia para alguien de mi alcurnia es peor que vivir en una mazmorra. Pero esa no fue la razón. Si cedí a la tentación fue por evitar que James sufriera.

—¿Qué ocurre con esa mujer? ¿Dime?

—Nos esperan a las siete y tú eres la mujer más puntual que conozco. Tenemos que salir ya –dijo Nath poniéndose la chaqueta. Abrió la puerta y caminó hacia el automóvil.

Daphne cogió el bolso y el chal, y lo siguió.

—Mantén el secreto. Pero juro que lo descubriré –mascullό.

Media hora después se detenían ante una mansión fastuosa rodeada de un enorme jardín.

—Por lo visto, los dueños son fervientes admiradores del rey francés. Casi han calcado el palacio de Versalles –comentó Daphne.

—Es evidente. Aunque el tamaño dista mucho. Claro que, no puedes apreciarlo pues nunca saliste antes de Londres –le espetó Nath muy enfadado.

Ella salió del auto y cerró con un sonoro portazo.

—Pero lo haré muy pronto.

—Gracias a Dios –remugó él.

—Los dos quedaremos agradecidos –replicó Daphne. Y sin esperar a que su marido la acompañase hasta la escalinata, con aire altivo, comenzó a caminar.

Nath corrió hacia ella, la asió del brazo y la obligó a caminar juntos.

—Muy mal, querida. ¿Has olvidado que somos un matrimonio compenetrado y dichoso? Pues, tenlo muy presente esta noche.

—Por desgracia, me es imposible olvidar el maldito contrato que sellé. Por lo que, nada has de temer. ¿O acaso no he cumplido hasta ahora?

—Sólo te lo advierto. No quiero que causes problemas, al igual que lo hiciste en la última fiesta.

Daphne ladeó la cabeza y lo miró ceñuda.

—Deja de decir sandeces. No provoqué ninguno.

—¿Y qué me dices de lord Frymant? Ese cerdo, con tu actitud, pensó que tenía derecho a cortejarte.

—Me limité a ser amable.

—Yo más bien diría que coqueteaste.

—¡Esto es esperpéntico! Me parece que…

El mayordomo les dio la bienvenida y ella calló. Entraron en la mansión y fueron conducidos al salón. Unas cincuenta personas ya se disfrutaban de las bebidas y aperitivos.

—Con tanto invitado podremos dispersarnos sin que apenas se percaten. Evitaremos mantener conversaciones superficiales.

Daphne tomó dos copas de la bandeja del camarero y le dio una a su marido.

—¡Qué suerte! Brindemos.

—Tú sarcasmo es incomprensible. En otras circunstancias, cómo sabes, te someterían a un escrutinio insufrible.

—El que no razona eres tú, querido. Haya mil o diez invitados, no perderán la oportunidad de observarme. Pero…

Dejó de hablar al acercarse Adam.

—Buenas noches. No esperaba veros por aquí.

—Pensamos en pasar el verano en la casa de la playa. Por lo que veo, vosotros también. ¿No ha venido Lizzie? –dijo Nath.

—No se encontraba muy bien.

—¿Algo preocupante? –se interesó Daphne.

Adam sonrió.

—Nada ajeno a una embarazada.

—¿Vas a ser padre? –musitó Nath.

—¿Por qué te asombras? Cuando alguien se casa es para formar una familia. ¿No es así, Daphne?

—Así es. Pero no olvides que nosotros ya tenemos un hijo. Ya somos una familia. Aunque, eso no significa que en el futuro queramos tener nuestros propios hijos. ¿Verdad, querido?

Nath aseveró.

—¡Oh! Veo a Lansbury. Si me disculpáis, tengo una

conversación pendiente con él.

Nath observó a su amigo mientras se alejaba.

—¿Por qué razón un hombre tan joven quiere complicarse la vida teniendo un hijo? –mascó entre dientes.

—¿Tal vez por qué ama a su esposa y desea ser feliz rodeándose de una hermosa familia? –dijo Daphne.

—¡Bobadas! –exclamó Nath apurando la copa. Dejó la vacía y cogió otra.

—Me pides moderación y tú estás perdiendo el control.

—No temas. Conozco mí límite. Eres tú la que tienes que tener cuidado.

—Sé muy bien lo que debo hacer. Por ejemplo, ir a saludar a lady Sackville –replicó Daphne, dando media vuelta.

Nath llevó la copa a sus labios sin dejar de observarla; mientras un latido inédito aporreaba su pecho.

Nath llevaba parte de la noche molesto. Y todo por culpa de Daphne. Conocía su opinión sobre cómo debía comportarse en las reuniones sociales y ella hizo caso omiso. No dejaba de conversar con todos los hombres que se le acercaban y con evidente satisfacción. Era notorio que le gustaba ser admirada. Pero su templanza se quebró cuando Frymant se acercó a ella con ese aire de cazador y Daphne lo recibía con una enorme sonrisa. Una sonrisa que a él jamás le ofreció.

Con semblante taciturno se acercó a la pareja y dijo:

—Disculpe, mi lord. Pero le prometí a mi esposa bailar el vals. Querida…

Ella forzó una sonrisa, tomó su mano y se dejó llevar.

—¿Qué te ocurre con ese tipo? Te dije que era peligroso y tú vuelves a coquetear con él; y delante de todos. Me debes respeto, Daphne.

—Y tú insistes en ver lo que no es. Simplemente soy educada y el resto de los asistentes también lo entienden así. Pero claro, tú te empeñas en adjudicarme actitudes que son falsas.

—Pues Frymant está entendiendo lo mismo que yo. Está convencido que te tendrá entre sus piernas.

—Que piense lo que quiera. Soy yo la que decido con quien me acuesto o con quien no. ¿Entendido?

—Nos están mirando. Ya discutiremos esto en casa. Bailemos.

Nath la tomó de la cintura y se unieron al resto de los danzarines.

De nuevo, ninguno de los dos pudo escapar a la desazón que les provocaba la cercanía. Ni tampoco quisieron escuchar a sus corazones. Dejaron que los sentimientos volasen junto a la música.

—He sido un buen maestro.

—O tal vez yo buena alumna.

—Dejémoslo en un cincuenta por ciento.

—Lo que podemos es dejar de bailar. Hace muchísimo calor. Si me disculpas –dijo Daphne.

Nath la soltó y ella se encaminó hacia el exterior. Él se dispuso a seguirla, pero lo impidió el viejo general Barris. En otra ocasión lo habría ignorado sin contemplaciones. Pero debía representar un papel. Mantuvo una corta conversación y fue al jardín para reunirse con Daphne. No estaba en la terraza. Lo más seguro era que se hubiese adentrado en el jardín. Y eso que le advirtió que era lo último que debía hacer. Miró a su alrededor. Los jardines de la mansión eran extensos y con varias bifurcaciones. Se decidió por el sendero

principal. Caminó observando cada rincón, pero Daphne no aparecía.

Comenzó a inquietarse al pensar que su escapada nocturna no hubiese sido en solitario. Si alguien la descubría con otro que no fuese su marido se armaría un buen escándalo. Pero lo peor sería que no podría controlar las ganas de matarlos.

—¡Maldita sea! –masculló al ver a la pareja besándose bajo un seto. Furibundo caminó para abalanzarse sobre ellos, pero se detuvo con brusquedad al comprobar que no se trataba de su mujer.

Sonrió al reconocer a la vizcondesa de Nevill. Se trataba de la mujer más decorosa e intransigente del alta sociedad. Y ahora engañaba a su viejo marido con Peter, el hijo menor de lord Bladen al que le doblaba la edad. Si se supiese, su reputación e influencia caerían en picado. Por suerte para ella a él le daba lo mismo el comportamiento de los demás. No así el de su esposa. Por lo que, esperaba no encontrársela en la misma situación; porque no tenía la menor idea de cómo podía reaccionar. Sólo imaginar a Daphne en brazos de otro saboreando sus labios le provocaba nauseas.

Soltó una enorme exhalación al encontrarla sola sentada junto a los rosales.

—Te dije que no debías perderte en los jardines. Que no era prudente. Pero nunca me haces caso –dijo yendo hacia ella.

—La imprudencia hubiese sido venir acompañada. Y en cuanto a qué no sigo tus consejos, no siempre tengo que hacerlo. Firmé un pacto, pero eso no significa que deba obedecerte con los ojos cerrados.

Nath se sentó a su lado.

—Aunque en cuestiones de etiqueta, sí deberías. Queda muy poco para terminar nuestra alianza y sería una pena que lo estropeases si te viesen con otro que no fuese tu marido. ¿No te parece? Así que, a partir de ahora, nada de salidas nocturnas sin mi compañía.

Daphne dejó escapar una suave carcajada.

—Mientras no te pillen no pasa nada, ¿verdad? Sois unos hipócritas.

—El mundo entero lo es. Todos tenemos un secreto y procuramos mantenerlo oculto. Y no me digas que tú eres transparente. No te creeré, cariño. No conozco a nadie inocente y tú no serás la primera. Dime. ¿Qué ocultas? ¿Di?

Ella clavó la mirada en el rosal para evitar que la viese mentir. Porque mentía. Porque escondía que a pesar de intentar evitarlo a toda costa le era imposible dejar de sentirse atraída por su falso marido. Y no podía permitirse caer en la tentación o terminaría enamorándose de él. Su carrera era lo primordial.

—Eso debería preguntarlo yo. Pero sé que no obtendré respuesta.

—¿Para qué la quieres? Muy pronto lo que nos une se

desvanecerá.

—Y la tregua amistosa que hemos conseguido, al parecer, ya se ha roto –musitó Daphne.

Nath la tomó del mentón y la obligó a mirarlo.

—Eso no es cierto. Hemos experimentado una pequeña discusión. Lo normal entre amigos.

—¿En verdad piensas que los somos? –preguntó ella.

—Sí.

—No, Nath. Lo único que nos une son intereses. No existe entre nosotros complicidad ni confianza. E incluso diría que no nos gustamos.

—¿Segura? –musitó clavando la mirada en los labios trémulos de su esposa.

—No… me refiero a esa… atracción –farfulló ella.

—Yo sí y estoy convencido que el malhumor que desprendes en los últimos días se debe a que te has dado cuenta que te atraigo, y mucho.

Cierto. Pero nunca lo admitiría. Jamás sabría que con cada segundo su fortaleza iba desmenuzándose. Nath ahora era un peligro. La obligaba a replantearse sus creencias. Ya dudaba si era necesario amar a alguien para desearlo.

—Temo que has tomado demasiado champaña y dices tonterías –dijo sin apenas voz.

—Estoy muy sereno, querida. Y aunque estuviese borracho reconocería si le es imposible a una mujer ocultar sus sentimientos. Y tú escondes lo que anhelas.

Daphne intentó apartarse, pero él posó la mano en su cintura y la acercó hacia su pecho.

—Suéltame.

—Lo haré. Pero antes quiero comprobar una cosa.

—¿El qué? –preguntó Daphne en apenas un susurro.

—Que te gustarán mis besos.

—No… No te atrevas. Nath. No acordamos esto. Cumple tú palabra.

—La estoy cumpliendo. Pero no puedo evitar desearte. Excitarme cada noche imaginándote desnuda, dispuesta para mí. Gimiendo a causa de mis besos, de mis caricias, de mis manos recorriendo tu piel ardiente –dijo él con voz ronca.

—Calla, por Dios –jadeó ella.

—¿De qué tienes miedo? ¿De confesar que tú también piensas en mí cuando te metes en la cama? Di, amor. ¿Te tocas deseando que sea yo quién te de placer? ¿Sueñas conmigo?

—Suéltame, por favor –le suplicó.

Él no la escuchó y se apoderó de sus labios. La besó con

suavidad esperando el rechazo. Pero no llegó. Daphne fue incapaz de resistirse. Se dejó seducir por esa boca con la que soñó las últimas noches, experimentando por primer vez un placer extraño, pero exquisito.

—Eres una mentirosa. Me deseas –jadeó Nath.

Era cierto. Cada día le costaba más concentrarse en su tarea. La mente se empeñaba en llevarla a pensamientos que perturbaban su cuerpo.

—Esto no está bien. Tenemos que entrar. Nath…

Él no la escuchó y volvió a besarla. Esta vez con más ardor. Era incapaz de cansarse de su boca, de su sabor, de sentir como la excitación irrumpía con una fuerza inusitada. Una emoción nueva que le hacia latir el corazón con fuerza.

Ella también dejó de pensar. ¡Se estaba tan bien entre sus brazos! Contrariamente a lo esperado se sentía segura, protegida. Era cómo si siempre hubiera formado parte de ella. Y en ese momento no le importaría materializar sus fantasías sexuales.

—¡Qué decepción! Esperé toparme con un escándalo y me encuentro con un matrimonio que, por lo que se ve, a pesar del tiempo transcurrido aún se desean tanto que no pueden aguardar a llegar a casa para satisfacer sus necesidades. ¡Por Dios, chicos! Dais verdadero asco.

Daphne y Nath se separaron de inmediato.

—¿Qué quieres, Julius? – rezongó Nath.

—Quería pedirte que te unieses a nosotros para… ¡En fin! Da igual. Estás ocupado.

—Sí. Lo estoy.

Julius sonrió, inclinó la cabeza y dijo:

—Disculpe la intromisión, mi lady. Nath. Ya nos veremos.

Daphne, en cuanto les dio la espalda, se levantó.

—Ahora seremos la comidilla. Debemos volver antes de que Julius se vaya de la lengua.

—Daphne…

—No podemos dar motivos a que las malas lenguas. ¿No es eso lo que me exiges a todas horas? –dijo ella.

—Somos un matrimonio.

—Eso no da derecho a nadie a mostrar su pasión en público. Entremos.

El aceptó con un ligero movimiento de cabeza.

—Como quieras. Pero hablaremos de esto. No tengas la menor duda –sentenció Nath.

24

El resto de la noche la ocupó conversando con cualquiera que se le acercó para evitar hablar con Nath. Pero ya se había hartado. Se acercó al grupo y dijo:

—Les veo muy interesados. ¿Es qué hay alguna novedad interesante, lord Edelton?

—Ha sido asesinado al archiduque Francisco Fernando, heredero al trono astro—húngaro a manos de un nacionalista serbio—bosnio. Un hecho desafortunado –dijo él.

—¿Le parece desafortunado un crimen? –le reprendió el vizconde de Leedmont.

—Este merece este calificativo. Puede provocar un conflicto entre naciones. Y entre ellas, la nuestra. Me huelo que esto terminará muy mal –dijo Nath.

—Es muy posible. Pero, caballeros, estamos aburriendo a las damas con temas de esta índole tan ajenos a ellas –dijo Edelton.

—Al contrario, mi lord. La guerra nos afecta a todos. Nosotras también sufrimos las consecuencias. No del mismo modo, por supuesto. Ustedes cargan con la amenaza de la muerte en el campo de batalla. Nosotras sufriendo cada día para que al abrir la puerta no halla un policía que nos la notifique. De un modo u otro, el sufrimiento no entiende de géneros –rebatió Daphne, sin molestarse en ocultar el desagrado por considerarlas seres simples, sin la menor capacidad de pensar.

Nath observó la tensión en los rostros de sus congéneres.

—Una reflexión muy aguda. Sí. Pero en algo estoy de acuerdo con lord Edelton y es que esta conversación es demasiado intensa para una velada como la de hoy. Además, es ya muy tarde y nuestros anfitriones desearán perderos de vista. ¿Nos vamos, querida?

Aceptó. Se sentía enfadada, pero también era consecuente con su situación. Nada podía enturbiar los planes marcados.

—¿Me has estado eludiendo por lo ocurrido antes? ¿No te parece un comportamiento absurdo si tenemos en cuenta que vivimos juntos? –le dijo él abriéndole la puerta del coche.

—Toda nuestra relación es absurda –replicó Daphne entrando.

—Difiero. Lo ocurrido en el jardín es importante.

—Lo que pasó fue un hecho… digamos que banal. Deja de darle tanta relevancia.

Él ocupó el asiento del conductor y se puso en marcha.

—¿Eso cree la chica virginal?

—La música, la luna llena, el jardín; todo ello contribuyó a confundirme. No intentes encontrar otra razón.

—Daphne…

—Déjalo ya, por favor. Estoy demasiado cansada para mantener una discusión que no llevará a ninguna parte. Y si no te importa, me gustaría que nos marcháramos.

—Por mí, perfecto. Ya hemos escenificado lo suficiente. Pero no creas que esta conversación ha terminado.

Al llegar a casa Daphne se encaminó a toda prisa hacia la escalera. Nath la siguió, la asió del brazo y la obligó a darse la vuelta.

—No seas niña, Daphne. Se valiente para aclarar las cosas.

—No soy cobarde. ¿Quieres que hablemos? Pues bien. Comienzo yo. Ha sido un beso, Nath. ¡Por el amor de Dios! Sólo un beso. No comprendo porqué le das tanta trascendencia –se exasperó Daphne.

—Deja que sea yo quién opine sobre lo que considero fundamental o no.

—Nath. Ha sido una velada muy larga. Estoy cansada. Muy cansada. Si no te importa, voy a acostarme. Buenas noches.

Él la siguió con la mirada hasta que se encerró en su habitación. Se sirvió una copa y la bebió de un solo golpe. Estaba enfadado. Muy enfadado. No tan solo por la actitud de ella, más bien por las emociones que lo confundían. No comprendía porqué le inquietaba tanto aquel beso. ¿Tal vez por qué era la primera vez que mantenía amistad con una mujer? ¿Era eso? No. Por supuesto que no. Daphne le atraía sexualmente, pero también le provocaba una alteración extraña en el pecho. ¿Excitación por conseguir lo que tanto tiempo llevaba aguardando?

—¿Por qué me inquieto? Nada sucederá, pues está determinada a reprimir sus instintos. Se irá y todo volverá a ser como antes –refunfuñó, mientras se encaminaba a su cuarto.

Daphne escuchó el portazo y respiró aliviada. No confiaba en Nath. Hasta el momento respetó su decisión de no obligarla a nada. Pero ahora ya no estaba tan segura. Ahora esos ojos azules como el cielo eran dos pozos profundos invadidos por un deseo que la asustaba. Aunque, a ese temor debía añadir el suyo; puesto que tampoco estaba segura de su fuerza de voluntad. Porque Nath ya no era ese hombre insufrible y repulsivo. Descubrió a un ser herido por un pasado no tan glamoroso como supuso. El privilegiado pequeño lord perdió a sus padres y pasó la infancia encerrado en un internado

donde la rigidez era su máxima norma y tuvo que soportar ese infierno sin la compañía de su hermano. Esa soledad y educación severa lo convirtieron en alguien desconfiado e incapaz de entregarse a los demás. Pero los últimos acontecimientos lograron rasgar esa coraza con la que se protegía dejando entrever a un hombre que era capaz de sentir, de disfrutar de las cosas sencillas y de demostrar que su corazón no estaba aún del todo petrificado. Y ese nuevo Nath aún era mucho más peligroso que el crápula desvergonzado, porque podía obligarla a infringir el pacto sellado provocándole un dolor que no estaba dispuesta a sufrir. No podía permitírselo. Nada podía interferir en el destino que se marcó.

Intentó dejar de pensar en él y dormir. Le fue imposible. Las palabras ardientes de Nath retumbaban una y otra vez en su cerebro. Pero no sólo eso. La imaginación se desató. La temperatura corporal subió y la garganta se le quedó seca. Buscó la botella de agua, pero no estaba.

—Mierda –masculló. Con las prisas por escaparse de Nath olvidó subirla. Salió de la cama y fue a la cocina.

—¿Tampoco puedes dormir?

Respingó sobresaltada al escuchar la voz de Nath. Intentó verlo entre la penumbra. Estaba junto a la nevera. Prendió la luz y una diminuta bombilla le permitió verlo con un poco más claridad. Estaba casi desnudo. Solo llevaba los pantalones del pijama, lo que propiciaba que su perfecta anatomía lograse aturdirla. De nuevo las imágenes eróticas la invadieron.

—Hace… mucho calor. Vine a por… agua.

Él abrió la fresquera, cogió la jarra y llenó un vaso.

—Toma. Bebe con moderación. Está muy fría –le ofreció, mirándola embobado.

Ella lo aceptó y bebió con ansia incapaz de escapar del embrujo de ese hombre tan atractivo. Pero debía hacerlo, se dijo. No podía dejar que los instintos más animales se apoderasen de su voluntad.

—Sí. Está siendo una noche tórrida. La piel me arde –dijo Nath sintiendo como la sangre le burbujeaba en las venas. Daphne, ataviada con un sencillo camisón, bajo la sutil luz se asemejaba a una ninfa. Era un ser mágico que le lanzaba un poderoso hechizo.

—Pues deberías… darte un baño.

—¿Crees que el agua helada me aliviará, Daphne? –inquirió Nath con voz profunda.

Ella intuyó la doble intención de sus palabras y carraspeó nerviosa.

—Sí. Supongo que sí –dijo en apenas un susurro.

—¿Por qué tienes tanto miedo? No haré nada que no quieras.

—Es tarde. Buenas noches.

Nath le aferró el brazo para impedir que se marchara.

—No permitiré que vuelvas a evitarme. Tenemos una conversación pendiente.

—Por mi parte no tengo nada que decir.

—Puede que no sean necesarias las palabras para ratificar lo que sospecho.

El corazón de Daphne se aceleró. Nunca antes vio en sus ojos ese brillo.

—Suelta.

—¿No confías en mí? –le preguntó Nath atrapándola para llevarla hasta su pecho. Posó la mano libre en su nuca y bajó el rostro para acercar sus bocas.

—No.

—Prometí que no haría nada que tú no quisieras.

—Pues, no lo hagas –jadeó Daphne.

—No rechazaste mis besos. No lo hiciste y sé que ahora también estás deseando sentir mi sabor, sentir la excitación que voy a provocarte. Así que, voy a darte lo que quieres. Voy a besarte, Daphne –dijo él ronco. Y desoyendo su súplica, buscó su boca y la asaltó con fiereza.

Ella gimió al verse incapaz de renunciar a ese placer tan exquisito. Se dejó impulsar devolviendo cada uno de sus besos. Sintió como las piernas se le tornaban de mantequilla, exigiéndole más y más.

—¿Lo ves? Gozas. Y sé que deseas más. Me deseas a mí –jadeó Nath.

Daphne, asustada por su reacción, se revolvió. No podía ceder ante la tentación irresistible de ese embaucador. No podía permitirse hacerse daño.

—Esto no está bien. No debemos...

—¿Por qué no? Eres mi esposa.

—Dejaré de serlo pronto y no volveremos a vernos. No quiero complicarme la vida, Nath. Por favor, olvidemos esto.

Él le acarició la mejilla y la miró fascinado.

—No habrá complicaciones, Daphne. Tan sólo somos un hombre y una mujer que se desean. Cariño. La vida es demasiado corta y es una necedad reprimirnos. ¿Por qué negarnos a disfrutar?

—Tú y yo tenemos diferentes conceptos de la vida. El deseo no es suficiente para mí. Exijo algo más para entregarme a un hombre.

—¿Amor? Daphne. El amor es tan solo un velo que oculta las necesidades físicas más salvajes. No es más que un engaño.

—Para mí es real. Y a diferencia de ti, nunca renunciaré a experimentar ese maravilloso sentimiento.

Nath la soltó.

—Entonces, sufrirás.

Daphne lo miró a los ojos.

—No me importa. Pero como no soy cobarde, viviré mis emociones. Y ahora, si te parece bien, quiero regresar a mí habitación.

Nath la miró ofendido.

—No te retengo, Daphne. Ni nunca lo haré. Eres libre.

—Lo seré en cuanto el verano termine. Buenas noches.

—Y eso será demasiado pronto –murmuró Nath.

## 25

Ya era bien entrada la noche y Nath aún no había regresado. Y, aunque debería darle lo mismo, Daphne comenzó a preocuparse.

—Serénate. Ya lo conocemos. Estará con alguna mujerzuela o

emborrachándose –dijo Chuck.

—No lo creo. Más bien pienso que le habrá ocurrido algo. ¿Y si está varado en medio del mar? ¿O ha tenido un accidente? Ha salido a navegar de madrugada.

—Daphne. Deja de preocuparte por ese tipo. Estará vivito y coleando. Ya lo verás. Las malas noticias vuelan cómo el viento. Lo mejor que puedes hacer es ir a dormir. Yo me marcho. Ya sabes que me han invitado a la fiesta de los pescadores. Si necesitas algo, me llamas. Buenas noches.

Pero le era imposible estar tranquila. Y tal como dijo Chuck, las desgracias eran imposibles de ocultar.

El sonido de la puerta le provocó casi taquicardia. Pero al ver a Nath suspiró aliviada.

—¿Por qué no has llamado? Estaba preocupada.

Él tiró las llaves sobre el recibidor y dibujó una sonrisa bobalicona.

—¿Así qué estabas alarmada? Pues… ya ves. Estoy estupendo, cariño.

Nath había vuelto a las andadas. Había estado bebiendo y lo más probable, no en soledad. Pensar en que otra mujer disfrutó de sus caricias la atormentó.

—Pues me alegro. Buenas noches –dijo crispada.

Entró en la habitación y se juró que nunca más volvería a inquietarse por ese golfo.

—Eres idiota, Daphne. Una completa estúpida. Ese hombre no se merece nada. Lo mejor que puedes hacer es cuidar de ti misma. Alejarse de él hasta que te vayas. Ahora descansa y duerme –remugó mientras se desnudaba.

Esa fue su intención, pero apenas concilió el sueño el trueno la despertó.

—¡Dios Santo! –jadeó.

Corrió hacia la cuna para comprobar cómo estaba James. Dormía profundamente. Regresó a la cama, pero escuchó un lamento, algo parecido a unos sollozos desgarrados. Y parecían proceder de la habitación de Nath. Pensó en acudir. Desistió. Seguro que ahora sufría los excesos del alcohol. Se recostó e intentó no ceder a la tentación. No le fue posible. Cada vez los lamentos eran más atormentados. Se levantó. Con tiento, golpeó la puerta. La única respuesta fueron más quejidos. Abrió. El relámpago le mostró a Nath acostado y sufriendo pequeñas convulsiones. Parecía tener una pesadilla. Se acercó a la cama y se arrodilló.

—Nath. Despierta.

Él continuó con los ojos cerrados. Ella le tocó la frente. Ardía. Comprendió que se equivocó. No estaba bebido, estaba enfermo.

—¡Por Dios! –se asustó.

Nath, sumido en la fiebre, aferró su mano. Daphne, alarmada, la retiró.

—No me dejéis solo. Por favor… Está oscuro. Tengo… miedo. Mucho miedo… No te marches… No. No quiero estar solo. ¿Por qué me haces esto? No quiero ir… No quiero ir… Tengo frío…

—Estoy aquí. No te dejo. Pero tengo que llamar al doctor –lo tranquilizó Daphne.

Fue al salón donde había un teléfono. Descolgó el auricular. No funcionaba.

Nerviosa fue a la cocina. Llenó un barreño con agua fría y regresó junto a Nath que seguía temblando. Mojó el paño y se lo puso en la frente. Él se lamentó y abrió los ojos.

—Daphne… Estás aquí… —musitó forzando una sonrisa. Pero un nuevo temblor lo hizo gemir.

Ella volvió a salir de la habitación y fue a la suya. Comprobó que el niño estuviese bien, cogió el termómetro y el frasco de aspirinas. Regresó junto a Nath y le tomó la temperatura.

Jadeó al ver la medición. Más de treinta y nueve. Llenó el vaso de agua y lo obligó a tomar la aspirina. Después cogió el teléfono. Continuaban sin cobertura debido a la virulenta borrasca.

—¿Qué voy a hacer? –musitó enjuagándole el sudor.

—Me muero de frío… Hace mucho frío… —se quejó Nath.

Debería darle un baño frío para aliviarlo, pero era imposible cargar sola con él, pues los miembros del servicio tenían la noche libre. Tampoco podía llevarlo al hospital. No sabía conducir. Desesperada, apartó la sábana. Como pudo lo desnudó y fue frotándole el cuerpo con el paño. Después se acostó junto a él y lo abrazó con fuerza para darle calor.

—No me dejes, Daphne… No te vayas… Quédate conmigo. Te necesito.

—No me iré, cariño. Descansa.

Nath se aferró a ella. Apoyó la cabeza en su pecho. Sus temblores parecieron disminuir. Posó los labios en su frente. Parecía menos caliente. Poco a poco él pareció mejorar, lo que alivió la tensión que soportaba. Cerró los ojos, pero los abrió al instante. No podía quedarse dormida. A pesar del esfuerzo, poco a poco, el sopor la venció.

Despertó al amanecer.

Sobresaltada miró a Nath. Dormía con placidez. Posó la mano sobre su frente. La fiebre había desaparecido. Intentó liberarse de su abrazo con cuidado para no despertarlo. Pero a cada intento de separarse él la abrazaba con más fuerza. Daphne dejó de moverse y clavó la mirada en su rostro. La acritud había desaparecido. Ahora se

asemejaba a un niño grande. Un niño que se sentía arropado y seguro. Sin miedo a nada. Ella también, a pesar de la cercanía de Nath, se sentía a salvo. Y volvió a quedarse dormida.

Él despertó. Miró desconcertado a Daphne, sin comprender la razón de que estuviese entre sus brazos y desnudo. Frunció la frente en un esfuerzo por recordar. Le llegó la imagen borrosa de ella poniéndole paños en la frente y también de su desesperación por conseguir aliviar su dolor.

—Así que no te soy indiferente –susurró, sintiendo como un extraño sentimiento arropaba su corazón. Hundió la cara en el cabello dorado de su esposa y aspiró con fuerza. El aroma de limón le llenó los sentidos. Un perfume que siempre le recordaría a ella. Y al pensar en el momento que la perdería, la sensación placentera se tornó angustiosa. Tenía que evitar a toda costa que ella se marchara o que se negase a que la acompañara a Nueva York. Porque, a pesar de su naturaleza escéptica y egoísta, no le quedaba más remedio que admitir que estaba enamorado. Muy enamorado.

Daphne abrió los ojos. Tardó unos segundos en ubicarse y cuando comprendió la situación en la que se encontraba se revolvió intentando salir de la cama.

—¿Por qué quieres irte? Nunca estarás mejor que entre mis brazos. Tú, yo, James, podemos vivir como una familia de verdad.

—Creo que me he equivocado y aún te encuentras febril –dijo ella.

—Estoy bien, Daphne. En realidad, mejor que nunca. Estos últimos días me han hecho recapacitar. Me he dado cuenta que estoy cansado de mí vida estéril y que juntos podemos comenzar de nuevo.

—Nath, por favor. Eso es imposible. Somos muy distintos y siempre discutimos. Sería un desastre. Además, olvidas mis principios.

—¿El amor? ¿Y si dijera que estoy enamorado de ti?

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Veo que ya estás recuperado. Pero yo no estoy de humor para tus juegos. Tengo que ocuparme de James. Suéltame.

Nath no la escuchó. Le acarició la mejilla y en apenas un murmullo, le preguntó:

—¿A qué temes, Daphne?

—Eso deberías decírmelo tú. Anoche no dejaste de pedir, aterrorizado, que no te dejasen sólo ahí. ¿Qué pasó, Nath?

Él se separó de ella.

—No se de qué hablas. Debieron ser delirios provocados por la fiebre.

—Lo dudo. Creo que tus temores eran reales.

El llanto de James los interrumpió.

—Será mejor que vayas a ver qué le pasa –dijo Nath con voz acerada.

—Nath. ¿Tan grave fue? ¿Por qué te niegas a contármelo? Pensé que ahora nuestra relación había mejorado.

—Daphne. Déjalo ya, por favor.

—Está bien. Tienes razón. Nunca más volveremos a vernos. No merece la pena que me moleste –musitó ella.

Nath se levantó y dándole la espalda dijo:

—Así es. James llora. Ve.

## 26

Desde aquel día la convivencia entre ellos se tornó de nuevo fría y distante. Únicamente se dirigían la palabra para acordar los asuntos domésticos, de orden social o sobre James. Aunque, para alivio de Daphne, Nath no volvió a caer en sus antiguos vicios.

—Recuerda las normas.

Daphne le lanzó una mirada iracunda a Nath.

—Tú deberías recordarlas. Ya es la cuarta copa y apenas llevamos una hora aquí.

—Tranquila, cielo. Sé cuándo parar.

—Y yo desenvolverme en una fiesta. Lo he hecho hasta ahora. ¿No?

—Siempre hay tiempo para dar un traspié.

—En eso tú eres el especialista. Claro que, aquí te será difícil. No tienes las oportunidades de Londres.

Él le dedicó una sonrisa ladina y con un leve movimiento de cabeza le indicó que mirara a la mujer pelirroja.

—¿Tú crees?

Daphne, asqueada, observó como lady Anna miraba con avidez a su marido.

—Espero que tengas la sensatez de no provocar un escándalo.

—Cuando se precisa, puedo ser muy discreto, querida. Ya has sido testigo de ello, ¿no?

—Eres… Eres un…

…Hombre al que su esposa le niega lo que necesita y debe buscar consuelo fuera del hogar. ¿No es así? –dijo Nath.

—Esa necesidad quedo clara en el pacto que yo jamás te la ofrecería –replicó Daphne.

—Y a causa de ello que yo me satisfaría siempre que me

placiera. ¿Es o no es verdad?

—Es cierto. Sin embargo, también acordamos que no haríamos nada que perjudicase a tú sobrino. Si deseas acostarte con esa, hazlo, pero lejos de aquí. ¿De acuerdo? –dijo ella con tono agresivo. Dio media vuelta y vio como Adam entraba. Se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—¿No ha venido Lizzie?

—Está hablando con la duquesa. Siente debilidad por las embarazadas. Cree que sin sus consejos no podrán sobrevivir. Temo que la retendrá un buen rato. ¿Nath ha venido?

—Sí. Está junto al bufete.

Adam lo observó. Su rostro reflejaba tirantez.

—¿Qué ocurre?

Daphne dio un sorbo al cóctel y sonrió con tibieza.

—¿A qué te refieres?

—Tengo la impresión de que Nath y tú no estáis bien. Él refleja enojo y tú apatía. Además, parecéis distantes. No me digas qué ha vuelto a las andadas –dijo Adam.

—No.

—Daphne. Sé cómo es. Puedes contarme si vuestro matrimonio no está funcionando.

Ella suspiró hondo.

—Ese no es el problema. Es su falta de confianza hacia mí. Sé que pasó algo terrible en su infancia y que tiene que ver con su abuela. Y se niega a contármelo. ¿Qué pasó?

—Si él no te lo dice. Yo…

—Entiendo que seas discreto. Pero sólo intento ayudarlo. Hace un tiempo que tiene muchas pesadillas y dice algo así cómo que no lo dejen solo y que tiene miedo. Apenas duerme y su carácter aún se ha vuelto más huraño e irascible. Y sé que ese pasado es lo que lo ha convertido en este hombre atormentado y receloso. Por favor, Adam. Por favor. ¿Por qué está así?

Él terminó la copa y aseveró.

—Vamos.

La llevó fuera del salón, entraron en la sala de estudios y la invitó a sentarse.

—Antes de nada quiero que me prometas que jamás le dirás que estás al corriente de su pasado. Nath terminaría con nuestra amistad y con toda probabilidad con vuestro matrimonio.

—Puedes confiar, Adam.

Él, con semblante circunspecto, se sentó ante ella.

—La infancia de Nath no fue feliz.

—Sé que creció en un internado. Imagino que debió sentirse cómo en una cárcel.

—Esa es una parte de sus vivencias. Verás. Sus padres fueron una pareja que nunca se preocuparon por la familia. Eran de esas personas que lo único que les importaba era disfrutar y evitar las responsabilidades; por lo que dejaron que la educación de Nath y James fuese bajo la tutela de los criados e institutrices. Ya puedes imaginar cómo fue. Rigidez, insensibilidad y castigos. Todo menos recibir amor. Las pocas veces que sus padres se dignaban a ver a sus hijos apenas les dedicaban unos minutos, pero los compensaban con regalos. Regalos que nunca recibieron por sus cumpleaños, porque nunca los recordaron.

—Que triste –murmuró Daphne.

—Sí. Pero la mayor pena llegó con la noticia de que los Laymore fallecieron en Mombasa debido a un accidente de avioneta cuando Nath contaba seis años. Aunque, ese dolor no fue lo peor.

—¿Por la abuela? –preguntó Daphne.

—Exacto. Apareció Robina Thynne. La abuela materna. Los niños nunca la habían conocido y pensaron, al ver a la anciana de aspecto afable, que por fin llegaba un ángel que los rescataría de ese infierno y les daría el amor que nunca recibieron.

—Y fue todo lo contrario, ¿verdad?

—Sí. En lugar de llevárselos con ella los mandó a un internado. Pero los separó. Hizo que estudiasen en colegios distintos.

—¡Nath tan solo tenía seis años! No puedo ni imaginar cómo debió sufrir un niño tan pequeño separado del que era su guía y consuelo –se indignó Daphne.

—Exacto. Se sentía muy unido a James. A pesar de ser tan solo cinco años mayor, siempre lo protegió y cuidó como un padre. Juntos consiguieron no derrumbarse ante los desprecios y castigos bajo la tutela del servicio. Pero la separación fue un detonante muy peligroso para Nath.

—¿Por qué esa mujer hizo algo tan cruel?

—James era el heredero y como tal consideró que su educación debía ser exquisita. Se decantó por la institución más prestigiosa Eaton y apenas cinco días después del sepelio de sus padres lo hizo partir. La reacción de Nath fue terrible. Lloraba todo el día pidiendo que James regresase y se negaba a obedecer a nadie; lo cuál provocó que su abuela le inflingiese duros castigos. Lo recluía durante días en su habitación y permitía que su institutriz le pegase. Pero de nada sirvieron los escarmientos. Nath siguió rebelándose. Su abuela, sulfurada por su rebeldía, optó por encerrarlo en el sótano. Lo dejó sin luz en un entorno húmedo y frío; y para su pavor, tuvo que convivir con ratas y los fantasmas que su mente infantil creó.

—¡Dios mío! Esa mujer es un monstruo –jadeó Daphne.

—Yo diría que el demonio. Sacó a su nieto siete días después de

ese agujero porque enfermó hasta el punto de casi fallecer. Tras un mes en el hospital, una vez recuperado, consideró que Nath era un niño rebelde y de instintos malvados. Así que lo internó lejos de James en Gordonstou, Escocia. Una escuela de inspiración espartana. Pantalón corto incluso en el crudo invierno, duchas heladas, dormir con la ventana abierta y un entrenamiento físico muy duro. Y a todo eso se añadió el acoso de sus compañeros. Se reían y le propinaban palizas a ese niño frágil y desolado que sollozaba cada noche pidiendo que su hermano lo viniese a buscar o que fuese incapaz de soportar el frío.

—Por lo del sótano, ¿verdad? Pobre Nath. No puedo ni imaginar cuánto padeció todos esos años sin un amigo que lo apoyase, siendo golpeado de nuevo esta vez por sus compañeros hasta poder graduarse y ser libre.

—El único consuelo que le quedó al principio fue que ese verano se reunió con James. Pero como es lógico, su hermano no pudo hacer nada para sacarlo de ese infierno. Eran dos criaturas bajo la crueldad de su tutora. No le quedó más remedio que regresar al colegio y volver a soportar las vejaciones. Pero las torturas desaparecieron dos años después. Con tan sólo nueve años comprendió que su actitud no le reportaba ningún beneficio, ni la falsa amistad de algún compañero que acabó por traicionarlo. Optó por petrificar el dolor y defenderse con uñas y dientes; hasta que consiguió que los demás olvidasen al niño débil y cobarde. Y ese fue el inicio del Nath que ahora todos conocemos.

—Ahora veo con claridad que es un hombre que siente pavor a mostrar sus sentimientos, porque piensa que es una señal de debilidad. Es incapaz de confiar en nadie, porque a parte de su hermano nadie le mostró amor, solamente sufrimiento y traiciones –comentó Daphne con tristeza.

Adam tomó la mano de ella entre la suya.

—Tú estás consiguiendo darle esperanza.

—Eso espero –dijo. ¿Qué podía decirle? ¿Qué su relación era una farsa? ¿Qué Nath continuaba enfadado con el mundo? ¿Qué jamás encontraría la paz que le había sido negada desde su nacimiento?

Adam se levantó.

—Por favor, se discreta. Lo último que quiero es qué sienta que el único verdadero amigo que tiene lo ha traicionado.

—No temas. Pero dime. ¿Cómo os conocisteis? —aseguró Daphne.

—En una partida de cartas. Por circunstancias que omitiré, nos vimos obligados a unirnos en una pelea. Y desde entonces nos hemos hecho inseparables –le explicó él un tanto azorado.

—¿En serio? Jamás habría dicho que tú eras tan golfo como

él.

—Y tal vez un poco más. Pero la gente cambia, Daphne. Nath y yo somos un vivo ejemplo. Bien. Será mejor que regresemos o daremos que hablar –bromeó él.

## 27

Daphne entró en la biblioteca. Nath estaba apoyado en el rincón mirando a través de la ventana. Su semblante mostraba desgana y sus ojos una tristeza infinita. Ahora comprendía la razón. Ahora era consciente del mal que aquejaba a su esposo. Y también que ella no podría hacer nada para curarlo. Él era el único que podía borrar ese pasado.

—Hace diez días que estamos aquí y aún no me has llevado a navegar. Y me lo prometiste.

—Se prometen demasiadas cosas –replicó él con tono frío.

—Nath, por favor.

—Hoy amenaza lluvia. Por lo demás, estoy cansado. Anoche la fiesta se alargó demasiado.

—Meras excusas. Estoy al tanto del tiempo. Han anunciado un día radiante hasta la tarde. Te recuerdo que según tú eres hombre de palabra. Así que espero la cumplas.

—Hay que organizar las cosas y ya es tarde.

—Lo tengo todo preparado. Lo único que debes hacer es cambiarte. El aire del mar te sentará bien. ¿A qué esperas? ¡Venga! –insistió Daphne.

Nath sacudió la cabeza negándose.

—No estoy de humor. Otro día.

Ella se acercó a él y posó las manos en su pecho.

—Por favor. Por favor. No he ido nunca en barco. ¿Y quién nos dice que habrá otra oportunidad? El futuro no está asegurado. No quiero morir sin tener esa experiencia. Nath… Venga…

Él clavó el mar de su mirada en el rostro expectante de Daphne. El futuro sí lo estaba. Ella se iría y él volvería a la normalidad. Dejaría de estar atormentado por no poder tener a la mujer que más deseaba. Pero ahora aún estaba a su lado y no renunciaría a gozar de su compañía.

—Está bien. Cinco minutos y regreso.

—Gracias –le premió Daphne con una enorme sonrisa.

El corazón de Nath brincó y nadie pudo imaginar el esfuerzo titánico que tuvo que hacer para no abalanzarse sobre esa boca que lo enloquecía. Subió a cambiarse y regresó.

—¿Listo?

—Sí. ¿Y james?

—Hoy tienes que dedicarme todo el tiempo. Me has enseñado a nadar, pero aún no estoy muy segura en el agua. Y quiero sentir la emoción de bañarme en alta mar. Por lo que, no podré estar pendiente de él. ¿Te parece mal que vayamos solos?

—No. Claro que no. Al contrario. Me gustará disfrutar de tú compañía sin que nadie nos interrumpa. ¿Preparada para una nueva experiencia?

—Del todo.

Al llegar el puerto miró boquiabierta el barco. Era espectacular. Un velero de madera brillante y velas blancas cómo la harina.

—¿Te gusta?

Ella sólo pudo asentir. Él le tomó la mano y la ayudó a embarcar. Después cargó con las bolsas, la cesta de la comida y se unió a ella.

—Desata la cuerda –le pidió, colocándose ante el timón.

Daphne obedeció y acudió a su lado.

—¿Es difícil?

Nath la puso delante de él, cogió sus manos y las colocó sobre el timón.

—Una muchacha tan inteligente aprenderá rápido –dijo cubriéndole las manos con las de él.

Daphne, al sentir su cuerpo pegado a la espalda, se le cortó el aliento. Cada día le era más difícil soportar su cercana presencia y en especial las fantasías que le provocaba.

—Será mejor… que me enseñes cuando… cuando estemos lejos del puerto. Podríamos chocar con otras naves. Voy a poner la comida… en el frigorífico. Hace mucho calor y puede estropearse –balbuceó, apartándose.

Nath no pudo evitar una sonrisa. Daphne no era tan inmune a él cómo pretendía hacerle creer. Aún había esperanza de poder saciar sus anhelos. Y su propósito se acrecentó al verla regresar enfundada en ese bañador que resaltaba sus suaves curvas. Paró el motor, se quitó la camiseta y le mostró el agua.

—¿Preparada?

Ella lo miró dudosa.

—Ahora que ha llegado la hora me da temor.

—Tranquila. Estaré pendiente de ti. ¿O es que no confías?

Daphne, en lugar de responder, le ofreció la mano. Nath la asió y caminaron hasta el borde la embarcación. Él la miró infundándole confianza. Aseveró. Ella reafirmó la decisión y saltaron. Se hundieron en el agua y tras salir, Daphne se aferró al cuello de Nath con evidente espanto.

—Tengo miedo –jadeó.

Él deseó que ella jamás abandonase sus brazos y ansió perderse en su cuerpo. Apartó la idea. No era el lugar adecuado y dijo:

—¿No te he dicho que cuidaré de ti? Anda. Suéltate y disfruta.

Daphne obedeció. Poco a poco, bajo la atención de él, se deslizó disfrutando de la experiencia. Nunca pensó que disfrutaría en medio de esa inmensidad de agua.

—Es suficiente. Salgamos —dijo él.

—Nath. No quiero. ¡Esto es estupendo!

—Está bien. Sigue –dijo él, alejándose.

Ella, al verse sola, se asustó. Cambió de idea y subió al barco.

—Estás tiritando. Ven –dijo Nath. Se sentaron y la arropó con la toalla. Comenzó a frotarle el cabello, sin poder evitar que sus ojos la miraran con adoración; ni que su voluntad continuase ni un segundo más renunciando a ella y olvidando su promesa inclinó el rostro y posó sus labios sobre los de ella. Esperó su rechazo. Éste no llegó y su beso se tornó mas osado.

Daphne era consciente que si no lo rechazaba la situación entre ellos se tornaría mucho más espinosa. Sin embargo, la seducción que estaba ejerciendo le nublaba la mente y apenas podía razonar; lo único que percibía era una deliciosa sensación de puro placer.

Nath ahogó un gemido al confirmar, una vez más, que Daphne no sabía besar. Él fue el primero en profanar su boca virginal y moría por ser también el que la iniciaría en el sexo.

—Nath. Basta —logró decir ella en un momento de lucidez.

—¿Por qué debo parar? Nos gusta besarnos. Mucho.

—Esto... No está... bien. No podemos...

—Eres mí esposa. Está permitido besarnos y hacer otras cosas mucho más deliciosas. Daphne. Quiero ser el primero que te las muestre. Cariño, deseo despertar ese volcán dormido para que dejes estallar la pasión que escondes.

—Sería un error —gimió ella.

—El error sería no dejar que nuestros deseos se hicieran realidad. Sé que te arrepentirás si te niegas a cumplirlos.

—En algunas ocasiones debes rechazar lo que ambicionas.

—¿Por qué tienes tanto miedo?

—Porque no tenemos futuro. En pocos días desapareceré para siempre de tú vida.

De nuevo esa evidencia estremeció a Nath.

—Tú lo has dicho. No existe el futuro. Hay el ahora. Y en este instante los dos codiciamos lo mismo. Cielo. Deja de luchar. Permite que el placer nos haga volar hasta el paraíso. Deja que te guíe —le susurró, mordiéndole con sutileza la curva del cuello.

Daphne, estremecida, intentó escapar de su abrazo. Él no se lo permitió. Buscó de nuevo sus labios y los devoró con fruición, y ella ya no pudo engendrar ni un ápice de sensatez. Se dejó arrastrar por la riada avasalladora de Nath correspondiéndole con la misma

intensidad.

—Eres preciosa —musitó él, apoyando su frente en la de ella, mirándola con tanta intensidad que creyó desfallecer. Casi lo hace cuando Nath le apartó los tirantes del traje de baño y le acarició los senos.

—Nath, no. Para, por favor. Esto es... indecoroso —protestó, estremeciéndose de placer.

—Pero delicioso. Aunque, puedo hacer otra cosa que aún lo será mucho más —aseguró acercando la boca a su pecho.

El aliento ardiente lo provocó fuego en las entrañas, que estalló cuando su boca húmeda y voraz se apoderó del pezón.

Nath, incitado por su respuesta exaltada, comenzó a desprenderla del traje de baño. Necesitaba hacerla suya, poseer a esa mujer que le robó la calma.

Daphne comprendió lo que iba a suceder y una chispa de lucidez prendió en su cordura. No podía hacerlo. No podía entregarse al hombre, que ahora sabía con certeza, se había enamorado y después abandonarlo para siempre. Se zafó de su abrazo y lo apartó.

—No.

—Daphne...

Ella se cubrió la desnudez.

—Quiero regresar a casa. Por favor.

—Cielo. Nosotros…

—No hay nosotros. Ni lo habrá. Llévame a casa. Llévame –insistió, haciendo un enorme esfuerzo para no echarse a llorar.

Nath inspiró.

—Cómo quieras —dijo abatido. Se levantó, se acercó al timón y emprendió el regreso.

28

Daphne cruzó la puerta, corrió hacia la escalera y subió a toda prisa.

Nath la siguió.

—¡Daphne! Espera.

No le hizo caso. Entró en la habitación y cerró dando un sonoro portazo.

—Idiota. Eres idiota. Nunca debiste permitirlo ni corresponderle. Ahora no podrás engañarlo con ninguna excusa –remugó.

—¡Daphne! Déjame entrar –insistió Nath.

—Vete. ¡Vete! –grito ella.

—Tenemos que hablar. Hablar de lo que ha pasado.

—Ahora no. Por favor, vete.

Los pasos de Nath le hicieron comprender que atendió su ruego. Se miró en el espejo. Sus mejillas estaban arreboladas y el rubor se extendió aún más al rememorar lo ocurrido en el barco; al sentir de nuevo la humedad caliente de esa boca a la que no pudo resistirse. El corazón palpitó con fuerza al pensar de qué manera podría evitar que esa locura no volviese a suceder. Porque ya no podía engañarse, se sentía atraída por ese nuevo Nath, encantador, divertido, atento, sensual. En realidad, si era sincera, mucho más que eso. Y tenía miedo. Miedo a que durante esas cuatro semanas que quedaban para partir a Estados Unidos no pudiera resistir la tentación de materializar el impulso irrefrenable que la obligó a dejar que la cordura, por unos instantes, la abandonara.

—Tienes que recomponerte. Tienes que ser fuerte. Nath no conseguirá doblegarte. Nadie lo hecho y él no será el primero. Pronto te irás y esta opresión terminará. Ahora, sal y enfréntate a tus miedos. Piensa en lo que estás a punto de obtener. Concéntrate en tú sueño. Solamente en él.

Determinada a ello se quitó la ropa, el traje de baño, se cambió y bajó al salón.

Nath estaba sentado ante la ventana con una copa en la mano. Al escucharla se volvió. Sus ojos azules se tornaron añiles al mirarla.

—¿Podremos hablar ahora de lo qué ha pasado? –le preguntó con tono acerado.

Daphne dejó caer los brazos y entrelazó las manos con los dedos.

—No hay nada que comentar.

Él alzó una ceja.

—¿Consideras qué lo ocurrido no tiene importancia? ¿En serio?

—No creo qué, dada tú trayectoria, besar a una chica lo consideres algo trascendental.

—Puede que yo no. Pero tú… No has dejado de asegurar que nunca te tocó un hombre. Y hoy has permitido que te ofreciera algo más que un beso. Has dejado que mi boca saborease la tuya, tus pechos, tú cuello. ¿Y sabes la razón? Porque tu piel, al igual que la mía codiciaban caricias –dijo ronco.

Ella notó cómo un rayo demoledor traspasó su vientre. Apretó los dedos e intentó mantener una postura de indiferencia.

—No es verdad. Yo... no quería.

Nath dio un largo sorbo sin dejar de observarla.

—¿Y cuál ha sido la causa, según tú, de permitir que te tocase?

—El ambiente.

El apretó los labios.

—Ya. El ambiente.

—Sí. Disfrutar del mar navegando en un barco bajo un día radiante, lograr nadar...

Él arrugó la nariz.

—Pues ya es la segunda vez que te hacen falta muy pocas cosas para que olvides tus convicciones, querida.

Ella lo miró indignada.

—Mis convicciones no han sufrido merma alguna. Ha sido un beso. Un simple beso. Bueno… Algo más.

—Cierto. Caricias a las que correspondiste con gran pasión.

—No veas cosas dónde no las hay. Fue confusión.

Nath dejó escapar una risa profunda.

—Si, cariño. Te noté muy confundida.

Ella separó las manos con brusquedad y le lanzó una mirada iracunda.

—Piensa lo qué quieras.

—Yo no pienso, analizo la realidad.

—Tú no… Mira. Esta conversación es absurda. Se ha terminado –dijo Daphne. Dio media vuelta y comenzó a caminar.

—Huir no te librará de la verdad.

Ella sin volverse, dijo:

—¡Por Dios! No existe ninguna verdad. ¿Entendido? Y…No me esperes a comer. No puedo permitirme distracciones. Quiero estar a solar y estudiar.

—Cómo quieras. Pero esta noche irás a la fiesta.

—No.

—Irás –siseó Nath.

—¿Qué harás si me niego? ¿Di?

—Perderás la oportunidad de conseguir lo que más deseas.

Daphne se dio la vuelta. Sus ojos verdes se tornaron de hielo.

—¿En verdad piensas que soy idiota? ¡Iluso! Puedo coger ese collar de esmeraldas y largarme sin que te des cuenta.

—A la universidad, claro. Cielo. No llegarías a comenzar ni la primera clase. Porque no dudes que te denunciaría y tú carrera cómo doctora ni comenzaría; porque estarías en la cárcel.

—¿Por qué eres tan cruel? –le echó ella en cara, mirándolo con tristeza.

—Procuro por mis intereses. No consentiré que tu estupidez lo estropee todo. ¿Te queda claro? Así que, esta noche me acompañarás y nada hará evidenciar que sea por obligación. Te mostrarás feliz y orgullosa de ser mi mujer.

—No temas. Seré tan encantadora cómo siempre, mi lord.

Él reclinó la espalda y terminó la copa.

—Así me gusta. Has comprendido que una mujer debe obedecer a su esposo.

—¿Puedo escoger vestido o debo aguardar a que me lo elijas?

—No es necesario. Confío en tú criterio. A pesar de tus orígenes, tienes buen gusto.

—Y tú, a pesar de los tuyos, no has aprendido lo que es educación. Eres irrespetuoso y malcriado.

La faz de Nath se contrajo de ira.

—¿Malcriado dices? No tienes la menor idea de cómo fui educado. ¡Ni la más mínima!

Ella estuvo tentada de decirle que lo sabía. Se abstuvo. No podía traicionar a Adam.

—Cierto. Ni lo sé, ni me importa.

Le dio la espalda y se marchó.

El resto del día permaneció en la habitación e intentó estudiar. No lo consiguió. Era incapaz de concentrarse.

—¡Maldito Nath! Has conseguido trastornarme. Pero no lo harás nunca más. Seré yo quién a partir de ahora te torture y sé cómo hacerlo. Lord Laymor prepárese.

Llamó a la sirvienta para que le arreglase el cabello. Le indicó que le hiciese un tocado al estilo de las mujeres romanas. Varias trenzas bordeándole la cabeza y una mayor cayéndole sobre la

espalda.

—Está usted guapísima, mi lady –dijo orgullosa la sirvienta ante su creación. Y para rematar su belleza, le puso un pasador de brillantes con forma de mariposa.

—Gracias, Louise. Puedes retirarte.

Sonriendo abrió el armario y rebuscó entre la decena de vestidos que Nath le hizo confeccionar para la temporada de verano. Se decidió por el de color malva. Tela brillante parecida a la seda. Ajustadísimo en el talle, dejando que la falda cayese casi pegándose a su figura. Los vestidos abultados ya no estaban de moda. Pero lo que más le gustaba de su elección fue por el atrevido escote. Hombros casi desnudos. Lo único que rompía la piel eran unos diminutos tirantes bordados con cristales. Un detalle que enfurecería a su querido esposo. Pero no le daría la oportunidad de obligarla a cambiarse. Se vistió y buscó en el cofre de las joyas. Nath, al decidir ir a la costa, no tuvo más remedio que adquirir unas cuantas alhajas más. El collar y pendientes de diamantes eran los idóneos.

Una vez arreglada se perfumó.

—Estás preciosa, Daphne. No habrá un hombre que pueda resistirse a mirarte. Y tu esposo se morirá de rabia. Prepárate a pasarlo mal, lord Laymore.

Cogió un chal a juego con la tela del vestido, se cubrió y se reunió con su esposo.

—¿Y bien? ¿Me da su aprobación, mi lord? –dijo dando una vuelta.

Nath tragó saliva. Era imposible no caer en la red de su belleza. Carraspeó y dijo:

—No está mal.

Ella le sonrió con coquetería.

—¿Por qué mientes? Estoy preciosa.

—¿Qué ha pasado con nuestra discusión? ¿Ya la has olvidado?

Daphne elevó los hombros.

—Nunca he permitido que una nimiedad perturbe mi humor. ¿Nos vamos?

# 29

Cuando Daphne entró en el salón y se quitó el chal se convirtió en el imán que atrajo todas las miradas.

—Pero… ¿Te has vuelto loca? –jadeó Nath, incrédulo.

Ella sonrió regocijada al comprobar su alteración.

—No, querido. Me comporto cómo corresponde a la esposa de un lord. ¿Qué dirían si me viesen con un atuendo anticuado? Tengo que ir a la moda. Además. No puedes negar que el vestido es precioso.

—¿Precioso? Es escandaloso –rebatió él, sin poder apartar la mirada del escote.

—Puede que un poco más que el de Nancy. Pero yo tengo excusa. Soy una mujer adulta –dijo Daphne indicándole con la cabeza a la hija del Duque de Enermol.

—¿Adulta? Tienes apenas dos años más que ella. No eres más que una jovencita.

—Sí. No obstante, estoy casada. Eso me da ventajas; cómo ser un poco atrevida. Ahora, si me disculpas, iré a conversar con los Marbeler.

—¡Ni lo sueñes! –siseó él al ver que Frymant estaba junto a ellos.

—Querido. Me limito a seguir tus instrucciones. No puedo mostrar lo rabiosa que estoy por tener que estar aquí. Seré amable y

divertida. Incluso, en esta ocasión, aceptaré bailar con otros caballeros; puesto que has sido tan buen maestro que no los pisotearé.

—Te lo prohíbo –gruñó Nath.

—¿Cómo lo harás? ¿Dando un escándalo? No te conviene, cielo. Más bien no a tú sobrino. Por lo que, compórtate cómo el caballero que se espera de ti. Mira. El barón Stewart parece que desea hablar contigo.

Daphne se alejó y Nath, apretando los dientes, intentó amarrar la cólera.

—¡Uy! ¿A qué viene esa cara? No creo que sea por situación tan complicada que hay en Europa –bromeó Adam.

—Inglaterra nada tiene que ver con lo sucedido. Se mantendrá al margen.

—No es lo que dice un amigo mío de la cámara de los Lores. Si otras naciones se implican no tendrá más remedio que declarar la guerra.

—¿Y a nosotros que más nos da? Ya se encargará el ejército de defender la causa. Yo tengo ahora mismo otro asunto más urgente que atender –dijo Nath y alzó la barbilla para señalar a su mujer.

—¿Qué problema hay con ella?

—¿No lo ves? Mira cómo va vestida. Juro que no vi ese escote cuando salimos de casa o de lo contrario no le hubiera permitido salir. Me está avergonzando. Fremont se la está comiendo con los ojos. ¡Menudo desvergonzado! ¡Es inaceptable!

Su amigo ladeó la cabeza.

—¿Tú crees? Mira a la duquesita. Su vestido es tan osado cómo el de Daphne.

—A ella nadie la mira –puntualizó Nath.

—Porque no posee ni una cuarta parte de la belleza de tú esposa. Deberías sentirte orgulloso de tener una mujer tan admirada. En estos momentos eres el hombre más envidiado. Y por supuesto, Daphne la más odiada por el resto de damas.

—¿Bromeas? No veo admiración. Sí malos pensamientos. ¡Joder! ¡La están desnudando con los ojos! Y ella está disfrutando con su provocación. Tengo que sacarla de aquí o no se si podré contenerme de armar un escándalo –gruñó Nath.

Adam lo miró perplejo.

—No puedo creerlo. ¡El mayor libertino de Londres consumido por los celos!

—Deja de decir estupideces. Lo que me consume es la vergüenza. Pero se acabó. Iré… –Dejó de hablar ante la abrupta interrupción de la música.

Paige se acercó a ellos.

—¿Qué ocurre?

—Ni idea, cielo –dijo su esposo.

—¡El Príncipe de Gales! –anunció el mayordomo.

Los invitados lanzaron exclamaciones de sorpresa. Jamás hubiesen imaginado que el futuro rey acudiese a una población tan poco glamorosa. Por regla general, en esta época, viajaba a Grecia o a Italia.

Cuando entró en el salón todos se inclinaron ante el príncipe. Daphne permaneció petrificada incapaz de apartar la mirada del joven de cabellos dorados. En la vida se la pasó por la cabeza que podría verlo y mucho menos estar ante su presencia.

Él tampoco pudo dejar de mirar a esa joven de cabellos dorados y ojos tan verdes como las esmeraldas. Era preciosa. Una muñeca de porcelana. Y no pudo evitar una sonrisa cargada de satisfacción. Esa noche, que auguraba tediosa, se había convertido en emocionante.

—Inclínese. Se pone en evidencia. Vamos –jadeó la marquesa de Eanton.

Daphne obedeció al instante.

—Por favor, levántense. Y que siga la música. Esto es una fiesta –ordenó Eduardo, caminando hacia ella.

Nath, que intuyó lo que tan ilustre personaje maquinaba, acudió a toda prisa junto a Daphne.

—Perdón, marquesa. Tengo que hablar con mí esposa –dijo alejándola del grupo.

—¿Qué pasa ahora? –se molestó Daphne.

—Deberíamos irnos.

—¿Te has vuelto tonto? ¡Ni lo sueñes! Esto no me lo voy a perder. Dudo que pueda ver otra vez al futuro rey –se negó ella.

—Daphne. No me gustaría dar la nota. Nos vamos –insistió Nath mirando ceñudo al heredero de la corona.

—Me obligaste a venir. Pero no me obligarás a marcharme. Nos quedaremos hasta... ¡Jesús! ¿El príncipe viene hacia aquí? No. Claro que no. ¿Por qué lo haría? Si. ¡Sí! Viene directo a nosotros. ¡Ay, Dios! Meteré la pata. Seguro.

—Aún estás a tiempo de no hacer el ridículo si salimos de aquí –insistió Nath.

Ella le lanzó una mirada iracunda.

—¿Eso crees? Juro que si... –Calló cuando Eduardo se plantó ante ellos y la miró con ojos centellantes de lujuria.

—¿Puedo saber el nombre de tan hermosa jovencita?

—Yo... Señor... Digo... Príncipe...

—Es Lady Daphne Laymore, alteza –respondió Nath.

Eduardo levantó una ceja.

—Cuando me dijeron que te casaste me costó de creer. Ahora comprendo la razón. Has elegido muy bien. Tú esposa es deliciosa. Mi

lady. Es un placer conocerla –dijo tomando su mano. La besó tierno, sin dejar de mirarla con intensidad.

—¿Y qué te trae por Eastbourne? Creía que, por lo que dicen los periódicos, estabas en el Egeo provocando grandes escándalos. ¿Tan pronto te has cansado de los alegres griegos? –dijo Nath, con tono acerado.

Daphne lo miró asustada. ¿Cómo osaba hablar al futuro rey de esa manera tan grosera y sin el tratamiento de usted? ¿Es qué se había vuelto loco? Pero Eduardo no se molestó. Por el contrario, proyectó una sonrisa maliciosa.

—Pues sí. Ya les he sacado todo el jugo posible. Y me he dicho que debía continuar la diversión en otros terrenos nunca explorados. Sabes de qué hablo pues los dos lo hemos hecho durante años. Pero ahora... Ahora para ti se terminó el esparcimiento. Eres un hombre casado.

—Y felizmente casado –remató Nath, pasando el brazo por la cintura de Daphne, para darle a entender que a pesar de su poder ella era terreno acotado.

—Ya veo –dijo Eduardo con decepción.

—¿Estarás muchos días por aquí?

—He venido con mi hermano Jorge para descansar unos días.

—¿Tú descansar? ¡Por supuesto! –se burló Nath.

—Al ver es este lugar, a la fuerza. Pero al menos, esta noche me divertiré bailando. Ahí veo una mujer muy interesante. Estoy seguro de que danzará de maravilla. Si me disculpáis –dijo Eduardo. Guiñó un ojo y se alejó.

Nath encauzó la mirada hacia ella. Era la viuda de sir Joss.

—Lo más seguro es que el príncipe hará algo más que danzar –musitó sin poder evitar una sonrisa pícara.

—¿En casa de lady Rochers? No lo permitiría. Es la mujer más estricta y puritana que he conocido.

—Estamos hablando del futuro mandatario del Imperio Británico, querida. Puede hacer lo que se le antoje en cualquier lugar. Nadie osa contradecirlo. Lo sé de primera mano.

—¿De verdad eres su amigo? –le preguntó Daphne.

—¿Por qué te extraña?

—No se... Nunca pensé que con tú reputación...

—Tengo la misma que la de él, cielo. O mejor dicho, tenía. Ahora soy un hombre de familia.

—Cuando eres tan cínico no te soporto –le reprochó Daphne.

—No soy cínico. En estos momentos es la realidad. Somos un matrimonio ejemplar y muy enamorado.

—¿Realidad? Es una pantomima.

—Porque tú quieres.

—¿Sabes lo qué quiero de verdad? Que termine este mes y así dejaré de soportarte.

Él apretó los dientes.

—Pero hasta entonces, te comportarás cómo mi adorada esposa. Es hora de bailar –dijo. Le aferró el brazo y la llevó hasta la pista.

## 30

Daphne tiró el bolso sobre la mesa.

—Un poco más de cuidado. Por poco rompes la escultura.

Ella dejó escapar una risita mientras caminaba por el corredor.

—¿Cuidado? ¿Cómo el qué has tenido tú?

—¿A qué te refieres? –inquirió Nath, siguiéndola.

—Lo sabes muy bien.

—No. No lo sé.

Daphne llegó a la cocina y entró. Se llenó un vaso de agua y bebió con ansia. Al saciarse, dijo:

—Hablo de Jane Moore.

—¡Ah! Lo capto. Por lo visto tú puedes conversar con todos los hombres, pero yo con ninguna mujer. Tengo que limitarme a mis

congéneres. ¡Muy imparcial!

—¡Uf! Puedes hablar con quien te de la gana. Pero esa mujer… Os escuché.

Nath elevó la comisura del labio efectuando una media sonrisa.

—¿Por eso estás tan enfadada? Cariño. Lo nuestro se terminó en cuanto nos casamos. Ahora te soy fiel. No estés celosa.

—¿De qué demonios hablas? Mi preocupación es que alguien hubiera escuchado vuestra conversación. ¡Era escandalosa! ¡Dios! ¡Qué vergüenza!

El apartó el gesto amable del rostro.

—¿Hablas de vergüenza? Tú sí que me has puesto en evidencia con este... Este maldito vestido. Lo has hecho aposta, para provocar. Y lo has conseguido. Todos los hombres te han devorado con la mirada. ¡Por Judas! No quiero ni imaginar que pensaban.

—¿Y qué crees que han pensado cuando han visto a esa zorra de Jane relamiéndose ante tu presencia? Nada inocente, seguro.

Nath soltó una carcajada.

—¿Relamiéndose?

Daphne dejó el vaso sobre la mesa con brusquedad.

—¡Es la verdad! A esa mujer le es imposible ocultar que está loca por ti. Y tú le has reído cada una de sus palabras.

—Al igual que tú, me he comportado con encanto y educación –dijo él con retintín.

—No es lo mismo. Ella te recordó... No quiero ni decir el qué. ¡No debiste seguirle el juego!

—Amor. Olvidas que fuimos amantes. Es lógico que nos gustara rememorar el pasado, lo que tuvimos… Ya sabes.

—Exacto. Que tuvisteis. Pero ella no entiende que el verbo es en pasado. Está dispuesta a conquistarte otra vez y sin disimularlo.

—No lo conseguirá. Cuando me aburre una mujer la dejo para siempre. Eso no sucederá, tranquila.

—¿No me digas? Pues cuando la anfitriona estaba dando las gracias al príncipe por asistir a su fiesta no os vi. ¿Dónde estabas?

—No pienso responder a eso.

—¿Por qué no? ¿Es por qué os reunisteis en secreto? ¿Qué hicisteis? ¿Di? ¿Os acostasteis? –preguntó Daphne con tono ansioso.

Nath resopló.

—Esto es absurdo.

—Tengo todo el derecho del mundo a preguntar. Y… ¡No puedes ir con otra mujer!

—¿Por qué? –le preguntó él, mirándola fijamente.

Ella tardó unos segundos en responder. ¿Qué podía decirle? ¿Qué ya no podía negarse que amaba a su marido? ¿Qué también él era el protagonista de sus fantasías sexuales? No confesó nada de eso y

dijo:

—Porque soy tú esposa.

—No. No lo eres. Y he procurado cumplir con lo que acordamos. Incluso dejé de frecuentar a mis amantes por... por... ¡Maldita sea! No sé el porqué. Pero a partir de ahora se acabó. No consentiré que alguien que me exige abstinencia y que no me permite ni rozarle un cabello me mortifique con sus celos. Haré lo que me plazca con cualquier mujer. ¿Te queda claro?

—¡No estoy celosa! –exclamó ella.

Él dejó de discutir. Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Daphne le siguió.

—¿Adónde vas? –le preguntó.

—¿Tú qué crees?

—No lo permitiré –jadeó ella.

—¿Y qué harás por impedirlo? ¿Di?

—Piensa en James.

—Tranquila, preciosa. Seré muy prudente. Nadie sabrá dónde he pasado la noche. Ningún abogado podrá quitármelo. Y tú tampoco podrás quitarme la libertad de hacer lo que me venga en gana.

Daphne apoyó la espalda en la puerta para impedir que abriese.

—¿Qué haces?

—No te vayas. Por favor. No –le suplicó ella con ojos húmedos.

—¿Quieres qué me quede contigo?

—Sí.

—¿Por qué?

—No… No se.  Yo…

Nath bajó la cabeza.

—¿Quieres qué te muestre cuál es la razón, Daphne? ¿Quieres?

Ella no dijo nada. Solo pudo mantener la mirada en ese rostro atractivo, en esos labios que, poco a poco, avanzaban hacia los suyos.

—Nath. No…

Él tomó su rostro entre las manos, posó su boca sobre la suya y la besó con languidez, sin prisa, recreándose.

Daphne, que esperó un ataque sin control, gimió sorprendida al percibir que ese beso aún le provocaba más placer que los anteriores.

—Adoro tú boca –susurró Nath, mordisqueándole el labio inferior; al mismo tiempo que la pegaba con más fuerza a su cuerpo. Posó la frente sobre la suya. La miró con ojos chispeantes de lujuria y dijo: Te deseo, Daphne. No sabes cuánto. Me estoy volviendo loco. Necesito que seas mía. Que aplaques esta ansiedad que me consume. Dime que tú también sientes lo mismo. Dímelo.

—Nath. Esto es un gran error. Lo nuestro no tiene futuro –dijo ella en apenas un murmullo.

—El futuro es un invento. No existe. Hay el ahora, el instante. Y

en este momento los dos deseamos lo mismo. No puedes negarlo. Noto los latidos acelerados de tú corazón.

—Nath…

Él le tomó la mano y la apoyó sobre su pecho.

—Siente el mío. Late por ti, cielo. Sólo por ti. Eres la única mujer que me importa.

—Mientes. Pero hoy no quiero pensar, ni razonar. Quiero ser tuya –dijo ella. Alzó la otra mano, la posó sobre la nuca de él y poniéndose de puntillas lo besó.

Nath ahogó un gemido.

—Me haces muy dichoso, amor. No te arrepentirás. Te haré muy feliz.

Claro que lo haría, pensó Daphne. Y recuperando un halo de cordura, se zafó de su abrazo.

—No puedo. No –dijo echando a correr.

Subió la escalera, se encerró en la habitación y con la respiración agitada se apoyó en la puerta.

—Has estado a punto de cometer la mayor locura de tú vida. No vuelvas a caer en su tentación o terminarás lastimada. Debo calmarme e intentar dormir —sollozó.

Pero la tormenta cayó de repente. Y no una cualquiera. Su virulencia provocaba pavor.

—Nath –musitó, imaginando lo qué estaría sucediendo.

Y no erraba.

Nath saltó del sofá cuando el relámpago ilumino la habitación y a los pocos segundos, el rugido del tueno hizo retumbar las paredes. El viento no quiso ser menos y con violencia abrió la ventana; al mismo tiempo que la luz se apagaba.

Luchó por cerrar las puertas de la ventana y se estremeció al revivir el tormento que vivió encerrado en ese oscuro y húmedo sótano. A pesar de los años transcurridos le era imposible no temblar cómo si fuese un chiquillo.

—No quiero pensar en ello. No –jadeó.

Pero las imágenes y las sensaciones se negaban a marchar. Se apretó las sienes con las manos en un intento de salir de ese infierno. No lo consiguió. Atormentado, cogió el jarrón y lo estrelló contra la pared.

La puerta se abrió. Era Daphne iluminándose con un candil.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—No quiero sentir esto. No quiero –jadeó con la respiración alterada.

Ella dejó el candil sobre la mesa, se acercó y le acarició la espalda.

—Tranquilo. No pasa nada. Es una tormenta. Y pasará.

—No –gimió golpeándose la cabeza.

Daphne lo agarró por las muñecas.

—Aquello no volverá a suceder. Ya nadie puede hacerte daño. ¿Lo comprendes?

Nath la atrajo hacia su pecho, la abrazó y hundió la cara en la curva de su cuello.

—Pero no puedo borrar ese recuerdo. Por favor. Hazme olvidar, Daphne. Ayúdame –le suplicó.

Ella sintió su respiración agitada, su indefensión ante un pasado que lo torturaba. Lo obligó a mirarla y le acarició la mejilla.

—Estoy aquí, contigo.

—Daphne. Te necesito.

—No me iré hasta que te serenes.

—Quédate conmigo esta noche. Duerme conmigo.

—No puedo. Ya conoces mis sentimientos.

—No te pido que me ames. Sólo quiero que mates este tormento que soportamos. Porque, cariño, es inútil que escondas tu deseo. Lo veo en tus ojos, en cómo te estremeces cuándo estamos cerca. ¿Por qué reprimirlo? ¿Di? ¿Por qué?

—Me iré y no quiero llevarme tristeza.

—¿Por qué me echarás de menos?

—No lo se. Tal vez…

Nath la miró intenso.

—Yo sí te extrañaré. Añoraré tu bello rostro, tu risa, tus enojos, tú aroma –dijo ronco.

Daphne no fue capaz de escapar de la sensualidad de su voz, ni de esos ojos que centellaban de deseo, ni del fuego que su cuerpo pegado al suyo emanaba. Cómo un mago la arrastraba hacia su hechizo enloquecedor y ya sin voluntad, susurró:

—¿Y a qué huelo?

Él hundió la cara en su cabello.

—En ti hay miles de flores. A veces desprendes la frescura de la lavanda, otras al misterio del jazmín y la mayoría de las veces enciendes mí pasión con el olor de las rosas. Lo estás haciendo ahora, cariño –dijo Nath.

—Nunca he usado esos perfumes. Uso colonia de limón. Y es…

Él la acalló apoderándose de su boca. La besó sediento, pagándola a su cuerpo. Ella no protestó. Por el contrario se unió a su desesperación sintiendo los latidos de sus corazones.

—Me deseas. Sí. Me deseas. No puedes negarlo.

—No quiero desearte. Pero confieso que me es imposible dejar de pensar en ti –dijo Daphne, agitada.

—Yo me he abrasado cada noche muriendo de deseo por ti. ¿Te has consumido tú, cariño?

—Siempre estás en mis sueños.

Nath ahogó un gemido. La tomó en brazos y la tumbó sobre la cama. Ella, temblando, comprendió lo que estaba a punto de hacer. Y lo deseaba con desesperación. Moría por que él fuese el primero en conducirla por el mundo del placer. Y sin embargo, no podía. Si se entregaba a él, jamás podría olvidarlo. Porque lo amaba. Posó las manos en su pecho para apartarlo. Él ignoró su negativa e inclinó la cabeza para besarla.

—Detente.

—No puedo.

—Por favor… No me obligues…

Nath se separó y salió de la cama. Sus ojos la miraron reflejando un gran dolor.

—¿De verdad piensas que soy ese tipo de hombre? ¿Tan vil te parezco? Vete, por favor.

—Nath…

—¡Vete! –siseó él.

Daphne se levantó. Se acercó a él y le posó la mano sobre el brazo. Nath se la apartó de un manotazo.

—No he insinuado esa monstruosidad. Escúchame.

—He dicho que te largues. ¡Ahora! –rugió enfurecido.

Ella lo hizo. Nath estaba demasiado furioso para aceptar su explicación.

Sintiendo una opresión enorme en el pecho acudió al cuarto de James. Dormía plácido.

—¿Qué será de ti cuándo me marche? –musitó sin poder dejar de llorar.

31

Daphne, ya arreglada, iba de un lado a otro del hall, frotándose las manos. La fiesta estaba a punto de comenzar y no había visto a Nath desde la pelea. Y esa noche era muy importante para él.

—¿Habrá vuelto a las andadas? Por Dios, no –susurró.

—¿Tanto te preocupo?

Ella se dio la vuelta de inmediato. Nath estaba apoyado en la pared con una copa en la mano. No apreció excesos en su rostro; solamente unas leves ojeras que aún lo hacían más atractivo.

—Mi preocupación es por James. Me dolería que después de todo lo que hemos conseguido fracasáramos. Hoy damos nuestra primera fiesta y no quiero fastidiarla.

—Te incluyes en el fracaso.

—Somos pareja.

—¿De veras? –dijo él con evidente sarcasmo, terminando la bebida.

—A los ojos de los demás, sí. Por ello, espero que esta noche te comportes –le pidió Daphne, señalándole con la mirada la copa.

—¿Sólo temes qué me emborrache o qué decida aplacar mi frustración matrimonial con otra?

—Lo que hagas, a ver si te enteras de una maldita vez, me da igual. Siempre y cuando esté oculto a los ojos ajenos y no perjudique mi reputación.

—¿Incluido los tuyos?

—Es tarde. Los invitados están a punto de llegar.

Nath frunció el ceño.

—¿Por qué demonios evades siempre mis preguntas?

—Me limito a ignorar las estúpidas.

—Y eso significa que las mías siempre lo son. ¿Verdad? –replicó él comenzando a irritarse.

—Tenemos por delante una celebración. Será mejor que no provoques una discusión.

—¿Qué yo la provoco? Perdona, pero has sido tú al pensar que

lo de anoche me afectó tanto que aparecería borracho.

—Lo más normal sería que estuvieses enfadado por mí reacción. Te ofendí insinuando que no poseías integridad. Me equivoqué. Lo siento. Pero afirmo que en ti no existe la menor coherencia.

—¿Yo racional? ¡Dios no lo quiera! Eso convierte a un hombre en alguien muy aburrido. Por eso yo, cariño, tengo magnetismo con las mujeres; porque a mi lado siempre se divierten. Al menos, las que saben apreciar lo que tienen.

Daphne ladeó la cabeza y le dedicó una suave sonrisa.

—Las hay que son muy poco exigentes.

—O que no poseen la suficiente inteligencia para ver lo excepcional.

—¿Tú excepcional? ¡No me hagas reír!

—La risa no es lo que deseo provocarte –dijo Nath, relamiéndose el labio. Daphne estaba impresionante, a pesar de ir mucho más discreta que en la fiesta pasada. Lo cierto era que no importaba lo que se pusiera. Siempre estaba preciosa.

Ella tragó saliva. Tenía razón. Era un hombre irresistible. Hermoso, inteligente, divertido y besaba de maravilla. O eso creía, puesto que nunca antes la besó otro.

—Lo que me provocarás es un ataque de nervios si no tenemos todo a punto –dijo observando cómo el servicio terminaba de colocar los aperitivos.

—Lo que te inquieta es la fiesta. Claro, claro –dijo Nath sin poder evitar una sonrisa.

—Deja de replicarme, por favor.

—A sus órdenes, bella dama.

—¡Uf! Eres insoportable.

—Tranquila, cielo. Pronto te librarás de mí.

—Los dos lo haremos y serás libre para hacer lo que te apetezca.

—Sabes que no será así… ¡En fin! Ahí llegan los primeros invitados a esta maldita fiesta.

—¿Vendrá también el príncipe?

—¿Por qué demonios me lo preguntas? ¿Acaso llevo su agenda? –respondió Nath, con evidente mal humor.

—Pero… ¿Qué te pasa ahora?

—Nada. Soy un hombre impredecible. Pero volviendo al tema principal, no se si vendrá Eduardo. Pero la asistencia del alcalde está asegurada. Aceptó mi invitación. Algo inaudito, pues se sabe que no soporta las fiestas. Así que, en cuestión de prestigio, he conseguido ser el primero. Nunca me ha gustado ser el último.

Ella, arreglándose la falda, sin alzar la cabeza, dijo:

—¿Tampoco en cuestión de mujeres?

—Siempre he sido su primera opción. Tú eres un vivo ejemplo de ello, preciosa.

Daphne apretó los labios, aspiró aire por la nariz y se abstuvo de replicar. No estaba dispuesta a que su mal humor le estropease la noche.

Los asistentes comenzaron a llenar el salón. Nath los recibió con ese encanto que, cuando le apetecía, derrama. Pero ella sabía que era pura apariencia. Cualquier pequeño detalle podía hacerlo estallar. Por fortuna, entre los asistentes no se encontraba Frymant. Una molesta indisposición le impidió venir. Su presencia podría alentar aún más el mal humor de Nath. Sin embargo, el suyo se agrió al ver a esa arpía de Jane cómo devoraba con sus ojos negros a su marido.

—¿Has visto algún fantasma? –le preguntó él.

—Más bien a un depredador.

Nath miró hacia el lugar dónde ella lo hacia. Era su antigua amante.

—¡Ah! Ahora entiendo.

—No entiendes nada. Temo que cometáis una estupidez. Y no quiero, a pesar de ser una esposa tan sólo sobre el papel, quedar ridiculizada.

—Pues, seremos discretos.

Ella respingó.

—¿Discretos? ¿A qué te refieres? Dijiste que ya estaba olvidada.

—Lo estaba, sí. No obstante, ante la falta durante tanto tiempo de… digamos diversión, si me la ofrecen en bandeja, mi naturaleza salvaje puede que no se resista.

—¿Esta noche? No te atreverás a hacer algo semejante en nuestra casa –se horrorizó Daphne.

El elevó las cejas y chistó.

—He dicho que tal vez.

—¿Me tomas el pelo?

—Es posible. O tal vez no. Ya se verá. Discúlpame, querida. Sir Gregory me está haciendo señas.

A Daphne se le aceleró la respiración. ¿En verdad estaba dispuesto a volver con esa mujer tan desvergonzada? Claro que sí. El tiempo junto a él le enseñó que era un hombre apasionado. Mejor dicho, muy sexual. Y era lógico que la abstinencia no tuviese cabida en su esencia.

—Pero desfogarse con esa… No. Ni con esa ni con nadie. No puedes desear a otra. No —masculló.

—¿Algún problema, querida?

Daphne forzó una sonrisa.

—No, señora Jacobson. Es que he recordado que he olvidado

el… pañuelo.

La mujer del alcalde extrajo el suyo del bolsito y se lo entregó.

—¡Oh, no!

—Acéptelo, por favor. Y también acompañarme. Quiero que conozca a unos a unos amigos.

Durante una hora estuvo socializando con varios invitados; por lo que no pudo controlar a Nath. Pero finalmente lo localizó. Estaba con esa zorra de Jane en un rincón muy discreto. Ella reía cada una de sus gracias y de sus ojos de carbón fluía un apetito libidinoso inmoral. La ira comenzó a crecer en su estómago.

—Serénate, Daphne. Serénate —masculló.

Con discreción se fue acercando a la pareja. Se escondió tras la columna para escucharlos.

Ella le acarició el antebrazo a Nath.

—Te perdono. Porque sé que  pesar de lo ocurrido, me añoras. ¿Cierto?

—Ningún hombre podría olvidar haber estado contigo, encanto –respondió Nath brindándole una sonrisa seductora.

—¿Quieres disfrutar de mí compañía de nuevo? –le sugirió ella, sin el menor pudor.

—Estoy casado –le recordó él.

Un halo de esperanza creció en el desasosiego de Daphne.

—Con una muñequita frágil que, dada mi experiencia, dudo que te dé lo que necesitas de verdad. En cambio, sabes que yo siempre te he saciado. Que te he concedido cada uno de tus antojos.

Nath se relamió el labio inferior.

—¿Cómo podría negarme? Dime cuándo y dónde.

—¿Te parece bien ahora mismo? Es tú casa. Conocerás un lugar bien discreto donde poder solazarnos sin ser molestados.

—En diez minutos en el piso de arriba. Ve a...

—Querida Daphne. Ha organizado usted una fiesta deliciosa.

Contuvo una maldición ante la inoportuna llegada de la esposa del ministro de Hacienda que le impidió escuchar el lugar exacto de la cita.

—Gracias –dijo viendo como Jane se alejaba.

—Me pregunto si....

—Disculpe. Pero he recordado algo muy importante y tengo que ir a solucionarlo. Si me perdona.

—Por supuesto. Vaya.

Daphne observó a Nath y se encamino tras él. Apretó los puños e intentó sosegarse. Pero le fue imposible. La sola idea de que él estuviese con otra la enfermaba. Pero se juró que en esta ocasión no cumpliría su deseo.

—No lo harás –siseó.

# 32

En cuanto Nath abandonó el salón, comenzó a subir a la planta superior, Daphne lo siguió. De nuevo fue detenida. La Condesa de Owell se interpuso en su camino.

—Lady Laymore. Hace días que deseaba verla. Verá. Nuestra asociación, que se dedica a obras de caridad, ha decidido que queremos que forme parte del equipo. Sería estupendo que una distinguida dama como usted y futura doctora aceptase ser un miembro destacado.

—Sería un honor, condesa.

—¡Maravilloso! La pondré al día de las actividades.

Daphne ladeó la cabeza para observar a Nath, pero éste andaba desaparecido.

—Me encantaría. Pero tengo una urgencia. Una gran urgencia. Si me disculpa.

—¡Oh! Entiendo –dijo la mujer pensando que se refería al aseo.

Daphne cruzó el salón cómo si se hubiera declarado un fuego. Si importarle llamar la atención subió la escalera sin detenerse a tomar aire y al llegar al tercer piso apenas podía respirar. Determinada a impedir que Nath se acostara con esa mujer, abrió la primera habitación. Vacía. El mismo resultado obtuvo en la segunda. Con la tercera acertó. Era la habitación de los niños. Aún permanecían los juguetes, las cunas, el balancín para la nodriza y su cama.

Nath la miró pasmado.

—¿Qué haces aquí?

Ella respingó al oír su voz. Nath se encontraba al fondo del cuarto. Cerró dando un portazo y alterada oteó a su alrededor.

Solamente estaba él. Pero esa pécora podía encontrarse en el baño. Abrió. Nadie. Al parecer, aún no había llegado.

—He venido a evitar que tú y esa... ¿Cómo has podido poner en riesgo nuestra reputación?

—Te advertí que tenía necesidades.

—¡Y yo que tenías que ser discreto! ¡Es nuestra casa! Y te citas en medio del salón donde, al igual que yo, cualquiera pudo escucharte. Por suerte he llegado a tiempo. Salgamos.

—No.

—¿Es qué te has vuelto loco? No permitiré que esa zorra se… Que nos perjudique.

—¿De verdad es el honor lo qué te preocupa?

—Por supuesto.

Nath avanzó hacia ella.

—¿Seguro?

—Sí.

—Mientes.

Daphne dio unos pasos hacia atrás.

—Debemos bajar.

Él chistó negándose.

—No permitiré que te reúnas con esa mujer –dijo ella rabiosa.

—¿Y qué harás para impedirlo? –quiso saber él sin dejar de acercarse.

—Nada. Eres tú quién entrará en razón.

—¿Olvidas qué soy todo menos razonable? Así que ofréceme algo para convencerme.

—Nath. No… comiences. No… conseguirás nada –farfulló cuando él se plantó ante ella y la tomó por la cintura.

—Yo no estoy tan seguro.

—Pues te equivocas –respondió Daphne sin mucha convicción.

—¿Te lo demuestro?

—No.

—De todos modos, lo haré –sentenció Nath.

Ella intentó liberarse de su abrazo. Pero él no se lo permitió. Por el contrario, la estrechó con más fuerza y se abalanzó sobre su boca. La besó ansioso. Nadie podía imaginar lo necesitado que estaba de su sabor, de su cercanía amoldándose a su cuerpo. Era la primera vez que sentía algo igual.

—Eres deliciosa –jadeó.

Daphne, aún sobrecogida por el efecto que ese hombre le causaba, casi sin aliento y haciendo un enorme esfuerzo por no mostrarle sus sentimientos, lo miró.

—Y Jane también. Y Rose, Helen o cómo se llamen la infinidad de amantes que has tenido. ¿Verdad? Nath. Tus zalamerías no me

doblegarán.

—Estoy convencido. Pero tú deseo sí.

Ella se separó.

—Tú arrogancia no tiene límite.

—¿Decir la verdad ahora se considera arrogancia? –se burló él.

—¿En serio quieres ahora iniciar una discusión?

Nath arrugó la nariz.

—Tienes razón. No es el momento. Espero a una mujer que lo último que desea es perder el tiempo en banalidades.

Ella aspiró por la nariz.

—Te he dicho que no lo permitiré.

—Y yo que si no haces nada interesante para impedirlo, continuaré esperándola.

—¡Eres! ¡Eres un ser horrible! ¡Te odio! –gritó Daphne, con la respiración alterada.

Nath volvió a acorralarla en sus brazos.

—Y tú la mujer más  embustera del mundo. No me odias. Te mueres de celos porque no soportas que desee a otra mujer. Quieres que mi pasión sea sólo tuya. ¿No es así? Se valiente y dime de verdad lo que sientes. Di que te mueres de deseo por mí.

Ella no quería ceder. Sin embrago, era inútil acallar la mente cuando su ser se moría por ese hombre.

—No querría. Pero no puedo evitarlo. Y tengo que hacerlo.

Él le apartó el mechón que caía sobre su frente. Sus ojos se tornaron añiles.

—No tienes que evitar nada. Solo déjate llevar. Deja que yo cumpla tus sueños. Déjame –musitó con voz sensual.

—Jane vendrá y…

—Ya lo hizo y le dije que la única mujer que hay en mi vida eras tú.

—¿De verdad?

Él no respondió. La besó con ternura, sin prisa.

—Nath. Nos echarán en falta –dijo Daphne, con las mejillas arreboladas.

—Me da igual. Ahora el resto del mundo me es indiferente. Sólo existes tú.

—Nos convertiremos en la comidilla. No quiero ser la mujer que anda por las habitaciones para practicar sexo con su marido con la casa llena de invitados. Por favor, ahora no. Bajemos.

—Si te dejo, sé que escaparás de mí.

—No lo haré.

—¿Seguro?

La sensatez le decía que debía escapar. No obstante, la lógica le dijo que uno no debía arrepentirse de lo que no hizo. Y se arrepentiría

si Nath no fuese el primero que apagase el fuego que la consumía por dentro. Aspiró aire por la boca y dijo:

—Lo prometo.

Él volvió a besarla con glotonería y ella lo obligó a separarse.

—Nath. No.

—Está bien. Volveremos a la fiesta.

Daphne se dio aire con la mano.

—¿Estoy muy ruborizada?

Nath le acarició la mejilla.

—Estás preciosa –dijo volviendo a abrazarla.

—Si sigues así aún me sonrojaré más y todos notarán lo que ha pasado aquí arriba.

Nath hundió la cara en el hombro de Daphne, mordisqueó su lóbulo y musitó:

—Si piensan lo más escandaloso, deberíamos hacer que hablen con motivo de causa. ¿No te parece? Amor. No quiero irme. Quiero que nos amemos durante horas.

Ella, estremecida, apoyó las manos sobre su pecho y lo apartó.

—Lo haremos. Lo juro. Pero no aquí.

Él miró la cama.

—A mi me parece un lugar muy oportuno, cielo.

Daphne aún se sonrojó más.

—Tenemos que ir a cenar. Por favor. Vamos.

Él exhaló un hondo gemido. La tomó de la mano, la obligó a seguirlo y bajaron al salón.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Tanta hambre tienes? –protestó ella.

—Sí. De ti –dijo Nath.

—¿Dónde os habíais metido? Llevo un buen rato buscándoos. Daphne. ¿Estás bien? –dijo Adam la verla tan sofocada.

—Está de maravilla –respondió Nath por ella, sin poder evitar una sonrisa pícara.

—Perdonad. Tengo que ordenar la cena –dijo Daphne.

Nath le guiñó un ojo y dijo:

—Sí, cielo. Y di que se den brío. Hoy quiero acostarme pronto.

Daphne al comprender su doble sentido, se sofocó de nuevo y escapó a toda prisa.

33

Daphne nunca se sintió tan nerviosa. Ni tan siquiera cuando hizo la prueba para entrar en la universidad. Y Nath no contribuía a serenarla con las miradas insinuantes que le lanzaba en todo momento.

—Una cena deliciosa. El pastel es exquisito. Pero lo que me ha asombrado más es el lenguado aderezado con esa salsa.

Daphne, que observaba cómo Nath charlaba con la mujer del alcalde, parpadeó repetidas veces para salir del encanto.

—Perdón, lord Befort. ¿Decía?

—Que la salsa del pescado era deliciosa. Sé que, por regla general, las recetas especiales son secretas. Aún así, le ruego que se la pida a su cocinera; porque a partir de esta noche no podré vivir sin ella.

—No será necesario. Imagino que ya le habrán puesto al tanto de mis orígenes. Debido a ellos me vi obligada a cocinar si no quería morirme de hambre. La mezcla es mía y la utilizaba sobre todo para suavizar el sabor de los arenques.

Lord Befort levantó una ceja.

—¿Arenques?

Ella apoyó en el borde del plato el tenedor y el cuchillo, ladeó la cabeza y con una sonrisa amable, dijo:

—Hay prejuicios que nos impiden disfrutar de muchas cosas. Le aconsejo que, tras anotarle los componentes de la salsa le diga a su cocinera que se la prepare con tan humilde y menospreciado ingrediente. Le aseguro que es exquisita la combinación. Incluso mejor que esta.

—No tenga la menor duda que lo probaré, lady Laymore. Y gracias por su generosidad.

—Es sólo una comida, mi lord.

—Compruebo que aún no está muy familiarizada con nuestras costumbres. Hay posesiones que no son monetarias que incluso superan su valor. Y una de ellas es un plato exclusivo. Logra dar gran prestigio al anfitrión.

—No se lo tome a mal, pero ustedes me parecen insustanciales.

—¿Ustedes? ¿Acaso no se considera de nuestro círculo?

—Digamos que sí, pero soy la oveja negra –bromeó Daphne.

—Yo más bien diría que es usted un cisne –contestó él mirándola con demasiado descaro.

Nath se contuvo de amonestarlo, pero no evitó dejar el tenedor con brusquedad contra el plato; lo cuál provocó que los comensales que estaban cerca lo mirasen. Él sonrió a modo de disculpa.

—Perdón. Mi mayordomo me está anunciando que los cafés ya están preparados. Señoras. Caballeros.

Los invitados se levantaron. Los hombres se reunieron en la sala de fumadores y las damas en el salón.

Daphne, durante aproximadamente una hora, aguantó la conversación insulsa. Sin embargo, la impaciencia la carcomía por dentro.

—¿Pensando en lo qué ocurrirá en cuánto nos dejen solos? –le dijo él en cuanto se reunieron.

—Claro que no –negó ella, ruborizándose.

—¿Sabes por qué sé que mientes? Porque te conozco. Cuándo no dices la verdad parpadeas más de lo habitual. Cariño. Ser el objeto de tú deseo me vuelve loco y quiero besarte ahora mismo –musitó acercando su boca a la de ella.

—Estás loco –jadeó Daphne, apartándose; pero pensando que deseaba lo mismo.

—Sí. Y si esta gente no se larga ahora mismo, no sé si podré resistir la tentación de llevarte a la habitación más cercana.

—Dicen que lo que se hace esperar se disfruta más –dijo Daphne. Y en cuanto lo dijo emitió un leve jadeo al ver la sonrisa maliciosa de Nath.

Él besó su mejilla y antes de apartarse le musitó al oído:

—Ten por seguro que vamos a gozar mucho, amor. Pero antes demostremos a estos estirados lo bien que se nos da el tango.

Un par de horas después despidieron a sus invitados.

—¿Desean algo más los señores?

—No, Patrick. Puedes retirarte. Buenas noches –lo despidió Nath.

—Ha sido una noche agotadora –dijo Daphne, nerviosa.

—¿No estarás buscando excusas?

—Claro que no. Evidencio un hecho. Hemos bailado demasiado.

Nath la tomó de la mano.

—Sé un método infalible que te repondrá. Vamos.

—¿Adónde?

Él se limitó a sonreír.

—Ven.

Daphne lo siguió con el corazón palpitándole desbocado. Deseaba acostarse con Nath pero al mismo tiempo no podía evitar sentir desasosiego. Carecía de experiencia. ¿Y si lo defraudaba? ¿Y si…? No. No quería pensar. Esa noche no. Ya lo haría mañana.

Entraron en la habitación. Nath, sin soltarla, la atrajo hacia su pecho y la miró con ojos lascivos.

—Eres muy hermosa –dijo, apartándole el mechón que caía sobre su frente, para seguidamente deslizar el dedo por su mejilla.

Este simple roce provocó en Daphne una oleada de fuego.

—Hace… mucha… calor. ¿Verdad? –farfulló.

—Si. Yo también ardo –dijo Nath ronco, volteándola. Impaciente comenzó a deshacerle el corsé; al mismo tiempo que le besaba la nuca.

—¿Qué haces?

—¿Tú que crees? —dijo Nath. Le deslizó el vestido y éste cayó.

Después apartó los tirantes de la camisola. Bajo el rostro, posó la boca en su hombro y acarició su seno oculto bajo el algodón.

—Nath –jadeó ella, estremecida por sus caricias, notando cómo la piel comenzaba a arder.

—¿Qué, ángel?

—No me encuentro… bien. Creo… que tengo fiebre.

Él se apartó y sonriendo le tomó la mano, la condujo hasta el baño y abrió el grifo de la bañera.

—¿Qué hacemos aquí? –quiso saber Daphne, sin poder apartar la mirada de Nath, que se estaba quitándose la camisa.

—Ya lo sabes, cariño.

—Pero… ¿Aquí?

Nath se deshizo de los zapatos sin la menor consideración tirándolos lejos; al igual que los calcetines.

—Es un lugar perfecto para comenzar a conocernos. ¿No te parece?

—Ya nos conocemos.

—Cielo. Apenas hemos rozado la superficie. Hoy ahondaremos un poco más –aclaró Nath sentándola al borde de la tina. Se arrodilló para sacarle las medias, despacio, rozándole apenas la piel con los dedos.

El pecho de ella comenzó a oscilar al subirle la temperatura ante su delicadeza, pues nunca esperó nada parecido. Siempre creyó que sería rudo e impaciente.

Una vez tuvo el delicado encaje en las manos lo lanzó tras la espalda. Se levantó y se desprendió de los pantalones y también de la ropa interior. Ella miró su desnudez y al instante enrojeció hasta las orejas.

—Por tus estudios ya habrás visto a otros hombres desnudos, ¿verdad?

—Muertos –murmuró Daphne, sin ser capaz de apartar los ojos de su entrepierna. Su dotación era superior a la normal.

Nath se acercó y se inclinó.

—Y yo estoy muy vivo. Mucho –dijo sobre su boca, deslizándole la parte superior de la camisa interior. Sus senos quedaron libres.

Ella se estremeció. Estaba a punto de lanzarse hacia un camino sin retorno. Y aún estaba a tiempo de escapar.

—Nath… Por favor…

—¿A qué temes? Daphne. Nunca te lastimaría. Nunca. Eres muy valiosa para mí. Sólo quiero hacerte feliz. Déjame, cariño –dijo él, liberándola de la camisola y de los calzones.

Ella intentó cubrir su desnudez.

—No sientas vergüenza. Eres hermosa, amor. Muy hermosa y te

deseo. No sabes cuánto. ¿Tú me deseas? –le cuchicheó la oído.

—Sí –confesó Daphne.

Nath se apartó y se sumergió en la bañera.

—Ven –le pidió.

Daphne no dudó más. Entró en el agua y él le indicó que se sentara de espaldas entre sus piernas. Posó las manos sobre sus hombros y comenzó a masajearlos.

—Estás muy rígida, amor. Déjame. Recuerda que te he prometido que te relajaría.

Ella cerró los ojos deleitándose de las suaves caricias. Los abrió de golpe cuando Nath extendió el masaje hasta sus pechos. No protestó. Las sensaciones eran demasiado placenteras y suspiró complacida. Él, animado por su aceptación, continuó acariciándola. Descendió la mano derecha, poco a poco, hasta su vientre. Daphne ahogó un gemido y cuando la introdujo entre sus muslos, respingó.

—Nath...

Él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Esta vez seré yo quién te de placer. Será mucho más gustoso –musitó introduciendo los dedos entre el pubis.

Las mejillas de Daphne se tornaron carmesí y la respiración se aceleró cuando sus dedos coquetearon en el centro de su placer.

—¿Te gusta así?

Daphne dejó caer la cabeza en su hombro. No mentía. El goce provocado por él era más intenso. Nath, espoleado por su sensualidad, continuó palpándola; esforzándose por aguantar la tentación de tomarla en ese mismo instante. No debía. Daphne no era una de sus mujerzuelas.

—Nath, por favor –le suplicó ella.

—Aún no, amor. Aún no –se resistió él, acelerando el ritmo.

Daphne se unió a sus movimientos. El máximo placer estaba a punto de llegar. Se removió impaciente y cuando el orgasmo la alcanzó se convulsionó emitiendo suaves gemidos.

Nath le asió la nuca, la acercó a él y la besó con ansia, absorbiendo sus gemidos; hasta que la tensión fue calmándose.

—¿He conseguido relajarte?

—Sí –respondió Daphne en apenas un murmullo.

—Date la vuelta –le pidió Nath.

Ella se sentó en jarras sobre sus piernas, comprobando cuán excitado estaba. Él mordisqueó su labio inferior y ella, curiosa, acercó la mano hacia su miembro.

—Siempre me pregunté como era estando… estando…

—¿Estimulado?

Ella asintió bajando la mirada.

—¿Por qué te avergüenzas? Esto es lo más natural entre un

hombre y una mujer que se desean. Y… ¡Dios!

—¿No lo hago bien?

—Demasiado. Para o no resistiré –masculló Nath. Bajó el rostro hacia sus senos. Se apoderó de un pezón y lo lamió. Ella suspiró complacida. Él, encendido, gruñó. Lo tomó en su boca y lo succionó; mientras sus manos se deslizaban por la espina dorsal.

A Daphne se le erizó la piel. Ese hombre, con cada nueva caricia, le provocaba más y más placer.

—Nath –se removió.

—¿Me detengo?

—¡No!

Nath rió suavemente.

—Eres una virgen muy apasionada.

Daphne, excitada de nuevo, lo miró sin la menor vergüenza y dijo:

—Quiero ser una mujer. Tú mujer por completo.

Nath comenzó a levantarse. Ella lo detuvo.

—No. Aquí. Ahora.

—Cariño. Mis planes eran mucho más románticos. Vayamos a la cama.

Ella le mordisqueó el cuello y le susurró:

—Los propósitos cambian. Y a veces para mejor. No quiero que esperemos más. Te deseo ya. Por favor. Quiero sentirte.

Él exhaló un gemido. La tomó por las nalgas y la posó sobre su masculinidad. Con cuidado comenzó a penetrarla.

—¿Bien?

Ella, con los ojos cerrados, aseveró. Él profundizó un poco más hundiéndose poco a poco. Ella se aferró a su cuello y lo miró con ojos turbios. Nath jamás pensó que Daphne lo desearía de esa manera tan salvaje. Y sin poder amarrar la impaciencia, se hundió en ella.

Daphne ahogó una queja.

—Ya está, amor –murmuró él sintiendo cómo el corazón latía desbocado. Buscó su boca, la devoró hambriento y volvió a agitarse.

Daphne se unió a su danza notando cómo de nuevo la excitación empezaba a extenderse por cada poro de su piel. Nath también fue poseído por un arrebato febril que le impedía razonar. No podía controlarse. Mascullando un reniego apartó a Daphne y gimiendo se sumergió en el orgasmo.

—Lo siento. Lo siento. Tú no has… Te juro que por regla general no me ocurre esto. Pero contigo todo es diferente. Me haces perder… el control –dijo con la respiración alterada.

Ella le apartó el flequillo de la frente sudorosa.

—No te irrites. Comprendo tú reacción. ¿Olvidas que estudio medicina? Yo tampoco quiero consecuencias.

Nath se levantó y salió del agua. Daphne admiró su cuerpo atlético y no pudo evitar un largo suspiro.

—Ni yo que esta noche termine así. Ven. Te haré el amor cómo mereces.

Ella tomó su mano y se dejó llevar.

## 34

Nath miró con semblante taciturno cómo Daphne arropaba al pequeño James. Nunca llegó a imaginar que esa imagen sería la más hermosa para él. Pero ahora su vida ya no era la misma. Ahora tenía a su lado a una mujer de la que se había enamorado y a un crío que le robó el corazón. No podía existir mayor felicidad. Y sin embargo, su dicha estaba envuelta por un velo oscuro; porque muy pronto sería sepultada por un destino inmisericorde. Pero no quería pensar en ello.

—¡Por fin se ha dormido! Este niño es muy travieso –exclamó soltando un largo suspiro.

—Habrá salido a su tío –dijo Daphne estampándole un beso en la mejilla.

—Creí que me considerabas el peor de los hombres.

—Eso era antes de conocer cómo eras en realidad.

—¿Y cómo soy?

—Inteligente, generoso, educado; y a pesar de las apariencias, sensible.

Nath la abrazó.

—Qué cosas más bonitas dices. ¿Cómo no voy a quererte?

—No te emociones que también tengo de malas. Cómo que eres testarudo, orgulloso, impaciente, irascible y… Un hombre muy atractivo que sabe la manera de engatusar a una mujer –dijo Daphne.

—Has descrito a la perfección hecha hombre –rió él.

—He olvidado enumerar la vanidad.

—No, cielo. Olvidaste decir que soy objetivo. Ven –dijo Nath tomándola de la mano.

—¿Adónde me llevas?

—Obviaste que soy perspicaz. Estaba pensando, al igual que tú, que esta noche podríamos quedarnos en casa. Nos divertiríamos más.

—Imposible. Aceptamos la invitación de sir Pickad. Ahora debemos cumplir.

—¡Uf! ¿Cómo es posible qué seas más aristócrata que yo?

—He tenido un buen maestro.

—Y tú has sido una buena alumna y no sólo en etiqueta.

Daphne se ruborizó.

Nath le acarició la mejilla.

—¿Cómo es posible qué aún, tras este tiempo, te ruborices? ¿Y cómo es posible qué en lugar de saciarme te desee más y más? ¿Te ocurre a ti lo mismo?

Ella lo miró con coquetería.

—Nunca responderé a eso, mi lord.

—En ese caso, tendré qué comprobarlo. Y será ahora mismo –dijo Nath sacándola de la habitación.

—No tenemos tiempo.

Él, sin dejar de andar por el corredor, abrió la puerta de su cuarto.

—Sabes qué en un par de horas somos capaces de estar listos. Incluso si nos entretenemos en tú lugar preferido.

Daphne le dedicó una sonrisa pícara.

—En ese caso, iré encantada –dijo. Y entró en el baño.

Una hora después, radiantes, se prepararon para asistir a una nueva fiesta.

Daphne, ajustándose el vestido, le dio la espalda. Él cogió las cintas y pasó el dedo por su espina dorsal. Ella se estremeció. Acaban de hacer el amor como dos locos y ese simple gesto renovaba su pasión.

—Para.

—Cielo. No estoy de humor para ir a esa absurda fiesta. Podríamos quedarnos y seguir con lo estábamos haciendo; después te prepararía un tentempié delicioso, volveríamos a hacer el amor hasta el amanecer y después nos dormiríamos abrazados –insistió Nath.

—Un plan excelente. Si embargo, no podemos. Cariño. Date prisa. Aún vas con el batín.

—¡Uf! ¿No podrías por una vez olvidarte del protocolo? Ya hemos convencido a todos de que formamos una pareja unida y muy enamorada. Y…—Calló. Le rodeó la cintura con los brazos y apoyó la barbilla en su hombro.— Ahora la fantasía se ha vuelto realidad. Daphne. Me he enamorado de ti.

Ella bajó la cabeza.

—Nath…

—Te amo. Estoy loco por ti. Y no quiero que esto se acabe. Por favor, no te marches. No nos dejes. James te necesita. Yo también. ¿Qué haremos sin ti?

Ella tampoco quería separarse de ellos. Su corazón los había albergado para siempre. Aún así, debía irse.

—No me hagas esto –susurró ella, intentando no echarse a llorar.

—Cariño. Puedes estudiar aquí. Con tus calificaciones en Oxford estarían encantados de que fueses su alumna.

Ella se dio la vuelta y lo miró con seriedad.

—Papá y yo luchamos para conseguir mí sueño. Debo ir a Nueva York. Nath. Sólo será un año.

—Una eternidad.

—Puedes venir a verme.

Él juntó las cejas.

—Es una posibilidad. Sí. En cuanto te instales, me lo dices y voy volando.

—Pues ahora volemos hacia esa fiesta.

Nath chistó.

—Me niego. Me niego a perder ni un segundo más de los que nos quedan para malgastarlos con otros. A partir de este instante no nos separaremos. James y yo iremos contigo a América. ¿Qué te parece?

Daphne parpadeó desconcertada.

—¿Lo dices de verdad?

—Por supuesto.

—¿Qué harás allí? Estaré todo el día ocupada.

—Pero tendrás las noches libres –puntualizó Nath. Y con una sonrisa malévola, añadió: Bueno. Eso no es del todo exacto.

—Eres perverso –rió Daphne.

—Mucho –susurró él buscando su boca.

—Basta.

Nath se apartó, alargó el brazo y tiró de la cinta.

—¿Qué haces?

Patrick entró a los pocos segundos.

—¿Mi lord?

—Envía a Chuck a casa de sir Pickad. Que le informe que nos es imposible ir, pues ha surgido un asunto importante.

—Como ordene, mi lord.

—Pero… Esto no está bien –protestó Daphne.

—Lo que no está bien es tener que olvidarnos de lo que en verdad deseamos. Eso se acabó. A partir de ahora sólo importamos nosotros –dijo Nath, desprendiéndola del vestido.

—Es que…

Él la acalló con un beso. Ella quiso protestar. No pudo. De nuevo ese hombre quebrantaba su muro. Alzó las manos y le rodeó la nuca uniéndose a él con el mismo ímpetu. Eran conscientes de que en apenas unos días deberían separarse y querían que su amor llenara sus recuerdos.

—Daphne… Me haces perder la razón. Te deseo con ferocidad –dijo Nath con la respiración alterada, quitándole la camisola.

—Demuéstramelo –le pidió ella, desnudándose por completo.

Él exhaló un gemido. La tomó en sus brazos y la llevó a la cama. Se sentó al borde y la tumbó.

—Daphne. No eres mi primera mujer, pero sí la única que ha anidado en mí corazón. ¿Qué me has hecho? Soy incapaz de dejar de pensar en ti –musitó.

Ella cerró los ojos para sentir con más fuerza sus caricias, crispándose cuando se hicieron más íntimas.

—Nath…

—Lo sé, cielo. Lo sé –dijo él inclinando la cabeza.

Daphne se aferró a las sábanas dejándose llevar por las emociones que ese maravilloso hombre lograba engendrarle, demostrando sin el menor pudor cómo el máximo goce la traspasaba.

Nath la miró embelesado. En esos momentos, su belleza aún era más extraordinaria. Y lo era porque él era la causa de ello. Y se sentía exultante.

Ella abrió los ojos. Estaban turbios debido al placer que experimentó. Con el pecho oscilante por la respiración entrecortada alzó la espalda, le desató el cinturón y le acarició el pecho.

—Daphne –se agitó él.

Lo miró directa a los ojos. En ella ya no quedaba rastro de la jovencita tímida y miedosa. Él le enseñó a no avergonzarse de los deseos. Aferró la seda y lo desnudó. Él contuvo el aliento cuando su boca abierta se posó sobre su busto y recorrió su piel encendida.

—Quiero que mis caricias se graben en tú piel para que borren las marcas de otras bocas, de otras manos y así tan sólo recuerdes las mías.

Él la obligó a mirarlo.

—Y yo quiero tatuarte mis besos para que nunca los borren otros labios.

—Nadie podrá besarme nunca más. Te amo, Nath Laymore. No sabes cuánto.

—Yo también te quiero. Ninguna otra mujer podrá vivir en mi corazón.

—Y no dejes de hacerlo nunca. No dejes de amarme jamás –le pidió Daphne, arrastrándolo sobre ella.

—Eso es imposible, mi amor.

# 35

Nath tiró el sombrero sobre el aparador.

—No te pongas así –le pidió Daphne.

—¿Cómo no hacerlo? Me parece inaudito que no haya pasajes hasta dentro de quince días, ni en barco ni avión.

Ella  le acaricio la espalda con ternura.

—Son sólo unos días, cielo.

Nath levantó una ceja.

—¿Sólo? Recuerda mí pasado. Es tiempo suficiente para que vuelva a las andadas. Ya sabes cómo es mí naturaleza.

Ella alzó la barbilla y lo miró con altivez.

—¿Después de estar conmigo? ¡Imposible! Te he marcado a fuego. Eres mío. Sólo mío.

Nath la abrazó.

—Es cierto. No puedo ni estar cinco minutos lejos de ti. Esta separación será un tormento. Y también para James. Te quiere mucho.

—Piensa que después estaremos juntos iniciando una nueva vida. Será emocionante.

—No me importa el lugar ni las circunstancias si estás conmigo.

Ella lo entrelazó por la nuca y sonrió.

—Buscaremos una casa para instalarnos y lo convertiremos en nuestro hogar.

—¿Y no has pensado qué si Chuck se queda aquí podría irme contigo? –sugirió Nath.

—Por supuesto. Pero no puedes con tanta premura. Tienes que arreglar los papeles para James con tus abogados. Y por otro lado, nadie dejaría que tú sobrino abandonase el país en manos de un criado. Es el futuro vizconde.

—¡Uf! Problemas y más problemas. Esto me desquicia.

—Vamos, cariño. Cálmate. En una hora llegarán los invitados.

Él suspiró.

—No era necesaria esta celebración. No tengo nada que celebrar.

—No mientas. Sé que estás orgulloso de que en pocos meses seré la cardióloga más joven del país y deseas pavonearte. En especial con los Russell. No olvides que no confiaban en nuestra relación.

—Ni nosotros. Pero ya ves. La vida da muchas vueltas. Ahora no podemos imaginarla estando separados. Siempre estaremos juntos. Nada ni nadie podrá distanciarnos. Lo juro, Daphne –aseguró Nath.

—Claro que no, mí amor. Pero basta ya de sensiblerías. Debemos vestirnos.

Los asistentes llegaron puntuales. Solamente los Russell incumplieron la ética presentándose cinco minutos antes. Desde que los Laymore partieron a la costa no se vieron y sentían curiosidad por comprobar si lo que se contaba de ellos era verdad.

—Me es imposible creer que Nath sea ahora el marido perfecto –susurró Rachel mientras entregaba la estola a la sirvienta.

—Yo tampoco lo creo. Estoy convencido que el tiempo nos dará la razón –dijo su marido.

—Pero…

Callaron ante la llegada de los demás convidados. Patrick los invitó a pasar al comedor.

—Una mesa exquisita –dijo la duquesa de Denton.

—La ha decorado mi esposa y también ha elegido el menú –dijo Nath con evidente orgullo.

—Todo tiene una pinta deliciosa –Rachel Russell.

—Ya sabes que siempre me gusta rodearme de lo mejor y mí cocinera es la más habilidosa de la ciudad.

Ella probó el pudding de ciervo y asintió.

—Delicioso. Y dime. ¿Te instalarás en América por un año? –dijo Rachel.

—Sí.

—¿Y qué harás mientras ella estudia? –se interesó Richard.

—Cuidar de James y refrescar mis estudios de arquitectura.

—¿En serio piensas en retomar la universidad? No se… ¿De verdad te ves en esa tesitura? Piensa que estarás rodeado de jovencitos

y jovencitas un tanto… digamos díscolos. ¿Eso te conviene? –inquirió Rachel con tono mordaz.

—Rachel. ¿Qué sugieres? Por favor, sabes que no soporto los rodeos. ¿Podrías ser más explícita?

—Lady Russell. Si está insinuando que Nath puede volver a digamos… retomar el camino desandado, no lo hará –intervino Daphne.

—Muy segura te veo, Daphne.

—Mi marido, cómo han podido apreciar estos últimos meses, ya no es el de antes. De lo contrario, estaría feliz de verme lejos para poder gozar de la libertad. ¿Y qué ha decidido? Acompañarme para que permanezcamos juntos. Eso es toda una declaración de intenciones. ¿No les parece?

Nath paladeó el sorbo de vino, dejó la copa sobre la mesa y levantando poco a poco la comisura de los labios le dedicó a Rachel una sonrisa.

—Ya ves, querida. Tus temores no tienen causa alguna.

—Nuestro estimado Nathaniel es un hombre nuevo. Ha madurado. Ahora es responsable, sensato y un cabeza de familia muy enamorado de su esposa –se inmiscuyó la duquesa Evelyne Denton.

—Supongo que no pensaréis quedaros en Nueva York. Es una ciudad nada acogedora –dijo Richard.

—Cómo Londres es tan agradable –ironizó Rachel.

—Rachel, querida. Nuestros barrios son inmejorables. Mansiones pulcras, calles limpias y parques por dónde pasear sin temor.

Ella le sonrió sin el menor afecto.

—Tú lo has dicho. Porque los otros… Bueno. Tú lo sabrás puesto que, de vez en cuando sueles perderte en los suburbios.

Richard carraspeó incómodo.

—Por obligación, claro. Ya saben… Negocios con los navieros.

—Y hablando de barcos. Después del Titanic, ¿confías en viajar?  —dijo su esposa.

Daphne la imitó dibujando una sonrisa forzada.

—Nath me ha conseguido pasaje en el Lusitania. Y ya sabes que ha cruzado el atlántico en infinidad de ocasiones. Es un barco muy seguro. Además, en verano no hay el peligro por el hielo.

—¿Y por qué no viaja con ella, mi lord? –se interesó la duquesa.

—Daphne debe estar en la fecha estipulada por la universidad o no podría recibir la beca e incorporarse al curso y los trámites por James no me lo han permitido. Este país se pierde en el papeleo. Es un incordio.

Rachel le lanzó una mirada cargada de hielo.

—¿Y no pudiste hacerlos antes?
—No pensaba ir tan pronto.
—Así qué lo decidiste en el último momento. Vaya. Vaya…
Nath clavó sus ojos añiles en los suyos.
—Lo decidí al comprender que no podría estar un día separado de mi dulce esposa.
La duquesa carraspeó.
—Bien hecho, muchacho. Una familia debe estar unida. Y dime. ¿Os quedaréis o no en Nueva York?
—Daphne podría quedarse en el mejor hospital de América o del mundo. Pero en cuanto obtenga el título regresaremos. Nos gusta nuestro país. Montaremos nuestra propia clínica en la ciudad.
—¿Piensa qué los londinenses confiarán su salud en una mujer y tan joven? Aquí no tenemos la mentalidad tan moderna cómo la de los Yankees, lord Laymore –dudó el duque de Denton.
Nath tomó la mano de su esposa entre la suya.
—En cuanto vean lo inteligente y buena profesional que es no dudarán.
—Nosotros seremos los primeros pacientes. ¿Verdad, querido? –dijo Rachel.
—Así es –ratificó su marido.
—¿Les apetece otra copa? –sugirió Daphne.
La anciana duquesa Margaret se apoyó en el bastón y se levantó.
—Sería un placer. Pero damas y caballeros, lady Laymore debe embarcar pasado mañana. Supongo que tendrá que organizar muchas cosas. Debemos dejar que descanse.
Los demás asistentes también se levantaron, pues cuando la duquesa daba por terminada una cena, incluso los anfitriones obedecían y se despidieron deseándoles buen viaje.
Nath y Daphne se reunieron con los sirvientes para ultimar el equipaje. Y una vez comprobado que todo estaba en orden, se retiraron.
—¡Al fin solos! –suspiró Nath.
Daphne apartó la colcha y se sentó en la cama.
—Sí. Estoy agotada. Sobre todo por culpa de tú amiga Rachel. ¡Dios! ¿A qué ha venido ese interrogatorio tan impertinente?
—No le hagas caso. Ella es así.
—No, Nath. Nunca la vi comportarse de ese modo con otros. No me soporta por no pertenecer a vuestra clase. Ha sido muy impertinente. Es especial contigo. No me cae nada bien. En el futuro espero que encuentres excusas razonables para no invitarla a nuestra casa.
—Siempre ha sido arisca, pero ahora que le corroe la envidia

está inaguantable.

—¿Por qué? Ella es noble, rica, muy guapa y tiene un marido muy formal.

—Ángel. Las apariencias engañan. Lo sabes por propia experiencia.

—¿Qué quieres decir? –preguntó Daphne quitándose las zapatillas.

—Que el juicioso lord Russell no tan sólo visita los burdeles más sórdidos; si no que además tiene una amante fija a la cuál pasea en las ocasiones que puede hacerlo sin peligro a ser delatado.

—¿Y ella lo sabe?

—Por supuesto.

—¿Y sigue con él?

—Amor. Deja de pensar en esa bruja. Piensa en nosotros. En lo que vamos a hacer.

—Es que no puedo entender que acepte algo tan sórdido. Si tú mirases tan sólo a otra, te mataría –aseguró Daphne con rabia.

Nath se acomodó tras ella, posó las manos en sus hombros y apartó la tela.

—Te noto muy tensa. Te daré un masaje. Te irá de perlas.

Ella cerró los ojos y suspiró complacida. Cuándo él comenzó a recorrerle la piel de esa manera tan sutil provocándole terremotos en las entrañas, protestó sin mucha energía.

—A mí no me engañas. Sé que lo estabas anhelando. Lo he visto en tu mirada. Aparte de que tenemos que aprovechar cada momento íntimo. Recuerda que estaremos separados largos días con sus noches. Ven, mi preciosa hada. Deja que te demuestre cuánto te amo.

# 36

El día de la separación al final llegó. Daphne debería estar emocionada. No era así. Estaba encaminándose hacia su meta y no sentía la felicidad que siempre esperó. Y todo a causa de Nath. Cierto era que estarían juntos muy pronto. Sin embargo, la separación le laceraba el corazón.

—Aquí estamos –dijo Nath con tono apagado.

Bajaron del coche. Patrick y Chuk se encargaron del equipaje.

—Desde aquí abajo se ve inmenso –susurró Daphne.

—No te marches, por favor. No sé qué haremos sin ti –le pidió Nath.

Ella le acarició la mejilla con dulzura.

—Cariño. No seas tan dramático. Volveremos a vernos en muy poco tiempo. Además, tienes a tú eficaz mayordomo. Él te cuidará.

Él sonrió por primera vez esa mañana.

—Cierto. Siempre lo ha hecho. No consentiría que me ocurriera algo malo y mucho menos a mí sobrino. ¿Verdad, precioso?

Él alzó los brazos pidiendo que Daphne lo cogiera. Ella lo tomó y le dio un largo beso.

—Te echaré mucho de menos.

—¿Y a mí? Dime. ¿Podrás vivir sin mí?

—Nath, no seas criatura. Sabes muy bien que te extrañaré.

El barco anunció el segundo aviso para embarcar.

—Odio esa sirena –rezongó Nath.

Chuck regresó.

—Todo listo.

—¿Puedes cuidar de James? –le pidió Nath. Agarró el brazo de Daphne y la llevó al lugar menos transitado y la abrazó.

—¿Qué haces? –se escandalizó ella mirando a su alrededor.

—Despedirme de mí esposa como es debido –refunfuñó Nath. Sin preocuparle las miradas ajenas, se abalanzó sobre los labios de

Daphne y la besó sin el menor pudor. Nadie podría imaginar lo valiosa que era para él. Su vida sin ella ya no tendría sentido. Moriría.

La sirena sonó por tercera vez.

—¡Dios! No quiero perderte –gimió él.

Ella acunó sus mejillas entre las manos.

—Esta separación momentánea no provocará que me pierdas. ¿Y sabes por qué? Porque te amo con toda el alma. De lo que no estoy segura es si yo voy a perderte.

Nath sacudió la cabeza.

—Nunca pienses algo tan espantoso. Ninguna vez. ¿Me oyes? Tú eres lo más importante. Tú eres mí tesoro. Mi motivación para vivir.

Daphne lo besó sin apenas rozarle los labios.

—Es hora de partir. Vamos.

Se unieron a Chuck.

—Espero verlo muy pronto, mi lord.

Nath lo abrazó.

—Eso espero, amigo.

Daphne se despidió de Patrick y de James, que intentó caminar hacia ella, pero Nath se lo impidió. Daphne, intentando contener el llanto, subió a la pasarela junto a Chuck.

—Esto va a ser muy duro.

—Usted puede soportarlo todo, mi lord.

—Esta vez es distinto. Muy distinto. Mi vida ya no es la que era —dijo Nath, con James en brazos. Con ojos húmedos vio como los viajeros se acomodaban en la cubierta. Daphne y Chuck alzaron las manos para decirles adiós.

—Nunca pensé decir esto, pero también la echaré de menos –confesó el mayordomo, visiblemente emocionado.

—No llores, pequeño. Pronto nos reuniremos con ella. ¿De acuerdo? –susurró Nath esforzándose por mantenerse firme.

Daphne, apoyada en la barandilla, era incapaz de contener el llanto. Era consciente de que en pocos días volverían a estar juntos; aún así no podía evitar esa extraña sensación en el estómago. Era cómo una especie de presentimiento maligno.

Los motores se encendieron. Se aferró al hierro sin apartar los ojos de las dos personas que más quería en el mundo; viendo como poco a poco se alejaban.

—Daphne, por favor. No llores. Estás a punto iniciar lo que siempre has soñado.

—¿Y si dijera que mí sueño está ahí abajo?

Chuck suspiró hondo.

—Las personas tienen capacidad para desear más cosas y todas son compatibles. Serás doctora y tendrás una familia. Si me hubieran

dicho que las circunstancias por las que te metiste en este embrollo terminarían así no lo habría creído ni borracho. Ese hombre era de lo peor y lo has regenerado; más bien dicho, has conseguido que te ame como un loco. Pero si he de ser sincero, lo que nunca pensé es que tú pudieses enamorarte de él.

Ella se sorbió la nariz.

—Querido amigo. Nath nunca ha sido tan malo cómo nos hacía creer.

—¿Así qué es de ese tipo de personas que escudan sus sentimientos? Bueno. Algo intuí. Al fin y al cabo soy artista. Nosotros sabemos ver el interior de la gente.

Daphne dejó escapar una pequeña carcajada.

—¡Menos mal! Te he hecho reír. Anda. Vayamos al camarote. La brisa es helada. A partir de ahora debo ser yo quien te cuide. No quiero que la futura doctora enferme y no pueda iniciar el curso. Venga. Es absurdo seguir mirando. Ya no se ve el puerto.

Cinco días después, el puerto que divisaron fue el de Nueva York.

—¡Mira! La Estatua de la Libertad. ¡Es enorme! –gritó Chuck.

Daphne le indicó con el dedo los rascacielos.

—Noventa y tres metros. Pero mira allí. ¡Son edificios altísimos! ¡Dios! Me daría mucho miedo vivir a tanta altura.

—Puede a que a mi lord le guste instalarse en el de más arriba.

El semblante de ella se tornó sombrío.

—¿Crees que estará bien?

—¡Oh! ¿Por qué dudas? Está en manos de Patrick.

—Cierto –aceptó Daphne con un sonrisa.

—Ya amarramos. ¿Lista para enfrentarte a tú futuro?

—Lista.

Desembarcaron, pero al ser pasajeros de primera clase no tuvieron que hacer una larga cola. Fueron al puesto de pasaportes.

—Soy Lady Daphne Laymore.

El funcionario observó la fotografía y a ella, y estampó el sello. Chuck fue el siguiente. Todo correcto y el hombre se dispuso a dar el visto bueno cuando se escuchó una gran algarabía. El aduanero se levantó y les pidió que aguardaran.

—¿Qué ocurre?

—No se, Daphne.

El hombre regresó.

—¿Y bien? –se interesó Chuck.

—Algo terrible. Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania.

—No puede ser —dijo Daphne, sin apenas voz.

—Tranquila.

—¿Cómo puedo calmarme? ¡Nath no podrá venir! Por eso tuve

ese terrible presentimiento. ¡No debí marcharme! –estalló histérica.

—Claro que vendrá.

—¿No lo entiendes? Estamos en guerra. ¡En guerra!

Chuck intentó calmarla.

—Daphne. No es soldado. No irá a ninguna batalla. ¿Comprendes? Se reunirá contigo tal cómo acordasteis. Ahora iremos al hotel, te darás un baño y te serenarás. ¿De acuerdo?

Ella asintió con las mejillas empapadas de lágrimas.

## 37

Daphne, con semblante cansado, entró en casa.

—Buenas noches, cielo. ¿Un día duro?

—Mas bien agotador. He visitado a muchos pacientes y realizados dos operaciones muy complicadas. De las peores.

—Y cómo es habitual, con éxito.

—Sí. Pero hay que esperar un período prudencial para ver el resultado concluyente.

—Trabajas demasiado. Deberías tomarte más tiempo para ti. En especial para descansar. Tus preciosos ojos están rodeados por profundas ojeras y aún estás más delgada de lo común.

—Son tiempos duros. Nuestros soldados merecen ser atendidos aunque nos caigamos de agotamiento –se excusó ella. Porque lo cierto era que trabajaba sin descanso para no pensar.

—Sí. Esta guerra está durando demasiado y ha causado muchos muertos. Espero que pronto nos den la noticia de que ha llegado la paz.

—Dios te oiga. ¿Hay carta?

Chuck suspiró.

—¿Por qué preguntas? Ya sabes la respuesta.

Daphne se dejó caer en el diván.

—¡Maldita guerra! Impide que llegue el correo.

—Daphne…

Ella alzó la mano para que callara. Él no le hizo caso. Estaba cansado de verla sufrir, de ver cómo se engañaba para seguir manteniendo la esperaza. Una esperanza que no tenía el menor sentido. No después de tanto tiempo sin tener noticias.

—Cariño. No puedes seguir ignorando la realidad. Londres ha sido bombardeado. Cabe la posibilidad de que Nath…

—Ni lo mentes. Está vivo –aseguró Daphne, lanzándole una mirada gélida.

Chuck se impacientó.

—Pues si está vivo, métete en la cabeza de una maldita vez que no querrá saber nada de ti. Porque la gente sí recibe correo.

Daphne sacudió la cabeza con energía.

—Él me ama. Lo sé. Experimentamos un sentimiento muy profundo y un amor cómo el nuestro no puede desvanecerse de la noche a la mañana. Tiene que existir algún impedimento.

—Han pasado cuatro años, Daphne. Cuatro. Y en este tiempo has recibido una carta.

—Las circunstancias…

—¿Qué circunstancias? La correspondencia no se ha interrumpido y aunque pocos, continúan llegando barcos. Si el maravilloso lord no ha venido es porque no le ha dado la gana. ¡Deja de atormentarte, por el amor de Dios! ¿Acaso olvidaste cómo era? Ese hombre habrá vuelto a las andadas. Seguro que, a pesar de esta maldita guerra, se estará dando la vida padre. Porque claro, esos nobles se cubren las espaldas y ni uno de ellos pisará el campo de batalla. Te ha olvidado, querida. Esa es la cruda verdad. Asúmela.

Ella se echó a llorar con desgarro. Chuck la acunó.

—Cariño. No puedes seguir así. Tienes que pensar en un futuro sin fantasmas. Eres una doctora respetada y con gran prestigio. En cuanto termine la guerra puedes establecerte definitivamente en este país. Encontrarás empleo en el hospital que más te apetezca. Ya lo verás. Olvidarás el pasado y volverás a ser feliz. Eres muy joven. Volverás a formar una familia.

Ella lo miró desolada.

—No quiero otra, Chuck. Quiero la mía. Quiero a Nath. Y él

también me quiere porque sigo siendo su esposa.

—¿No has pensado que pudo solicitar el divorcio? Puede que ya seas una mujer soltera.

—Me lo habría comunicado.

—Tú lord no era lo que se conoce cómo un hombre responsable.

—Tú sólo conociste de él la superficie. Yo logré llegar a su corazón y te digo que este silencio es a causa de algo grave. Y no vuelvas a insinuar que está muerto. Mi alma lo sabría. ¿Entendido?

—Daphne. Deja de tener falsas esperanzas. Nath no se ha puesto en contacto contigo. Es posible que esté enfermo, herido o vete tú a saber. Pero eso no es un impedimento para que Patrick o alguno de los amigos de tú esposo te hubiera informado. ¿Lo han hecho? No. ¿Y qué significa eso? Que no le importas a nadie. Esa parte de tu vida terminó. Fuiste utilizada y punto. Te lo suplico, cariño. No te hagas más daño. ¿De acuerdo? Ahora ve al baño y refréscate. Tengo la cena lista y no quiero que se enfríe.

—No tengo apetito.

—Eso también cambiará. A partir de ahora mismo comerás como es debido. Y no. Ni una protesta. Tienes un trabajo delicado. Debes salvar vidas y no puedes arriesgarlas si estás débil y cometes un error irreparable. ¿Comprendes lo que digo? ¿Si? Pues ve a lavarte. Voy a poner la mesa.

Ella obedeció.

—¡Maldito Nath! Juro que si no has muerto bajo las bombas, te mataría si te tuviese delante por hacer sufrir a la chica más maravillosa del este mundo. ¿Cómo pudiste hacerle esto? ¡Hijo de perra!

—¿Decías? –preguntó Daphne.

Chuck dejó la botella de agua y le sirvió la cena.

—Que la perra del vecino me tiene harto. Le da por ladrar cuando me concentro en el lienzo.

—¿Lo estás terminando?

—En un par de días.

—Estoy segura de que esa mujer quedará encantada y te promocionará aún más entre las demás damas de la alta sociedad. Te convertirás en un pintor de prestigio y ganarás el doble de dinero que ahora, y también muchas admiradoras –dijo Daphne, guiñando un ojo.

Chuck resopló.

—Ese es el problema. No admiran mi talento.

—¿Ah, no?

—Sabes a qué me refiero.

—¿Y por qué te enfadas? Cualquiera en tu lugar estaría encantado con la situación. Ejerces la profesión que siempre soñaste,

ganas dinero y estás adquiriendo una gran experiencia en el arte de la seducción. ¿Qué más puede pedir un joven tan agraciado y genial?

Chuck abrió las fosas nasales y aspiró con fuerza.

—No quiero ser el objeto sexual de esas mujeres casquivanas, ni tampoco pintor de retratos. Soy un creador maravilloso. ¡Estoy harto, Daphne!

—¡Si eres un retratista excelente!

—Eso es verdad –dijo él sin mostrar la menor modestia.

—Entonces, si piensas así, ¿a qué viene esta actitud tan incoherente?

—Porque quiero realizar mis propias obras. Quiero ser otro Max Weber o un Picasso.

—¿Esos que pintan tan raro?

—Es la nueva visión del mundo.

—¿Distorsionada? –dudó Daphne, removiendo con el tenedor las patatas.

—Pues sí. Pero la gente como tú es incapaz de entender que la vida y las personas avanzan, y el arte junto a ellos. Y... ¡Por el amor de Dios, Daphne! Deja de marear la comida y cena de una maldita vez. ¿Eres una mujer o una niña? ¡Joder! No se para qué me mato cocinando para una mujer que no aprecia mí esfuerzo –se sulfuró él.

—No te enfades conmigo. Mira. Ya como –dijo Daphne llevándose a la boca un pedazo de pescado.

Chuck posó la mano sobre la suya.

—Perdona. Estoy tenso y la pago contigo.

—Chuck. Si no quieres pintar a más mujeres no lo hagas. No es necesario. Gano lo suficiente para que puedas dedicarte a lo qué más deseas. Si venimos aquí fue para alcanzar nuestros sueños. Yo ya he conseguido el mío. Ahora te toca a ti. Ha llegado el momento.

—Eres la mejor. Pero seguiré complaciendo a esas mujeres. No soy tonto, Daphne. Ellas me darán la publicidad que necesito y algunas, un ratito muy agradable –dijo él dibujando un pícara sonrisa.

—Chuck…

—¿Qué? Es lo que hay. Soy un hombre atractivo y con escasa fortaleza para resistir una seductora tentación. Aunque, eso no evitará que les robe tiempo para dedicarme a mi verdadera vocación. Tengo en mente una serie de pinturas sobre... –Calló al escuchar los gritos que procedían de la calle. Se levantó. Daphne también lo hizo y corrieron hacia la ventana.

—¿Qué pasa?—le preguntó Chuck a la vecina, al ver a la multitud que saltaba con júbilo.

—¿No os habéis enterado? Alemania se ha rendido. ¡Hemos ganado! La guerra ha terminado. ¡Ha llegado la paz!

Daphne se apoyó en el alfeizar.

—Gracias a Dios. Ahora ya podremos regresar a casa –musitó.

Chuck la miró perplejo.

—¿Cómo has dicho?

Ella ladeó la cabeza y por primera vez en años, sus ojos volvieron a brillar.

—Ya me has oído. Encárgate de comprar los pasajes del primer barco que salga hacia Londres.

—No. No pienso colaborar en esta locura –se negó él.

—¿Qué locura? Quiero volver a mi hogar.

—Ahora lo tienes aquí.

—Chuck. Vine para terminar la carrera. Nunca tuve intención de instalarme. Lo sabes.

—Lo único que sé es el verdadero motivo que tienes y no estoy de acuerdo. Vas en busca de un hombre que se ha olvidado de ti o que esté muerto.

—Por eso deseo ir. Tengo que averiguar que ha pasado.

—¿Por qué? Lo único que lograrás es sufrimiento. ¿No lo ves?

—Huir de los problemas nunca ha sido mi forma de actuar. Por otra parte, no te cansas de decir que avance y no podré hacerlo si no sé la verdad.

—Cielo. Ahora tenemos un futuro que puede ser muy brillante. Allí deberemos comenzar de nuevo. Y tras la guerra será difícil.

—¿Y qué hay de tú determinación a dejar de ser un simple retratista? –le recordó Daphne.

—Por lo menos puedo ganarme la vida en esta ciudad. ¿Podré hacerlo en Londres? ¿Y si descubres que ya no queda nada de la vida que deseaste? ¿Qué pasará?

—Regresaremos. Estoy segura de que tus admiradoras volverán a recibirte con los brazos abiertos. Claro que, si no quieres venir, no te obligaré.

Chuck se frotó la barbilla sopesando que hacer.

—¿Cómo iba a dejarte sola? ¿Cuándo lo he hecho? Pero no me olvido de tú promesa. Nos iremos si no puedes ser feliz.

Daphne le dio un sonoro beso en la mejilla.

—¡Eres el mejor amigo!

—Pues vas a celebrar el final de la guerra con él. Vamos a abrir esa botella de vino que guardamos esperando este momento.

## 38

Daphne miró ansiosa hacia el horizonte. Se estaban acercando al puerto. Pronto las dudas dejarían de existir. Encontraría a Nath y tras su lógica explicación, todo volvería a ser cómo siempre.

—Mira. Ya se ve –dijo Chuck.

La silueta de la ciudad no era la que recordaban. Su perfección estaba distorsionada.

—Señor –susurró Daphne.

—¿Piensas qué las noticias exageraban? –comentó Chuck.

—En unos minutos lo comprobaremos. Vamos a prepararnos para desembarcar.

—Cielo. No te alteres antes de tiempo.

Pero la visión de la ciudad los dejó desolados. Nunca fueron exageraciones. Estaban ante un Londres herido.

—Dios del cielo –musitó Daphne, sin apenas voz.

—Escuchamos las noticias, pero nunca imaginé nada parecido. Hay cientos de casas bombardeadas. ¿Y si…?

—Ni lo pienses. Por favor. Encárgate del equipaje. Iré a pedir un coche.

Una vez en tierra tomaron un carruaje y le indicaron al cochero la dirección.

La distancia hasta la mansión Laymore les pareció un recorrido

enorme. No era el Londres que conocían. Escombros, gente deambulando con las pocas pertenencias a cuestas, ruinas. Ahora estaban ante un lugar enfermo y necesitaría mucho tiempo para recuperarse.

—¡Malditos alemanes! Pero no te preocupes, Daphne. La mansión seguirá en pie –masculló Chuck.

Sin embargo, al detenerse ante ella, hubieran deseado no llegar nunca.

—¡No, por Dios! –gritó Daphne, rompiendo a llorar.

No era para menos. De la grandiosidad del edificio tan sólo quedaba en pié la verja maravillosamente forjada. La vida que creció en ella estaba sepultada y tal vez los seres que más amaba.

—Tranquila. Eso no significa que ellos estuvieran dentro. No llores, por favor. Tienes que mantener la esperanza. Averiguaremos que ha ocurrido. Cochero, por favor. Vaya a Saint James número veinte –dijo Chuck, rezando para que la casa de los Russell hubiese corrido mejor suerte.

La tuvo. Y mucha, pues los dos edificios contiguos ya no existían.

Chuck abrió la puerta.

—Espere. Tal vez debamos volver a necesitar sus servicios. Daphne, vamos –dijo saliendo del coche. Le tendió la mano y la ayudó.

—No –musitó ella, temerosa de recibir la peor de las noticias.

—Cielo. Sal, por favor. Por favor.

Ella, cómo una autómata, lo siguió. Él llamó al picaporte. Los escasos segundos de espera hasta que la puerta se abrió les parecieron insufribles.

—¿Si? ¿Qué desean? –les peguntó el mayordomo.

—Buenos días. Anuncie a los duques que Lady Laymore desea ser recibida.

El hombre les cedió el paso.

—Por favor. Pasen a la salita.

Entraron. Daphne se frotó las manos con evidente angustia, sin dejar de caminar de un lado a otro.

—Cálmate. Me estás poniendo nervioso.

—¿Y cómo no? ¡Esta situación es insufrible! ¡Dios! ¿Por qué tardan tanto? Ya lo sé. Es porque me dirán que… No. Eso no…

La puerta se abrió.

—No me lo puedo creer. Daphne. ¿Cómo estás? —dijo Rachel.

—¿Cómo voy a estar? He ido a casa y ya no existe. Y… Y no sé si Nath…

No pudo continuar. Chuck la llevó hasta el diván y la obligó a sentarse. Rachel echó un poco de brandy en una copa y se la ofreció a

Daphne.

—Toma un poco. Te sentará bien. Y tú… ¿Chuck era así? Sí. Cuéntame.

Él le pidió que se alejaran de Daphne.

—Duquesa. Acabamos de llegar de Nueva York. Daphne está agotada y también muy preocupada. En estos años no hemos recibido correo de Nath y encima nos hemos encontrado la mansión destruida. Y… No me iré con rodeos. ¿Sigue lord Laymore vivo?

Ella inclinó la cabeza hacia abajo y suspiró hondo.

—Por favor, duquesa. Ella necesita saberlo para poder conocer su situación. Me refiero a que si está con vida Daphne sigue siendo una mujer casada o divorciada, o por el contrario, viuda.

—Opino que no soy la más indicada para daros esta información.

—Pero…

—No insistas. Lo mejor es que vayáis a ir a ver a los abogados de la familia.

Él apretó los labios y asintió.

—Entiendo. Vive.

—No he dicho eso.

Él torció la boca.

—No ha hecho falta. Me caracterizo por ser perspicaz —Se acercó a Daphne y la ayudó a levantarse.— Tenemos que irnos. Gracias, por recibirnos, duquesa.

—Pero… ¿Qué sabe? ¿Qué ha dicho? –preguntó Daphne, mientras salían de la casa.

—La duquesa ignora donde está Nath. Pero iremos a ver a Adam. Es su mejor amigo. Nos informará.

Ella abrió los ojos y lo miró emocionada.

—Eso significa que está vivo. ¡Sí!

Chuck la hizo entrar en el coche.

—No, Daphne. Significa que la duquesa no ha querido inmiscuirse. Así que, por favor, mantén la calma y no albergues falsas esperanzas. Conductor. Ahora iremos a Regents número ocho. Si está aún en pie.

—Lo está, señor –confirmó el cochero.

—Menos mal. Podremos salir de dudas de una vez –murmuró Chuck.

Unos minutos después entraban en el despacho de abogados.

—Buenos días, señor Adam.

Él permaneció unos segundos petrificado, hasta que reaccionó.

—¡Daphne, Chuck! ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Qué hacéis aquí?

—Ya ve. Hemos vuelto a casa, señor –respondió Chuck.

—Me alegro de veros. Cuánto tiempo, Daphne –dijo Adam. Se acercó a ella y la abrazó— ¿Qué tal estás? Veo que muy bien. Tan hermosa cómo siempre.

—Pues no. Adam. No estoy bien. Me siento destrozada. Hace cuatro años que no sé nada de Nath. Adam, por el amor de Dios. Dime si vive o está muerto. ¡Decídmelo de una vez! ¡Dímelo! –explotó perdiendo los nervios.

Adam, preocupado, miró a Chuck.

—Daphne, cariño. Guardemos las formas –le pidió éste.

—¿De qué formas hablas? Necesito información ya. ¡Ahora mismo! ¿Entendéis?

Adam hizo venir a su secretario.

—Querida. No te pongas así o enfermarás. Mira. Seguiremos hablando con más comodidad en el saloncito. ¿De acuerdo? John. Prepara té para nuestros invitados y a ella –alzó las cejas efectuando ese gesto privado que el cómplice sabe reconocer al instante y dirigiéndose a Daphne, dijo: Cielo. Ve con él. Voy en unos minutos.

Ella se dejó llevar.

—Quédate –le pidió Adam a Chuck.

—Temo que no me gustará lo que me va a decir. ¿Está muerto?

—Por favor. Siéntate y escucha.

39

Daphne apenas podía contener las ganas de echar a correr.

—No seas impaciente.

—¿Cómo no serlo? Llevo esperando cuatro años.

—Unos minutos más no te matarán, cielo. Además, debes mentalizarte por lo que pueda ocurrir.

—Lo que ocurrirá es evidente. Nath me dará una explicación.

—Adam nos dijo que no deseaba verte. Es posible que no nos permita ni entrar.

Daphne dejó escapar una risita nerviosa.

—Lo hará.

—Supongamos que sí. ¿Qué pasará si no te gusta lo que te cuenta?

Ella se detuvo ante la puerta y la aporreó con la aldaba.

—La vida me ha enseñado que soy incapaz de predecir el futuro –dijo, volviendo a llamar.

Esta vez la puerta se abrió.

Patrick, al verlos, empalideció.

—Lady Laymore… ¿En verdad es usted? ¡Dios Santo!

—No soy ningún fantasma. No te quedes ahí cómo un pasmado y aparta –gruñó ella.

—Es que… El señor no está.

—Da igual. Lo esperaremos dentro.

—Yo…No puedo dejarles entrar. Yo… Son órdenes del señor. Es que no quiere recibir a nadie.

Daphne inspiró con fuerza por la nariz.

—Yo no soy nadie, Patrick. Soy la esposa del señor. O eso creo. ¿Lo soy o no? ¿Qué me dices?

Él se frotó las manos enguantadas con nerviosismo.

—No se nada, mi lady. Soy un mero sirviente.

Ella se carcajeó con ironía.

—¿Te burlas de mí?

—Jamás osaría hacerlo. Pero comprenda. Me pone en un compromiso. Si no acato las disposiciones de mi lord tendré serios problemas. Puedo perder el empleo. Lo lamento –dijo Patrick comenzando a cerrar la puerta.

Daphne puso el pie.

—Si no me dejas entrar, juro que te mato. Y no es un farol. ¡Aparta! —siseó.

Él dudó unos segundos. Era inútil tratar de detenerla. Un día u otro terminaría por descubrir lo que ocurrió. Era mejor que lo hiciera cuanto antes para que esa pesadilla llegara a su fin. Se apartó y les indicó con la mano que pasaran.

Lo hicieron.

Chuck no pudo evitar un silbido al ver el hall. Inmenso y repleto de antigüedades muy valiosas. El salón dónde les hizo pasar

Patrick tampoco desmerecía la opulencia. Los Laymore nunca escatimaron en invertir una fortuna en sus casas.

—¿Por qué Nath ha venido a instalarse al campo? Esto es muy aburrido para él. No le pega nada. ¿Tú qué dices?

Ella se limitó a morderse el dedo con gesto nervioso. Por fin conocería el misterio del silencio de Nath e ignoraba cómo reaccionaría dependiendo de su explicación. No. Sí que lo sabía. Con furia, rabia, tristeza, dolor. No existía excusa alguna para lo que hizo.

Patrick entró con la bandeja del té.

—Supuse que les apetecería.

—Gracias. ¿Sabes si tardará mucho el señor?

—No lo sé, mi lady.

—Ya. ¿Está en casa James? Me gustaría verlo. Lo he echado mucho de menos.

Patrick, contrariamente a su perfección, dejó derramar un poco de líquido el echarlo en la taza.

—Yo… No. Se fue con mi lord al pueblo. Voy a por unos emparedados.

—Sí. Y a poder ser de salmón. Aún recuerdo lo deliciosos que eran –dijo Chuck, mientras él salía.

—¿Cómo puedes comer en estas circunstancias? –le reprochó Daphne.

—Un estómago vacío no permite pensar con claridad. Tú más que nadie lo sabe.

—Y también que estar sumido en un mar de dudas te vuelve loco.

Patrick entró de nuevo.

—Vengo a informarles que el señor ha decidido quedarse en casa de unos amigos. Les sugiero que vuelvan en otra ocasión.

—No abandonaré esta casa hasta ver a Nath.

—Mi lady…

—Patrick. No me marcharé. ¿Te ha quedado claro?

—Me está poniendo en una situación muy comprometida. Por favor. Sea razonable.

—Tiene razón, cielo. El hombre cumple órdenes. Podemos regresar más adelante.

—En el pueblo hay una posada –sugirió Patrick.

—Claro. De este modo él puede llamarnos en cuanto Nath regrese —aceptó Chuck.

Daphne zarandeó la cabeza emitiendo una risa nerviosa.

—¿Es una broma? Que yo sepa aún soy lady Laymore. Tengo todo el derecho a quedarme. ¿No es así? ¿O me equivoco, Patrick?

—Yo… No estoy autorizado a hablar de… eso con usted.

Ella reclinó la espalda en el diván y cruzó los brazos bajo el pecho.

—Lógico. Es un asunto privado. Y cómo en este momento aún no tengo notificación de que no sea la esposa de Nathaniel Laymore usted seguirá mis instrucciones sin rechistar. Haga traer nuestro equipaje, nos prepara dos habitaciones en el ala principal y nos sirve la cena en treinta minutos.

—Señora…

—Hazlo.

Él tomó aire y alzó el mentón.

—Lo siento pero…

El estrépito en el piso superior les hizo levantar la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

—Alguna sirvienta habrá roto algo.

—Un objeto muy voluminoso por el ruido –comentó Chuck.

—¡Patrick! ¿Hay ladrones? Tengo miedo.

Daphne y Chuck miraron perplejos al chiquillo que estaba en el quicio de la puerta. Su cabello azabache y ojos como el mar eran inconfundibles.

—¿James? –musitó ella.

—¿Quién es esta señora? –quiso saber el chiquillo.

—Soy Daphne, cariño. Soy tía Daphne. ¿Me recuerdas?

—No… No puede recordarla, mi lady. Es el hijo de… la cocinera –dijo Patrick.

—Debe ganar un sueldo extraordinario para vestirlo con paños de lana –comentó Chuck.

Daphne se levantó con el semblante demudado.

—Me has engañado. Es James. Nath no se ha ido con él. Nath está aquí.

—No, señora.

—Eres el perfecto mayordomo. Eficaz, fiel y habilidoso en el arte de mentir. Pero olvidas que estuviste a mí servicio y te conozco. No puedes engañarme. A mí no.

—Le digo que…

Ella lo apartó de un empujón y se lanzó hacia la escalera. Subió los escalones de dos en dos. Sin aliento abrió la primera puerta. Nadie. Con la segunda obtuvo el mismo resultado. Fue en el quinto intento que encontró lo que andaba buscando. La imagen la golpeó con fiereza y se apoyó en la pared para evitar desplomarse. Ahora entendía su silencio.

40

—Señora. ¿Está bien? –le preguntó la mujer que estaba junto a Nath.

Él alzó la cabeza y vio la imagen de Daphne a través del espejo. Su faz se tornó blanquecina y el aire escapó de los pulmones. Nunca pensó que volvería a verla. Y allí estaba llenando con su presencia su corazón fracturado.

Ella intentando respirar con más calma, asintió.

—Sí. No se preocupe.

—¿Seguro? Está muy pálida.

—He hecho un largo viaje y sólo es agotamiento. Por favor, ¿puede dejarnos a solas?

—Señorita Smith. No quiero ver a nadie. Dígale que salga –siseó Nath.

—Nath. No lo haré sin recibir antes una explicación –insistió Daphne.

—No tengo nada que decir.

—Ya ha oído a mi lord. Y no puedo permitir que una extraña perturbe su salud.

—¿Extraña? –inquirió Daphne con incredulidad.

—Sí. No se quién es. En estos años nunca la he visto. Ni tan siquiera en fotografías. Y olvidando cualquier etiqueta se ha presentado sin ser anunciada.

—La esposa de lord Laymore no necesita ninguna tarjeta de visita, señorita Smith. ¿No está de acuerdo conmigo? –rebatió Daphne.

La mujer alzó la barbilla y la miró con ojos gélidos.

—Es el señor quién determina, sea quien sea, a quien recibe. Y ya lo ha oído. No quiere hablar con usted. Así que, le repito una vez más que es usted la que debe irse.

—Y usted no tiene la suficiente inteligencia para comprender que poseo más autoridad que usted en esta casa. No ponga impedimentos o lo pagará muy caro –la amenazó Daphne.

—Señorita Smith échela de una maldita vez. ¡Ya! –explotó Nath.

Ella la retó con altivez y le indicó con la cabeza la puerta.

—¿Lo ha escuchado? Ya sabe que debe hacer.

—¡Lady Laymore! Usted no debería estar aquí –exclamó Patrick resollando, asomándose a la habitación.

La señorita Smith parpadeó perpleja y miró al mayordomo.

—¿De verdad es su esposa?

Patrick asintió y ella tragó saliva.

—Observo que al fin has comprendido la jerarquía que hay en esta casa. ¿Cierto? Lárgate y no vuelvas jamás. Ya no son necesarios tus servicios. De ahora en adelante me encargo yo –dijo Daphne.

La otra abrió la boca incrédula, para después estallar presa de la ira.

—Lord Laymore. ¿Está escuchando? ¡No tiene ningún derecho a entrometerse entre nosotros! Quiero decir… en mí trabajo. Usted me necesita. Nadie sabe cuidarlo como yo. ¡Dígaselo! Además. ¡¿Quién es ella para despedirme?!

—La señora de esta casa –intervino Patrick.

Daphne sonrió presuntuosa y le indicó, con un gesto brusco de la mano, que saliera.

—No te preocupes. Patrick te dará el salario del mes y te redactará una carta de recomendación que te otorgará poder seguir aspirando a tus digamos… ambiciones. Y gracias por tus servicios. Adiós.

La señorita Smith obedeció esforzándose por no llorar de rabia.

Daphne cerró la puerta y lentamente se acercó a Nath.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Qué no has entendido en todos estos años? Eres una mujer lista. ¿Acaso no viste que no quiero nada qué ver contigo? Ya no te amo. En realidad, a los pocos días de irte comprendí que eras tan sólo

un capricho; por ello dejé de comunicarme contigo –dijo Nath.

—Lo que veo es que esto fue la causa de tu silencio –dijo ella acariciando el respaldo de la silla de ruedas.

—¿Qué no captas, Daphne? ¿Eh? Esto no tiene nada que ver. No te quiero. No te amo y no quiero verte más.

Ella se plantó ante él. Contuvo el aliento al ver su delgadez y las ojeras profundas que bordeaban su clara mirada.

—¿Estás seguro?

Nath tragó saliva. La joven Daphne había dado paso a una mujer y estaba más hermosa que nunca. Y esa belleza que aún guardaba en el corazón nunca más sería suya. Moriría soñando con ella, con su risa, su bondad, sus caricias y su amor que siempre fue sincero. Porque no quería abocarla a una vida de esclavitud. Merecía tener a un hombre sano que pudiera hacerla gozar de la vida y darle pasión.

—Del todo. Y en cuanto salgas, dile a la señorita Smith que no ha sido despedida –dijo.

—Por supuesto que sí. Ahora seré yo quien te cuide. Por si no lo sabes… ¡Ah, claro! No puedes saberlo porque no te has molestado en mandarme una maldita carta. Pues te pongo al día. Obtuve el título de doctora en el tiempo previsto. Y con calificaciones extraordinarias. Así que, me considero más cualificada para cuidar de un enfermo que esa arribista sin escrúpulos.

—No te quiero en esta casa y tampoco quiero tus cuidados –gruñó Nath.

Ella cruzó los brazos bajo el pecho y lo miró desafiante.

—Si no me dices lo contrario, supongo que aún sigo siendo tú esposa. Porque no recibí ninguna petición de divorcio. ¿Es así?

Él no respondió.

—Confirmas que seguimos casados. Bien. La ley me ampara y no puedes echarme de mí casa.

—Te equivocas. Has abandonado el hogar conyugal durante cuatro años. A saber que has estado haciendo. Una mujer tan apasionada no puede haber estado célibe tanto tiempo. Cualquier juez me otorgaría el divorcio mañana mismo por adulterio. Y pensándolo bien, ya que estás aquí, le pediré a Adam que inicie los trámites.

En el rostro de Daphne se reflejó una profunda tristeza.

—¿Por qué eres tan ruin?

Nath alzó los hombros con gesto indiferente.

—Es mí abogado.

Ella lo desafió con una mirada gélida.

—Si crees que te será tan fácil librarte de mí, estás muy equivocado.

Él elevó la comisura de los labios e hizo oscilar la cabeza de un

lado a otro.

—Lo reconozco. Me pase de listo al creer que eras distinta a las demás. Nunca quisiste un divorcio civilizado, ¿verdad?

—Lo que nunca he querido después de lo nuestro es separarme de ti. Y si aún soy tu mujer es porque tú tampoco. Porque me amas. Y jamás dejarás de hacerlo.

—¡No seas absurda! ¿En serio crees qué en medio de esta guerra pensé en iniciar los trámites? ¡Aquí la prioridad era luchar contra esos fascistas y sobre todo sobrevivir! Daphne. Acepta de una maldita vez que lo nuestro se ha acabado. Al menos por mi parte. No siento nada por ti. Nada. Haz el favor de largarte y en cuanto te mande los papeles firmarlos.

Ella lo apuntó con el dedo.

—Si quieres ser libre deberás luchar por ello.

—Pues yo también lucharé con uñas y dientes. Me libraré de ti y no obtendrás ni un penique.

—¡Me importa una mierda tú dinero! –explotó Daphne.

—¿Y debo creer que quieres seguir siendo la esposa de esto? –inquirió, mostrando por primera vez amargura en la mirada. Pero fue un instante. La inmensidad azul se tonó añil y golpeándose las piernas, gritó: ¡No me puedes engañar! Has roto la palabra que me diste y quieres sacar tajada del divorcio. ¡Ninguna mujer cargaría con un hombre que no sirve para nada si no fuera por interés! ¡Ninguna!

—Has olvidado que yo no soy cualquier mujer. Pero no te preocupes. Te lo recordaré –replicó ella.

—Daphne. No…

Ella le dio la espalda, alzó la mano en señal de que se callara y salió de la habitación.

En cuanto cerró la puerta lloró con desgarro. Nunca esperó ver a Nath en ese estado. No por su invalidez; si no por ver que la esperanza ya no albergaba en él. Se había dado por vencido y a causa de ello la apartó de su vida. No obstante, esa medida no le serviría de nada. Conseguiría retornarle las ganas de vivir y en especial, la de volver a disfrutar del amor que estaba dispuesta a entregarle.

—Mi lady…

—¿Por qué está así? No… No lo entiendo… No.

—¿Podemos hablar, señora?

Ella se enjuagó las lágrimas.

—Sí.

Él abrió la puerta contigua y la invitó a pasar. Ella se dejó caer en el diván. Él le sirvió una copa de jerez y permaneció ante ella con las manos tras la espalda.

—Por favor, siéntate.

—Mi lady…

—Si sigues así estaré incómoda. Por favor.

Se sentó ante ella.

—¿Qué pasó? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Di? –preguntó Daphne nerviosa, frotándose las manos.

—Señora, serénese. Deje que le cuente.

—Perdona. Sí. Claro... Lo siento.

Él se aclaró la garganta.

—Mi lord estaba preparado para emprender el viaje hacia Nueva York. Pero estalló la guerra y se cancelaron los viajes de pasajeros.

—Lo sé por la primera y única carta que recibí de él. Y después… Nunca supe nada más de Nath. Pasé un infierno pensando que había muerto.

—Cuando ocurrió la desgracia él así se consideró. Tras salir del hospital se encerró en esta habitación. Se aisló del mundo. Dejó de ver a los amigos. Incluso a Adam. Al único que recibía era a James. Ese niño nos lo ha salvado de la muerte.

—James ha crecido mucho. ¿Verdad? Claro. Han pasado casi cinco años. Es lógico que no me haya reconocido. Cuando lo dejé era un bebé de apenas un año –dijo Daphne con tristeza.

—Si lo pensamos bien esa criatura ha sufrido sin percatarse. Primero la muerte de su madre, después la de su padre y ahora esto. Aún así, el niño es feliz.

—Por lo menos hay alguien que no está viviendo un tormento. Sigue contando, por favor. ¿Qué pasó?

—Cómo le dije le fue imposible partir de inmediato. Pero le aseguro que sí le comunicó lo que ocurría. Yo mismo llevé la carta al servicio postal. Imagino que las circunstancias hicieron que nunca

llegara a su destino. Derribaban aviones, barcos… Bien. Decía que cuándo pudo viajar su sobrino enfermó. El pequeño estuvo a punto de morir. Una neumonía. Por fortuna sanó. Pero la guerra ya estaba en pleno apogeo. Los viajes eran peligrosos. Pero eso al señor no le importaba. Estaba dispuesto a arriesgar su vida por volver junto a usted y entonces llegaron ellos, y lo estropearon todo.

—¿Ellos? –susurró Daphne.

—Gente del gobierno. Durante la guerra reclutaron a soldados veteranos, pero también a hombres que pudieran aportar su inteligencia a la causa. Cómo ya sabe el señor estudió arquitectura y con calificaciones extraordinarias. Mi lord fue uno de los elegidos.

—¿Cómo es posible? Nunca ejerció –comentó Daphne.

—A ellos no les importó. Argumentaron que el talento nunca descansa. Mi lord se negó, pues deseaba partir hacia América. Pero el gobierno tiene poderosas amenazas. Cárcel o libertad. Por supuesto, mi lord no tuvo más opción que ceder. Serían unos pocos meses y evitaría que al ir a la cárcel su abuela obtuviese la custodia del pequeño vizconde.

—¿Qué debía hacer?

—Lo ignoro, señora. Era un secreto de estado. Incluso el lugar donde realizaba las operaciones.

—Perdona que te interrumpa. Pero no entiendo la razón por la que no me comunicó de nuevo la razón de su retraso. ¿He de creer que también se extravió la carta?

—Por lo que sé, mí señor esperó a ocupar su puesto. No tuvo tiempo de escribirla. Al segundo día el edificio cayó bajo las bombas incendiarias. Fue una suerte que terminara así y no sufriera quemaduras. Quise informarla, pero no me lo permitió.

—Ya. Es un hombre orgulloso –musitó Daphne.

—No, mi lady. Es un hombre que lo ha perdido todo.

—No es verdad. Tiene a James, a sus amigos y a vosotros, y ahora a mí. Porque no pienso irme. Sacaré a Nath del pozo en el que esas enfermeras inútiles lo han abocado.

—En particular esa horrible señorita Smith. Nunca fue de mí gusto —refunfuñó Patrick.

—¡Menuda pieza! Puede que mi marido esté inválido, pero dudo que su inteligencia también esté discapacitada. ¿Es qué no vio que pretendía cazarlo? Yo lo he visto en apenas unos segundos. ¡Zorra!… Disculpe. No son modales dignos de una doctora –dijo Daphne.

—Ni tampoco para una aristócrata –le reprendió él.

—Patrick. No lo soy.

—Usted es más noble que muchas de cuna. Es toda una dama y una mujer extraordinaria. Otra en su lugar pedirá el divorcio, sacaría

una buena tajada y se largaría para siempre.

—No soy especial. Solo es amor, Patrick. Amor –dijo ella.

—Es una suerte que haya venido, mi lady. Estoy seguro que, a pesar de las apariencias, mi lord está feliz de su llegada. Aún así, dudo que consiga devolverle las ganas de vivir. Su estado lo ha desmoralizado hasta tal punto que a veces tengo miedo de que cometa una estupidez.

Daphne lo miró espantada.

—¿Lo crees capaz?

—Lamentablemente, sí. Él siempre fue activo y esta inmovilidad que lo ha convertido en un ser dependiente… No se…

—¿Qué dicen los médicos? ¿Ha quedado inválido?

—Hay diversidad de opiniones. Algunos opinan que hay una pequeña esperanza.

—¿De verdad? ¿Y por qué no va a un sanatorio para que puedan ayudarlo?

—Mi lord se niega. Supongo que no quiere ilusionarse y después comprobar que no hay remedio.

Daphne tomó aire por la nariz y se levantó.

—Pues a partir de mañana en esta casa se han terminado los derrotismos. Todo será muy distinto.

—Intentará convencerlo de qué debe aceptar más opiniones y dudo que acepte.

—Patrick. Parece mentira. ¿Es qué no me conoces?

A él se le iluminó el rostro.

—Por supuesto que sí, mi lady. Usted es la única capaz de que el señor obedezca cómo un corderito. Y lo hará.

—Iré a prepararles la cena, señora.

—Gracias.

Chuck, en cuanto el mayordomo salió, entró en la salita.

—Estoy que me muerdo las uñas. ¿Puedes ser tan amable de explicarme qué pasa?

Daphne le contó lo acontecido.

Chuck, tras su relato, parpadeó incrédulo. Siempre tuvo la convicción de que Nath la había descartado de su vida y que volvió a su antigua existencia de crápula. Pero lo que le estaba contado, jamás.

—Te dije que él tenía una razón poderosa para alejarme de él.

—Pues no entiendo, Daphne. Si te sigue amando…

—Por eso mismo. No quiere que sea un lastre. Está empecinado en que me largue.

—¿Y qué harás?

Ella alzó la barbilla y lo miró enojada.

—¿Cómo qué que voy a hacer? Es mi marido y el hombre que amo. No lo abandonaré. Por el contrario. Haré todo lo que esté en mi

mano para intentar, si hay una posibilidad por mínima que sea, de que se recupere.

—Lo conocemos y es muy testarudo. No te lo permitirá.

Daphne delineó una sonrisa.

—¿Es qué no has sido testigo del poder que ejerzo sobre Nath? Si digo que seguirá mis disposiciones, lo hará. Por el momento, iremos a Londres.

—¿Para qué?

—Patrick me ha dado varias direcciones de los doctores que visitaron a mi marido. Iré a consultarles los resultados. Si es cierto que tan sólo uno de ellos dijo que podía volver a caminar, nos proveeremos de lo necesario para la terapia. Por lo que, mañana al amanecer saldremos.

## 41

Patrick entró en la habitación y dejó la bandeja.

—¿Se ha marchado Daphne?

—Sí, mi lord. Rayando el amanecer.

—Bien. Es lo mejor –musitó Nath.

—Hoy le he preparado un desayuno especial.

—No tengo apetito.

—Señor…

Nath alzó la mano.

—Déjame solo.

Su mayordomo obedeció a regañadientes y se marchó.

Nath miró a través de la ventana sin ver nada. Lo único que apreciaba era el dolor que de nuevo experimentó su adormecido corazón.

—¿Por qué has tenido que volver? Estaba casi curado de tu enfermedad y ahora… ¡Maldita sea, Nath! No puedes recaer en esa obsesión. No sueñes en lo que nunca será. Ya se ha ido para siempre de tu vida. Es mejor que la olvides.

La puerta se abrió sin el menor cuidado.

—¡Tío Nath! ¡Ayer vino mí tía! ¿Sabes? Estoy muy contento; porque todos los demás niños tienen tíos y tías. Y yo no tenía tía. Pero ahora sí tengo una tía. Y la más guapa del mundo. ¿Verdad?

—No, James. No es tú tía.

Él le mostró una foto.

—Ella dijo que sí y Patrick también. Mira. Este niño soy yo, y estamos juntos. ¿Por qué no ahora? ¿Estás peleado con Daphne? ¿Por qué no quieres que sea mí tía?  ¿Ya no te gusta?

Nath la miró. Aquella instantánea fue tomada en el parque por un fotógrafo callejero. Eran los días en que su guerra particular había dado paso a una tregua llena de amor y felicidad. Una dicha que jamás volvería a experimentar. Daphne al fin comprendió que lo mejor era comenzar una nueva vida; mientras él sobreviviría gracias a los recuerdos.

—¿Por qué lloras, tío?

Él se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No lloro, cariño. Es… alergia.

—Yo no lloro, pero estornudo con la pimienta cuando la huelo. ¿Tú estornudas? ¡Uy! ¿No comes esto? ¡Lo ha hecho Daphne y está buenísimo! ¿Puedo comer yo?  ¿Puedo?

Nath volvió la mirada hacia la bandeja.

—¿Daphne lo ha hecho? ¿Cuándo? –inquirió al ver la fuente de natillas, con el toque especial y único que ella le imprimía.

—Esta mañana.

—Patrick me ha dicho que se ha marchado.

—Sí. Ha ido a…

El carraspeo de la doncella los interrumpió.

—Mi lord. Vengo que recoger sus cosas.

—¿Mis cosas? –se extrañó él.

—El señor Homessel me lo ha ordenado. ¿Puedo? –respondió ella abriendo la cómoda.

Nath hizo rodar la silla hasta ella y cerró con brusquedad el cajón.

—No. No puedes y dile a Patrick que suba de inmediato. Y llévate a James. ¡Ahora!

La muchacha escapó de su ira a toda velocidad junto al pequeño. Llevaba tres meses en la casa y aún no estaba adaptada al irascible carácter de su señor.

—¿Me llamaba, mi lord?

—Déjate de formalidades y aclárame ahora mismo que es eso de trasladar mis pertenencias. ¿Quién eres tú para tomar decisiones? ¿Has enloquecido? ¿Acaso quieres perder el empleo?

Patrick permaneció impasible, tieso como un tablón; cómo el perfecto mayordomo que era.

—Me limito a seguir órdenes.

—¿Órdenes? ¿Me tomas el pelo? ¡¿Órdenes de quién?!

—De la señora.

Nath parpadeó confuso.

—¿De Daphne?

—Sí, mi lord.

—Esa mujer ya no forma parte de nuestras vidas. Lo que dijera ya no importa, pues se ha ido para siempre. Métete en la cabeza que únicamente puedes seguir mis instrucciones. ¿Entendido?

—Entiendo. Pero mi lady no se ha marchado. Ha ido solamente de compras. No piense que es por caprichos. Es por algo esencial. Ya sabe que ella es juiciosa. ¡En fin! Dijo que regresará antes de la cena.

Nath gruñó.

—Está bien. Que se quede esta noche. Sin embargo, mañana que se largue. Sin discusión alguna o juro que mi ira caerá sobre vosotros.

—Temo que no será posible. Su esposa se ha empeñado en instalarse en la casa.

—¿Qué? ¡Inadmisible! Le ordené que se fuese –mustió Nath.

—Ya sabe cómo es, mi lord. No la detiene ni la muralla de China si está dispuesta a conseguir su meta. Es capaz sin despeinarse de sacar uno a uno los ladrillos. Nunca he conocido a una mujer igual. Es única.

Nath no pudo evitar una sonrisa. Tenía razón. Daphne era especial. Sin saberlo, lo supo en el mismo instante que la vio soltando el saco donde pensaba llevarse sus pertenencias. En realidad, fue en ese momento cuando su corazón cayó en su red. Lo atrapó para siempre. Llenó su miserable existencia de posibilidades maravillosas. Y se las otorgó. Nunca fue tan feliz. Después llegó la oscuridad, el

infierno de esa silla de ruedas y su ausencia. Y ahora había vuelto. Nada pudo hacerlo más feliz y al mismo tiempo tan desgraciado; porque ya no cabían más posibilidades para ellos.

—¿Y qué se ha propuesto?

—Algo muy importante. Y si me lo permite decir, estoy de acuerdo con ella.

—¿Y qué es eso tan trascendental?

—Que mi lord vuelva a caminar.

De nuevo en el rostro de Nath se reflejó la cólera.

—No hará nada de eso.

—Pero señor…

—Puedes retirarte –dijo.

—Como mande mi lord.

Nath giró la silla y se colocó ante la ventana. ¿Por qué la Vida era tan cruel? ¿Acaso no bastaba con dejarlo impedido? No, claro que no. Ahora deseaba torturarlo manteniendo junto a él a la mujer que amaba con locura y que nunca más podría ser suya.

—No puede ser –susurró al ver la figura que descendía del carruaje. Pestañeó repetidamente y miró de nuevo. No. No era una alucinación. Era un fantasma del pasado. Pero bien real. Jadeando con angustia, gritó: ¡Patrick! ¡Patrick!

El mayordomo acudió presto.

—Mi lord.

—Impide que esa mujer entre.

—Señor. Mi lady…

—¡No estoy hablando de Daphne! ¡Ve antes de que alguien abra la puerta! ¡Corre!

Pero cuando Patrick llegó al hall la mujer ya estaba dentro. Alzó la mano y despidió a la doncella.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? –preguntó a la anciana delgada cómo un junco y con cientos de arrugas surcando su hosco rostro.

—Deseo ver a Lord Laymore.

—Lamento comunicarle que el señor no está disponible. Si me deja su tarjeta le informaré de su presencia y decidirá cuándo puede recibirla.

—Soy Robina Thynne. Y nadie va ha impedir que vea a mí nieto.

La mejilla de Patrick se movió ligeramente.

—Soy un simple mayordomo, mi lady. No tengo poder de decisión. Sigo órdenes de mi señor. Y en este momento no quiere ser importunado.

Ella le dedicó una sonrisa maléfica.

—Ni yo irme por dónde he venido. ¡Aparta! –dijo la mujer

empujándolo. Se dirigió a la escalera y comenzó a subir.

—¡Señora! –exclamó Patrick, siguiéndola.

Robina no lo escuchó.

## 42

Robina Thynne abrió una puerta tras otra hasta que dio con Nath.

Él tragó saliva. El terror del pasado regresó. Pero esta vez esa mujer malvada aún era más terrorífica. El tiempo la había transformado en una de esas brujas de sus cuentos infantiles.

—¿Qué haces aquí?

Ella alzó la comisura del labio y paseó sus ojos gélidos por la figura de su nieto con evidente desprecio.

—Me enteré de tú digamos… desgracia; por cierto por boca de otros y he querido visitar a mí querido nieto.

—Si no te informé fue porque no quería saber nada de ti. Por otro lado, dudo mucho que te sientas preocupada por mi estado –siseó Nath.

—¿Pensaste que no te encontraría? Nadie puede esconderse de mí por mucho tiempo. Ya lo sabes. Y mucho menos ocultarme los acontecimientos familiares. Murió mi adorado James y ni tan siquiera pude asistir al entierro –le echó ella en cara.

—Tú nieto preferido dejó de tratarte. Y en su testamento especificó que no te quería presente. Y ahora, que ya me has visto, lárgate de mí casa. No eres bien venida –logró decir Nath.

Su abuela dejó escapar una profunda carcajada.

—¿Tú casa? Dirás del futuro vizconde. Por cierto. ¿Dónde está

mi bisnieto? Me gustaría conocerlo.

Nath apretó lo puños.

—Nunca lo verás.

—No podrás impedírmelo. Más bien, te diré que pediré la custodia –aseguró ella.

—Antes tendrás que pasar sobre mi cadáver –masculló él.

—No será necesario. Cualquier juez me la concederá debido a tu desgraciada situación y tu pasado tan tempestuoso. Estando impedido, sin apenas capital y abandonado por su esposa, tengo las de ganar.

—Se equivoca.

Robina Thynne se volvió.

—¿Quién eres tú? –preguntó observando a la muchacha de aspecto angelical.

—Lady Daphne Laymore. Y por lo que sé de usted, deduzco que es la abuela de mi marido.

—¿Te han hablado de mi? Al parecer, no he sido ignorada por mis nietos.

—Por sus acciones es imposible no olvidarse de usted –dijo Daphne con retintín.

—Querida. A pesar de lo que penséis, siempre he hecho lo mejor para mí familia. Pero en ocasiones una no es comprendida.

—Porque sus métodos fueron crueles –replicó Daphne, con tono airado.

—Los niños deben ser educados con mano dura para llegar a ser unos hombres de verdad.

Su nieto soltó una risa cáustica.

—¿Llamas a tus torturas educación? ¡Fuiste lo peor para nosotros!

—Tú hermano, en gloria esté, llegó a ser un vizconde ejemplar. Pero tú… Siempre te consideré un caso perdido. Y durante años me has dado la razón. Toda Inglaterra era conocedora de tus correrías y vergüenzas. Y por una vez que intentas hacer lo correcto, ahí lo tienes.

—Su nieto se ha sacrificado por su patria –apuntilló Daphne.

—En eso debo darte la razón. Sin embargo, no es garantía de que eduque a mi bisnieto como se debe. El lobo, aunque crezca entre humanos, siempre esconde la fiera que lleva dentro. Por eso no quiero que el heredero tenga la influencia de un fracasado como Nath.

—No le consiento que hable así de mi esposo. Es un hombre magnífico y eso a pesar las torturas que usted le inflingió –protestó Daphne.

La anciana la miró con arrogancia.

—Qué ardiente defensa. No me extraña viniendo de una mujerzuela barriobajera cómo tú.

Nath hizo rodar las ruedas de la silla y se enfrentó a su abuela.

—¿Cómo te atreves a ultrajar a mi esposa? Daphne es mucho más dama que tú.

—Una manzana reluciente puede estar podrida por dentro. Tu mujercita no es más que fachada.

—Ya hemos soportado suficiente tiempo tus insultos. Lárgate. Desaparece de nuestra vida para siempre –siseó Nath.

—Sabes que nunca he cumplido tus deseos –se burló ella.

—Se atreve a venir a nuestra casa e insultarnos. ¿Y se regodea de ser una gran señora? No es más que una mujer amargada. El único sentimiento que alberga en ese corazón de piedra es la maldad. Y no permitiremos que emponzoñe la felicidad de la que ahora goza nuestro sobrino. Nunca le entregaremos a James. ¿Le ha quedado claro? –dijo Daphne.

Robina ladeó la cabeza y les lanzó una mirada de hielo.

—Vosotros no, pero sí un juez. ¿Y sabéis por qué? Porque no sois más que dos desgraciados que tienen aspiraciones de aristócratas. Y tú un tipo que jamás ha movido un dedo para fomentar el bienestar de la familia. Un tipo que ha preferido vivir entre putas, ladrones y golfos. ¿Y tú, querida? No eres más que la hija de un deshollinador. Una mujer que, a saber que ha hecho para conseguir costearse los estudios en la universidad; y que cuándo logró su meta se separó de su marido durante años. Seguro que si indagamos encontraremos algún que otro trapo sucio, un amante que te ha solazado la estancia en Nueva York o tal vez una legión de ellos.

—Eres despreciable –siseó Nath.

—Expongo la realidad.

—Una realidad que dista mucho de la verdad. Mi esposa es una mujer decente y lo demostraremos.

—Muy seguro te veo. ¿Acaso estuviste presente durante esos años? –inquirió su abuela mirando con descaro a Daphne.

—La maldita guerra lo impidió. Pero confío plenamente en mí esposa. Daphne no me traicionaría jamás.

—Veremos si ha sido merecedora de tu confianza. Bien. Ya he dicho lo que tenía que decir. Recibirás la citación para el juicio. Buenas noches –sentenció Robina. Dio media vuelta y se marchó.

Nath se frotó el rostro con desesperación.

—Esto es una pesadilla.

Daphne se arrodilló ante él y le tomó las manos.

—Cariño. Lo resolveremos. ¿De acuerdo?

—¿Cómo? Esa mujer tiene mucho poder. Logrará que me quiten a James.

—No. Adam nos ayudará.

Nath sacudió la cabeza con énfasis.

—No hay juez que no conozca a Robina Thynne. Dictaminarán a favor de ella. Es inútil luchar.

—No puedes rendirte. Tú y yo…

Él la miró con frialdad.

—¿Qué no entendiste ayer, Daphne? No hay ningún tu y yo. ¡No lo hay! Lo que quiero es que me dejes en paz.

—No me iré y menos en este momento. Llamaré a Adam.

—Te prohíbo que te metas en mis asuntos.

—Esos asuntos también son los míos. Porque aún soy tu esposa –se negó Daphne.

—Me divorciaré –sentenció él.

—Nunca te concederé la separación –aseguró ella. Se levantó y lo dejó solo.

—Me da igual. En realidad, todo me da igual. Tú, James, mi vida –cuchicheó Nath. Y en su rostro se reflejó una enorme tristeza.

A Nath, a pesar de su voluntad, le era imposible vencerla. No podía dejar de mirar a Daphne cómo daba instrucciones al jardinero. El pobre hombre sacudía la cabeza negándose a complacerla por temor a su señor. Por supuesto, ella no se rindió y al final ganó la batalla. Cogió la cesta con las semillas y se alejó hacia el centro del jardín. El mozo de cuadra y el cochero, sin osar rechistar, cargaban con sillas y mesas para instalarlas en el porche acristalado.

Daphne, tras cumplidas sus disposiciones, alzó la mirada hacia la fachada de la mansión. Nath la estaba observando. Le dedicó una enorme sonrisa y él se apartó de la ventana.

—Harás lo que yo te diga; a pesar de las trabas que me has puesto en el camino –masculló determinada a terminar la situación.

Por lo que, ante la poca colaboración del servicio, los reunió a todos.

—Ante todo, gracias por vuestra presencia; pues sé que habéis recibido instrucciones muy precisas de que no debéis seguir mis órdenes. Y lo entiendo. Lord Laymore es vuestro señor. Sin embargo, tengo que decir que con esta actitud sumisa lo estáis perjudicando. Y os preguntaréis la razón por la que llego a esta conclusión. Es fácil. Cómo sabéis soy doctora y he consultado con algunos colegas que lo atendieron y he llegado a la conclusión que lord Laymore tiene posibilidad de poder volver a caminar con mis indicaciones y al negaros a apoyarme estáis impidiéndola.

—¿De verdad puede curarse? –preguntó con timidez la ayudante de la cocinera.

—Al menos, intentaré que así sea. Pero para ello necesito vuestra ayuda o no podré darle esa oportunidad. Necesito que me apoyéis.

Ellos dudaron y Patrick intervino.

—Mi lady tiene razón. Ya sé que es contradictorio que desobedezcamos a nuestro amo. Sin embargo, tenemos que ser coherentes y admitir que la actitud de él no es la correcta. Mi lord se ha dejado vencer y tenemos la obligación de ayudarlo a salir de este pozo en el que ha caído. Tenemos que hacer todo lo posible para que pueda volver a ser el de antes y siguiendo sus instrucciones no saldrá de esta depresión, y eso no propiciará que desee recuperarse.

—Pero podemos perder el empleo si le desobedecemos –apuntilló el chofer.

—Nadie os despedirá. Lo prometo. Por favor. Si apreciáis a vuestro señor, ayudadme –dijo Daphne.

—¡Yo lo haré, mi lady! Y los demás también. ¿Qué debemos hacer, señora? –dijo la cocinera.

—Usted cocinará las recetas que le indicaré. A partir de ahora en esta casa se comerá sin excesos. Hay que mantener delgado a mi

esposo. Las libras de más no son buenas para los huesos. Patrick, usted se encargará de preparar la nueva habitación del señor y trasladarlo. Sé que le será difícil, pero hará lo necesario. Lo que sea. ¿Me comprende?

—Por el bien del señor estoy dispuesto, mi lady. ¿Y dónde será reubicado?

—La escalera ha sido una excusa perfecta para aislarse del mundo. Ahora le obligaremos a dejar esa cárcel que se ha impuesto al colocarlo en la salita de invierno. Deberá relacionarse con nosotros. No volverán a llevarle la comida a la habitación. El señor comerá en la mesa junto a su familia, como así debe ser.

—Una decisión muy acertada, señora. Hay que mostrarle que merece la pena luchar. Le devolveremos las ganas de vivir.

—Betty y Wilma se ocuparán de los enseres de mi lord. En el salón de verano colocaremos los instrumentos necesarios para los ejercicios. Están en el cobertizo. Bradford te encargarás del montaje. No te será complicado. ¡Ah! Y también instala la bañera adecuada que he comprado para las necesidades del señor. ¿Alguna pregunta? ¿No? Bien. Pues, por el momento eso es todo. Gracias por vuestro apoyo. Podéis regresar a vuestros quehaceres.

Patrick la miró con orgullo.

—Ha llevado la situación con gran entereza. Me alegro que el señor decidiera convertirla en su esposa. Hizo la elección más inteligente. Siempre, a pesar de lo que pueda pensar, lo intuí. Pero ahora tengo total convicción. Y sé que conseguirá que se recupere.

—Me esforzaré, pero sólo Dios tendrá la última palabra. Ahora comienza con los preparativos. Vacía la salita y haz que bajen los muebles de la habitación verde. Cuanto antes comencemos, antes iniciaremos el tratamiento de Nath.

—Sabe que deseo que el señor se recupere tanto como usted. No obstante, será un tanto peliagudo. Conocemos a mi lord y no colaborará lo más mínimo.

—Lo hará si lo estimulo.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, Patrick. A pesar de ello, te aseguro que conseguiré llevarlo por donde quiero. No me daré por vencida.

—Será duro y en ocasiones doloroso para usted.

—Lo sé. Aún así, lo intentaré. Pero primero te rogaría que me preparases té.

—Enseguida, mi lady.

Tras tomar la taza humeante decidió visitar a Nath.

Desde el quicio de la puerta lo observó. Al igual que las demás veces estaba ante la ventana.

—Podrías disfrutar de ello, pero te has negado encerrándote –le

dijo.

—¿Qué haces aún aquí? Te dije que te largaras –le espetó él.

—Y yo que no tenía la menor intención de abandonarte. Por el contrario, me he propuesto ayudarte.

—No necesito nada de ti.

—Es lo que tú te crees.

Él hizo girar la silla y se enfrentó a Daphne.

—Te conozco y sé que estás empeñada en salirte con la tuya. En esta ocasión no ganarás.

—Esto no es un juego, Nath. Hablamos de tú salud. Me he informado y sé que hay perspectivas de que puedas recuperarte.

—Los médicos se equivocan. Yo más que nadie sé que estas no se moverán nunca más. No volveré a ser el hombre que conociste. Vuelve a Nueva York, acepta un trabajo en ese fabuloso hospital y vive.

—No quiero ir a ninguna parte ni vivir nada que no sea contigo.

Él golpeó los apoya manos de la silla.

—¡Joder! ¿Es qué no comprendes que nunca podrás formar una familia? ¡Soy un incapacitado! ¡Ya no soy un hombre! ¡Deja de perder el tiempo y de molestarme! ¡Sal! ¡Vete! ¡Vete!

—Esta pataleta no te servirá de nada. Ya he decidido que hacer contigo y obedecerás. Mañana te cambiarás de habitación. Te instalarás abajo. Ya he mandado acondicionar la salita de invierno. Hace cuatro años que no disfrutas del aire libre y del sol por estar en este cuarto. Pues se acabó el derrotismo y permanecer aislado del mundo. Con el cambio podrás salir al exterior, comer con nosotros e incluso pasear por la finca.

—Será ardua la misión que te has impuesto; porque nadie te secundará. He dejado muy clarito que si alguien lo hace será puesto de inmediato de patitas en la calle.

—Ya me he encargado de esa cuestión. Tus amenazas no han surtido efecto ante mis explicaciones. El servicio está ahora bajo mis decisiones.

—Patrick no lo consentirá.

—Él ha sido el primero en secundarme.

—¡Traidor! Me las pagará –masculló Nath.

—Al contrario. Tú deberás recompensarle con gran generosidad cuando consigamos que abandones esta maldita silla –refutó ella.

—No podrás obligarme.

Daphne le dedicó una sonrisa prepotente.

—Por supuesto que lo haré.

—¿Y cómo piensas obligarme?

—Ya lo verás.

Él dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¿Es qué no ves que perderéis el tiempo? Durante meses los médicos me torturaron para que intentara ponerme en pie y fue imposible. Y ahora llegas tú y te empeñas en lograr una quimera. No volveré a caminar. ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡Nunca! Así que, déjame en paz de una maldita vez.

—Olvidas que estás ante una doctora brillante.

—Especializada en enfermedades del corazón.

—Precisamente por eso conseguiré lo que otros no pudieron hacer. ¿Y sabes la razón?

Nath, por primera vez, mostró una chispa de vida en la mirada.

—No. Ilumíname, querida.

Daphne ladeó la cabeza y con voz seductora dijo:

—Porque cuando cure tú corazón herido, el cuerpo deseará también sanar. Ahora, si me disculpas, tengo que atender a mí sobrino. ¡Ah! Se me olvidaba. Sé que simulas no tener interés por el caso Thynne. Aún así, te informo de que Adam cree sinceramente que tu abuela puede perder el juicio.

—Siempre ha sido un idealista; lo cuál es incongruente siendo abogado.

—Existen muchas incoherencias, querido. Buenos días.

Nath la miró salir y dos lágrimas escaparon de sus ojos.

—Nunca podré darte lo que me pides, mi amor.

Nath se enfrentó a Patrick.

—No saldré de esta habitación. Ve y díselo.

—Mi lord. Ya sabe lo que ocurrirá. Volverá a enviarme a usted. Usted a ella y será una rueda de nunca acabar. ¿Por qué no cede? Al fin y al cabo, solamente es un cambio de habitación.

—¿Eso crees? No, Patrick. Esto es una guerra de poderes. Y la pienso ganar yo.

—¿Ganar significa para usted quedar de por vida en esta silla? No se yo si eso será una victoria, mi lord.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan impertinente? Ten cuidado o la protección de esa entrometida no te servirá de nada. Cuándo menos lo esperes puedo mandarte al cuerno. Y te aseguro que allí la vida no será tan fácil para ti.

Su mayordomo, sin mover una pestaña, dijo:

—Permita que lo dude, señor. Con decir que he estado a su servicio durante diez años, serán referencias suficientes para emplearme en la mejor casa de Inglaterra.

—Contengo mí ira porque sé que esta actitud está fomentada por esa mujer insoportable y que todo retornará a la normalidad en cuanto se marche. Ahora baja y dile que seguiré aquí. ¡Ah! Y tráeme una copa de brandy. Bien llena.

—¿De mañana?

Nath le lanzó una mirada gélida.

—Como ordene mi lord.

Nath se mordió el labio inferior con gesto nervioso. Daphne debía desaparecer de su vida. Ya casi había conseguido no recordarla a todas horas y con su regreso estaba otra vez en el infierno. Tenía que hacer algo para que se marchara. Algo que le asqueara tanto que no querría volver a verlo. ¿Y si…?

—Aquí está la copa, mi lord. Y… ¿Sonríe?

—¿Qué hay de extraño?

—Bueno. Es la primera vez en años que veo una sonrisa en su rostro. ¿Podría saber a qué se debe?

—No, Patrick. No puedes saberlo. ¿Y bien? ¿Ha desistido la señora?

—¿De verdad necesita respuesta? –dijo el mayordomo entregándole el brandy.

Nath dio un sorbo.

—Esa mujer terminará con mi escasa paciencia. Pero pronto se irá. Lo tengo todo pensado y…—Calló al dar el segundo sorbo.

Contrajo la nariz y dijo: Este brandy tiene un sabor muy peculiar.
—Por supuesto, señor. He decidido abrir una botella de diez años.
—¿Por qué rayos has hecho algo tan ilógico? ¿Ya has olvidado tú oficio? –le reprochó Nath.
—En absoluto. Pero me he tomado la libertad, dadas las circunstancias, al suponer que usted no tiene ni tendrá intención de celebrar nada, no desperdiciar tan excelente licor. ¿He hecho mal?
—Mirado así, no –aceptó Nath dando otro sorbo.
—La señora Cooper me ha informado que hoy ha preparado pastel de carne y salmón. ¿Desea algo distinto?
—No. Lo que quiero es prepares todo para ir a Londres –le informó Nath apurando la copa.
—¿A Londres? –se asombró Patrick.
—Sí. ¿Qué te extraña? Ya me he cansado de la vida campestre. Quiero… Yo… ¿Has…? ¿Qué me pasa? La cabeza me da… vueltas…
El somnífero estaba haciendo efecto mucho más rápido de lo que supuso. Esperaba que la señora no se hubiera sobrepasado. Patrick se asomó al corredor e indicó con la mano a los que aguardaban que entrasen.
—Todo vuestro. Id con cuidado, por favor. No queremos lastimarlo aún más.
Bajó y se reunió con Daphne.
—Hecho. Ahí está.
Ella inspiró satisfecha al ver a su marido entrando en la salita.
—Tenemos que estar preparados para la tormenta que nos aguarda. Pero seremos firmes. Nada nos apartará de nuestros propósitos. Vamos.
Acostaron a Nath. Su rostro estaba lívido.
—¿Ha calculado bien la dosis, mi lady?
—La duda ofende. Lo que ocurre es que Nath lleva años sin tomar el sol. Con el tiempo puede perjudicar la salud. Nosotros subsanaremos esa falta. Ahora comprobemos lo más primordial. Pásame el maletín.
Él se lo entregó.
—¿Qué hará? –quiso saber al ver el pequeño martillo.
—Veremos si reacciona.
Patrick ordenó al resto del personal que los dejaran a solas.
Daphne golpeó las rodillas de su marido. No hubo reacción. Tampoco en los pies. ¿Tal vez estaba en lo cierto y nunca volvería a caminar? No. No perdería la esperanza antes de comenzar. Preocupada extrajo una aguja un tanto gruesa.
—Patrick. ¿Puede decirme si Nath tiene inutilizada la parte genital? Me refiero a qué si puede hacer sus necesidades de manera

voluntaria o no le es imposible controlarlas.

El hombre, a pesar de presenciar en el pasado los excesos escandalosos de su señor, no pudo evitar sonrojarse ante tan directa pregunta viniendo de una mujer.

—No te incomodes. Es una consulta médica. Es importante que me contestes.

—No, mi lady. Hace sus… Él solo. Ya me entiende.

—Perfecto. Eso nos indica que únicamente son las piernas las que no mantienen actividad. Eso nos da más esperanzas. Por favor, ponlo de lado.

—¿Le va a clavar eso? –se estremeció Patrick moviendo a Nath.

—¡No, por Dios! Probaré con un simple pinchazo. Así veré si hay reacción.

Primero tanteó en la parte final de la espalda. Ni un gesto de dolor. Conteniendo la respiración acercó la aguja a la pantorrilla. Pinchó con suavidad. Nada. Evitando que la desolación la obligara a llorar probó de nuevo clavando la aguja con más profundidad en la pierna. La mejilla de Nath se contrajo y emitió un leve gemido.

—¿Lo ha visto, mi lady? ¿Lo ha visto? –dijo Patrick muy emocionado.

Ella aseveró emocionada.

—Nath nunca ha estado paralizado.

—¿Cómo dice?

—En Estados Unidos investigan a fondo muchas enfermedades a consecuencia de la guerra. Y se han centrado en los problemas mentales. Han descubierto que una gran parte de soldados han experimentado traumas tan profundos que los han afectado físicamente. Algunos dejan de hablar o paralizan sus músculos.

—¿Y este es el caso de mi lord?

—Creo que sí tuvo un traumatismo. El nervio debió quedar lastimado. Creyó que estaba paralítico, pues al principio sí era real la inmovilidad. Su cerebro pensó que era para siempre y dejó de mover las piernas.

—Y los doctores que lo visitaron también pensaron que no tenía cura.

—Sin embargo, con ejercicio podrá volver a caminar. ¡Lo curaremos, Patrick!

—¡Dios la escuche, señora! Pero hay que considerar la negativa de mi lord. Hace unos minutos me ha dicho que deseaba regresar a Londres.

—¿Por qué?

—Argumentó que estaba cansado de la campiña.

Daphne arrugó la nariz al tiempo que sonreía.

—Conociéndolo, estoy convencida que planeaba alguna de las

suyas. Pero no ha contado con nuestras firmes intenciones. No podrá escapar. ¡Bien! En cuánto despierte, que calculo será en unas tres horas, que le den un baño. Preparas un traje y lo traes al comedor. Esta noche cenará en familia.

—Mi lady. Dudo que me permita ni tan siquiera rozarle un cabello.

—Es un pobre tullido. No podrá oponerse. A no ser que su cerebro reaccione ante la humillación.

—¿Es un tratamiento de choque? Me refiero a dejar de ser tan condescendientes con el señor.

—Exacto. Hay que demostrarle que la época de abatimiento ha llegado a su fin; que es hora de esforzarse por recuperar las ganas de vivir.

—Lo hará en cuánto le demuestre que podrá caminar. Ya lo vera, mi lady.

## 45

Nath despertó y aturdido miró a su alrededor. No era su habitación. Estaba en la salita de invierno. Parpadeó repetidamente por si se trataba de un mal sueño. Pero no. La visión era muy real.

—¿Qué demonios es esto? ¿Dónde me han metido? –gruñó; para después gritar: ¡Patrick, ven ahora mismo!

El mayordomo acudió presto.

—¿Si, mi lord?

Nath extendió los brazos indicándole el espacio.

—¡Qué mierda es esto! ¿Puedes explicar por qué estoy acostado en una cama en medio de la salita? ¿Eh? Espero que me digas algo que sea coherente –siseó.

—Órdenes de mi lady.

Nath alzó las cejas y apretó los labios.

—Debí imaginarlo. Del mismo modo que supongo he sido narcotizado para evitar que me negase. ¿Cierto?

—Así es, mi lord.

—¿Y puedes decir los motivos de este desatino? ¿Y la razón por la que has participado en esta felonía?

—Disculpe el señor, nada de eso. Ha sido por su bienestar.

—¿En serio?

—La señora pensó que estaría mejor en esta planta. No hay escaleras y podrá moverse con más libertad. También podrá salir al jardín, dar un paseo y…

Nath alzó la mano y lo hizo callar.

—¿Dar un paseo? ¿Dices dar un paseo? O eres imbécil o te burlas de mí –mascó entre dientes con ojos encendidos.

Daphne entró.

—Patrick. Puedes retirarte.

Los dejó a solas y cerró la puerta.

—Debería estrangularte. ¿Cómo te has atrevido a sedarme? ¿Es qué has enloquecido? ¡Joder, Daphne!

—Era el único modo de trasladarte.

—¿Qué pretendes, eh? ¿Volverme loco?

—Ayudarte a salir de este pozo.

—¡Tú no eres nadie para meterte en mi vida!

—Soy tú esposa y cómo tal tengo la obligación de cuidar de mi marido.

—Ya está el servicio para hacerlo. A ti te quiero bien lejos. ¿Cuántas veces debo repetírtelo para qué lo entiendas? ¿Es qué eres idiota?

—He comprendido. Tú, sin embargo, no has entendido que jamás me iré. Deberás soportarme hasta el día que mueras. Y no sólo eso. Aceptarás que te ayude a recuperarte. Y no digas que has quedado inútil. He comprobado mientras dormías que puedes volver a caminar. Tienes un porcentaje muy alto de recuperar la movilidad.

—Mientes.

Ella le dio la espalda. Agarró el pomo de la puerta y dijo:

—Un doctor jamás miente a su paciente. Es la primera norma que se aprende.

—¿Por qué estás empeñada en torturarme?

Daphne lo miró de nuevo.

—No somos nosotros lo que queremos mortificarte. Eres tú mismo quien se atormenta negando la realidad. Sé que es duro, pero la solución no es encerrarte en una prisión y aislaste de los seres que te quieren. Aquí podrás salir a tomar el aire, el sol e incluso ir a pescar a río. Y también comenzar con el tratamiento que he preparado para ti.

—¡Ni lo sueñes!

Ella optó por no replicar.

—Ahora Patrick te llevará al baño. En cuanto estés listo te espero en el comedor. A partir de ahora no volverás a comer solo.

—¡No iré! –rugió Nath, golpeando con los puños la cama.

—Pues, impídelo. Sé que puedes.

Ella salió y Patrick, junto al cochero y el jardinero, entraron. Nath sacudió la cabeza.

—No os atreváis o juro por Dios que mí ira caerá sin piedad sobre vosotros.

Los sirvientes, a pesar de su aspecto demoníaco, bajo la mirada estricta de Patrick, ignoraron sus amenazas y lo agarraron.

—¡Soltadme, desgraciados! ¡Deteneos o juro que os mataré! –bramó.

Nath forcejeó con los brazos, pero las piernas no le respondieron. Daphne le mintió. No podía moverlas. Ante una nueva comprobación de su inutilidad, dejó de resistirse. Le dio igual la humillación a la que lo estaban sometiendo. Se dejó llevar, que lo desnudaran y que lo metieran en la bañera. Tampoco abrió la boca cuando lo vistieron para la cena, ni al ser trasladado al comedor. Aún así, no le demostraría a Daphne debilidad. Se comportaría como el cabrón que fue hasta ahora.

Cuando entró en el comedor el corazón casi se le paraliza. Daphne estaba más bella que nunca. Bajó la mirada y la concentró en las piernas. Apretó los puños y los dientes.

—Bienvenido –dijo ella, sin poder evitar que su corazón saltara. Por un instante, a pesar de su rostro demacrado y estar más delgado, su marido le recordó al de antes. A aquél que le inyectó un sentimiento de amor eterno.

Nath aspiró por la nariz.

—No me vengas con ironías. No he venido por voluntad propia. Me habéis secuestrado.

Daphne zarandeó la cabeza para alejar los recuerdos.

—Siempre tan dramático. Esto ha sido una invitación. Patrick. Serviré yo la cena. Puedes retirarte –dijo mostrando indiferencia.

Él inclinó la cabeza y salió.

—¿A qué estas jugando, Daphne? Sabes lo que quiero —dijo Nath.

—Lo sé.

—Entonces, ¿a qué viene esta testarudez?

—Me empecino porque ese deseo que te empeñas en pregonar no es lo que en realidad quieres.

—¿Ahora puedes leerme el pensamiento?

—No me hace falta. Te conozco muy bien. Sé que aún me amas y piensas que debido a esta silla no puedes darme lo que necesito. Por ello quieres que te deje. ¿Me equivoco?

—No dices más que estupideces –masculló Nath.

—La cena se enfría. ¿Puré?

—No.
—¿Verduras?
—No.
—¿Lenguado?
—¡No quiero nada! Ni tampoco compartir mesa contigo. ¡Llama a ese traidor y que me lleve a la habitación!
Ella ignoró su estallido y se llevó a la boca un trozo de pescado.
—Es una pena que te lo pierdas. Está delicioso con esta salsa.
Él soltó una carcajada amarga.
—Como puedes apreciar la situación no es lo que se dice propicia para el buen humor.
—Esto, si quieres, puede cambiar.
Nath la fulminó con la mirada.
—¿Otra vez con lo mismo?
—Es qué puedes volver a andar.
—¡Joder! ¿Por qué demonios te empeñas en torturarme? ¡No necesito que me des falsas esperanzas!
—Procura no ser tan grosero –le pidió Daphne.
Él contrajo el rostro en un gesto de dolor.
—Daphne. Estoy cabreado y mucho. Más que eso. Furioso y enfadado con la vida.
—Y es lógico. La enfermedad, tu abuela…
—Sé que mi anterior vida no fue lo que se dice ejemplar. Pero… ¡Mierda! No merecía esto. ¡No! –exclamó con ojos húmedos, rabioso por no poder mostrarse frío ante ella. Daphne tenía la virtud de quebrar sus defensas y sacar de lo más hondo los sentimientos más secretos.
Ella se levantó. Separó la silla e inclinándose ante él le acarició la mejilla.
—No, Nath. No debes hundirte.
—¿Y qué puedo hacer? ¿Di?
—Luchar por volver a ser el de antes.
—Nunca podremos tener lo que tuvimos, Daphne. Mírame. Estoy muerto. No pierdas el tiempo ni tú futuro. Vete. Busca a un hombre que pueda amarte cómo mereces y forma una familia. Esta se está desmoronando. Mi abuela se llevará a James y yo… Vete. Si quieres ser feliz deber irte.
—Ahí afuera no encontraré a otro que me ame más. Pero tampoco deseo buscarlo. Porque ante mí hay un hombre que me ama tanto que está dispuesto a renunciar a mí y porque yo también lo amo con toda el alma –dijo ella inclinando el rostro.
—No lo hagas –le pidió él.
Daphne no atendió su ruego, posó sus labios sobre los suyos y lo besó. A Nath se le encogió el estómago. Ella esperaba su respuesta

llena de pasión, pero desde el accidente su cuerpo no reaccionaba a los estímulos sexuales.

—Es inútil. Déjame –musitó.

Daphne le rodeó la nuca con las manos y volvió a besarlo. Él intentó apartarse cuando de pronto algo se desató en su bajo vientre. ¿O fue una ilusión? Sí. Una sensación falsa. Con brusquedad se apartó.

—¡Para! –jadeó. Posó las manos sobre las ruedas y a toda prisa abandonó el comedor.

—Mi lord. ¿Qué le ocurre? –dijo Patrick, preocupado al ver su expresión desencajada.

—¡Aparta! –le espetó Nath. Abrió de un manotazo la puerta de la habitación y del mismo modo la cerró.



Nath cerró los ojos. Era la primera vez en cuatro años que su piel sentía el calor del sol y la brisa; aunque helada lo llenó de vitalidad. Y era muy agradable. Mucho. Pero jamás se lo confesaría a Daphne.

—¡Tío Nath! –gritó el pequeño James.

Nath sonrió con ternura. Nunca pensó que llegaría a querer al chiquillo tanto. Gracias a ello consiguió aferrarse a la vida. Más por él que por si mismo. Nunca permitiría que esa bruja interfiriera en su

vida para convertirla en un infierno.

—Ven –le dijo.

Sentó al niño sobre sus rodillas, le dio un sonoro beso en la mejilla y le revolvió el cabello.

—¿Vamos a rodar con la silla? –preguntó, emocionado.

—Eso es. ¿Te apetece?

—Sí. ¡Urra! Venga, tío. Y corre mucho.

—Eso no puedo hacerlo. ¿No querrás qué me caiga?

—No, tío. No. ¡Mira! Ahí está Chuck. ¡Vamos!

Nath se encaminó por el sendero que llevaba al jardín. James palmoteaba emocionado sin dejar de reír.

—Mi lord. Es un placer ver que se ha decidido a salir –dijo Chuck.

Nath observó el lienzo. Daphne estaba en lo cierto. El chico pintaba realmente bien.

—Tenía entendido que querías dedicarte a un estilo mucho más moderno.

—Y esas intenciones tengo. Pero Daphne se ha empeñado en que pinte algunos rincones de la casa para decorar las paredes. Y también quiere un cuadro de la familia. Ya sabe. Usted, James, yo, ella.

Daphne, que estaba cortando unas rosas, miró la escena asombrada. Por primera vez en días Nath abandonaba la casa. Y no pudo evitar emocionarse, en especial al ver en la cara de su marido un leve reflejo de felicidad.

—¿Ha visto eso? ¡No me lo puedo creer! –exclamó la sirvienta.

—Ni yo –susurró Daphne, esperanzada. Era un primer paso, sin duda.

—Nunca vi a mi lord tan contento. Hemos tenido mucha suerte de que usted viniera, mi lady. Espero que consiga convencerlo para que haga los ejercicios y que no vuelva a recluirse en su habitación –dijo Doris, su doncella personal.

—Llevo toda la semana intentándolo y se niega. Ya no sé que hacer –musitó Daphne.

—Usted encontrará el modo. Ya lo verá. ¿Cortamos más, señora?

—Es suficiente. Llévalas al salón.

Daphne se quitó los guantes y caminó hacia los seres que más amaba en la vida.

—¡Mira, tía! Es muy divertido. Yo también quiero pintar –dijo James.

Nath se detuvo de inmediato.

—¿Tú no estabas en el pueblo? –inquirió con enojo. Lo último que quería era que Daphne viera que había cedido ante una de sus

órdenes.

—Regresé hace una hora. Ha llegado un telegrama de Adam.

—Supongo que son malas noticias.

—No. Ha conseguido aplazar dos meses el juicio.

Nath sonrió con tristeza.

—Deduzco que por alegar mi nefasta salud.

—Algo bueno tenemos que sacar de esta adversidad. Como también me alegra verte aquí afuera. Me hace muy feliz que por fin comprendas que esto te beneficia.

—No te emociones, querida. Lo he hecho por James. Cariño. Ya es suficiente. Ve con ella.

—Yo quiero ver más –le pidió su sobrino.

—Por hoy he terminado. Nos vemos más tarde, Daphne –dijo Chuck recogiendo el caballete.

—Y tú, obedece a tu tía –rezongó Nath.

Daphne bajó al niño.

—¡Uf! ¡Cuánto pesas ya! Estás hecho todo un hombrecito. Venga. Es hora de acostarse. Después iré a darte el beso de buenas noches. ¿De acuerdo, mi amor?

James, canturreando, echó a correr.

—Es un niño muy alegre –comentó Daphne.

Nath frunció la frente.

—Pareces asombrada por ello. ¡Claro! Pensaste que el inútil de Nath le amargaría la existencia.

—No he insinuado nada parecido.

—Ya.

—¡Maldita sea, Nath! No me compares con esa bruja. ¡Señor! ¿Por qué te empeñas en ser tan desagradable?

—Porque lo soy.

Daphne apoyó las manos en la silla y le lanzó una mirada iracunda.

—Nath. Puedes insultarme, tratarme con desprecio e incluso ignorarme; no lograrás que te aborrezca. Sé que esto es pura fachada.

—Hablas sobre el hombre de aquel pasado donde todo parecía ir bien. Pero ya no lo soy. He cambiado –replicó él.

Ella le golpeó con el dedo índice sobre el corazón.

—Esto no ha cambiado. Y aunque no quieras, te obligaré a arrancarte la coraza que te has impuesto una vez más. Y sabes que cuando me propongo algo lo consigo.

Él la miró trazando una sonrisa prepotente.

—¿Del mismo modo que lo has hecho con tú absurda idea de volver a hacerme caminar? ¿O de qué comparta la vida contigo?

Daphne también sonrió.

—¿De dónde sacas la idea de qué me he rendido? Parece

mentira que no me conozcas. Harás lo que deseo y será por voluntad propia.

—De ningún modo –aseguró él.

Ella se dio la vuelta y regresó a casa; sin dejar de pensar en lo que podía hacer para demostrarle que no todo estaba perdido. Pero no se le ocurría nada más de lo que estaba haciendo.

—Patrick. Hoy cenaré algo ligero en mí habitación. ¿Ya han acostado a James?

—Sí, mi lady.

Daphne subió al cuarto del pequeño.

—¿Me lees un cuento?

—Claro.

Tras unos escasos minutos de lectura, el pequeño se durmió.

—¡Ay, mí niño! ¿Qué vamos a hacer con tú tío? El hombre que es ahora ha derrotado al que fue anteriormente. Le ha hecho creer que es un deshecho. Y yo no soy capaz de hacerle ver que puede deshacerse de este monstruo que está impregnando su cerebro de ideas falsas. Aún así no desistiré. No dejaré que rechace vivir en plenitud, ni que esta apatía le haga perder tu custodia. Te lo prometo, mi amor –dijo. Lo arropó, le besó la frente y marchó a su cuarto.

Doris le trajo la bandeja de la cena.

—¿Necesita algo más, mi lady?

—Eso es todo. Puedes ir a descansar.

La muchacha permaneció unos segundos ante ella con gesto preocupado.

—¿Se encuentra bien?

Daphne suspiró.

—Es cansancio. Sólo eso.

—Es por el señor.

—Sí. ¡Por Dios! ¡Es que es terco cómo una mula! Porque la verdad está ahí. Su cintura no está paralizada ni sus...—Calló al descubrir el incentivo que tal vez lo hiciera reaccionar.

—Por su expresión deduzco que ha encontrado la solución –opinó Doris, emocionada.

—Eso creo. Al menos lo intentaré. Doris. Ve a la habitación del señor y pregúntale si necesita algo. Después vuelve y me cuentas que está haciendo.

—Sí, mi lady.

Daphne aguardó paseando inquieta.

—¿Y bien? ¿Duerme? –preguntó con ansia cuando regresó Doris.

—Mi lord ya ha cenado y se encuentra sentado ante la chimenea leyendo un libro.

—Estupendo. Puedes retirarte y dile a Patrick que también

puede dar por terminada su jornada laboral.

—Pero... No lo hará, pues es él el que se encarga de acostar a mi lord.

—Pues hoy no. Haced lo que os digo –insistió Daphne con tono gélido.

—Por supuesto, mi lady. Buenas noches.

Daphne aseveró con expresión satisfecha. Conocía bien a Nath y lo que estaba a punto de hacer confirmaría a ese testarudo que su dictamen era el acertado. Porque sería incapaz de negarse a aceptar su propuesta. Mejor dicho, a resistirse.

—Prepárate Nathaniel Laymore.

## 47

Nath cerró el libro y se concentró en el fuego. Era hipnotizador. Una sugestión que te llevaba lejos de donde estabas. Y era lo que quería. Escapar del tormento en el que vivía y sobre todo de Daphne. Ella era su pasado glorioso y ahora su presente más doliente. Su presencia le recordaba a cada minuto el hombre que fue, con sus luces y sus sombras. Ahora solamente era oscuridad.

—Aún no quiero acostarme, Patrick –dijo al escuchar la puerta abrirse.

—Soy yo.

Nath se tensó. Alzó la mirada. Daphne ataviada con un simple camisón y su cabello dorado cayéndole en la espalda, bajo la luz de la chimenea se asemejaba a una ninfa. Un ser etéreo que lo miraba de una manera perturbadora.

—Sal –le ordenó.

Ella permaneció callada, cerró y caminó hacia él.

—¿Qué quieres?

Daphne continuó en silencio.

—¿Por qué no dices nada? ¿Qué tramas?

Ella se limitó a sonreír. Se levantó el bajo del camisón y se colocó a horcajadas sobre él.

—¿Qué haces? –jadeó Nath.

—Una comprobación científica.

—Esto… Esto no es… nada científico –farfulló él.

—Yo soy la doctora. Yo dictamino lo que es terapéutico o no.

Nath, tras la conmoción, recuperó la frialdad.

—Sé lo que pretendes y pierdes el tiempo –dijo con tono ácido.

—¿Eso crees?

—No es cuestión de fe, es un hecho —aseguró. Amaba con locura a esa mujer y a pesar de ello lo único que reaccionaba a su presencia era su corazón. Su hombría estaba muerta.

—Eres un neófito. No puedes ser tan concluyente.

—Sigues utilizando palabras para eruditos con tal de presumir de tu inteligencia. No has cambiado nada.

—Te equivocas. He aprendido a no rendirme.

—La testarudez no siempre es una garantía para la victoria.

—Pero sí cuando se conocen las debilidades del adversario —dijo Daphne. Alzó la mano y la introdujo bajo los rizos rojos. Nath no se apartó. Le probaría que aquello que anhelaba era un imposible. Ella inclinó la cabeza y lo miró directa a los ojos y susurró: ¿Y sabes cuál es tu debilidad? Esto que tienes aquí adentro. Yo conseguiré que dejes de infligirte un mal que no existe.

—Cualquier matasanos vería que mi mal no es del corazón, ni tampoco de mi cabeza. Doctora. Temo que te hemos sobrevalorado todos. Si te alejas de tu especialidad, no tienes la menor idea de cómo curar a un paciente. Así que, déjame. No me toques.

—¿Por qué? ¿A qué temes?

Nath contrajo los músculos de la cara.

—No temo nada. Lo que siento es vergüenza de ver cómo te humillas para conseguir un placer que nunca podré darte y en el caso hipotético de que pudiera, tampoco quiero proporcionarte. Lo que de verdad ambiciono es que desparezcas para siempre —siseó.

—Dices eso porque estás muy seguro de que el sexo ya no forma parte de tu existencia. Pero. ¿Y si te demostrara que no es así? ¿Y si al acariciarte así sintieras un hormigueo? –dijo Daphne. Y movió suavemente la yema de los dedos en su nuca.

Él alzó las manos y cogiéndole las suyas las apartó.

—Déjame en paz de una maldita vez –silbó.

—Cobarde –le espetó ella.

—Objetivo –refutó él.

—Te equivocas. Cuando uno lo es, es porque ha verificado la situación y tú no lo has hecho.

Nath le dedicó una sonrisa prepotente.

—He rememorado cientos de noches salvajes en el burdel y mi cuerpo no ha reaccionado.

—Porque solo me deseas a mí.

—¿Ah, si? Querida. Estas ante mi, medio desnuda, ofreciéndome placer, acariciándome y sigo muerto. ¿Te parece suficiente comprobación de que soy impotente, estimada doctora?

Daphne suspiró.

—Veo que tendré que utilizar una táctica más contundente para quitarse esa absurda idea de la cabeza —dijo. Y se desprendió del

camisón.

Nath parpadeó varias veces al ver su desnudez. La imaginó cientos de veces en tenerla así, amarla, hacerla gemir de placer; y ese recuerdo fue incapaz de inyectarle ni un ápice de excitación. Y ella, era una necia al no comprenderlo.

—¿Por qué me haces esto, Daphne? ¿Por qué te empeñas en atormentarme? No puedo hacer lo que deseas. Por favor, déjame –le suplicó en apenas un murmullo.

—Sí puedes darme placer de otras maneras. ¿O es qué también has perdido la memoria? –le susurró Daphne junto a la oreja.

Nath ladeó la cabeza.

—¿Es qué no tienes dignidad?

—Lo que tengo es rabia. Rabia al ver que te has rendido –respondió Daphne con irritación.

Nath enrojeció de ira. Cogió su mano y la llevó hacia su entrepierna.

—¿De verdad piensas que lo he hecho? Hace años, si te hubiese tenido así te habría amado como un loco. Pero comprueba por ti misma la realidad. ¡Joder, Daphne! ¡Juro por Dios que si pudiera...! Pero no puedo. No puedo ser el hombre que exiges. ¡No! —bramó.

Ella posó la mano sobre su corazón.

—No me importa si el fogoso Nath ya no existe. Quiero al hombre que siente con esto.

—No sería justo para ti. Pero sobre todo para mí. ¿Crees que podría ser feliz, Daphne? ¿Podrías serlo tú con un amor a medias? ¿Con un hombre que no podrá darte hijos? Sería un error. Lejos de mí podrás encontrar la dicha.

Ella no dijo nada y buscó su boca.

—La quiero encontrar ahora contigo.

—Daphne...

—Calla. Deja de pensar y siente –le pidió.

Él renunció a luchar. Dejó caer la cabeza hacia atrás. Ella lo besó con sutileza, para poco a poco aumentar la pasión. Nath permaneció inactivo. Daphne hundió la cabeza en su cuello y paseó la punta de la lengua por la vena latente.

—El miedo no existe, amor. Relájate.

Nath cerró los ojos. Ella continuó acariciándole, dejando la humedad ardiente grabada en el pecho. En el pasado esa simple acción lo hubiera hecho arder como una tea. Sin embargo, su cuerpo permaneció impasible. Apretó los dientes para que su frustración no lo obligara a llorar igual que un niño. Daphne percibió su angustia. De todos modos no se rindió.

—Acaríciame.

Nath abrió los ojos.

—Quiero sentir Daphne, pero no siento nada. No intentes forzar lo que no se puede —jadeó.

Ella alzó el torso y mirándolo con descaro tomó su mano y la llevó hacia su intimidad. Estaba muy húmeda.

—Sé que puedes darme más. No me lo niegues, cariño –dijo con voz ronca.

Nath tragó saliva. Estaba sumido en una gran confusión. Se sentía incapacitado y al mismo tiempo con el poder de hacer gozar a esa mujer tan maravillosa. Y tras dudar unos segundos alzó la mano y agarró a Daphne por la nuca.

—¡Maldita sea! Sé que me arrepentiré. Pero te daré lo que me pides –gruñó. La acercó a él y la besó con la misma fruición que siempre lo hizo, complaciéndola.

Ella gimió excitada. Se apartó y echó la cabeza hacia atrás presa de un placer exquisito. Él tomó uno de sus senos en la boca y con la mano libre acarició el otro.

—Sí, Nath. Sí. Puedes hacerme lo que quieras. Soy tuya. Lo sabes –susurró, respirando agitada.

—¿Codicias esto? –masculló él y la penetró con el dedo.

—Umm! Sí. Y también esto –suspiró Daphne, acercando las manos a su pantalón.

—¡No! –clamó él.

Daphne lo empujó con suavidad.

—Has aceptado mis condiciones. No te permito echarte atrás –dijo introduciendo la mano dentro del pijama.

—¿Ya estás convencida? –dijo Nath con tristeza.

—Aún no. Nath. Lo que debes hacer es déjate llevar y olvidarte de que tienes un problema. ¿De acuerdo? –le pidió acariciándolo.

—Daphne...

—Cierra el pico y continúa con lo que has interrumpido o juro que te mato si me dejas en este estado.

Él reanudó sus caricias. Daphne sintiendo cada vez más la fogosidad expandiéndose por cada poro de la piel, aceleró el ritmo de su masaje. Nath, con gesto derrotado, reclinó la cabeza. Jamás obtendría la reacción que esperaba.

—Nath –sollozó ella al borde del orgasmo.

Él la miró fascinado cuando el placer la asaltó. En esos momentos era cuándo Daphne estaba más hermosa. La atrajo hacia su pecho y la besó profundamente, absorbiendo sus gemidos; sintiéndose destrozado ante su falta de reacción. En ese instante la evidencia de que jamás podría curarse era evidente. Jamás volvería a ser el hombre que fue.

De pronto, ella se apartó.

—¿Qué ocurre? Estás decepcionada, ¿verdad? –se lamentó él.

—No. Mi amor. Todo lo contrario. Nath. Has…Has reaccionado.

Él sacudió la cabeza para negarlo.

—No he sentido nada. No. Te equivocas.

Daphne apartó la tela del pantalón para mostrarle la evidencia.

—No es posible –musitó impactado al ver la incipiente erección.

Ella aseveró sonriendo y al mismo tiempo sollozando.

—Te dije que había una posibilidad. ¡Nath, cariño! Puedes curarte. Con la terapia adecuada podrás caminar de nuevo.

—Pero… No lo comprendo. Desde el bombardeo nunca pude –dijo Nath sin poder contener la emoción.

Daphne acunó su rostro entre las manos y besó sus lágrimas.

—Tu mente te bloqueó. Esta es la evidencia. No estás impedido, Nath. Y si sigues confiando en mí, también te lo demostraré. ¿Confías?

—Confío –aseguró él percibiendo cómo en el pecho comenzaba a brotar la semilla adormecida de la esperanza.

Nath masculló un reniego.

—Mi lord. Debe tener paciencia.

—Lo dice el que no sufre estos dolores. Aún no comprendo cómo acepté esto.

—Ya conoce a mi lady. Es imposible que nadie pueda resistirse a sus deseos. Es una fuerza arrolladora.

Nath no pudo evitar una sonrisa evocadora. En las pocas semanas que llevaba junto a él consiguió que los vecinos la adoraran. Ninguna petición le fue desdeñada. Y era lógico; pues su esposa era una mujer extraordinaria. Poseía todas las virtudes que existían y él era el hombre más afortunado por ser su único dueño.

—Pero en lugar de llevarte al desastre te lleva al Edén —murmuró.

—Así es. Desde que nos la trajo la luz del sol entró en la casa. Le estamos muy agradecidos. Y yo aún estaré más agradecido si da un paso más. Por favor, mi lord. Un esfuerzo más.

Nath obedeció y apretó los dientes. Dolía y mucho. Aún así, no desistiría ahora que era consciente de que podía rehacer su antigua vida; de volver a ser feliz junto a Daphne. Nadie podía imaginar cuán amarga fue su existencia. No tan sólo por la invalidez. La ausencia de la mujer que amaba fue mucho peor. Añoraba su risa, sus enfados, su canto desentonado, sus besos, su cuerpo estremeciéndose. Ahora volvía a tenerla. Ahora su luz resplandecía junto a ellos. Sin embargo, no podía recuperar la felicidad. Daphne se desvanecería al igual que un espejismo cuando comprendiera que estaba junto a un medio hombre. Se marcharía y junto a ella James. Y él ya no querría vivir.

—¡Tío! ¡Ya caminas! ¡Qué bien! –gritó el pequeño James.

Nath sacudió la cabeza y forzó una sonrisa.

—Aún no, pequeño. Aunque pronto. Muy pronto. Lo prometo. Pero… ¿No debías estar dando clases?

—El señor Martínez ha salido al jardín. Lo he visto pasear con la tía.

Nath contrajo la frente.

—¿A pasear? ¿Por qué?

El pequeño alzó los hombros indicando ignorancia.

—Patrick. Por hoy es suficiente. Trae la silla y llévame con Daphne.

—Pero mi lord, aún queda media hora…

—¡Ahora! –rugió Nath.

El mayordomo obedeció.
Salieron al exterior. Patrick lo condujo por el sendero hasta alcanzar a la pareja. Los ojos de Nath se tornaron añiles al ver como su mujer le reía una gracia a ese tipo.
—Daphne —la llamó con tono abrupto.
Ella lo miró.
—¿Qué haces aquí? Deberías estar ejercitándote.
Él le indicó con la cabeza al preceptor.
—Y el señor Martínez dando clases a James. ¿No es así?
—Vine en busca de unas flores, mi lord. Para la clase de botánica pensé que era mejor una flor natural que una lámina –repuso él hombre.
—Pues ya las tiene. Regrese a su obligación –dijo Nath nada amistoso.
El maestro así lo hizo.
Daphne le lanzó una mirada de reprobación a Nath.
—¿A qué ha venido ese comportamiento tan grosero?
—He correspondido al suyo.
—¿Cómo dices?
Las aletas de la nariz de Nath se abrieron.
—Ese tipo estaba flirteando contigo y al parecer no te ha desagradado su actitud tan impropia, pues tú carcajada se ha podido escuchar desde el otro lado de la finca.
—¿Estás celoso? Bueno, es natural. Manuel es un joven atractivo y muy alegre; al igual que todos los españoles –dijo Daphne, divertida; pero al mismo tiempo sintiéndose tremendamente feliz. Ya no le cabía la menor duda de que su marido la amaba.
Sí. Nath lo estaba y mucho. Pensar que otro podía disfrutar de lo que él más amaba y mucho más ahora que estaba impedido, lo mataba. Nunca debió aceptar que contratasen a ese tipo. Pero en la vida admitiría las ganas de estrangularlo por intentar seducir a su esposa.
—¡No digas sandeces! Mi enojo es por que eres una mujer casada. Mí mujer. No puedes aceptar galanteos de otro hombre. Ni yo permitir que se sobrepasen. Y no lo consentiré más. Hoy mismo ese españolito dará su última clase.
—No seas exagerado. Ha sido solo…
—¡Ha sido lo que ha sido! Y no se hable más. Busca otro profesor; y a poder ser más profesional –exclamó Nath.
—Bien. Como ordene mi lord. Y ya que deseas que las cosas se hagan con corrección, comienza tú por aplicarte la norma. Aún no han terminado tus ejercicios.
—Por hoy he tenido suficiente.
—La pauta la índica la doctora. Patrick. Ya me ocupo yo de mí

esposo.

—Es mejor que siga él –objetó Nath.

Daphne le dedicó una sonrisa sarcástica.

—Por supuesto. Él es mucho más profesional. ¿No? Vamos.

Nath, una vez en el gimnasio, aferrado a las barras reanudó los entrenamientos.

—Da un paso –le ordenó Daphne.

Él siguió su indicación y contrajo el rostro.

—No seas tan blandengue. Deberías estar feliz de sufrir. Hace unos días no sentías nada.

—Ya. Pero no puedes ni imaginar cómo duele. ¡Es casi insoportable!

—Puedo porque soy dotora. Y también puedo decir que si sigues así podrás curarte antes.

—Llevas seis semanas torturándome y apenas he avanzado –se lamentó Nath.

—No es cierto. Ya has adquirido un poco de movilidad. Venga. Unos pasos más y terminamos. ¿De acuerdo?

Nath, dando pasos cortos, logró alcanzar el final de la barra.

—¿Lo ves? Ya puedes hacerlo sin mí ayuda –lo animó Daphne.

—Estoy agotado.

Daphne lo ayudó a tumbarse en la camilla.

—Ahora nos relajaremos —dijo levantándole la pierna.

—Punza –jadeó Nath.

—Lo sé. No obstante, tienes que aguantar si quieres obtener buenos resultados.

—Preferiría otros –dijo Nath mirándola con intensidad.

—Tenemos que ir paso a paso.

—La percepción de lo que se considera importante es relativa. Para mí es prioritario comprobar de nuevo si aún es eficiente mi hombría.

Daphne le aplicó crema en los muslos y dijo:

—Obedece a tú doctora. No tenses los músculos, por favor.

—¡Uf! Eres malvada –se lamentó Nath.

—Soy profesional –replicó ella, masajeándolo.

—Lo que tú digas –rezongó él.

—¿Te lastimo?

Nath negó con la cabeza y se concentró en el movimiento de las manos. Tenía que esforzarse en creerse que era capaz de reaccionar cómo antaño a sus caricias. No solamente en percibir que eran agradables. Porque su cabeza y su corazón anhelaban amarla cómo un hombre de carne y hueso. Pero para su desgracia, el cuerpo no respondía a su deseo. Y era necesario si no quería perderla. Daphne juraba amarlo y que se sentía satisfecha con sus caricias. Pero era

consciente de que eso no bastaba. La cruda realidad de su impotencia terminaría por alejarla de él y buscaría a otro que le reportara lo que su maldita enfermedad le negaba. Hijos, sexo… Cerró los ojos y evocó los momentos de pasión desenfrenada de antaño.

—¿Sabes una cosa? La señora Doofite nos ha invitado a su subasta de caridad. Por supuesto le he dicho que participaremos. Y antes de que intentes negarte, irás. ¿Entendido? Dentro de un par de semanas asistiremos a la primera vista en el despacho de abogados. Tenemos que demostrar a todos que somos una familia unida y estable para James –dijo Daphne.

Él permaneció en silencio. Recordó la última puja a la que fueron. Se perdieron casi todo el acto al esconderse en el invernadero para saciar su pasión desenfrenada. Las imágenes de sus cuerpos gimiendo entre orquídeas y tulipanes, en esta ocasión, lo golpearon con rudeza.

—No me estás haciendo caso –se quejó Daphne.

—Te… equivocas. Te tengo… muy presente –farfulló Nath al experimentar un ramalazo que le traspasó el vientre cuando los movimientos de las manos se acercaron a la ingle. Se le erizó el vello y la respiración se tornó más dificultosa.

—Mejor lo dejamos por hoy –dijo Daphne retirando las manos, no queriendo inflingirle más dolor.

Él abrió los ojos. Tenía la mirada turbia, como cuándo el deseo lo traspasaba con fiereza. Le aferró la mano posándola de nuevo sobre el muslo. Ella comprendió que deseaba. Un halo de esperanza brincó en su corazón cuando él, estremecido, se mordió el labio inferior.

—¿Estás sintiendo algo más qué dolor? –quiso saber Daphne.

Él le llevó la mano hasta su entrepierna. Ella notó su dureza.

—¿Cuál es tú dictamen ante esto, doctora?

Daphne, emocionada, susurró:

—Que necesitas un remedio de inmediato.

—Por una vez en mucho tiempo estamos de acuerdo –dijo ronco, aferrándola por la nuca. Buscó su boca y la besó con desesperación.

Unas horas después, Nath abrió los ojos. Daphne no estaba junto a él. Ladeó la cabeza. Ella se encontraba ante la ventana. El suave amanecer teñía su cabello de hilos dorados e insuflaba un halo de magia a su delicada figura.

—Te resfriarás. Ven.

Daphne se dio la vuelta y le dedicó una hermosa sonrisa.

—Hoy no podemos ser vagos. Tenemos mucho que hacer.

—Ya se encargará el servicio.

Ella negó con un suave chasquido de lengua.

—Estas cosas son personales e intransferibles –refutó

acercándose a la cama.

Nath la tomó de las manos y la tumbó sobre él.

—Esto también –dijo buscando su boca.

—¿Quieres agotarme? –dijo Daphne, apartándose.

—Sí. Quiero que quedes tan saciada que no puedas desear a nadie tras estar conmigo –dijo él mirándola con un halo de temor en sus ojos índigos.

—Hace poco deseabas que me largara y ahora no quieres que me separe de tu lado. Eres un hombre muy voluble, lord Laymore.

—Más bien di que soy práctico. Dijiste que me curarías y lo estás haciendo. Solamente un loco apartaría a la doctora que está logrando este milagro. Aunque, uno ya lo hemos alcanzado –dijo. Y le guiñó un ojo.

—Y no se debe abusar o podríamos perder lo logrado.

—Doctora. Le aseguro que no perderemos ni un ápice de ímpetu. Puedo demostrárselo ahora mismo.

Ella se apartó.

—Ahora hay algo mucho más importante que requiere nuestra atención.

—¿Más que amarnos? Porque temo que no sabe lo mucho que la quiero, mi lady. Por ello debería comprobarlo una vez más para convencerse.

—No es necesario. Hace mucho que lo sé, mi lord. Así que no hay excusa para que no te levantes de la cama y darle a James la Navidad que siempre le negaste.

Nath suspiró con tristeza.

—Sí. Su primera y tal vez última.

Daphne le acarició la mejilla.

—No nos lo quitará.

—No se…

—Amor. Te dije que te recuperarías y lo has hecho. Si digo que nuestro sobrino permanecerá a nuestro lado, así será. ¿De acuerdo? Ahora arriba. Te ayudaré a vestirte.

Unos minutos después se reunían con Chuck y varios sirvientes en el salón.

—¿Todo listo? ¡Comencemos!

Una hora después la decoración estaba finalizada.

—Ha quedado precioso. En especial el árbol –suspiró Daphne.

—Sí. Este año celebraremos la Navidad cómo es debido –dijo Chuck.

—La guerra nos reprimió las celebraciones, pero los días amargos han terminado. Tenemos que dar gracias por estar vivos y por lo afortunados que somos. Porque lo seremos. ¿Os queda claro?

# 49

Esas Navidades intentaron olvidar las penurias pasadas y lograron que fueran las más felices de sus vidas. Junto a todos los habitantes de la mansión disfrutaron de un banquete tan exquisito cómo los que se realizaban antes de la Gran Guerra. Nadie quedó sin recibir su regalo, ni sin los parabienes que se desearon al iniciarse el nuevo año. Por un tiempo el temor al futuro dejó de existir. Pero la realidad se impuso de nuevo; tuvieron que partir hacia Londres para preparar el enfrentamiento con Robina Thynne.

Adam los recibió emocionado.

—Me alegro de verte después de tanto tiempo, amigo. ¿Cómo estás? Yo te veo más mejorado –dijo Adam, emocionado.

—Sí. Todo iba a mejor. Pero ahora todo se ha ido a la mierda. ¡Maldita sea, Adam! ¿En serio va a quitarme a James? –siseó Nath.

—Haremos todo lo posible para ganar.

—No, Adam. La única opción que tenemos es vencerla o la vida de mi sobrino será un infierno.

—Supongo que el testamento de su padre será un aval a nuestro favor. Nos dejó cómo tutores legales –comentó Daphne.

—Así es. Sin embargo, Robina puede alegar que las circunstancias favorables han cambiado.

—¿Cómo que han cambiado? ¿Qué quieres decir? –inquirió Nath.

—Tu abuela se habrá informado; cómo es lógico. Sabe que Daphne proviene de un status social de nivel muy bajo. Puede insinuar que su vida no era decente, que vuestro matrimonio fue consecuencia de una pasión pasajera y que debido a ello tu esposa te abandonó marchándose a Nueva York.

—Pero, ¿qué clase de alegatos son esos? No tienen fundamento alguno si se indaga en profundidad.

—No habrá dificultad en demostrar que Daphne fue a Estados Unidos para ingresar en la universidad y que la guerra propició que estuvieses separados tanto tiempo. No obstante, en cuanto a su vida privada es más peliagudo. Nadie podrá afirmar que no tuvo amantes en el pasado o en América.

—¿Estás diciendo que piensa basar su reclamación exponiendo a Daphne cómo si fuese una cualquiera? –se sulfuró Nath.

—Cálmate, querido –le pidió ella.

—¿Qué me calme? ¡Por Judas! Esa mujer te quiere destruir sin la menor piedad.

—No sólo a mí. Recuerda que te amenazó con sacar a relucir tú pasado turbulento.

—Un detalle insignificante. Es de dominio público.

—No así tú invalidez. Está dispuesta a pregonar que eres un incapacitado físico.

—Ese puede ser un fundamento que puede considerar el juez a su favor –apuntilló Adam.

—¿Es qué los imposibilitados no tienen derecho a convivir con sus hijos? ¡Qué estupidez tan absurda! Nadie con dos dedos de frente aceptará algo parecido –exclamó Daphne.

—Aunque sí la incapacidad mental.

Nath frunció el ceño.

—¿Estás diciendo que quiere declararme loco? ¡Nunca podrá demostrar algo semejante!

—Loco no. Sin embargo, desequilibrado por las tristes circunstancias en las que te hallas, sí. Y será fácil de creer. Cuándo el accidente te aislaste del mundo y hay rumores de que intentaste suicidarte.

—¿Es cierto? –gimió Daphne.

—¡Por supuesto que no! Jamás atentaría contra mí vida –aseguró Nath con ardor. Pero al instante su semblante se tornó

sombrío y dijo: Y no por cobardía. Lo hubiese hecho gustoso si no estuviese ese pequeño a mí cargo. La perspectiva de que terminase con esa mujer me lo impidió.

—Esa bruja dirá lo que sea con tal de ganar el juicio. Hasta puede que pague a médicos para que testifiquen en falso –sugirió Daphne.

—¿Y qué dirán? No tengo marcas de corte en las muñecas, ni en el cuello. Y con referencia a haber saltado por la ventana, mi invalidez lo haría imposible. No tiene nada –refutó Nath.

—Una caída por la escalera. En el bombardeo se te rompieron varios huesos. Pueden decir que es por tu intento de quitarte la vida –apuntilló Daphne.

Él bufó desesperado.

—Está visto que ganar es casi imposible. Pero juro que haré lo que sea para impedir que nos arrebate a nuestro pequeño. ¡Lo que sea!

—No hay que avanzar los hechos –dijo Adam.

—¡Por Dios! Eres nuestro abogado y no nos das esperanzas; solamente escollos.

—Os expongo la realidad. Robina es una rival fuerte. Muy fuerte. Aunque, eso no debe echarnos para atrás. Buscaremos rebatirla. Si alega un pasado tormentoso de los dos, también lo tuvo María Magdalena y fue aceptada en las huestes de Jesucristo. En el presente, nadie puede afirmar o negar que Daphne te haya engañado. Cualquier juez que aceptase esa eventualidad sería visto sin dudar cómo incorrupto. Por esa parte no conseguirá nada. Pero en la cuestión de tú estado es más complejo. Hay el rumor del suicidio, de tú ostracismo y del estado en que se encuentra tú mente al verte en una silla de ruedas. Un buen abogado dirá que un hombre acostumbrado a vivir la vida con tanta intensidad estará amargado, enfadado con el mundo e incapacitado para ser generoso con los demás. Y en ese apartado entra James. Alguien que no quiere integrarse de nuevo a la vida social, ni que puede tener hijos propios, tampoco tendrá el interés en educar a su sobrino cómo se debe.

—¿En serio? –inquirió Nath, incrédulo.

Su amigo aseveró.

—Pero eso no es cierto. Nath está comenzando a caminar. Con ayuda, pero lo hace –le informó Daphne.

Adam parpadeó perplejo.

—¿Es cierto? ¡Cuánto me alegro, amigo mío!

—Aún estamos lejos de que corra cómo una gacela, pero lo hará muy pronto.

—Lamentablemente, pronto no será, cielo. Aunque, te aseguro que me levantaré de esta silla –aseguró Nath.

Adam, pensativo, se frotó la barbilla.

—Daphne. ¿Cuándo calculas que podrá levantarse y dar, al menos unos pasos por si sólo?

—Es difícil de precisar. No se… Contando desde ahora, unos cuatro meses.

—¿Y si me esfuerzo más? –sugirió Nath.

—Ya haces lo suficiente. No podemos forzarte o podríamos obtener el resultado contrario.

—El juicio está previsto para finales de febrero. No estará listo.

—¿Para qué? –quiso saber Nath.

—Si en la sala demuestras que estás recuperándote, será más fácil convencer al jurado de qué las maquinaciones de tu abuela no son admisibles. Pero si logramos que aplacen de nuevo la vista dos meses más podemos tener aún más posibilidades. Daphne. En esto necesito tú colaboración. No es… digamos muy loable, pero necesaria.

Ella asintió.

—Necesitamos que encuentres a un médico que mienta sobre el estado de salud de Nath.

—No puedo permitirlo. Daphne podría perder la titulación. No –se negó Nath.

—Haré lo que sea para apartar a esa mujer de nuestras vidas. Y no acepto ninguna protesta más. Adam. Prepárate a fondo. Busca lo que sea sobre Robina. Lo que sea. Necesitamos hundirla. Estoy convencida de que en su pasado hay algo que nos será de utilidad. ¿Entendido?

# 50

Los planes les fueron favorables. Consiguieron retrasar el juicio casi tres meses; tiempo suficiente para que Nath comenzara a recuperar parte de la movilidad perdida. Ya podía moverse tan solo con la ayuda de las muletas.

—¡Por Dios! ¿Qué diablos es esto? –exclamó al ver a Daphne.

—Así vestimos ahora las mujeres. Liberadas del corsé y falda más corta. ¿No te gusta? ¿Te molesta que muestre parte de las piernas?

Él alzó la mano y sacudió la cabeza.

—No. Pero tú hermosos cabello… ¿Por qué te lo has cortado? ¿Por qué?

Ella se frotó la nuca con la mano y dio una vuelta sobre si misma.

—Es la última moda. Cómodo y fácil de peinar. Además, me queda de maravilla. ¿Verdad?

—Adoraba tú hermosa melena –musitó él, afligido.

Ella se acercó, se sentó sobre su falda y paseó el dedo por su cuello.

—Recuerdo que una noche dijiste que me amarías aunque mi cara se deformase. ¿Mentiste? –dijo mimosa.

—Sabes que te amaré hasta el día de mi muerte. Nada puede quebrantar ese sentimiento, ni tan sólo ese desastre que te has hecho.

—¿Estoy fea?

Él la abrazó y la miró con devoción.

—Para mí siempre serás la mujer más maravillosa y excitante.

—Y tú eres el hombre que me vuelve loca.

—¿Me lo demuestras?

Ella echó la espalda hacia atrás.

—Ahora no, mi lord. Su petición será cumplida más tarde.

—No seas cruel. Llevo dos días sin ti y te echo de menos, amor.

—No solamente tú lo has hecho. Pero antes del regodeo debemos ejercitar esas piernas.

Nath le guiñó un ojo.

—Y es lo que pretendo.

—¡Claro! Lúdicamente. Pues no. Hay que ser rigurosos o no avanzaremos.

—Te aseguro que dentro de poco podremos bailar un tango.

—¡Uy! Compruebo que no estás al día. Ahora lo que se lleva es el charlestón. Un baile endemoniado. Te aseguro que necesitarás encontrarte cómo antes.

—No será para tanto.

Daphne se levantó. Se acercó a la gramola y puso un disco.

—Entre muchas compras he aprovechado renovar la biblioteca de música. Ahora verás que digo la verdad.

La melodía sonó e inició la danza.

—¡Por Dios! –exclamó Nath al ver los balanceos de piernas y brazos. Jamás imaginó algo parecido, ni tampoco podía visualizar a sus congéneres aristócratas contorsionándose de esa manera tan espasmódica. No era nada elegante.

—Te lo dije, cariño. ¡Es puro desenfreno! Jazz salvaje.

—Pero. ¿A qué cabeza se la ha ocurrido algo así?

—Dicen que… proviene de danzas… africanas. Pero… ¡Qué importa! ¡Es divertido! –dijo Daphne con la respiración entrecortada.

—Nunca bailaré algo semejante –dijo Nath.

—Lo harás. Ten fe.

—Me refiero a que nunca daré semejante espectáculo. Y dudo mucho que suene en alguno de nuestros salones.

Ella suspiró hondo.

—Cielo. Llevas mucho tiempo alejado del mundo. Gran parte de la velada que dio la duquesa de Lenford fue animada con este ritmo. ¡Y tendrías que ver cómo disfrutaron los asistentes!

—Pensé que tú viaje a Londres era por cuestiones legales –rezongó él.

—Y las cumplí. Tú abogado me puso al tanto de la situación –respondió Daphne. Miró hacia la puerta comprobando que estaba cerrada, bajó la voz y dijo: Lo que voy a decir es confidencial. Adam tiene un confidente entre el personal del letrado de tú abuela. Está investigando a fondo mí pasado. Al parecer está a punto de dar con Cody.

—¡Joder! ¡Menudo desastre! Estamos perdidos —masculló Nath.

Ella sonrió sacudiendo la cabeza.

—No, amor. No hay peligro. Me he encargado de ello.

Él frunció el cejo.

—¿Qué has hecho?

Daphne sonrió con arrogancia.

—Visitar a Cody.

Nath, tenso, apoyó las manos en la silla.

—¿Es qué te has vuelto loca? ¡Podía haberte matado!

—Hay que hacer lo necesario para proteger a la familia. ¿No es

así? Pues lo he hecho. Ese cerdo jamás me delatará. Pero no temas. Me acompañó Chuck.

—¿Y cómo lo has convencido?

—A vuestro modo. Con dinero. Espero que no me regañes por la gran suma que he empleado. Te prometo que ha merecido la pena.

—Mí abuela tiene muchísimo más que nosotros. En cuanto él lo sepa, no te habrá servido de nada el esfuerzo –dijo Nath, desanimado.

—Te equivocas. Cody cumplirá. Lo amenacé con contar a las autoridades lo que sé de su organización si colaboraba con esa bruja. Por otro lado, le recordé que ahora no soy esa muchacha indefensa. Que ahora era lady Laymore y que ostentaba el poder de los nobles; por lo tanto, dijese lo que dijese, no podría perjudicarme. En cambio, yo a él sí.

—¿Y te fías de ese mal nacido?

—La posibilidad de terminar colgando de la horca es un gran aval. ¿No te parece?

Nath, a pesar de sentirse enojado por su imprudencia, no pudo evitar sonreír.

—No tengo la menor duda.

—Cómo ves, mi viaje ha sido fructífero. Un hecho en nuestra contra que nos hemos quitado de encima. ¿Estás orgulloso de tú mujercita? –dijo ella visiblemente satisfecha.

—Pero también molesto. Has ido a una fiesta sin mí. Y eso no puede ser.

Daphne volvió a sentarse sobre sus rodillas.

—Ya sabes cómo van estas cosas. No pude despreciar la invitación de la duquesa. Hubiese sido una grosería.

—La excusa no cuela, preciosa. Pudiste alegar cansancio. Eres una mujer casada. No es decente que te vean divirtiéndote con otros.

—Y no lo hice. Desestimé cada uno de los bailes a los que me invitaron.

—¿Y fueron muchos los caballeros que te solicitaron? Claro que sí. No sé porqué pregunto.

—Al parecer, contrariamente a tu opinión, mi nuevo aspecto causó furor entre ellos. Y también entre las damas dudosas. Lady Walehom aseguró que también acudiría al salón de belleza.

Nath le apartó el flequillo y la admiró con ojos chispeantes.

—¿Por qué me sorprende? La verdad es que cuánto más te miro, más me gusta este nuevo estilo. Incluso diría que te vuelve aún más seductora. Cariño. Temo que no podré resistir tanta tentación. En realidad, no me esforzaré por reprimirla –dijo buscando su boca.

Daphne se separó un poco e inspiró hondo.

—¿Otra vez con lo mismo, mi lord?

—Convendrás que no hay nada mejor que disfrutar de la

compañía mutua.

—Y lo estamos haciendo.

Nath posó una mano en su nuca y la otra en la espalda.

—No del modo más divertido, mi lady –dijo ronco.

## 51

Daphne observaba a Nath enfurruñada. ¿Cómo era posible que no recordase que era su cumpleaños? Porque su marido era muy despistado en muchos asuntos, pero en cuestión de fechas era minucioso.

—¿Café, querida?

—No.

—¿Té?

—No.

—¿Pues qué quieres, cielo?

—Ya deberías saberlo –susurró.

—¿Cómo dices?

Ella se levantó sin abandonar el gesto hosco.

—Tengo que irme.

—Bien.

—Puede que llegue a la hora de la cena.

—¿Y el beso? –le recordó Nath.

Ella lo complació rozándole levemente los labios, cruzó la puerta y se topó con Chuck.

—¿A qué viene esa cara de malas pulgas? –dijo el muchacho al verla.

—Hoy se ha levantado de mal humor. Y la verdad, no sé la razón –dijo Nath.

Cómo única respuesta recibió un gruñido por parte de ella

mientras se alejaba.

Nath sonrió.

—En mí es lógico que olvide tan señalada fecha. Daphne no puede enfadarse conmigo. Pero tú… Eres malvado –dijo Chuck.

—Lo sé. ¿Vamos?

—¡Vaya! Nunca he visto tan buena disposición –se alegró Chuck.

—Tengo ganas de que termines de una maldita vez –dijo Nath dirigiéndose hacia el estudio.

—A mí no me eches la culpa. Depende de ti.

Nath soltó un largo resoplido y se colocó ante el artista para que lo inmortalizara.

—Esto es muy tedioso e incómodo –se quejó tras una hora posando.

Chuck levantó una ceja.

—¿En serio? ¡Pero si llevas años en esa silla sin moverte!

—Ya no es así.

—Tampoco te vengas tan arriba. Das unos pasos y…

Nath alzó la mano y el chico calló.

—Mira. Hoy no me apetece. Tengo asuntos más importantes que atender –dijo. Abandonó la silla y caminó hacia el mueble bar.

—¡Joder! ¡Pero si ya circulas sin la menor dificultad! Y Daphne no me ha dicho nada —exclamó Chuck.

—No tiene la menor idea.

—¿Por qué?

—Quiero darle una sorpresa. Así que, por favor, no digas nada. ¿De acuerdo?

Chuck aseveró mientras recogía los pinceles.

—Se sentirá muy feliz. Porque, no se si lo sabes, ella te ama más allá de lo que te mereces. La hiciste sufrir durante años. Yo no te hubiese perdonado.

—Me comporté cómo un cabrón. Lo reconozco. Pero nunca quise lastimarla. Aunque no lo creas, la amo más que a nada en el mundo. Por ello que quería era evitarle cargar con un discapacitado que no podía ofrecerle la vida que merecía.

—Pero eso ya no importa. A partir de ahora será cómo antes.

—Eso si ganamos el juicio –apuntilló Nath.

Chuck lo señaló.

—Viendo esto lograrás vencer a esa vieja zorra y también ofrecerle un cumpleaños maravilloso a Daphne. ¿Sabes? Yo también tengo una sorpresa para ella. La he pintado.

—¿Cómo? No ha posado.

—Puedo visualizar su rostro sin complicaciones. Ya lo comprobarás.

—¿Puedo verlo? Tengo mucha curiosidad.

Chuck abrió la puerta.

—No. Daphne tiene la exclusiva. Nos vemos en unos minutos.

Nath también abandonó el salón de invierno, fue a su habitación y llamó a Patrick.

—¿Está todo a punto?

—Sí, mi lord. Margaret sabe que debe hacer.

—Bien. Preparémonos. Daphne está a punto de llegar y no quiero que nos pille desprevenidos.

No se equivocó. Unos minutos después Daphne cruzaba la puerta.

—Buenas noches, mi lady.

—¡Uf! Siento llegar tan tarde.

—No se preocupe, mi lady. La cena aún tardará un poco en estar lista. Puede asearse sin prisa.

—Estupendo. Muero por darme un baño. A ver si se me sosiego o soy capaz de estrangular a alguien –susurró.

Pero de nada le sirvió relajarse sumergida en el agua templada.

—¿A qué viene esto? –protestó al ver el vestido.

Margaret, inquieta, se frotó las manos.

—Yo. Pensé que… Bueno. Me dije que tal vez al verla tan…

—¿Crispada? –apuntilló Daphne.

La sirvienta, bajando la cabeza, asintió. Y ella, mirando el exquisito vestido, decidió aceptar su opción. Y una vez vestida, bajó al comedor.

Cuando abrió la puerta la respiración se le cortó al verlos a todos reunidos.

—Feliz cumpleaños, querida –dijo Nath.

—¡Feliz cumpleaños, mi lady! –gritaron los demás.

Ella, con ojos húmedos, dijo:

—Gracias. Muchas gracias por acordaros.

Nath hizo rodar la silla hacia ella.

—Lamento haberte hecho pasar un día tan espantoso. Pero deseaba sorprenderte.

—Y lo has conseguido.

James se acercó y le ofreció un sobre.

—¡Mi regalo, tía! –exclamó alborozado.

Ella lo abrió. Era un dibujo donde aparecía una familia feliz. Nath, James y ella.

—Es precioso. Gracias –dijo emocionada; sin poder evitar que el pensamiento la llevase hacia un futuro que tal vez no podría ser tan halagüeño.

El servicio también le entregó un regalo. Se trataba de un pañuelo de seda precioso.

—Os lo agradezco. Gracias. Muchas gracias.

Chuck se acercó al aparador donde un objeto estaba cubierto por una sábana. Lo descubrió y dijo:

—¡Por Dios! Deja de llorar. Es una noche para el disfrute. ¡Mira!

Era un cuadro. Chuck la había retratado con majestuosidad. Había reflejado a la Daphne aristocrática.

—¿Esa soy yo? –inquirió.

—¿No te gusta?

—Sí. Pero…

—Cielo. Sé lo que piensas. Pero esa mujer elegante, hermosa y digna eres tú. Toda una dama aristocrática. Porque naciste para serlo. Y no trates de negarlo. Lo eres. ¿Cierto?

Los presentes asintieron.

—Ahora mi regalo –dijo Nath, entregándole una cajita.

Daphne la abrió. Era un anillo con una esmeralda tallada en forma de corazón.

—Me lo dio mi cuñada, pues siempre tuvo la esperanza de verme felizmente casado. Dijo que debía dárselo a la mujer que me robara el corazón. Hace juego con tus hermosos ojos. Fue premonitorio.

Ella se lo puso y lo miró embelesada.

—Es precioso.

—No tanto cómo tú. ¡Bien! Ahora, a disfrutar de la cena. ¡Vamos!

Una vez finalizada la celebración, Daphne y Nath se quedaron a solas. Ella se sentó sobre su regazo.

—No he podido darte las gracias cómo mereces.

—Ni yo tampoco mi regalo.

—Ya lo has hecho –dijo ella, extrañada.

—No, amor. Ese no era mío.

—¿Y qué es? –preguntó Daphne mirando a su alrededor, sin ver ningún paquete. Torció la boca y ladeó la cabeza mirándolo con gesto de reprobación y dijo: ¿No será otra joya? Nath. Quedamos en que teníamos que centrarnos en el proyecto de la clínica. Los instrumentos son muy caros y…

Él le puso un dedo sobre los labios haciéndola callar. La tomó de la cintura y la bajó de su regazo.

—Este regalo te entusiasmará. Estoy convencido —dijo. Apoyó una mano en el reposa brazos y otra en el asiento del sofá, y poco a poco fue alzándose.

—Nath. ¿Qué haces? Cuidado, por favor –se preocupó ella, haciendo el intento de sujetarlo. Él la apartó y se puso en pie.

—¡Dios mío! —jadeó Daphne.

Él entornó los ojos y sonrió.

—Aún no es todo. Mira.

Daphne, petrificada, miró cómo Nath daba unos pasos con total seguridad.

—Pero. ¿Cómo puede ser? Caminas sin dificultad, sin una secuela. Siempre creí que volverías a ponerte en pie. Pero… esto... ¡Es un milagro! –musitó.

—Sin tú ayuda ni tú amor nunca habría abandonado esa silla. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Daphne lo abrazó con fuerza.

—No tienes que hacerlo, Nath. Solamente debes amarme siempre cómo ahora.

Él la tomó del mentón.

—¿Acaso dudas de qué pueda dejar de quererte? Mi corazón ya no me pertenece, porque me lo ha robado, lady Laymore.

## 52

El juicio causó una gran expectación. Ningún noble londinense quería perdérselo; incluso se hacían apuestas a ver quién era el vencedor. Y la más popular era la favorable a la vieja dama; porque era conocido el poder que ostentaba sobre los miembros más notables de Inglaterra.

—Esto no va bien. Ella se llevará a James. Destruirá nuestra familia –remugó Nath.

—Calma, amor. No hay que desesperar. Aún no ha ganado –dijo

Daphne.

—Ni lo hará –dijo Adam entrando en el comedor.

Nath, al ver la enorme sonrisa estampada en el rostro de su amigo lo instó con un gesto de la mano a que se explicase.

—He localizado a varios testigos. Helen Smith y Nancy Taylor.

—Antiguas empleadas de la abuela. Las recuerdo. Helen era la encargada de las tareas más innobles. Vaciado de orinales, letrinas, limpiar las chimeneas y Nancy la lavandera. Pero no sé que pueden aportar a la causa. Le tenían pavor a esa bruja.

—Los años se han comportado con generosidad con ellas y ahora no están sometidas a ningún amo. Helen se casó con un tendero y Nancy ya está jubilada. Por esa causa el miedo ya no existe y declararán las atrocidades a las que sometió a sus nietos.

—¿Y el jurado no puede pensar que son invenciones y que lo hacen por venganza? –dudó Daphne.

—Seguro que no las creerán. Será su palabra contra la de nosotros. Y sabemos la influencia que despliega esa mujer –dijo Nath entre dientes.

Daphne le frotó la espalda para calmarlo.

—Hay que mantener la esperanza, cielo.

—Ya. Cómo los tontos.

—Nath. No quiero ver ni un gesto más de derrota. ¿Entendido? –le pidió mordisqueando un pepinillo en vinagre.

—¿Ahora te ha dado por los encurtidos? Has vaciado medio bote.

—Es que son deliciosos.

—Si no te apetecían nunca.

—Los gustos cambian. Ponme limonada, por favor. ¡Um! Exquisita.

—Modérate, Daphne. Tanta acidez no te sentará bien.

Chuck entró en el comedor.

—¿Alguna novedad? –se interesó.

—Dos empleadas de la bruja declararán a nuestro favor –le informó Daphne.

—¡Eso es estupendo! –se alegró el muchacho.

—No creas. Me huelo que no admitirán su testimonio. Tan sólo son palabras, no hechos. ¿Quién aceptará cómo cierto que la adorable abuela de unos niños los tratase al igual que animales?

—Bueno. Hay perros que viven mejor que los humanos –le recordó su amigo.

—Cierto. Hasta son atendidos por médicos.

Chuck la miró meditabundo.

—Estoy pensando que… Nath casi mueres por el castigo que le implantó esa zorra. ¿Cierto?

—Así es.
—¿Y te llevaron al hospital o te atendió algún doctor?
—Un médico. Aunque no recuerdo su nombre. Tal vez fue el de la familia.
—Pues habrá que encontrarle y que testifique. Dejad que haga una llamada. Ahora vuelvo –decidió Adam.
—¿Y si ha cambiado de residencia o país, o ha muerto? –dijo Nath.
—¡Por Dios! Deja de ser tan pesimista –se sulfuró Daphne.
—Soy objetivo.
—En esta ocasión tengo que darle razón, querida –admitió Chuck.
Adam regresó.
—Fue el doctor Harrison O'Kelly. Lo buscaremos de inmediato.
—Mientras preparáis el testimonio de esas dos mujeres, puedo hacerlo yo. Ya sabéis que tengo contactos en algunos hospitales –se ofreció Daphne.
—¡Perfecto! Ahora disculpadnos. Cómo has dicho, tenemos mucho que preparar. ¿Vamos, Nath? –dijo Adam.
Nath le dio un beso en la mejilla a Daphne y se fue con su amigo.
—Parece que la cosa se está encarrilando a nuestro favor –dijo Chuck.
—No se puede contar el grano que hay si antes no se siembra –replicó ella cogiendo otro pepinillo. Lo mordisqueó con placer y se sirvió un vaso de limonada.
—¿Qué pasa, Daphne? ¿Qué es lo qué no me estás contando?
Ella miró a Chuck con expresión inocente.
—¿A qué te refieres?
—Limonada, encurtidos… ¿Así, de repente?
—¿Por qué te extrañas?
—Porque cuándo yo ansiaba azúcar era porque mi cuerpo lo necesitaba. Ese fue tu dictamen.
—Pero yo me encuentro perfectamente.
—¿Seguro? ¿Ningún síntoma anormal?
Ella lo miró con una expresión un tanto molesta.
—Puede que seas tú quien no esté muy normal.
—O puede que tú cuerpo esté experimentado cambios. Grandes cambios. Ya me entiendes.
—No. No entiendo. Chuck estás…. –Calló de repente al percibir una idea que le parecía inverosímil.
—Precisamente a eso me refiero.
El semblante de Daphne se tornó blanquecino.
—No puede ser.

—Bueno… Yo diría que sí, cariño. Aunque, tú sabrás mejor que yo lo que has hecho con tu maridito o si hay indicios.

—Bueno. Últimamente he estado muy abrumada por los acontecimientos y estoy un tanto descontrolada. Eso es todo.

—Ya que vas al hospital, deberías asegurarte. Hazme caso.

Daphne hizo oscilar la mano.

—No. No es nada de eso. Y lo sé muy bien porque soy doctora –dijo.

—Lo que tú digas.

—Por favor. Dile a Roger que prepare el coche.

—A la orden, mi lady.

Daphne tuvo que acudir a varios centros hospitalarios sin obtener resultados. Rezó para que en este sí.

Tuvo suerte de dar con un antiguo profesor, ahora solamente hacía falta que él le diera la información que necesitaban.

—Me alegro de verte, querida Daphne. Pensé que optarías por quedarte en Estados Unidos.

—Mí familia está aquí, doctor Evans.

El hombre aseveró con semblante sombrío.

—Estoy al corriente de los problemas que tienes. Bueno. Temo que todo Londres esté al tanto. Espero que se solucionen a vuestro favor.

—Precisamente estoy aquí para ver si puede ayudarme.

—¿Yo? No entiendo –se extrañó Evans.

—¿Conoce al doctor Harrison O'Kelly?

—Sí. Es un gran amigo. ¿Por qué preguntas por él?

Daphne respiró aliviada y le contó lo ocurrido en el pasado.

—Lo que dices es terrible.

—Por eso necesito encontrarlo y pedirle que testifique en el juicio. Solamente él puede aportar credibilidad.

—Lo llamaré y seguro que colaborará. Es un hombre muy íntegro.

—Gracias, doctor Evans –Daphne, con tono apagado.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

—Es cansancio. Tengo el sueño intranquilo y a veces la comida no me sienta bien. Ya se sabe. El juicio, la incertidumbre…

—Te haré una revisión –decidió el doctor.

—No es necesaria.

—No tengo la misma opinión. Aguarda mientras me pongo en contacto con él.

Daphne esperó impaciente.

—No está en casa. Llegará en un par de horas y me llamará. ¿Vamos a por lo tuyo?

Daphne se puso en manos del doctor y una vez terminada el

examen llamó O'Kelly.

—Te dije que era un hombre de honor. Ha aceptado. Seguro que con su testimonio conseguiréis que no os arrebaten al futuro vizconde –le informó el doctor Evans.

—Me ha dado la mejor noticia.

Él hombre sonrió.

—¿Estás segura?

—¡Por supuesto! Quiero a ese niño cómo si fuera mí hijo –protestó Daphne.

—¿Y qué me dirías si tuviese uno propio?

Ella lo miró pasmada.

—¿Está diciendo qué…?

—Que estas encinta. ¡Felicidades!

Daphne, conmocionada, regresó a casa.

—El señor ha preguntado por usted. La espera en la biblioteca –le informó Margaret.

—Gracias.

Daphne abrió la puerta. La expresión de Nath al verla evidenció esperanza.

—¿Lo has encontrado?

Ella aseveró.

—¿Y nos ayudara?

Daphne volvió a asentir. Él se levantó y sirvió dos copas de oporto.

—¡Estupendo! –exclamó ofreciéndole una.

—No. Gracias. No me apetece.

Nath la observó.

—¿A qué viene ese abatimiento? ¿Hay algo que no me has contado que puede perjudicarnos?

Ella se sentó. ¿Qué podía decirle? ¿Qué se sentía la mujer más feliz y al mismo tiempo la más angustiada por qué ignoraba su reacción ante la noticia?

—Todo está bien. No te preocupes. Es cansancio.

Él se arrodilló ante ella y le tomó las manos.

—Te ves pálida y ojerosa. Deberías ir al médico. Bueno… Suena un poco estúpido siéndolo tú, pero creo sinceramente que necesitas un diagnostico imparcial. Cariño. Me estás preocupando.

Ella le dedicó una suave sonrisa.

—Deja de inquietarte.

—No puedo. Después de lo de mí hermano…

Daphne lo miró con ternura.

—Te juro que no estoy enferma. ¿De acuerdo? Ahora deja que vaya a darme una ducha. Necesito relajarme.

En los ojos de Nath nació un brillo pícaro.

—Y ya sabes que yo soy el mejor para proporcionarte este relax.

Ella se levantó.

—Sí. Pero ahora no. Estoy verdaderamente cansada, querido. Ve a por James. No tardaré. ¿De acuerdo?

Bajo el chorro del agua no pudo dejar de pensar en su estado. La noticia era la mejor que una mujer enamorada podía desear y supuso que para Nath también sería una alegría. Pero dudaba si era el momento oportuno para comunicarle el embarazo. El juicio estaba a punto de terminar y si la sentencia no le era favorable, podía mitigarle el dolor con la esperanza de poder ser padre.

—Aguardaré –decidió.

Fue muy duro callar durante las dos semanas hasta llegar al día más trascendental de sus vidas; pero mucho peor fue esperar a que los jueces llegaran a un dictamen.

—¿Por qué tardan tanto? –inquirió Nath removiéndose en el asiento.

—Eso es buena señal. Tras lo expuesto, indica que no hay resolución unánime –dijo Adam.

—¿Crees que las pruebas que hemos presentado nos serán favorables? –quiso saber Daphne.

—Sin duda. Nuestra rival ha alegado que Nath es un hombre incapacitado y él ha probado que está casi curado; y que ahora ya no existe el crápula de antes, que es un hombre responsable y de familia. En cuanto a tú pasado, nadie ha dicho nada indecoroso o delictivo; por el contrario, han alabado tu trayectoria. Y el testimonio de las antiguas empleadas y del doctor ha sido contundente.

—Todo lo que digas. Pero sabemos cuán influyente es mí abuela y entre los letrados hay un amigo muy especial. Seguro que convence a los demás –remugó Nath, mesándose el cabello con gesto nervioso.

—Nath, amigo. Esta causa se ha convertido en un circo. En otras circunstancias sería terrible. No obstante, ahora nos es propicio. Hemos mostrado la verdadera cara de tú abuela y la opinión pública juega a nuestro favor. Un dictamen en contra sería escandaloso.

—¿Y desde cuándo esto es un problema? Hemos presenciado sentencias ignominiosas.

El ujier se acercó a ellos.

—El jurado ha decidido.

Adam tiró la colilla y la pisoteó.

—Vamos allá.

Nath y Daphne se tomaron de la mano.

Entraron en la sala. Al igual que ellos, el público aguardaba con el corazón en un puño.

—En pie –ordenó el magistrado.

Nath intentó respirar con normalidad esforzándose en ocultar el terror que sentía ante la perspectiva de perder a su sobrino.

—Confía, cariño. Confía –le pidió ella dedicándole una tierna sonrisa.

Él asintió sin mucha convicción.

—Una vez reunido el jurado y estudiado el caso con detenimiento y con las pruebas aportadas por las dos partes, se dictamina que se falla a favor de…. –El letrado hizo una pausa y miró hacia la sala.

Nath y Daphne se tomaron de la mano.

…Lord Nathalien Laymore.

La sala estalló en un sonoro aplauso.

Nath y Daphne, aún incrédulos, se abrazaron.

—Lo hemos conseguido. Ya nadie podrá destruir esta familia –dijo él sin poder contener las lágrimas de felicidad.

—Sí, cariño. La pesadilla ha pasado. A partir de ahora solamente experimentaremos felicidad.

# 53

Nath no podía sentirse más feliz. Miró a James cómo reía a carcajadas al recibir las cosquillas de Daphne y el corazón casi le estalló de felicidad. Ahora tenía todo lo que deseó desde que Daphne entró en su vida. Amor, serenidad, verdaderos amigos, una familia y un futuro sin sombras; porque nunca volvería a provocar que esa dicha se quebrantara.

—Me temo que si no nos damos prisa, Patrick se enfurecerá. Ya sabes que es implacable con la puntualidad.

Daphne se levantó del suelo y se sentó junto a su marido en el apoya brazos del diván.

—Pues será mejor que se vaya acostumbrando a las nuevas normas. La rigidez en esta casa se ha terminado.

—Pertenecemos a un estatus que debemos respetar y hay reglas. No podemos saltárnoslas. En especial por el futuro de James –replicó él adoptando una expresión trascendental.

Ella levantó una ceja.

—¡Pero si nadie nos ve!

—Error. El servicio y éste, a pesar de las amenazas, siempre se va de la lengua. No pueden expandir por ahí que somos unos nobles que nos comportamos cómo si fuésemos nuevos ricos sin educación. Así que, cumplamos con nuestro deber y vayamos a vestirnos para la cena.

Subieron a la habitación. Daphne abrió el armario y tras permanecer unos segundos pensativa, dijo:

—¿Así qué a partir de ahora seremos esclavos de las reglas? Bien. Pues cumplámoslas. A partir de esta noche dormiremos en habitaciones separadas; cómo lo hacen todas las parejas de noble cuna. Ocuparé la mía propia. Le diré a Margaret que me prepare la azul. ¿Qué opinas?

—Me parece perfecto –aceptó él, quitándose la camisa.

—¿Lo dices en serio? –inquirió ella, incrédula.

—Totalmente –ratificó Nath. Pero apenas pudo aguantar la seriedad unos segundos y dejó escapar una pícara sonrisa.

—¡Eres malvado! –exclamó Daphne.

Él le tomó la mano y la besó con devoción.

—¿De verdad me has creído? Cariño. Nunca podría volver a conciliar el sueño si no estuvieses a mi lado. Ahora somos uno y

caminamos por el mismo sendero.

—No, Nath. Ahora somos una familia.

Él la tomó de la cintura y la acercó a su pecho.

—Una familia que crecerá. Tendremos hijos y les daremos una vida llena de amor. Deseo tener una niña igual que tú. Lista, hermosa y con un corazón lleno de generosidad. Bueno. En realidad quiero tener muchos niños contigo.  ¿Y si comenzamos ahora mismo?

Ella supo que había llegado la hora de darle la buena noticia. Aunque, antes debía idear cómo hacerlo del modo más emotivo.

—Pues no. Prefiero cenar. Me muero por zamparme un buen estofado.

—¿Así qué prefieres un bistec a fabricar un hermoso bebé con tú marido?

—Pues, sí –dijo ella poniéndose el vestido.

Nath adoptó una falsa pose de ofensa.

—Muy bien. Pues sepa, mi lady, que cuándo me busque, no me encontrará. Estoy muy enfadado.

Daphne le acarició la nuca y él se estremeció.

—Sé cómo ponerte de buen humor.

—Esta vez no será fácil –afirmó Nath.

—Estoy convencida de que sí. Venga. No nos entretengamos más. Por favor, súbeme la cremallera.

Él obedeció y al llegar a la cintura no pudo seguir.

—¿Has engordado?

—Es posible. ¿Te molesta?

Él le besó el hombro.

—Siempre, tengas el aspecto que tengas, te querré. Incluso te encontraré más hermosa que nunca cuándo lleves en el vientre a mi hijo.

—Pues… Ve haciéndote ya a la idea –dijo ella, con voz temblorosa.

Nath parpadeó confuso.

—¿Estás?... ¿Estás diciendo qué estás embarazada?

Daphne se dio la vuelta y con ojos húmedos aseveró.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Voy a ser padre? ¡Dios! –exclamó Nath, alborozado.

—Por favor, cálmate.

—¿Cómo voy a calmarme? ¡Tendremos un hijo! No. Una hija.

—Eso no podemos confirmarlo –apuntilló Daphne.

—Yo sí –aseguró Nath.

Y no se equivocó. Las Navidades siguientes recibieron el regalo más maravilloso que la Naturaleza podía darles. Una pequeña con cabellos dorados y ojos tan verdes como las praderas.

—Un calco de ti –dijo Nath con orgullo.

—Yo también quiero una copia del magnífico Nath Laymore –dijo Daphne.

—¡Por Dios! Si os ponéis en este plan, no podré rematar el cuadro familiar –se quejó Chuck.

—Lo harás. Pero dentro de unos cuantos años –dijo Nath.

El muchacho confirmó con un leve movimiento de la cabeza.

—Lo cierto es que ahora estoy muy ocupado. Tengo el encargo de los Duques de Kenton, después el de sir Baltimore y también me han propuesto preparar una exposición con mis libres creaciones. Por lo que, con el éxito que tendré, antes no os atienda, pasará mucho tiempo. Podéis seguir fabricando niños. Aunque, conteneos. No queremos un batallón de pequeños salvajes correteando por esta casa.

—Los hijos son una bendición. Ya te darás cuenta cuando tengas a los tuyos –dijo Daphne.

—¡Dios no lo quiera! –se estremeció Chuck.

—¿No deseas tener tú propia familia? –se extrañó Nath.

—Soy un artista. No puedo encadenarme a una sola mujer.

—El día que te enamores, ya me lo dirás –dijo Daphne.

—El amor es circunstancial en mí caso. Necesito ser libre para crear.

—Muchacho. Te aseguro que el día que una mujer emponzoña el corazón de un hombre, no hay antídoto que lo libre de ese sentimiento. Y tú no podrás escapar.

—Lo que digas. ¡Bien! Tengo que ir a casa de lady Fontwood. ¡Nos vemos esta noche!

—Parece mentira cómo han cambiado nuestras vidas –dijo Daphne.

—¿Y te arrepientes? –quiso saber Nath.

Ella le acarició la mejilla.

—Nunca me arrepentiré. Pero tú… Te he obligado a perder la libertad de la que gozabas y…

Él posó un dedo sobre sus labios haciéndola callar.

—¿Cómo puedes ni tan siquiera pensar algo semejante? Aquella noche en la que llegaste a mí casa me robaste algo mucho más importante que joyas o dinero. Me robaste el corazón.

—¿Y será siempre mío?

—Cariño. Eres lo más maravilloso que me ha ofrecido la Vida. Gracias a ti soy feliz. Muy feliz. ¿Lo eres, tú?

—Soy la mujer más dichosa

Él la miró con ojos brillantes.

—Te amo mucho. Y siempre te amaré, mi bella ladrona.